

PAUL AUSTER (ed.)

CREÍA QUE MI PADRE
ERA DIOS



Lectulandia

Paul Auster invitó a los oyentes del programa de radio en que colaboraba a participar en un proyecto inusual: enviar sus historias verídicas, con el afán de construir un retrato escrito de la vida de su país. El escritor estadounidense seleccionó, con su peculiar mirada, ciento ochenta textos que fabulan una realidad llena de coincidencias, hallazgos y situaciones tan absurdas que parecen inventadas.

Creía que mi padre era Dios es una antología de relatos reales y extraordinarios, una selección del autor que es un reflejo de los temas que recorren toda su obra, como el azar, la coincidencia y lo insólito de la vida cotidiana.

Lectulandia

Paul Auster

Creía que mi padre era Dios

Relatos verídicos de la vida americana

ePub r1.0

P3lμdμ5 05.10.13

Título original: *I Thought my Father Was God: And other true Tales from NPR's National Story Project*

Paul Auster, 2001

Traducción: Cecilia Ceriani

Editor digital: P3lμdμ5

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Agradecimientos

Agradezco profundamente a las siguientes personas su ayuda y apoyo: Daniel Zwerdling, Jacki Lyden, Rebecca Davis, Davar Ardalan, Walter Ray Watson, Kitty Eisele, Marta Haywood y Hannah Misol —todos ellos del programa *Weekend All Things Considered*—, así como a Carol Mann, Jennifer Barth y —en primer y en último lugar y siempre— a Siri Hustvedt.

P. A.

Prólogo

Esto es algo que no entraba en mis planes. El Proyecto Nacional de Relatos surgió por casualidad y, si no hubiese sido por un comentario que hizo mi mujer mientras cenábamos, hace ahora dieciséis meses, la mayoría de los textos que aparecen en este libro nunca se habrían escrito. Fue en mayo de 1999, o quizá en junio, y aquel mismo día la Radio Pública Nacional me había hecho una entrevista a raíz de mi última novela. Al término de nuestra conversación, Daniel Zwerdling, el presentador del programa *Weekend All Things Considered*, me preguntó si me interesaría colaborar regularmente con ellos. Yo ni siquiera le veía la cara mientras me hacía su propuesta porque me encontraba en el estudio de la RPN, en la Segunda Avenida de Nueva York, mientras él estaba en Washington, D. C. Durante los veinte o treinta minutos anteriores habíamos estado conversando a través de micrófonos y auriculares, gracias a una maravilla tecnológica conocida como fibra óptica. Le pregunté qué era lo que tenía en mente y me contestó que no lo sabía con exactitud. Tal vez yo podría acudir a la emisora de radio, una vez al mes, por ejemplo, y leer algunos de mis cuentos.

No me interesaba. A duras penas lograba mantener el ritmo de mi propio trabajo como para asumir la obligación de escribir relatos por encargo. Pero, por educación, dije que lo pensaría.

Fue Siri, mi mujer, quien le dio la vuelta a todo. Aquella noche, cuando le conté la curiosa proposición que me había hecho la RPN, me sugirió inmediatamente una alternativa que me hizo cambiar de opinión. En cuestión de segundos él no se convirtió en un sí.

No tienes por qué escribir los relatos tú mismo, dijo. Haz que la gente se siente y escriba sus propias historias. Podrían enviártelas y luego tú leerías las mejores por la radio. Si se anima suficiente gente, podría llegar a convertirse en un proyecto extraordinario.

Así fue como nació el Proyecto Nacional de Relatos. La idea fue de Siri. Yo lo único que hice fue asumirla y echar a correr.

A finales de septiembre, Zwerdling vino a mi casa de Brooklyn con Rebecca Davis, una de las productoras de *Weekend All Things Considered*, y a través de una nueva entrevista por la radio hicimos público el proyecto. Les pedí a los oyentes que enviaran sus relatos. Los relatos tenían que ser verídicos y breves, pero no habría restricciones en cuanto a tema ni a estilo. Lo que más me interesaba, dije, era que las historias rompieran nuestros esquemas, que fueran anécdotas que revelasen las fuerzas desconocidas y misteriosas que intervienen en nuestras vidas, en nuestras historias familiares, en nuestros cuerpos y mentes, en nuestras almas. En otras palabras, historias reales que bien pudieran ser una ficción. Me refería a grandes y pequeños acontecimientos, a hechos trágicos y a hechos cómicos, a cualquier

experiencia que se considerase lo suficientemente importante como para llevarla al papel. Les dije que no debían preocuparse si nunca habían escrito un relato. Todo el mundo conoce alguna anécdota buena y, si respondía suficiente gente a la convocatoria, podíamos llegar a conocer cosas sorprendentes sobre nosotros mismos y sobre los demás. El proyecto nacía con un espíritu totalmente democrático. Todos los oyentes estaban invitados a participar y yo, por mi parte, me comprometí a leer todas las historias que recibiese. La gente exploraría sus propias vidas y experiencias y, al mismo tiempo, participaría de un esfuerzo colectivo, de algo más trascendental. Dije que, con la ayuda de todos, esperaba reunir un archivo de datos y hechos, en definitiva: un museo de la realidad estadounidense.

La entrevista fue emitida el primer sábado de octubre, hoy hace exactamente un año. Desde entonces he recibido más de cuatro mil relatos. La cifra es mucho mayor de lo que yo había previsto y durante los últimos doce meses mi casa se ha visto inundada de manuscritos, y me he encontrado flotando, enloquecido, sobre un mar de papel en constante expansión. Algunas historias están escritas a mano, otras están mecanografiadas y hay otras que están impresas directamente del correo electrónico. Me ha costado mucho elegir todos los meses cinco o seis entre las mejores para que pudiesen ser emitidas en el espacio de veinte minutos de *Weekend All Things Considered*. Ha sido un trabajo especialmente gratificante, una de las tareas que más me han inspirado a lo largo de mi vida. Pero también ha habido momentos difíciles. En varias ocasiones, cuando me he visto desbordado por tantas colaboraciones, he tenido que leer sesenta o setenta historias de una sola sentada y cada vez que me levantaba de la silla me quedaba hecho polvo, absolutamente agotado. He tenido que lidiar con muchas emociones, con muchos desconocidos acampados en el salón, con muchas voces que llegaban de muchas direcciones. En aquellas tardes, durante el espacio de dos o tres horas, me parecía como si toda la población de Estados Unidos hubiese entrado en mi casa. Pero no oía cantar a América. Oía a América contar historias.

Sí, también es cierto que hubo algunas diatribas y algunas cartas insultantes enviadas por perturbados, pero muchas menos de lo que me hubiera imaginado. He conocido nuevas revelaciones sobre el asesinato de Kennedy, he tenido que someterme a exégesis complejas y variopintas que relacionan hechos corrientes con versículos de las Escrituras y me ha sido confiada información relacionada con demandas contra media docena de corporaciones y agencias gubernamentales. Algunas personas han hecho todo lo posible por provocarme y ponerme enfermo. La semana pasada, sin ir más lejos, recibí un relato escrito por un hombre que firmaba «Cancerbero» y que como dirección de remitente había puesto «El Infierno 66666». El relato hablaba de sus días como marine en Vietnam y acababa contando cómo él y otro soldado de su compañía habían robado un bebé vietnamita, lo habían asado al

fuego y se lo habían comido junto a esa misma fogata. Lo contaba como si estuviese orgulloso de lo que había hecho. Después de todo lo que uno ha oído, la historia bien podría ser cierta. Pero eso no significa que yo tuviera el mínimo interés en leerla por la radio.

Por otro lado, algunos de los relatos escritos por gente trastornada contenían pasajes sorprendentes y emocionantes. El pasado otoño, cuando el proyecto comenzaba a ponerse en marcha, me llegó una historia de otro veterano del Vietnam, un hombre que cumplía cadena perpetua por asesinato en una penitenciaría del Medio Oeste. Me envió una declaración jurada manuscrita que relataba la confusa historia de cómo llegó a cometer aquel crimen y la última frase del documento decía: «Nunca he sido perfecto, pero soy real». Hasta cierto punto, esa afirmación podría servir de lema para el Proyecto Nacional de Relatos, el principio mismo que subyace en este libro. Nunca hemos sido perfectos, pero somos reales.

De las cuatro mil historias que he leído, la mayoría han sido lo suficientemente atractivas como para atraparme de principio a fin. La mayor parte de ellas han sido escritas con una convicción firme y sencilla y honran a las personas que las han enviado. Todos nosotros sentimos que tenemos una vida interior. Todos sentimos que formamos parte del mundo y que, sin embargo, vivimos exiliados en él. Todos ardemos en las llamas de nuestra propia existencia. Necesitamos palabras para expresar lo que hay dentro de nosotros, y los colaboradores me han dado una y otra vez las gracias por haberles brindado la oportunidad de contar sus historias, por «permitir que se escuche a la gente». Y lo que han llegado a escribir es, en casi todos los casos, sorprendente. Más que nunca, he percibido cuán profunda y apasionadamente vivimos en nuestro interior la mayoría de las personas. Nuestros apegos son feroces. Nuestros amores nos desbordan, nos definen, desdibujan los límites entre nosotros y los demás. Aproximadamente un tercio de los relatos que he leído hablan de la familia: padres e hijos, hijos y padres, maridos y mujeres, hermanos y hermanas, abuelos. Para la mayoría de nosotros, éstas son las personas que llenan nuestro mundo, e historia tras historia, ya sean trágicas, ya sean cómicas, me ha impresionado la claridad y la convicción con que se expresan esas conexiones.

Algunos estudiantes de enseñanza secundaria me enviaron historias sobre sus mejores jugadas de béisbol o sobre las medallas que ganaron en competiciones deportivas, pero era raro el adulto que aprovecharse la oportunidad para alardear sobre sus logros. Meteduras de pata divertidas, desgraciadas coincidencias, situaciones en las que se ha visto la muerte de cerca, encuentros milagrosos, ironías inverosímiles, premoniciones, penas, dolor, sueños, éstos fueron los temas elegidos por los participantes. Aprendí que no soy el único en creer que cuanto más sabemos del mundo, más desconcertante y difícil de aprehender nos resulta. Como escribiese uno de los primeros participantes, tan elocuentemente: «Al final, me encuentro sin una

definición adecuada de la realidad». Si no tenemos una certeza absoluta ante nada y si todavía poseemos una mente lo suficientemente abierta como para cuestionar lo que estamos viendo, tendemos a mirar el mundo con mayor atención, y, de esa observación, surge la posibilidad de ver algo que nadie había visto nunca. Debemos estar dispuestos a admitir que no se conocen todas las respuestas. Si creyésemos que sí, nunca tendríamos nada importante que decir.

Tramas increíbles, desenlaces insólitos, hechos que se niegan a obedecer las leyes del sentido común. Con mucha más frecuencia de lo que se piensa, nuestras vidas se asemejan a las novelas del siglo XVIII. Justamente hoy he recibido otro montón de correo electrónico que la RPN me hace llegar, y entre los nuevos relatos se encontraba la siguiente historia, escrita por una mujer que vive en San Diego, California. La cito a continuación, no porque sea distinta sino, simplemente, porque es el ejemplo más reciente que tengo a mano:

Fui adoptada en un orfanato a la edad de ocho meses. Menos de un año después, mi padre adoptivo murió repentinamente. Fui criada por mi madre adoptiva junto con otros tres hermanos mayores, también adoptados. Cuando se es hijo adoptivo se tiene una curiosidad natural por conocer a tu familia biológica. Una vez casada y con casi treinta años, decidí comenzar mi búsqueda.

Había crecido en Iowa y, sin cejar en mi empeño, después de dos años localicé a mi madre natural en Des Moines. Nos citamos y fuimos a cenar juntas. Le pregunté quién era mi padre y ella me dio su nombre. Le pregunté dónde vivía y ella contestó «En San Diego», que era donde yo había estado residiendo durante los últimos cinco años. Me había mudado a San Diego sin conocer allí a un alma. Lo único que sabía era que quería vivir allí.

Al final resultó que yo trabajaba justo al lado del edificio donde lo hacía mi padre. Comíamos con frecuencia en el mismo restaurante. Nunca le hablamos a su mujer de mi existencia, puesto que, en realidad, yo no quería ocasionarle ningún trastorno en su vida. Aunque a él siempre le había gustado ir de flor en flor y siempre tenía alguna amiguita al lado. Su última novia y él llevaban «juntos» más de quince años, y ella se convirtió en mi fuente de información.

Hace cinco años mi madre natural se estaba muriendo de cáncer en Iowa. A la vez, me llamó la amante de mi padre para comunicarme que él acababa de morir debido a complicaciones cardíacas. Llamé a mi madre al hospital de Iowa y le comuniqué el fallecimiento de mi padre. Ella murió esa misma noche. Me contaron que los funerales tuvieron lugar el sábado siguiente exactamente a la misma hora: el de él, a las 11 de la mañana en California, y

el de ella, a la 1 de la tarde en Iowa.

Al cabo de tres o cuatro meses me di cuenta de que era necesario publicar un libro para hacer justicia al proyecto. Recibía muchas historias y muy buenas y sólo podía leer por la radio una fracción de aquellas valiosas colaboraciones. Algunas eran demasiado largas para el formato radiofónico que habíamos establecido, y la naturaleza efímera de las emisiones (una voz solitaria e incorpórea que flota cada mes por las ondas americanas durante dieciocho o veinte minutos) me impulsó a reunir las más memorables y a conservarlas. La radio es un instrumento poderoso, y la RPN llega a casi todos los rincones del país, pero no puedes retener las palabras en las manos. Un libro es algo tangible, y una vez que lo has cerrado siempre puedes volver al lugar donde lo dejaste y cogerlo otra vez.

Esta antología contiene 179 relatos, los que considero que son los mejores entre las cuatro mil historias, aproximadamente, que nos llegaron durante el pasado año. Pero también es una selección representativa, una versión en miniatura, de lo que fue el Proyecto Nacional de Relatos en su conjunto. Por cada relato que trata de un sueño o de un animal o de un objeto perdido que aparece en estas páginas, hay docenas de otros relatos recibidos, docenas de otros relatos que podían haber sido escogidos. El libro comienza con un cuento de seis renglones sobre una gallina (el primero que leí en la radio en noviembre del año pasado) y acaba con una meditación nostálgica sobre el papel que la radio juega en nuestras vidas. La autora del último relato, Ameni Rozsa, sintió la necesidad de escribirlo mientras escuchaba una de las emisiones del Proyecto Nacional de Relatos por la radio. Mi deseo había sido reunir una colección de fragmentos de la realidad americana, pero nunca habría pensado que el proyecto mismo pudiese convertirse también en parte de esa realidad.

Este libro ha sido escrito por personas de todas las edades y de todas las clases sociales. Entre ellas hay un cartero, un marino mercante, un conductor de trolebús, una lectora de contadores de gas y electricidad, un restaurador de pianos, un especialista en limpiar lugares donde se ha cometido un crimen, un músico, un hombre de negocios, dos sacerdotes, un recluso de una prisión estatal, varios médicos, diferente tipos de amas de casa, granjeros y ex militares. El colaborador más joven tiene apenas veinte años; el mayor ronda los noventa. La mitad de los escritores son mujeres, y la otra mitad, hombres. Viven en ciudades, en urbanizaciones, en zonas rurales, y pertenecen a cuarenta y dos estados diferentes. Al seleccionar los relatos jamás pretendí buscar un equilibrio demográfico. Únicamente los elegí basándome en sus méritos: por su humanidad, su autenticidad y su atractivo. Ésas han sido las cifras, y el resultado visible se debe a la pura casualidad.

En un intento de ordenar un poco este caos de voces y estilos diferentes, he clasificado las historias en diez categorías. Los títulos de los distintos apartados

hablan por sí mismos, aunque —excepto el del cuarto, «Disparates», que está compuesto en su totalidad de historias cómicas— el material es muy variado en cada una de las categorías. La gama de los contenidos va desde la farsa a la tragedia, y por cada acto de crueldad y violencia que pueda encontrarse en ellos hay siempre un contrapunto de amabilidad, generosidad o amor. Las historias avanzan y retroceden, suben y bajan, entran y salen, y al cabo de un rato la cabeza empieza a darte vueltas. Al pasar la página se pasa, también, de un colaborador a otro. Y uno se encuentra con una persona totalmente diferente, una serie de circunstancias totalmente diferentes y una visión del mundo totalmente diferente. Pero la diferencia es justamente el tema de este libro. En él se encuentran estilos elegantes y sofisticados y otros que son burdos y torpes. Sólo una pequeña parte de él se asemeja a algo que podríamos calificar de «literatura». Porque este libro es otra cosa: es algo puro y descarnado al mismo tiempo, y aunque sus autores carezcan de técnica, la mayoría de sus relatos son inolvidables. Me es difícil imaginar que alguien pueda leer este libro de cabo a rabo sin derramar una sola lágrima ni soltar una sonora carcajada.

Si tuviese que definir estos relatos, los llamaría crónicas desde el frente de la experiencia personal. Tratan sobre los mundos privados de los norteamericanos, y sin embargo una y otra vez se detectan en ellos las inexorables huellas de la historia, las intrincadas formas con las que cada sociedad acaba moldeando los destinos de los individuos. Algunos de los colaboradores de más edad, al repasar los hechos de su niñez y de su juventud, escriben inevitablemente sobre la Gran Depresión y la segunda guerra mundial. Otros, nacidos a mediados de siglo, continúan arrastrando las consecuencias de la guerra de Vietnam. El conflicto acabó hace veinticinco años, y sin embargo sigue vivo en nosotros como una pesadilla recurrente, una gran herida en el alma de la nación. Otros colaboradores, desde generaciones distintas, han escrito sobre la enfermedad del racismo en Estados Unidos. Este azote nos ha acompañado durante más de trescientos cincuenta años y no importa cuánto hayamos luchado para erradicarlo de nuestro entorno, todavía no hemos encontrado una cura.

Otros relatos se refieren al sida, al alcoholismo, a la drogadicción, a la pornografía y a las armas. La presión social incide continuamente sobre las vidas de estas personas, pero ninguno de los relatos pretende ser un análisis sociológico. Sabemos que el padre de Janet Zupan murió en 1967 en un campo de prisioneros de Vietnam, pero ella no escribe sobre ese drama. Con un ojo excepcional para los detalles visuales, relata una tarde en el desierto de Mojave mientras su padre persigue a su obcecado y recalcitrante caballo. Y sabiendo, como sabemos, lo que le ocurrirá a su padre dos años más tarde, leemos su relato como si fuese una especie de homenaje. No hay una sola alusión a la guerra, y sin embargo, de forma indirecta y debido al enfoque casi pictórico del momento que describe, sentimos desfilar ante nuestros ojos toda una época de la historia de Estados Unidos.

La risa del padre de Stan Benkoski. La bofetada en el rostro de Carol Sherman-Jones. La pequeña Mary Grace Dembeck arrastrando un árbol de Navidad por las calles de Brooklyn. La desaparición del anillo de boda de la madre de John Keith. Los dedos de John Flannelly atascados en los agujeros de la rejilla de acero inoxidable de la calefacción. Mel Singer luchando con su propio abrigo y perdiendo la contienda. Anna Thorson en el baile del granero. La bicicleta de Edith Riemer. Marie Johnson observando la filmación de una escena cinematográfica en la casa donde vivió cuando era niña. El encuentro de Ludlow Perry con el hombre sin piernas. Catherine Austin Alexander mirando la calle Setenta y cuatro por su ventana. El paseo por la nieve de Juliana C. Nash. El martini filosófico de Dede Ryan. El arrepentimiento de Carolyn Brasher. El sueño del padre de Mary McCallum. El botón del cuello de la camisa de Earl Roberts. Una tras otra, estas historias dejan una impresión indeleble en la memoria. Incluso después de haberlas leído todas, continúan grabadas de tal forma en nuestras mentes que uno las recuerda igual que ocurre con una parábola mordaz o un buen chiste. Las imágenes son claras, densas y un tanto ingravidas. Y todas son lo suficientemente pequeñas como para caber en un bolsillo. Como las fotos de la familia que solemos llevar encima.

PAUL AUSTER

3 de octubre de 2000

Animales

La gallina

Una mañana temprano de domingo iba bajando por la calle Stanton cuando vi, a pocos metros delante de mí, una gallina. Yo caminaba más deprisa, así que pronto le di alcance. A la altura de la avenida Dieciocho, estaba casi encima de ella. En la Dieciocho, la gallina giró en dirección sur. Al llegar a la cuarta casa se metió por el camino de entrada, subió los escalones del porche dando saltitos y picoteó con decisión sobre la puerta metálica. Momentos después, la puerta se abrió y la gallina entró.

LINDA ELEGANT
Portland, Oregón

Bribón

El resurgimiento del Ku Klux Klan en la década de 1920 fue un fenómeno que nadie ha explicado en profundidad. De repente las ciudades del Medio Oeste de Estados Unidos cayeron en las garras de esa orden secreta cuyo objetivo era eliminar de la sociedad a negros y judíos. En ciudades como Broken Bow, Nebraska, donde sólo había dos familias negras y una judía, fueron los católicos quienes se convirtieron en el objetivo. Los hombres del Klan murmuraban que el Papa tramaba tomar el poder en Estados Unidos, que los sótanos de las iglesias eran arsenales de armas y que los curas y las monjas montaban orgías después de la misa. Una vez acabada la primera guerra mundial y derrotados los alemanes, surgía una nueva causa para aquellas personas que necesitaban a alguien a quien odiar. Lo asombroso era su número.

En Broken Bow y en el condado de Custer muchísima gente se vio arrastrada por la mística de aquella sociedad secreta masculina, abanderada del lema «Nosotros contra Ellos» que parece ser algo universal entre los hombres. Dos de las personas que se opusieron a ellos fueron los banqueros locales: John Richardson y mi padre, Y. B. Huffman. Cuando recibieron la llamada telefónica del Ku Klux Klan conminándoles a boicotear a los católicos, ellos se negaron. Ante la negativa de ambos bancos, aquel intento del Klan se vio frustrado, aunque mi madre, Martha, pagó por ello cuando llegaron las elecciones a la dirección del colegio. Sufrió una aplastante derrota por culpa de las difamaciones que la acusaban de mantener una relación amorosa con el farmacéutico más conocido de la zona.

Llegó el día del desfile anual del Ku Klux Klan alrededor de la plaza de la ciudad. Siempre elegían un sábado estival, cuando la ciudad estaba repleta de rancheros y granjeros. Ataviados con túnicas blancas, capirotos y capuchas de tela con agujeros para los ojos, avanzaban con aire decidido en una demostración de dignidad y poder ante los ciudadanos, e iban encabezados por la figura poderosa, aunque anónima, del gran kláguila. La gente se alineaba en los bordillos de las aceras especulando sobre la identidad de los que desfilaban y cuchicheando sobre sus misteriosos poderes.

Entonces, un perrito blanco con manchas negras surgió dando saltos de uno de los callejones. Aquí hay que decir que, así como todo el mundo que vivía en Broken Bow se conocía, también conocían a los perros, por lo menos a los prominentes. Nuestro pastor alemán *Hidda* y el perdiguero de Art Melville eran personajes famosos.

El perro manchado corrió alegremente hasta el gran kláguila y empezó a saltar delante de él, reclamándole a aquella mano amada una palmadita en la cabeza. «*Bribón*», comenzó a oírse aquí y allá. «Es *Bribón*, el perro del doctor Jensen». Mientras tanto, el majestuoso gran kláguila agitaba sus largas piernas dentro de la túnica intentando apartar de un puntapié al que, obviamente, era su propio perro. «¡*A casa, Bribón, a casa!*.»

Inmediatamente corrió la voz por toda la calle, adelantándose al paso de la procesión. La gente ya no susurraba, sino que hablaba en alto para demostrar lo enterada que estaba. El público intercambiaba codazos y las risitas recorrieron las filas de espectadores como el murmullo de unas hojas arrastradas por un golpe de viento. Entonces apareció el hijo del doctor Jensen y llamó al perro. «¡Ven, *Bribón!* ¡Ven, *Bribón!*».

Aquello rompió la tensión. Alguien repitió el grito: «¡Ven, *Bribón!*». Entonces las risitas se convirtieron en risotadas y una enorme carcajada inundó la plaza de la ciudad. El doctor Jensen dejó de dar puntapiés a su perro y reanudó su marcha majestuosa, pero ya no impresionaba a ningún espectador. «¡Ven, *Bribón!* ¡Ven, *Bribón!*».

Ése fue el fin del Ku Klux Klan en Broken Bow. El doctor Jensen era un veterinario bastante bueno, especializado en animales grandes, y siguió trabajando normalmente para los rancheros y granjeros de la zona. Tal vez les gustaba llamarlo para luego poder cotillear de él con sus vecinos, pero hubo muy pocos que le tomaran el pelo. De vez en cuando algún listillo, al ver pasar al doctor Jensen en su coche, gritaba: «¡Ven, *Bribón!*». Después de aquello, al perrito blanco con manchas negras ya no se le permitió alejarse de casa.

YALE HUFFMAN
Denver, Colorado

La mariposa amarilla

En Filipinas era tradición empezar la catequesis de la Sagrada Comunión en el segundo curso. Todos los sábados teníamos que ir al colegio a ensayar cómo había que andar, llevar la vela, dónde sentarse, cómo arrodillarse y cómo sacar la lengua para recibir el Cuerpo de Cristo.

Un sábado mi madre y mi tío fueron a recogerme después de los ensayos en un Volkswagen escarabajo color amarillo. Mientras me acomodaba en el asiento de atrás, mi tío intentó arrancar el coche. Después de varias toses secas, el motor se apagó. Mi tío se quedó allí sentado con aire de frustración y mi madre se volvió hacia mí mientras se preguntaba qué podíamos hacer. Yo tenía entonces ocho años y, sin dudar, le dije que teníamos que esperar a que una mariposa amarilla tocara el coche para que volviese a funcionar. No sé si mi madre me creyó o no. Sólo sonrió y luego se volvió de nuevo para discutir con mi tío qué hacer a continuación. Éste se bajó del coche y le dije que iría a buscar ayuda a la gasolinera más próxima. Yo me quedé dormida varias veces y me desperté cuando regresó mi tío. Recuerdo que trajo un bidón con gasolina, que la echó en el depósito, que el coche no arrancaba, que estuvo tocando aquí y allá y que el coche seguía sin arrancar. Entonces mi madre se bajó y llamó un taxi. Paró un taxi amarillo. El taxista, al ver que teníamos un problema, en lugar de llevarnos a casa sugirió a mi tío que rociara el motor con un poco de gasolina. Aquel truco funcionó y, después de dar las gracias al buen samaritano, mi tío giró la llave y el coche arrancó a la primera.

Estaba quedándome dormida otra vez cuando, después de recorrer media manzana, mi madre me despertó. Su voz denotaba entusiasmo y asombro. Abrí los ojos y miré hacia donde señalaba. Revoloteando alrededor del espejo retrovisor había una diminuta mariposa amarilla.

SIMONETTE JACKSON
Canoga Park, California

La pitón

Vic compró la pitón tras una semana tremenda en el centro de día. Sus pacientes estaban todos majaretas. Marty *el Dócil* trajo drogas de la calle, algo que estaba absolutamente prohibido. Después, el Enano se puso a cien, cogió a una de las universitarias pijas que trabajaban como voluntarias y la retuvo como rehén durante dos horas. Cuando el Enano casi estrangula a la estudiante, Vic lo redujo y lo llevó al hospital. Todos los marrones le caían a Vic, el Director, la Gran Enfermera: lío tras lío, todos los follones se amontonaban sobre sus espaldas.

Para empeorar las cosas, los medios de comunicación estaban haciendo la guerra a los centros de salud mental privados. En las noticias de las seis, Vic había estado defendiendo el disparatado punto de vista que mantenía el municipio a favor del uso de viviendas compartidas. Opinaba que las casas particulares suponían una mejora frente a los oscuros sanatorios de ladrillo gris, y que era más positivo para los enfermos vivir dentro de la comunidad que estar encerrados detrás de barrotes de hierro. ¿Por qué los tipos que se esforzaban en esa encomiable labor nunca veían un duro? Después de calentarse la boca, Vic sintió la poderosa necesidad de buscar una distracción para relajarse.

Carrie, su mujer, había dejado claro que no podía soportar a las serpientes, pero, entre su trabajo de profesora durante el día y sus actuaciones nocturnas, en las que tocaba el saxofón, pasaba mucho tiempo fuera de casa. Además, a ella y a las niñas les molaban un montón las iguanas que había llevado a casa. *Zoloft*, la plateada, pasaba todo el día tumbada dentro de su caja de cristal, que llegaba hasta el techo y que estaba colocada en el centro del comedor. Durante la cena, el parpadeo de aquellos ojos amarillentos calmaba a Vic. *Prozac*, la rosada, tenía su propio habitáculo de madera contrachapada en la habitación de las niñas. Cuando Sherry, su hijita de cuatro años, se ponía a gatas para introducir hojas de col y de lechuga en la guarida de *Prozac*, Vic no le quitaba el ojo de encima. Las iguanas tienen unas garras muy afiladas, y a él ya le habían hecho unos arañazos bastante feos.

Vic leía todo lo que caía en sus manos sobre la terapia con animales y el efecto tranquilizador que los perros y los gatos podían ejercer sobre la gente mayor. Aunque necesitaba la serpiente para su propia terapia, siempre podía aducir que era un gasto relacionado con su trabajo. Tal vez así convenciese a Carrie. Llevó a las niñas de tiendas a ver serpientes; después las alistó en su bando.

—Mami, es guay —suplicó Ella, la mayor.

—Puede hacerle compañía a *Prozac* —dijo Sherry.

—¿Qué come? —preguntó Carrie. Vic se dio cuenta de que estaba cediendo.

—Eso no es problema —contestó Vic—. Come ratones y conejos, pero eso lo consigo en la tienda de reptiles. Tú no tienes por qué verlos.

—Por favor, mami —suplicaron las niñas al unísono.

Carrie asintió, era buena gente. Si Vic nunca se había quejado por sus salidas nocturnas, ¿por qué iba a molestarle a ella su hobby? En cuanto viese lo preciosa que era la pitón —esa piel gruesa y áspera con sus magníficos dibujos en forma de diamante—, acabaría admitiendo que era la mejor obra de arte que habían tenido en toda su vida.

Vic bautizó a la pitón con el nombre de *Jung*. Pensó en llamarla *Freud*, pero le pareció que era pasarse un poco. La primera vez que sacó a *Jung* de la caja y se enroscó la enorme serpiente alrededor del cuello, Carrie y las niñas se quedaron deslumbradas. Les dejó que tocaran aquella piel dura y escamosa. Les encantó la diminuta lengua que titilaba y centelleaba como una llamita, moviéndose con tal rapidez que parecía casi un espejismo. Vic sentía el poder de la serpiente, su peligro, pero sabía cómo controlarla. Comparada con una casa llena de esquizofrénicos, la pitón era pan comido.

Sabía que iba a ser un lío sacar a *Jung* de su caja y meterla en otra donde poder transportarla, pero necesitaba un número diferente para su trabajo. Una vez en la residencia, Vic se colocó a *Jung* en perfecto equilibrio sobre los hombros. El silencio invadió la ruidosa sala de estar y los ocho esquizofrénicos allí sentados se quedaron mirándole, paralizados. Vic dio una vuelta a la sala lentamente, dejando tocar la piel de la pitón a todos los que se atreviesen. La amplia sonrisa de Marty *el Dócil* también se trasladó a la cara regordeta del Enano. Mejor que las drogas, mejor que los grupos. Ahora estaban todos atentos a lo que sucedía. Vic sintió cómo la poderosa bestia se enroscaba a su alrededor con más fuerza. Apartó los brazos para que *Jung* pudiese desenroscarse. Las escamas refulgían y parecía que la pitón disfrutaba con su actuación. Abandonó los hombros de Vic y se deslizó hasta enroscarse alrededor del ancho torso de su dueño. Mientras los locos observaban en azorado silencio, *Jung* descendió en espiral por el torso de Vic, envolviéndole en un asombroso abrazo.

JUDITH BETH COHEN
North Weymouth, Massachusetts

Pooh

Hace treinta años, en mi época hippie, acepté quedarme con una perra pastor alemán blanca un poco tonta. Había pertenecido a un matrimonio que se mudó a un edificio de Aspen, Colorado, donde no aceptaban animales. Yo vivía en Leadville, un pueblo minero a tres mil metros de altitud.

Como sucedía con muchos hippies asalariados, yo tenía una doble personalidad. Una parte de mí vivía cuidando de una casa en el centro de Leadville y trabajaba como recepcionista en el hospital. Y mi otro yo vivía entre los inmensos pinares, compartiendo un garaje reformado de dos plantas con mi perra *Pooh* y con Jak, un armero hippie coreanoholandés, amante de la velocidad, que medía más de un metro noventa y tenía el cabello largo y moreno atado en una coleta. El Jak asalariado era un técnico cualificado que había recibido una carta de reconocimiento presidencial por diseñar componentes utilizados en un módulo de aterrizaje espacial.

Como la mayoría de los animales domésticos que viven fuera de la ciudad, *Pooh* vagabundeaba a sus anchas por los bosques y recalaba en casa con menor frecuencia a medida que el invierno iba dando paso a la primavera. Nos dimos cuenta de que estaba preñada, pero después se fue y no la volvimos a ver. Más tarde recibimos la queja de unos vecinos que nos avisaron que *Pooh* había dado a luz debajo de su remolque. ¡Trece cachorros! Nos llevamos los perros a casa. La tonta de *Pooh* se convirtió en una mamá bastante competente.

Una mañana, acababa de entrar a trabajar en el hospital y recibí una llamada del sheriff. Me dijo que *Pooh* había vuelto a llevar a sus cachorros al terreno de los vecinos, que éstos habían llamado a la perrera, y me pidió que fuera tan amable de acercarme hasta su oficina para hacer el papeleo necesario para sacar a los perros de allí. Mi jefa, una especie de fornida madraza de Oklahoma que se llamaba Lahoma, tuvo que admitir que yo era una chica que no causaba problemas y me dio la mañana libre. Salí pitando para el centro. Para mi horror, descubrí que había que pagar una multa de diez dólares por perro antes de que me los entregasen. ¡Ciento cuarenta dólares! Como si hubieran sido mil... Les monté un escándalo, pero fue en vano, y me marché con cajas destempladas.

¡Era la revolución! ¡Yo era una loba disfrazada de cordero! Me fui a todo correr a mi «casa del pueblo», cogí varias herramientas destructoras y una enorme cesta para la ropa, y me encaminé a la perrera. Por increíble que parezca, cuando llegué, a las diez de la mañana, las instalaciones estaban abiertas de par en par y no había ningún cuidador. Amontóné los cachorros dentro de la cesta, metí a *Pooh* en el coche y conduje a toda pastilla montaña arriba. Me alejé dos kilómetros del pueblo, los dejé a todos junto al río y regresé a mi trabajo.

Una hora después sonó el teléfono. Era Jak. ¡*Pooh* y los cachorros habían

desaparecido! ¡En la oficina del sheriff estaban consternados! ¡Y además habían dado aviso en todo el condado para atrapar a los ladrones de los perros!

A la hora de almorzar me reuní con los agentes de la ley y con Jak en la perrera. Jak estaba hecho un basilisco, tanto que tuve que llevármelo aparte y ponerle al corriente de lo que había pasado antes de que organizase allí un linchamiento. Como no era muy buen actor, decidimos que era mejor que yo viviese en el pueblo durante un tiempo y que le mantuviese al margen de los acontecimientos para preservar la inocente relación de amiguete de barra que mantenía con el sheriff y sus ayudantes. No es que no estuviese orgulloso de mí, pero me había convertido en una delincuente y tenía que arreglármelas sola.

Después del trabajo cogí el coche y me fui al pueblo de al lado a comprar un enorme saco de Purina. En medio de la fría noche y con una luna enorme, fui al río a llevarle comida a *Pooh*. Todas las noches iba a visitar a la familia canina. *Pooh* salía orgullosa a mi encuentro, como una loba blanca. Tras ella, corriendo hacia mí bajo la luz de la luna y tropezando acá y allá en las raíces de los sauces llorones, aparecían sus trece cachorros, fuertes y hermosos, impacientes por recibir unos arrumacos. Fueron unos de los momentos más mágicos de mi vida.

Hasta que, una noche, nadie salió a recibirme. Los perros habían desaparecido. No había forma de averiguar lo sucedido, así que no me quedaba más que esperar a ver qué se cotilleaba por el pueblo.

¿No resultaba extraño que cuando la oficina del sheriff repartió los cachorros de *Pooh* entre diferentes vecinos, nadie nos telefonease para decirnos que los habían encontrado?

Unas semanas después, Jak se vio envuelto en una pelea en el bar porque uno de los ayudantes del sheriff empezó a alardear de haber disparado a una perra blanca que protegía a sus cachorros con tal fiereza que no había quien se acercase a ellos.

PATRICIA L. LAMBERT
Eugene, Oregón

El chucho neoyorquino

En uno de los momentos de desesperación que me sobrevinieron tras la muerte de mi marido, decidí ir al teatro con la esperanza de animarme un poco. Yo vivía en el East Village y el teatro estaba en la calle Treinta y cuatro. Decidí ir andando. No habían pasado ni cinco minutos cuando un chucho callejero empezó a seguirme. Hacía todas las cosas que un perro suele hacer con su amo, se alejaba a explorar para luego regresar corriendo en busca de su compañero. Aquel animal atrajo mi atención y me incliné para acariciarlo, pero se alejó corriendo. Otros peatones también se fijaron en el perro y lo llamaban para que se acercase, pero él no les hacía ningún caso. Compré un helado y ofrecí al perro un poco de barquillo, pero aquello tampoco sirvió para que se acercase. Cuando estaba llegando al teatro me pregunté qué pasaría con el perro. Justo cuando estaba a punto de entrar, se acercó por fin a mí y me miró directamente a la cara. Y me encontré mirando a los compasivos ojos de mi marido.

EDITH S. MARKS
Nueva York, Nueva York

Chuleta de cerdo

A principios de mi carrera como especialista en limpiar lugares donde se ha cometido un crimen, me enviaron a casa de una mujer que residía en Crown Point, Indiana, a unas dos horas de donde yo vivía.

Cuando llegué, la señora Everson me abrió la puerta y enseguida percibí el olor a sangre y a carne que emanaba de la casa. Era un anticipo del desastre que había allí dentro. Un pastor alemán bastante grande seguía a la señora Everson allí donde fuese.

La señora Everson me contó que había llegado a casa y la había encontrado envuelta en un silencio total, a pesar de que su suegro, anciano y bastante enfermo, vivía allí. El pastor alemán me olisqueaba con la curiosidad característica de un carnívoro de gran tamaño.

Vio que la luz del sótano estaba encendida y supuso que el anciano estaría allí. Se lo encontró desplomado en una silla. Se había metido una escopeta del calibre doce en la boca y había apretado el gatillo, volándose la cabeza y desparramando sesos, huesos y sangre por todo el coqueto sótano.

Bajé a echar un vistazo y me di cuenta de que tendría que ponerme un traje Tyvek. Más por no mancharme la ropa de sangre que para protegerme contra cualquier cosa que pudiera haber en ella.

Vaya desastre, pensé para mis adentros. A pesar de todas mis precauciones, pronto me encontré cubierto de sangre desde la cabeza a los pies. No importa los años que llevo haciendo este trabajo: me sigue pareciendo asqueroso y desagradable. Supongo que eso es una buena señal.

Hice varios viajes desde el sótano hasta mi camión, cargando todo tipo de cosas manchadas: paneles del techo, prendas de ropa, trozos de la silla donde había estado sentado el anciano. Noté que aquel perro curioso empezaba a seguirme con creciente interés.

Por experiencia, sabía que era mejor callarse que decir algo fuera de lugar cuando alguien estaba atravesando un momento de dolor. Pero aquella señora estaba sentada junto a la mesa de la cocina con la cabeza hundida y llorando sin parar. Me pareció que debía decirle algo para aliviar la tensión. Su perro no dejaba de seguirme por toda la casa mientras hacía mi trabajo, así que pensé que sería una buena excusa para romper el hielo. Le dije: «¿Sabe una cosa, señora Everson? Éste debe de ser el perro más simpático que he visto en mi vida».

De repente, como si le hubiesen echado un vaso de agua fría en la cabeza, la señora Everson se enderezó en su silla, se quedó mirándome como si yo fuese tonto y dijo: «¡Joder, claro...! ¡Si hueles igual que una chuleta de cerdo!».

ERIC WYNN

Warsaw, Indiana

B

Cuando tenía quince años conocí a un perro de una raza poco común en este país. Se estableció una química especial entre nosotros. El perro tenía una personalidad extraordinaria, al igual que su nombre: un monosílabo que comenzaba con la letra B. Yo iba a visitar a *B* todos los días al salir del instituto. Cuando empecé a ir a la universidad y ya no pude verlo más, lo eché muchísimo de menos. Diez años después me puse en contacto con un criador de perros y le pedí un cachorrito que fuese como *B*. Me dijo que un pequeño apartamento en Nueva York no era el lugar más apropiado para un cachorro de tal categoría y se negó a vendérmelo.

Me inscribí en la Sociedad Protectora de Animales y al día siguiente salí al extranjero en viaje de negocios. Durante mi estancia, un amigo me invitó a pasar un fin de semana en la casa de campo de su madre, pues le había dicho que quería conocerme. A la hora de la comida siempre había un cubierto dispuesto en la mesa para ella, pero la señora nunca apareció. El domingo volvíamos en coche a la ciudad por un camino arbolado cuando nos encontramos con una mujer altísima y de aspecto austero, flanqueada por los dos perdigueros más grandes y tranquilos que he visto en mi vida. Mi amigo me presentó a su madre. No me bajé del coche y ella sólo me dirigió dos o tres palabras. Mientras la observaba hablar, sin disculparse en ningún momento por su notoria ausencia, me invadió una sensación que no había sentido desde mis días de instituto con *B*. Me pareció que existía la misma afinidad entre la mujer y los dos perros que tenía junto a ella. Nos dijimos unas breves palabras de despedida y seguimos viaje.

De vuelta en Nueva York, dos semanas más tarde, recibí por la mañana una llamada de la Sociedad Protectora de Animales. Me habían conseguido un cachorro de gran tamaño, y preguntaban si me interesaba quedármelo. A esas alturas ya no contaban conmigo, pues me habían estado llamando mientras estaba en el extranjero sin obtener respuesta. Aquella última llamada se había debido, curiosamente, a un error técnico en su base de datos. Pero el cachorro seguía allí. Llamé al trabajo y dije que no podía ir porque me encontraba mal, cogí un taxi y fui directa a la Sociedad Protectora de Animales de la calle Noventa y dos, junto al río. Me condujeron hasta una pequeña jaula que se hallaba en medio de un enorme laberinto de jaulas para perros, dispuestas en tres alturas. Tumbado lánguidamente en el suelo había un cachorro negro. Excepto por su aspecto demacrado, era exactamente igual que *B*. Abrí la puerta, me agaché e hice todo lo imposible para que se acercase a mí. El severo e impassible encargado me aseguró que aquel cachorro no me convenía. Era obvio que el animal era demasiado terco. Me puse de pie, dispuesta a marcharme. Pero entonces, por alguna razón, me vino a la mente el nombre *Ben*. Lo dije en voz alta y me detuve. Cuando me di la vuelta, el cachorro salió corriendo de la jaula, dio

un salto, me puso las patas alrededor del cuello, me lamió la cara y se hizo pis encima de mí. En contra de todas las objeciones del encargado, me quedé con aquel cachorro de perdiguero llamado *Ben*.

Los dos estábamos exhaustos cuando llegamos a mi apartamento ya tarde aquella noche. Nada más entrar, vi en el suelo un sobre azul de correo aéreo que alguien había deslizado por debajo de la puerta, aparentemente por error. El cachorro se quedó paralizado delante del sobre y se negó a entrar en mi apartamento hasta que recogí la carta del suelo. Mientras la leía, se sentó y no me quitó los ojos de encima. La carta era de la madre de mi amigo, el que vivía en el extranjero. Se disculpaba por escribirme puesto que apenas nos conocíamos. Le había pedido mi dirección a su hijo. En su carta me decía que, por alguna misteriosa razón, sintió que era importante comunicarme que su perro, *Ben*, al que yo había conocido en aquel camino arbolado, había muerto repentinamente. Sólo quería que lo supiese. Antes de despedirse me preguntaba si había encontrado ya al cachorro que buscaba.

SUZANNE STROH
Middleburg, Virginia

Dos amores

En octubre de 1977 yo tenía doce años y estaba loco por el béisbol y por *Colby* (nuestro sofisticado gato negro de andares arrogantes). Una tarde esos dos amores se conjugaron sorprendentemente.

Cansado ya de lanzar pelotas de tenis contra la pared del patio trasero de casa, enarbolé mi bate Wiffle y empecé a batear mis cuatro o cinco pelotas Spalding a través del patio. Una a una, se fueron quedando enredadas entre las ramas de un viejo peral. Al poco rato sólo me quedaba una pelota de tenis que acabó sufriendo la misma suerte. Comencé a lanzar mi guante, modelo Jim O'Toole, para intentar desenredar las pelotas. El guante quedó atrapado. Decidí lanzarles mi bate, que era bastante ligero. El bate quedó atrapado. Antes de que acabara sin mis zapatillas de deporte, *Colby* entró contoneándose en escena. Se sentó durante unos instantes, con la cabeza ladeada, mientras estudiaba la situación de impotencia en la que me hallaba. A continuación mi héroe trepó decidido al árbol, deslizándose con movimientos expertos para alcanzar las zonas más inaccesibles y lograr dar un hábil manotazo a cada uno de los artículos deportivos que el árbol había tomado como rehenes. Poco después la operación culminaba con éxito, mientras el último objeto caía entre mis incrédulas manos.

WILL COFFEY
North Riverside, Illinois

La historia de un conejo

Hace un par de años fui a visitar a una amiga con la idea de disfrutar juntos un compact que acababa de comprar. Me encaramé sobre una silla de madera de su salón, poniendo sumo cuidado en evitar todo contacto con el gato que estaba repantigado en el sofá, mil veces más cómodo y mullido.

Cuando ya llevábamos un rato escuchando la música, por el rabillo del ojo divisé un segundo gato que bajaba por la escalera. Hice un leve comentario de reproche, del tipo que podría esperarse de alguien que sufre alergia.

—Pero si eso no es un gato —me aclaró mi amiga—. Es un conejo que tiene mi hija.

Entonces recordé algo que había oído una vez. Le pregunté:

—¿Es verdad que hay que tener cuidado si los dejas sueltos por la casa, porque los conejos tienen la costumbre de morder los cables y pueden...?

—Sí —contestó—. Hay que estar muy atento.

Entonces se me ocurrió hacer un chiste. Le dije que si un día se encontraba al conejo electrocutado, me llamase inmediatamente. Que yo iría a buscarlo, me lo llevaría a casa y lo cocinaría para la cena. Nos reímos un rato con mi ocurrencia.

El conejo desapareció de nuestra vista. Poco después mi amiga se marchó del salón a buscar un lápiz y regresó inmediatamente con el rostro desencajado. Le pregunté qué sucedía y me contestó que el conejo acababa de morder el cable de una lámpara y que se había electrocutado exactamente como yo lo había descrito. Ella había llegado justo cuando sacudía las patas y moría.

Corrí a la habitación de al lado para comprobarlo con mis propios ojos. Allí yacía el animal inerte, con sus dos dientes delanteros todavía hincados en el cable marrón. Cada pocos segundos se veía centellear un diminuto puente eléctrico entre los dos dienteitos.

Mi amiga y yo nos miramos estupefactos. No sabíamos si ponernos nerviosos o tomárnoslo con humor. Cuando se hizo evidente que había que hacer algo, cogí una escoba y aparté del cable a aquel conejo que seguía cocinándose lentamente.

Seguimos allí de pie durante otro rato mirando el cadáver boquiabiertos. Por fin mi amiga habló. Acababa de ocurrírsele algo.

—¿Te das cuenta de que podías haber pedido *cualquier cosa*? —dijo.

—¿A qué te refieres? —le pregunté.

—Antes, cuando has dicho que te llevarías el conejo a casa y lo cocinarías para la cena —dijo—. En ese momento, cuando has sugerido esa posibilidad, igual de fácil podías haber pedido un millón de dólares o cualquier otra cosa que desearas. Y lo hubieses conseguido. Ha sido uno de esos momentos irrepetibles, esos momentos en los que cualquier cosa que pidas puede hacerse realidad.

Jamás he tenido la menor duda de que mi amiga estaba en lo cierto.

BARRY FOY
Seattle, Washington

Carolina

Cuando estuve trabajando en una zona rural de Honduras como voluntaria en el Cuerpo de Paz, el gobierno envió a un equipo de agrimensores al pueblo donde vivía para estudiar el terreno y decidir el mejor trazado para levantar un tendido eléctrico. Uno de los hombres del equipo, Pablo, se encaprichó conmigo de un modo obsesivo. Los sentimientos distaban mucho de ser mutuos, sobre todo porque siempre que le veía estaba absolutamente borracho. Me seguía a todas partes, llamaba a mi puerta y, si no me encontraba, preguntaba a los vecinos dónde estaba la gringa. Más adelante, Pablo decidió llevar su optimismo hasta el límite y anunció que nos casaríamos el domingo siguiente. Invitó a todo el mundo a nuestra boda y desplegó los mejores manjares que se habían visto en aquel lugar. La pena fue que nadie acudió al festín, ni siquiera la novia.

Entonces, se dio cuenta de que yo confiaba mis secretos a mi mula *Carolina*, que siempre se me acercaba trotando cuando iba a verla al prado donde pastaba. Solía acariciarme con el hocico mientras yo vertía mis problemas en sus grandes y comprensivas orejas. Pablo decidió conquistar mi corazón usando a la mula de intermediaria.

El problema de esa estrategia era que *Carolina* detestaba profundamente a los borrachos. Pateaba el suelo y relinchaba cada vez que olía el alcohol. Pero Pablo estaba demasiado borracho como para darse cuenta. Cuando se acercó a la mula, ésta intentó alejarse. Pero él la arrinconó, así que *Carolina* le dio una coz y lo dejó tumbado en el suelo. Pablo se puso de pie, se dirigió tambaleándose hasta la mula y en un instante estaba otra vez en el suelo. No se dio por vencido hasta que estuvo cubierto de cardenales de la cabeza a los pies.

Al día siguiente, Pablo se inventó la fantasía de que *Carolina* había muerto y acabó creyéndosela, a pesar de tenerla delante de sus propios ojos pastando feliz en el prado. Intentó reclutar a cuantos pasaban por allí, instándoles a traer sus palas para ayudar a enterrar a la mula porque yo estaba demasiado afectada por su muerte como para hacerlo sola. Regañaba a todo el que se negaba a ayudarlo y les decía que eran unos vagos, que no tenían ninguna compasión por mí, a pesar de que yo trabajaba tanto para ayudar a los niños de la zona.

Más adelante vinieron varios amigos míos a casa para contarme cómo habían ido creciendo los rumores sobre la muerte de *Carolina*. Pero a pesar de lo que Pablo iba diciendo por ahí, ella seguía tan saludable y tranquila. Decidí llevarla a otro prado para que no pudiese hacerle ningún daño y para que tampoco él sufriese más accidentes. Cuando fui a buscarla, Pablo estaba inconsciente en el suelo y no me vio llevármela.

Pocos días después, yo bajaba por un sendero de la montaña montada a lomos de

Carolina y me encontré con Pablo, que parecía estar bastante sobrio aunque muy perplejo. Yo exclamé: «¡Mire! ¡Se resucitó»^[1]!

Pablo se quedó blanco como un fantasma y musitó: «¡Dios mío»^[2]! Se dio la vuelta y se alejó corriendo lo más rápido que pudo para no regresar jamás.

KELLY O'NEILL
Lock Haven, Pensilvania

Andy y la serpiente

A Andy le fascinaban los animales. Todos los días hablaba de serpientes, perros y gatos. Hablaba con la pasión de un activista de los derechos de los animales y, francamente, con el retorcido amor de un cazador.

Una vez me leyó una historia de su diario. Dijo que era verídica y que le había ocurrido durante su adolescencia. Vivía entonces en una urbanización nueva de Tejas, en una zona que, hasta hacía poco, había sido agreste y casi selvática. Tenía alrededor de catorce años y no tenía amigos, a excepción de su hermanito, que era más un saco de boxeo que un amigo. Después de vivir y escuchar sus historias, estoy seguro de que su hermano echaba a correr cada vez que le veía acercarse. Sucedió poco antes de que se convirtiera en un drogadicto y en un momento en que su hermano no estaba cerca para distraerle y aplacar su aburrimiento. Andy salió a dar un paseo por las afueras de la nueva urbanización, en lo que quedaba de campo abierto.

En aquella zona la capa de tierra tenía poco espesor. Podía levantarse fácilmente con la punta de la bota. Debajo no había más que roca. En aquella tierra no podía crecer casi nada, pero eso a las malas hierbas las traía sin cuidado. Ellas crecían altas y espesas. Cerca de la zona corría un riachuelo que iba a parar a una canalización subterránea. Sus márgenes eran bastante profundas y cuando llovía, la corriente se convertía en un río caudaloso y con cierto peligro. A Andy y a todos los chicos de la zona se les repetía a diario que no se acercaran allí. Pero como estaba aburrido, Andy se fue directo a aquel lugar. En el camino vio una serpiente enorme que debía de medir casi dos metros. Se deslizaba a lo largo de la margen del riachuelo, entrando y saliendo de la maleza. Brillaba y resplandecía bajo el sol. Sus escamas eran como una coraza que atrapaba todos los colores y los reflejaba a la velocidad de la luz, pero de uno en uno. Andy no podía dejar de mirarla. Pensó que aquella serpiente era un regalo que le enviaba Dios. La siguió hasta verla bajar por el profundo barranco de la orilla en dirección al lecho del riachuelo. El terreno era peligroso porque era de pizarra y se desmoronaba fácilmente, además de encontrarse plagado de pozas y de cuevas. Las paredes del barranco estaban cubiertas de matojos de hierba. Andy se quedó allí de pie, observando a la serpiente, que se había detenido. Aun quieta, refulgía, resplandecía y brillaba.

Andy estaba en trance, un estado que no volvería a experimentar hasta que empezó a inyectarse cocaína en vena, mezclada con la proporción justa de LSD. No oyó acercarse los coches a su espalda. No se movió hasta que una piedra le golpeó.

—¡Eh! ¿Qué coño hacéis? —dijo. Se volvió y vio a un grupo de unos cinco chicos y tres chicas, ninguno de los cuales parecía tener más de veinte años. Le pareció reconocer a alguno del colegio.

—¿Quién ha dicho «coño»? —dijo uno de los chicos, que también parecía

aburrido.

Andy olía las ganas de pelea en aquel chico, pero se lo tomó con calma.

—He sido yo —contestó. Y añadió inmediatamente—: Ahí hay una serpiente tan grande que te apuesto a que no la tocas.

Todo el mundo miró hacia donde estaba la serpiente.

—¿Pero qué mierda estás diciendo? No necesito tocarla para acabar con ella. — Entonces se metió en uno de los coches y volvió con una pistola pequeña. Apuntó y disparó a la serpiente. Falló pero saltaron esquirlas de pizarra en todas direcciones. La serpiente se deslizó barranco abajo y se metió en una cueva.

—¿Qué serpiente? —dijo el chico, y miró a Andy con la pistola todavía en la mano—. ¿Tienes alguna otra serpiente a la que pueda disparar? —le preguntó.

—No. Pero puedo traerte a ésa.

Todos los chicos empezaron a reírse y a insultarle. Nadie podía bajar por aquellos barrancos, sólo las serpientes.

Andy dijo:

—Si bajo hasta allí y cojo la serpiente, me das tu pistola.

—De eso nada, chico —contestó el otro.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo de que pueda hacerlo? —preguntó Andy.

Delante de su pandilla, el joven contestó:

—Está bien. Ve a buscarla. Si coges la serpiente y la traes hasta aquí, te doy mi pistola.

Andy no sentía miedo. O, si lo sentía, nunca se dejaba vencer por él en casos como aquél. Fue a la orilla del barranco y bajó arrastrándose hasta la cueva donde había visto entrar a la serpiente. La pendiente era tan inclinada que los chicos y sus amigas apenas le veían. Seguían gritándole: «Estúpido», «Tonto del culo», «Gallina». Andy no decía nada. Conociéndole como le conozco ahora, estoy seguro de que en su cara llevaría reflejada la sonrisa de la muerte.

Al acercarse a la cueva comenzó a moverse muy despacio. La rodeó con cuidado. Luego se agachó sobre el terreno y gateó lentamente hasta la entrada. La cueva era enorme. Pero nadie hubiese podido verla, y menos aún, ver dentro de ella, si el sol no hubiese estado alto. Desde allí, Andy veía el interior perfectamente. Localizó a la serpiente justo un poco más allá de la entrada. La vio refulgir y resplandecer al sol, recortándose en el fondo oscuro de aquellas paredes invisibles. Vio a la serpiente abrir la boca como si bostezara. Vio sus ojos verdes clavados en el vacío. La vio, la agarró y luego la mató, golpeándole la cabeza contra el suelo rocoso de la cueva.

Por un instante había dejado de oír los gritos de los chicos que estaban arriba, en la carretera, pero en ese momento volvió a oírlos. Repetían insistentemente: «¡Eh, tío!». Él respondió: «Ya voy». Entonces empezaron a preguntarle: «¿La has cogido?» y ellos mismos se contestaban: «Eso es imposible, tío. Es imposible que coja esa

serpiente». El tipo de la pistola dijo: «Da igual, ése es un estúpido y un gallina». Andy no dijo nada y continuó escalando el barranco. Necesitaba las dos manos, así que se enroscó la serpiente muerta alrededor del cuello y subió, palmo a palmo, la pendiente de pizarra a cuatro patas, arañándose las manos y las rodillas. Empezó a sudar y se secó el sudor de la frente con una mano ensangrentada y, después, con la otra. Cuando llegó al borde de la pendiente, se detuvo. Nadie le veía. Recuperó el aliento y después subió una pierna por encima del saliente y se impulsó hacia arriba con la otra.

Los chicos y las chicas le miraron sorprendidos. Nadie abrió la boca, pero Andy sonreía de oreja a oreja. El chico de la pistola seguía sosteniéndola en la mano, pero se había quedado boquiabierto. Todas las chicas le miraban como si fuera algo más que un guaperas insoportable. El chico de la pistola dijo:

—Bueno, eso ha sido increíble, tío, pero no pienso darte mi pistola.

—Lo has prometido —dijo Andy.

—Lo que se promete a los locos no tiene ningún valor.

Andy comenzó a andar hacia el chico y dijo:

—Nunca prometas nada que no puedas cumplir.

El chico retrocedió uno o dos pasos e hizo un amago de levantar la pistola.

—No te acerques a mí, tío.

Andy no dijo nada y continuó avanzando. Mientras lo hacía, se iba desenroscando la serpiente muerta que, para entonces, se había vuelto gris, aunque seguía siendo enorme, y la lanzó contra el chico. Éste alzó los brazos para desviarla y se cayó de espaldas con la serpiente encima.

Andy se inclinó, cogió la pistola y dijo:

—Puedes quedarte con la serpiente, tío. De todos modos, ya no sirve para nada.

Los otros se rieron. El chico de la pistola se levantó y dijo:

—Eh, devuélveme mi pistola.

—Es mi pistola —dijo Andy—. Tú tienes una serpiente. Dispárala.

El chico de la pistola estaba dispuesto a pelear, pero a Andy se le puso esa cara que hacía que hasta su propio hermano saliese huyendo de él.

Otro chico, grandullón, dijo:

—Basta, hombre. Tú le has prometido la pistola a cambio de la serpiente y él ha cumplido. —Luego se volvió hacia Andy y le dijo—: Hasta luego, tío.

Subieron todos a sus coches y se marcharon. Una de las chicas le miró por la ventanilla trasera. Le sonrió y le hizo adiós con la mano. Andy regresó andando a su casa con la pistola en la mano, con la enorme sonrisa todavía dibujada en el rostro.

RON FABIAN
Parma, Míchigan

Cielo azul

En 1956 la ciudad de Phoenix, Arizona, tenía un cielo azul infinito. Un día se me ocurrió mostrarle aquel cielo a *Perky*, el periquito de mi hermana Kathy, mientras lo estaba paseando por la casa posado en un dedo de mi mano. Tal vez pudiese encontrar allí fuera algún amigo pajarito. Lo saqué al patio y, para horror mío, *Perky* se alejó volando. El enorme y despiadado cielo se tragó el tesoro azul de mi hermana, que desapareció súbitamente con las alas recortadas y todo.

Kathy consiguió perdonarme. Con fingido optimismo intentó, incluso, convencerme de que *Perky* encontraría un nuevo hogar. Pero yo era demasiado lista como para creerme una cosa así. No había quien me consolara. Pasó el tiempo. Poco a poco, mi gran remordimiento pasó a ocupar un modesto lugar frente a las cosas más importantes de la vida, y todos fuimos creciendo.

Décadas después, vi crecer a mis propios hijos. Compartíamos sus actividades, y pasábamos algunos sábados de fútbol sentados en las sillas plegables junto a los Kissell, que eran los padres de los amigos de mis hijos. Las dos familias íbamos juntas a acampar por Arizona. Nos apiñábamos en la furgoneta para ir todos al cine. Nos convertimos en íntimos amigos. Una tarde jugamos a un juego que consistía en contar historias de mascotas inolvidables. Alguien afirmó poseer el pececito de colores más viejo que existía. Otro, que tenía un perro vidente. Entonces Barry, el padre de la otra familia, tomó la palabra y proclamó que la Mascota Más Fabulosa de la Historia era su periquito azul: *Bombón*.

—Lo mejor de *Bombón* —dijo— fue la forma en que llegó hasta nosotros. Un día, cuando yo tenía unos ocho años, surgió del cielo límpido y celeste un pequeño periquito azul que descendió lentamente y se posó en mi dedo.

Cuando por fin recuperé el habla, analizamos las increíbles pruebas. Las fechas, los lugares y las fotos del pájaro, todo coincidía. Parecía que nuestras familias habían estado conectadas incluso mucho antes de que nos conociéramos. Y así fue como, cuarenta años más tarde, corrí a decirle a mi hermana: «¡Tenías razón! ¡*Perky* está vivo!».

CORKI STEWART
Tempe, Arizona

Indefensión

Mi hermana y yo volvíamos de la escuela caminando por el sendero de tierra. El aire era tibio como en verano y pensé que a los dos nos habría gustado que fuera verano, pero era otoño. Los álamos habían perdido las hojas. Los cazadores de ciervos y de alces ya habían estado y ya se habían marchado. El valle había vuelto a recuperar su tranquilidad.

Yo iba pensando en lo que nuestra profesora nos había dicho que teníamos que hacer en caso de que cayera una bomba. Dijo que debíamos salir fuera y arrastrarnos dentro de la alcantarilla porque debajo de la carretera estaríamos a salvo. Yo había mirado muchas veces por la alcantarilla y, desde luego, parecía un lugar seguro, pero no tenía ganas de arrastrarme por allí dentro. Nuestra profesora dijo que la tierra nos protegería de las radiaciones.

Camino a casa le pregunté a mi hermana si ella creía que nos iban a tirar una bomba. Contestó: «Aquí no, pero sí es probable que la tiren en Corea». Me acordé de que nuestra profesora nos decía todas las mañanas dónde estaban las líneas del frente mientras señalaba un mapa de Corea sobre la pared. Creo que escuchaba Radio Durango y después iba a la escuela y nos contaba lo que había oído.

Cuando llegamos a casa, nuestro padre estaba preparándose para matar al ternero que habíamos alimentado con grano durante el verano. Nos preguntó si queríamos ayudarlo. Mi hermana dijo que no, pero yo dije «Claro que sí». Creo que mi hermana se había hecho amiga del novillo.

Mi papá cogió su rifle que estaba colgado en la pared y un puñado de cartuchos del cajón de la cocina y nos encaminamos al corral donde se encontraba el ternero. Abrimos el portón, entramos en el corral y volvimos a cerrar el portón para que el animal no se escapase. Mientras mi padre cargaba el rifle me dijo, como lo había hecho la última vez que matamos un ternero, que había que trazar dos líneas imaginarias desde sus orejas hasta sus ojos y disparar al punto donde se cruzaban las líneas. Dijo: «Ahí es donde está el punto clave del cerebro, y por eso mueren al instante y sin enterarse».

El ternero nos miraba y me alegré de que no se diera cuenta de lo que iba a sucederle.

Mi padre apuntó con cuidado y disparó. Para mi sorpresa, el animal apenas se estremeció. Creo que mi padre estaba aún más sorprendido que yo. Dijo «No puedo haber fallado» y volvió a disparar otra vez antes de que se moviese. Pero el ternero sólo sacudió la cabeza. Mi padre dijo «Maldita sea», y disparó la escopeta otra vez. El ternero volvió a sacudir la cabeza, pero entonces vi que una sangre espesa le brotaba de la nariz. Agachó el hocico hasta casi tocar el suelo. Mi padre también lo vio. Parecía estar realmente furioso. Sacó el puñado de cartuchos del bolsillo, los

inspeccionó y gritó: «Pero ¿de dónde han salido estos cartuchos?». Miré en su mano y me dijo que aquellos cartuchos estaban llenos de balines para pájaros y que sólo servían para alejar a los perros callejeros. Los tiró al suelo, me dio el rifle y me dejó en medio del corral, con el ternero, mientras iba en busca de los cartuchos apropiados.

Durante el rato que mi padre estuvo ausente, el novillo se dedicó a mirarme, chorreando sangre y mocos por el morro. Después volvió a sacudir la cabeza y empezó a trotar alrededor del corral. Yo no apartaba los ojos de él, así que pronto comencé a marearme pues iba girando mientras él corría. Por fin, mi padre regresó, cogió el rifle, cargó un cartucho, apoyó el arma en el hombro, apuntó, girando mientras el animal trotaba y entonces gritó: «¡Eh!». El ternero se detuvo y nosotros nos quedamos quietos, esperando. Volvió la cabeza lentamente hacia donde estábamos. Mantuvo el hocico casi pegado al suelo. Tenía la cara toda salpicada de sangre y parecía saber lo que estaba a punto de sucederle.

MICHAEL OPPENHEIMER
Lummi Island, Washington

Vértigo

Cuando tenía diez años mi familia se mudó a Apple Valley, un pequeño pueblo situado en el Desierto Alto de California. Mi padre era piloto de pruebas y estaba destinado en la base de George de la fuerza aérea desde el verano de 1964. Nos instalamos en una casa color mostaza situada en un amplio vecindario que incluía otras dos casas, un millar de arbustos de creosota, árboles de Josué y cactus desperdigados en cinco kilómetros a la redonda, menos en una dirección: aquélla en la que el río Mojave nos lanzaba guiños de luz, dos kilómetros desierto adentro.

Mi padre medía un metro noventa y tenía unas cejas increíblemente pobladas. Tenía una risa tan grave que yo notaba la vibración de sus carcajadas en mi propio estómago. Imitaba el relincho de un caballo como nadie. Sabía hablar un dialecto de Taiwán y bastante bien el alemán. Solía realizar espectáculos aéreos individuales en todos los pueblos en los que vivimos, y en su pueblo natal, donde era considerado un héroe local, habían puesto su foto en una gasolinera. Murió en un campo de prisioneros en Vietnam del Norte en 1967, a la edad de cuarenta y un años.

Yo admiraba las virtudes de mi padre. Le encantaba correr riesgos —que afrontaba con actitud decidida— y tenía un optimismo sin límites. Cuando vivíamos en Taiwán, cogía el autobús todas las semanas para ir a Taipéi, donde un carpintero local y él construyeron un velero de la clase *lightning*. Lo transportamos a Estados Unidos y llegó último en todas las regatas en las que participamos en la bahía de Chesapeake. Mi padre siempre estaba impaciente por probar cosas nuevas, por introducir cambios divertidos en nuestras vidas. A veces alguno de nosotros no estaba muy convencido o tenía miedo de correr riesgos, pero él siempre conseguía darnos ánimos para que lo intentásemos.

Ahora que pienso en mi padre desde la perspectiva de mis cuarenta y cuatro años, sé que lo que más amaba de él era su fragilidad, y, como despertaba en mí ese sentimiento, también desarrollé el deseo de protegerle. Creo que en mi familia todos sentíamos lo mismo. Le admirábamos por su exuberante energía pero también temíamos por él. Tal vez fuese porque depositaba tales esperanzas en todo lo que hacía que nos dábamos cuenta de lo duro que nos resultaría verle desilusionado, frustrado o herido.

Al poco tiempo de mudarnos a Apple Valley compramos un caballo al que llamamos *Vértigo*. Era un caballo palomino, grande, bonito y testarudo. Un caballo entrenado para desfiles, cuyos años de cabalgada arrogante y lucimiento le habían dotado de un carácter despierto, aunque amargado al mismo tiempo. No sé a mis hermanos, pero a mí *Vértigo* me daba miedo. Él lo notaba y parecía saborear mi desasosiego y mis titubeos, levantando uno de sus cascos con aire amenazador y dándome coletazos cada vez que me acercaba. Sin embargo, mi padre estaba

deseando montarlo y no le importaba pasar horas aprendiendo a cuidarlo y a utilizar las distintas formas de arreos.

La tarde de un sábado de julio del año 1965 mi padre ensilló a *Vértigo* y salió rumbo al río Mojave. Todos fuimos hasta el establo para verle. Incluso mi madre se quedó por allí cerca, arrancando las malas hierbas que crecían alrededor del porche de la casa. Primero mi padre almohazó las crines y la cola de *Vértigo*. Mientras lo hacía, el caballo volvió la cabeza y empujó con la boca el punzón para limpiar cascós que colgaba del poste del corral. Cayó sobre la tierra seca. Impertérrito, mi padre comprobó el estado de los cascós de *Vértigo*. Éste suspiró y resopló y, a continuación, se dedicó a soltar de la barra las cuerdas de la brida. Segundos más tarde se alejó dando brinco. «Jía, jía, jía», relinchó mi padre con suavidad, mientras estiraba el brazo para coger la brida. Volvió a atar el caballo al poste y se puso manos a la obra, colocándole la brida, ensillándolo y ajustando las hebillas y las cinchas. *Vértigo* resoplaba y se sacudía. Cabeceó de un lado a otro y golpeó con sus crines la cara de mi padre. «Jía, jía, jía», fue lo único que dijo mi padre. Por fin estaba todo listo. Hacía un día seco y caluroso. Serían las tres de la tarde.

Recuerdo la imagen de los dos alejándose. Mi padre con el torso desnudo, pantalones vaqueros y zapatillas de tenis. El caballo avanzando lenta y pesadamente, con la cabeza gacha, mordisqueando de vez en cuando alguna brizna de hierba y resoplando a las hormigas. Mi padre tiró con fuerza de las riendas y *Vértigo* sacudió la cabeza agitando sus blancas crines. No sé qué fue lo que nos retuvo a todos aferrados a la valla del establo o a mi madre a la azada y a las malas hierbas, pero lo cierto es que ninguno de nosotros se movió. Nos quedamos observándoles mientras se alejaban hacia el río: *Vértigo* moviéndose cansinamente y parándose en seco, mi padre tirando de las riendas, las crines agitándose malhumoradas.

Finalmente desaparecieron de la vista, más allá del límite del desierto, y se internaron en un territorio más amable: en los frescos dominios del río Mojave. Creo que después los chicos fuimos entrando en casa, donde se estaba más fresco, cada uno a dedicarse a sus cosas. No recuerdo adónde fui ni lo que hice entonces. Sólo recuerdo que mi madre nos llamó un par de horas más tarde para que saliéramos. Nos pusimos los seis en línea, usando las manos como viseras para protegernos los ojos del sol, oteando el terreno comprendido entre nuestra casa y el río. Vi a *Vértigo* haciendo cabriolas y avanzando hacia nosotros de lado, con la cabeza y la cola en alto como si estuviese desfilando y la brisa peinara sus crines. No parecía tener ninguna prisa por regresar. Se detuvo y se puso a pastar entre los arbustos. Estaba todavía a cierta distancia y el río refulgía detrás de él. El estómago me dio un vuelco al pensar que podía haberle pasado algo a mi padre: que el caballo lo había tirado y que estaría en el suelo, solo, lleno de espinas de cactus o, aún peor, de hormigas coloradas y de escorpiones. Pero entonces le vi, corriendo de forma extraña sobre la arena blanda

hacia donde estaba *Vértigo*. El caballo sacudió la cabeza pero continuó pastando en aquel yermo de matojos. La silla colgaba ladeada sobre su lomo de manera precaria.

Mi padre se acercó y le vi estirar el brazo para coger las riendas. *Vértigo* apartó la cabeza y se alejó trotando, no en línea recta hacia casa sino en diagonal, con la cabeza muy erguida, como si supiese que lo estábamos observando. Poco después volvió a pararse en seco y a mordisquear la hierba. Mi padre, que seguía en el mismo sitio donde le había dejado el caballo, bajó los brazos y permaneció quieto durante un momento. Después volvió a encaminarse lentamente hacia el animal. Otra vez, *Vértigo* esperó a que mi padre se acercase y estirase el brazo para cogerle las riendas. Esta vez el caballo saltó a un lado, como sorprendido, y volvió a alejarse trotando. Nosotros observábamos en silencio. Mi madre se apoyó en la azada y suspiró.

Vértigo se burló de mi padre una y otra vez, aproximándose todo el rato en zigzag hasta llegar a nuestros dominios. Después del cuarto intento de mi padre de alargar el brazo para luego no alcanzar las inquietas riendas, yo estaba segura de que se sentiría frustrado y furioso. Palmeó la grupa de *Vértigo* cuando éste se alejó trotando. Oí el hilo de su cansada voz, reprendiendo al animal en la corta distancia que les separaba, mientras se acercaban lentamente hacia donde nos encontrábamos.

En aquel momento mi madre debió de entrar en casa. Ninguno de nosotros lo notó, ya que nos encontrábamos observando, preocupados, cómo nuestro padre ascendía por la pendiente del desierto. Por fin, *Vértigo* se acercó trotando al establo y se quedó esperando delante de la valla. Mantenía la cabeza bien alta. Tenía el hocico dilatado y los ojos brillantes. Volví a sentir la presencia de mi madre, de pie junto a mí y en línea con mi hermano y mis otras hermanas, mientras mirábamos en silencio cómo mi padre desandaba los últimos metros que le separaban de nosotros.

Cuanto más se acercaba, peor me sentía yo. Venía acalorado y empapado de sudor. Caminaba con la espalda encorvada y la cabeza hundida. «¿Qué ha pasado, papá?», le preguntó mi hermano. Mi padre pasó junto a nosotros sin contestar, fue hasta la valla, la abrió de golpe y se hizo a un lado. *Vértigo* entró lentamente, se encaminó hacia el heno y se puso a comer.

Mi padre cerró la valla y echó el cerrojo. Vino hacia donde estábamos. Tenía la frente perlada de gotas de sudor que se acumulaban sobre sus cejas. «Ese caballo es muy listo. Hay que andarse con cuidado para que el viejo *Vértigo* no te aventaje».

Mi madre le dio una botella de cerveza helada. Nadie habló mientras bebía un largo sorbo. Nos quedamos allí de pie, mirando hacia el río mientras silbaba el viento de Santa Ana. Nadie miró a *Vértigo*, pero cuando nos volvimos para regresar a casa, le oímos relinchar de satisfacción. El sábado siguiente mi padre estaba otra vez en el establo, almohazando y ensillando nuestro caballo nuevo para salir a montar otra vez.

JANET SCHMIDT ZUPAN

Missoula, Montana

Objetos

La estrella y la cadena

Durante una visita que hice en 1961 a Provincetown, Massachusetts, compré una estrella de David única, hecha a mano, con su cadena. La llevaba siempre colgada al cuello. En 1981 la cadena se rompió mientras nadaba en una playa de Atlantic City y la perdí en el mar. En las vacaciones de Navidad de 1991 entré a curiosear en una tienda de antigüedades de Lake Placid, Nueva York. Iba con mi hijo, que entonces tenía quince años, y él se fijó en una joya expuesta allí. Me llamó para enseñármela. Era la estrella de David que el océano se había tragado diez años antes.

STEVE LACHEEN
Filadelfia, Pensilvania

Un nómada de la radio

Esto me sucedió cuando trabajaba por libre en la radio. Un día de marzo de 1974 — entonces era reportero independiente en la WOW de Omaha— salía en mi Volkswagen escarabajo de casa de mis padres, que vivían en una urbanización en Denver, cuando tuve que pisar el freno a fondo. Un neumático había bajado rodando por la colina y se me había cruzado justo por delante. Un presagio poético, pensé, y continué mi camino.

Dos meses después, me salió el puesto que realmente quería, en la KGW de Portland, y mientras pensaba si me convenía dejar tan pronto el trabajo que tenía en Omaha, miré por la ventana de mi apartamento y vi que un neumático cruzaba rodando el aparcamiento. El oráculo del neumático, pensé, y me presenté al puesto de Portland.

Pasa un año y me va bien en Portland. Tan bien que me ofrecen un ascenso para una emisora de primera, la KING de Seattle. Pero antes de que eso sucediera yo iba conduciendo mi escarabajo a altas horas de la noche y, al llegar a la esquina de la calle Trece con West Burnside, de repente, surge un neumático de la niebla y se aleja rodando calle abajo.

Pero la cosa no acaba ahí. Pasa un año, estamos en 1976, y la compañía quiere mandarme de vuelta a Portland, a la KGW, como redactor jefe y presentador de las noticias matutinas. Y esa vez el neumático rodante —en realidad, era una llanta— apareció en dirección sur sobre el viaducto de la carretera de Alaska. Iba por el carril izquierdo.

A finales de 1977, voy otra vez por la carretera, rumbo a la KYA de San Francisco. Mi viejo Volkswagen va atiborrado con todas mis cosas, mi equipo de música y mi gato y estoy a punto de entrar en la autopista. No había visto ningún neumático rodante, pero en ese momento oigo una especie de chirrido en la parte trasera del vehículo y siento que el coche patina y que no puedo dominarlo. Vaya susto. Tiré del freno de mano justo a tiempo para ver cómo la rueda del lado trasero derecho de mi propio coche se había soltado y salía disparada por la carretera para ir a parar a una zanja. El mecánico había olvidado colocarle una tuerca. ¡Esa vez el neumático rodante fue mi propia rueda!

Y allí acabó la cadena de neumáticos rodantes. O por lo menos eso pensaba. Hasta 1984. Entonces estaba otra vez en Seattle, ya era un gran ejecutivo de la radio, pero todavía un nómada del negocio, y decidí aceptar un puesto en Houston, Texas, por el que me pagaban un montón de dinero. Mi instinto parecía advertirme que no lo hiciese: la ciudad, las malas vibraciones, el hecho de que ya tenía dos hijos pequeños y realmente quería que crecieran en la costa noroeste, sobre el océano Pacífico. Pero el contrato y el dinero me nublaron el juicio. Me adelanté en avión para empezar a

trabajar y mi mujer hizo el viaje en coche. Iba por la Interestatal 5, a la altura de North Portland, cuando, ¡plaf!, algo cayó sobre el capó de su Volvo desde otra carretera que cruzaba por encima de la autopista. Botó encima del coche, les dio a otros dos y se detuvo en la mediana. Conmocionada, pero sin haber sufrido daño alguno, echó un vistazo y vio de lo que se trataba: era un gigantesco neumático de camión.

Fuimos a vivir a Houston, pero fue horrible. Sólo estuvimos un año y después regresamos encantados a Portland, donde crecerían nuestros hijos. Se acabó lo de ir de un lado a otro, se acabó lo de ser un nómada de la radio y se acabaron los malditos neumáticos rodantes.

BILL CALM
Lake Oswego, Oregón

Historia de una bicicleta

Lo que más deseábamos todos los chicos en Alemania durante la década de 1930 era tener una bicicleta. Yo ahorré durante años el dinero que me regalaban en los cumpleaños y en Januká, al que sumaba las gratificaciones ocasionales que me daban por tener unas notas excepcionalmente buenas. Todavía me faltaban unos veinte marcos para alcanzar mi objetivo cuando, la mañana que cumplí trece años, abrí la puerta del salón y, para mi sorpresa, me encontré con la bicicleta que había admirado durante tanto tiempo en el escaparate de la tienda del señor Schmitt. Tenía un sillín ancho y negro y un resplandeciente cuadro cromado. Pero lo mejor de todo eran los neumáticos rojos de banda ancha, que eran el último invento y, a diferencia de los neumáticos convencionales, negros y estrechos, proporcionaban una mayor tracción y hacían el rodaje más suave y cómodo. No veía la hora de salir del colegio aquel día para poder montar en la bici por toda la ciudad y disfrutar de la admiración de todos los viandantes.

La bicicleta se convirtió en mi más fiel amiga. Entonces, una helada mañana de enero del año 1939 tuve que huir de Alemania y del régimen de Hitler. Yo formaba parte de un grupo organizado de niños que salió hacia Inglaterra de forma precipitada. Sólo se nos permitió llevar una pequeña maleta, pero mis padres me aseguraron que encontrarían el modo de enviarme mi bici. Mientras tanto la mantendrían a buen recaudo en el sótano.

Gracias a un golpe de suerte, entre mis nuevos amigos había un grupo que trabajaba activamente en la iglesia metodista de Ashford, en Middlesex. Convencieron a los miembros de su iglesia para recaudar fondos con el fin de alquilar un apartamento para mis padres que les sirviera de refugio en Gran Bretaña, una vez obtenida la aprobación oficial. Con aquellos papeles preliminares el gobierno alemán autorizó a mis padres a enviar un gran cajón de madera a mis amigos. Cada cosa que iba a ser enviada requería una aprobación previa, y no se les permitió mandar ningún objeto de valor, pero no pusieron ninguna objeción a mi bicicleta. Mientras tanto, se ultimaban los papeles de mis padres en el Ministerio del Interior británico. Todo estaba listo y sólo faltaba la última firma. Entonces se declaró la guerra y el destino de mis padres quedó sellado. Ambos perdieron la vida en 1942 en los campos de concentración.

Pero en septiembre de 1939 todo eso pertenecía todavía al futuro. Todos teníamos la esperanza de que la guerra acabase pronto y de poder reunirnos con nuestras familias. Un mes después de llegar, me aceptaron en una escuela donde estudiaría para ser enfermera de pediatría. Habían trasladado la escuela St. Christopher fuera de Londres —lejos del peligro de los bombardeos—, a una pequeña aldea del sur de Inglaterra. Después de seis meses me permitieron tomarme una semana de

vacaciones. Tuve que respetar las normas y etiquetar todas las pertenencias que no iba a llevar conmigo. Obedientemente, puse una etiqueta a mi bici y la dejé en su lugar acostumbrado, en el soporte del aparcamiento para bicicletas.

A los pocos días recibí una carta de la enfermera jefe comunicándome que se había aprobado una nueva ley. Yo había pasado a ser una «extranjera enemiga» y no se me permitía acercarme a una distancia de menos de veinticinco kilómetros a la costa. No sólo se habían interrumpido súbitamente mis estudios, sino que también se me comunicaba que yo no había cumplido las normas y que toda mi ropa se había perdido. En cuanto a mi bicicleta, dudaban incluso de que alguna vez hubiese existido. Yo estaba furiosa e indignada, y me sentía impotente frente a tan atroces mentiras, pero, por encima de todo, echaba de menos mi bici, que había sido tan buena compañera para mí.

Durante los años siguientes viví en diferentes sitios, siempre cumpliendo las leyes que obligaban a los refugiados a registrarse en la policía local cada vez que uno dejaba su lugar de residencia durante más de veinticuatro horas. A finales de 1945, cuando estaba viviendo en Londres, recibí una tarjeta con el sello oficial de la policía. Aquello me sumió en el pánico. La tarjeta me notificaba que debía presentarme en la comisaría urgentemente. No podía parar de temblar. ¿Qué había hecho mal? Incapaz de soportar el miedo y la espera, me dirigí de inmediato a la comisaría y enseñé la citación al sargento que estaba de servicio.

—Eh, Mac. ¡Aquí está la chica que andabas buscando!

Apareció otro agente.

—¿Alguna vez tuvo usted una bicicleta?

—Sí.

—¿Y qué fue de ella?

Le conté la historia. Al cabo de un rato, casi todos los policías de la comisaría me escuchaban. Me sentía desconcertada.

—¿Cómo era?

Se la describí. Cuando mencioné la rareza de sus neumáticos rojos de banda ancha, todos soltaron una risa de alivio. Uno de los agentes trajo la bici.

—¿Es ésta?

Estaba oxidada, tenía las ruedas desinfladas y el sillín estaba rajado, pero no había duda de que era mi bicicleta.

—Y bien, ¿a qué espera? Puede llevársela a casa.

—Ah, gracias, muchísimas gracias —dije—. Pero ¿cómo la han encontrado?

—La han encontrado abandonada y la han traído aquí porque todavía tiene una etiqueta en la que figura un nombre.

La llevé a la casa donde vivía, embargada por la felicidad. Pero cuando mi casera la vio se quedó horrorizada.

—No iré a montar en esa cosa por Londres, ¿verdad?

—¿Y por qué no? Sólo hay que arreglarla un poco y quedará como nueva.

—No se trata de eso. Esos neumáticos tan anchos delatan a las claras que es una bicicleta alemana. La guerra ha terminado pero todavía odiamos a esos malnacidos y todo aquello que nos los recuerde.

De todos modos, hice que le pintaran el cuadro y que reparasen las ruedas y el sillín, pero me bastó montarla una sola vez y dar un paseo por mi barrio para darme cuenta de que mi casera tenía razón. En lugar de recibir miradas de admiración, lo que recibí fueron gritos y abucheos. Dos años más tarde la vendí por unos chelines a un coleccionista de objetos y recuerdos de la guerra.

EDITH RIEMER

South Valley, Nueva York

La vajilla de porcelana de la abuela

En 1949 mis padres se trasladaron desde Rockford, Illinois, al sur de California, junto con sus tres hijos muy pequeños y sus pertenencias. Mi madre había envuelto y embalado cuidadosamente muchas reliquias familiares a las que tenía enorme cariño. Entre ellas se encontraban cuatro cajas de cartón con la vajilla de porcelana pintada a mano de su madre. Mi abuela había pintado ella misma aquel precioso juego, para el que había elegido un diseño de nomeolvides.

Por desgracia, una de las cajas de la vajilla desapareció durante la mudanza. Nunca llegó a nuestra nueva casa. Así que mi madre se quedó con tres cuartas partes del juego: tenía platos de diferentes tamaños y algunas fuentes, pero faltaban las tazas y sus platillos y los cuencos. Cuando celebrábamos alguna reunión familiar o durante alguna cena de Acción de Gracias o de Navidad, mi madre solía hacer algún comentario sobre la vajilla perdida y añadía lo mucho que deseaba que hubiera sobrevivido entera al traslado.

Cuando mi madre murió en 1983, heredé la vajilla de la abuela. También yo la usé en muchas ocasiones especiales y también yo me preguntaba qué habría pasado con la caja perdida.

A mí me encanta merodear por los anticuarios y los mercadillos, en busca de tesoros. Es muy divertido recorrer las callejuelas a primera hora de la mañana y observar cómo los vendedores colocan su mercancía sobre el suelo.

Hacía más de un año que no había ido a un mercadillo cuando, un domingo de 1993, sentí el impulso de visitar uno. Así que me levanté a las cinco de la mañana y conduje durante una hora, en la oscuridad previa al amanecer, hasta llegar al gigantesco mercado de Rose Bowl, en Pasadena. Estuve recorriendo las hileras de puestos, de arriba abajo, y después de un par de horas decidí regresar a casa. Doblé la última esquina y anduve unos pasos cuando vi que, en uno de los puestos, había unas piezas de porcelana alineadas sobre los adoquines. Era una vajilla pintada a mano... ¡con nomeolvides! Me acerqué a toda prisa para observarla con detenimiento y con enorme cuidado cogí una taza y un plato... ¡nomeolvides! Exactamente iguales a los de la vajilla de mi abuela, con las mismas pinceladas delicadas y los mismos filetes dorados alrededor del borde. Miré el resto de las piezas: ¡allí estaban las tazas! ¡Y los platos! ¡Y los cuencos! ¡Era la vajilla de mi abuela!

La vendedora se dio cuenta de mi entusiasmo y, cuando se acercó, le conté la historia de la caja perdida. Me dijo que la vajilla procedía de una testamentaría de Pasadena, la ciudad más próxima a Arcadia, donde habíamos vivido cuando yo era niña. Cuando la vendedora examinaba el patrimonio en venta, se encontró con una vieja caja de cartón cerrada que estaba en el cobertizo del jardín. Dentro estaba la

vajilla. Les preguntó a los herederos sobre la vajilla y ellos dijeron que no sabían nada al respecto, sólo que aquella caja había estado en el cobertizo «desde siempre».

Aquel día abandoné el mercadillo de Rose Bowl cargada con mi increíble tesoro. Incluso hoy, seis años después, no deja de maravillarme que «todos los astros del universo» confluyeran para que pudiese encontrar la vajilla perdida. ¿Qué habría sucedido si me hubiese quedado durmiendo? ¿Qué fue lo que me impulsó a ir al mercadillo de Rose Bowl aquel día en concreto? ¿Qué habría pasado si, en lugar de doblar aquella última esquina, me hubiese marchado para descansar mis doloridos pies?

La semana pasada di una cena para quince amigos. Usamos la vajilla de la abuela. Y, después de cenar, serví café, orgullosa, en aquellas tazas y platos que habían estado perdidos durante tanto tiempo.

KRISTINE LUNDQUIST
Camarillo, California

El bajo

Era la segunda o tercera actuación con contrato fijo de mi carrera. Tocaba seis noches por semana en el bar de un hotel de Toledo, Ohio. Yo era joven y estaba orgulloso de poder dedicarme a la música y de que me pagaran bastante bien por ello. Estaba claro que mi viejo bajo Epiphone de caja hueca, un modelo para principiantes, no estaba a la altura de un profesional como yo.

Me había entusiasmado con un Fender Precision que colgaba de la pared de la tienda de música de Ron. Era color rubio natural, la caja de fresno tenía una terminación de barniz perfecta, con un protector de púa color crema y un mástil de arce natural. Pero la característica realmente extraordinaria de aquel magnífico instrumento era que no tenía trastes. Carecía incluso de separaciones. No había ninguna fina lámina de ébano o de palo de rosa aplicadas en la parte frontal del mástil, que en un bajo normal serviría para situar los trastes. No tenía siquiera ningún indicador de posiciones, las típicas incrustaciones de nácar en forma de punto, de barra o de estrella. Era, simplemente, un mástil maravillosamente veteado de arce color claro, sólo interrumpido por las cuatro cuerdas que lo recorrían de arriba abajo. Me parecía hermosísimo y sabía que era capaz de tocarlo. Cuando lo probé en la tienda con un amplificador, comprendí que aquel bajo tenía que ser mío.

La resonancia de las cuerdas en un bajo eléctrico sin trastes es algo maravilloso. Es una mezcla embriagadora del sonido de un instrumento eléctrico moderno con la resonancia de la madera de un instrumento de cuerda acústico tradicional. Las notas se redondean con un agradable murmullo cuando la cuerda vibra y apenas toca de vez en cuando el mástil, cuerda contra madera. Se pueden obtener distintos grados de expresividad con sólo matizar la pulsación de los dedos, imposibles de conseguir en un bajo con trastes.

El precio de aquel bajo, increíblemente barato si lo comparamos con los de hoy en día, representaba, de todos modos, un gran esfuerzo para mí en 1974. Pero hice ese esfuerzo, pedí dinero prestado y me compré aquel instrumento de mis sueños.

Mi padre estaba convaleciente en el hospital después de una operación a corazón abierto y fui a visitarle. Llevé mi bajo nuevo al hospital, metido en su abultado estuche, y pasé por delante de las enfermeras, que me miraron con curiosidad y recelo, para enseñárselo a mi padre. Tan orgulloso estaba de mi bajo.

Por aquel entonces estábamos tocando en el Hospitality Motor Inn de Toledo. Seis noches a la semana de música de salón: pop, rock, swing y funk. Todo tipo de estilos desde Sinatra a Stevie Wonder. Todas las noches, cuando terminábamos de tocar, el guitarrista y yo guardábamos los instrumentos (éramos modernos y los llamábamos *hachas*) en el guardarropa y después nos íbamos a la cafetería a comer huevos con panceta y a beber café hasta las tres o las cuatro de la madrugada. Tendría

que haberme dado cuenta de que no debía dejar el bajo en el guardarropa. Ya me habían robado antes, una vez que me forzaron el coche. Pero yo era joven, tonto, ingenuo y confiaba en la gente.

Una noche mi amigo y yo volvimos de la cafetería y nos encontramos con que nuestras hachas habían desaparecido. Buscamos por todo el edificio, una y otra vez, incapaces de creer que nos hubieran agredido de aquel modo. Llevarse el medio de supervivencia de un hombre, su vida... ¿Cómo podía alguien ser tan malvado como para hacer algo así? Mi glorioso bajo nuevo había desaparecido.

Dos años más tarde un batería al que apenas conocía me llevó aparte en un club y me dijo que había visto mi bajo en una *jam session* y que lo tocaba alguien que él conocía. Probablemente aquel bajo seguía siendo único en Toledo, y todos los músicos de la ciudad se habían enterado de mi pérdida. No era extraño que el batería se hubiese fijado en él. Me dio la dirección del que lo tenía.

Las dos formas en las que aquel tipo podía haberse hecho con mi Fender Precision eran: que lo hubiese comprado a sabiendas de que era robado o que lo hubiese robado él mismo. En cualquier caso, estaba en mi derecho de recuperarlo.

Yo tenía un amigo que se llamaba Marek, alto y fuerte, que había sido boxeador y trompetista, y que entonces trabajaba de representante de artistas. Le dije cuál era mi plan y le pedí que me acompañase para brindarme apoyo moral, verbal y, posiblemente, físico.

Detuvimos el coche delante de una cabaña pequeña con un jardín descuidado, nos bajamos y tocamos el timbre. Yo estaba nervioso y empezaba a pensar que tal vez estuviese cometiendo un grave error. Una mujer joven abrió la puerta. Nos presentamos y le explicamos por qué estábamos allí. Marek le preguntó si podíamos entrar. Parecía indecisa y confusa. Nos dijo que su marido no estaba en casa. Pero nos dejó entrar.

Apoyado en un soporte para guitarra, allí mismo, en el salón, estaba mi bajo sin trastes. Me quedé atónito. Habían pasado dos años y allí estaba, ¡justo delante de mí!

Con gran tranquilidad, Marek le explicó a la mujer que mi bajo era inconfundible y, por ello, fácil de reconocer. Le dijo que éramos conscientes de que su marido sólo podía haberlo conseguido por medios ilícitos. Le dijo que no queríamos llamar a la policía ni denunciarlo. Que lo único que queríamos era el bajo.

Con cada minuto que pasaba, ella se ponía más y más inquieta y estaba claro que no sabía qué hacer. Nos volvió a decir que su marido no estaba en casa y que no se sentía cómoda tomando una decisión respecto a su bajo sin consultárselo.

Fue entonces cuando me alegré de ser un tipo que lo archiva todo y que guarda hasta la última factura. Y de que Fender les pusiera un número de serie a todos los instrumentos que fabricaban. Saqué mi cartera y extraje el recibo de compra de la tienda de música de Ron, en el que figuraba el número de serie del bajo. Lo desdoblé,

se lo enseñé a la mujer y a continuación le dije: «¿Me permite?». Cogí el bajo, y me sorprendí al sentir el tropel de emociones que me inundó con sólo sostenerlo, consciente de que aquel instrumento era mi medio de expresión, una extensión de mi cuerpo que servía para que sucediera algo bueno. Le di la vuelta lentamente y miré el número de serie grabado en la parte posterior del mástil, donde se unía con la caja de fresno de color rubio natural. Eran los mismos números.

Le acerqué el bajo a la mujer para que los viese. Miró el recibo que le había entregado, vio que los números coincidían y levantó la vista hacia mí. Su mirada estaba llena de consternación.

Marek le dijo: «Nos llevamos el bajo». Lo cogí, salimos por la puerta y la dejamos allí de pie, sumida en la mayor de las confusiones y sin saber qué hacer. En aquel momento sentí pena por ella, pero, al mismo tiempo, sabía que yo tenía razón.

Recuperé mi bajo. A pesar de que casi todas las probabilidades de volverlo a ver habían estado en mi contra. Toqué aquel bajo durante muchos años y en muchos salones de hoteles, clubs nocturnos y conciertos. Luego fui comprando otros bajos y yo mismo construí otros tres.

Hace unos años vendí el Fender Precision sin trastes por mucho más de lo que había pagado por él. Necesitaba el dinero, pero todavía hoy me arrepiento de haberlo vendido. Jugó un papel importante en mi desarrollo como músico y me prestó un gran servicio durante muchos años.

MARK SNYDER
Milton, Massachusetts

El reloj de mi madre

Era un Elgin de diecisiete rubíes, con tapa de resorte, que mi madre había comprado antes de casarse, en septiembre de 1916. Era un reloj típico de la época, funcional y a la vez decorativo, y una joya muy preciada para una mujer de entonces. Cuando se presionaba sobre el resorte de la corona, la tapa se abría mostrando la esfera del reloj. A mí me lo regalaron cuando cumplí trece o catorce años, y lo transformé en reloj de pulsera. Para mí no era más que un objeto entre los varios que poseía. Cuando me alisté, en abril de 1941, llevé el reloj conmigo.

Mi unidad fue enviada a Filipinas. Durante la travesía por el Pacífico, casi pierdo el reloj tras haberlo dejado colgado descuidadamente en una tubería mientras me daba una ducha. Por suerte, un soldado honrado lo encontró y me lo devolvió. El reloj seguía sin parecerme nada especial. No era más que otra de mis pertenencias útiles.

Después del bombardeo de Pearl Harbor nos replegamos a la península de Batán. Fue entonces cuando comencé a inquietarme un poco por mi reloj. Con el enemigo tan cerca, me sentí como un idiota llevando conmigo algo que me había regalado mi madre. Cuando se nos ordenó que nos rindiésemos a los japoneses, comprendí que mi reloj podía llegar a convertirse en un souvenir nipón. Me sentía incapaz de tirarlo en la selva, pero tampoco quería que se lo quedase el enemigo. Hice todo lo posible para burlar a mis captores. Me ajusté el reloj al tobillo izquierdo y me subí el calcetín. Para más seguridad, me puse un par de polainas. Lo que todavía no sabía era que acababa de comenzar el juego de «esconder el reloj» y que éste habría de durar treinta y cuatro meses.

Mi unidad se rindió y nos obligaron a emprender la Marcha de la Muerte en Batán, hoy tristemente famosa. Enrollé la correa alrededor del reloj y lo metí a presión en el pequeño bolsillo delantero de mis pantalones. Un día me tocó formar parte de una cuadrilla de trabajo en el norte de Luzón e iba de pie en la húmeda caja de un camión, custodiado por uno de los omnipresentes soldados japoneses. Sus ojos quedaban justo a la altura precisa para notar el bulto en mi bolsillo pequeño. Alargó una mano enguantada y tocó el bolsillo. Me quedé helado y contuve la respiración, temeroso de estar a punto de perder lo que para entonces ya se había convertido en mi preciada posesión. Sorprendentemente, el guardia no sintió ninguna curiosidad por preguntar qué llevaba en el bolsillo y, otra vez, el reloj volvió a salvarse. Más tarde, me las ingenié para hacerme con un trozo de gamuza limpia, envolví en ella el reloj y lo guardé en el bolsillo de la camisa. A pesar de lo empapado que pude llegar a estar, mi reloj se mantuvo siempre seco y a salvo.

El destacamento de trabajo duró unos setenta días. Después, volvimos a emprender otra marcha mortal y nos dirigimos al campo de prisioneros de Cabanatuan, donde permanecí durante dos años y medio. Allí le quité la correa al

reloj y lo envolví en gasa y esparadrapo que había conseguido en la enfermería. Se convirtió en un paquetito fácil de esconder. Por fin, cuando fuimos liberados, mi reloj y yo emprendimos el viaje de regreso a casa. Nada más cruzar el umbral de mi hogar, recibí la noticia de la muerte de mi madre. En ese momento su reloj, que se había convertido en recordatorio de mi propia supervivencia, pasó a ser, también, un recordatorio de su vida.

Hice restaurar el reloj para que recobrar su estado original y compré una cadena idéntica a la antigua. El reloj de mi madre volvió a ser un delicado relicario de dama. Se lo regalé a mi mujer. Más adelante supe que mi hermano todavía tenía la cadena original. Cuando se enteró de que yo había hecho restaurar el reloj, me la regaló. Hoy, ochenta y cuatro años después de haberlo comprado mi madre, mi hija usa el reloj. Todavía sigue funcionando.

RAYMOND BARRY
Saginaw, Míchigan

Caso cerrado

Durante mi adolescencia, en la década de 1950, fui a visitar a mis primos que vivían en Bloomington, en el estado de Illinois. Un día íbamos dando un paseo y discutiendo sobre la letra de una canción popular. Yo sostenía que la letra decía «un indio llamado Oso Erguido» y uno de mis primos afirmaba que decía «un indio andando muy erguido». Mientras caminábamos vi un pedazo de papel tirado en la acera. Lo recogí y era la partitura de esa mismísima canción. Y ahí se acabó la discusión. Yo tenía razón, por supuesto.

JERRY HOKE
Torrance, California

La foto

Una noche estaba trabajando en el despacho de mi casa. Por el rabillo del ojo vi que una foto caía revoloteando hasta posarse en el suelo. Miré hacia arriba para ver de dónde procedía y me reí para mis adentros, pues sabía de sobra que lo único que había encima de mi cabeza era el techo y de allí no podía haber caído.

Después de acabar lo que estaba haciendo, levanté la foto, que había caído boca abajo, le di la vuelta y la miré. Jamás había visto aquella foto ni tampoco reconocía a las personas que aparecían en ella: un hombre, una niña y un niño, todos disfrazados con grandes orejas de ratón. Estuve observándola, intrigada, durante un rato, volví a mirar a mi alrededor intentando descubrir de dónde podía haber caído y después decidí que estaba demasiado cansada para averiguarlo. Me fui a la cama y me olvidé del asunto.

Al día siguiente se casaba la joven que vivía enfrente de mi casa y la boda era en su jardín. La fiesta fue preciosa y conocí a mucha gente. La dama de honor me comentó que había vivido en mi casa cuando era niña y que se había mudado cuando tenía dieciocho años, por lo que supuse que habría sido hacía unos diez años. Su tía por parte de madre estaba en la boda, y también algunos de sus primos. Me dijo que le encantaría visitar la casa en alguna ocasión y enseñarle a sus parientes el lugar donde había crecido. Les invité a que lo hicieran en aquel mismo momento, así que cruzamos la calle y entramos en casa.

Bromeé con la dama de honor diciéndole que yo ya sabía cómo se llamaba —Jane— antes de conocerla, ya que su nombre estaba grabado en la mesa de la cocina. Ella fue directa al lugar y se lo enseñó a sus parientes. Luego nos contó que en una ocasión se había deslizado junto con su hermano por la barandilla de la escalera y que habían acabado estrellándose contra la pared del descansillo, y todos nos echamos a reír. Sin embargo, su expresión se tornó sombría en medio de las risas. Dijo que aquella casa también le traía recuerdos tristes puesto que su madre, Nancy, había muerto allí.

Subimos al piso de arriba y, cuando yo le estaba enseñando a su tía los preciosos azulejos del cuarto de baño, de pronto Jane gritó desde mi despacho: «¡Oh, Dios mío! ¿De dónde ha sacado esta foto? ¡Pero si estamos mi padre, mi hermano y yo!». Le conté que había caído al suelo la noche anterior pero que no podía explicarme de dónde había salido ya que nunca la había visto. Más lágrimas...

Le pedí a Jane que se quedara con la foto. Le dije que estaba destinada a ella.

Ahora, cuando salgo de casa, algunas veces digo: «Adiós, Nancy. Cuida la casa por mí hasta que regrese, ¿vale?».

BEVERLY PETERSON

El manuscrito hallado en un desván

A mediados de la década de 1970 conseguí un trabajo en la revista *Des Moines Register*. Cuando le dije a mi padre que me trasladaba a vivir a Des Moines, me contó una historia sobre la única vez que había estado allí. Fue en la década de 1930, cuando era director comercial de la *Southwest Review*, la revista literaria de la Universidad Metodista del Sur, en Dallas. Su amigo Lon Tinkle, que más adelante se convertiría en un conocido escritor tejano, era el director de la revista. Lon también era profesor de lengua inglesa en la UMS, y en su clase había una estudiante que tenía una grave deformación en la espalda. Eran los años de la Gran Depresión, y la joven provenía de una familia muy humilde que no tenía recursos para pagar la operación que podría corregir el problema.

Un día su madre, que tenía una casa de huéspedes en Galveston, estaba limpiando el desván y encontró un manuscrito viejo y polvoriento. En la tapa tenía garabateadas las palabras: «Por O. Henry». Era un bonito relato, así que se lo envió a su hija a la UMS, quien, a su vez, se lo enseñó a Lon. Lon jamás había leído aquel relato pero *sonaba* a O. Henry, tenía un argumento muy O. Henry y él sabía que William Sydney Porter, alias O. Henry, había vivido alguna vez en Houston. Así que era muy posible que el famoso escritor hubiese ido a la playa, alojándose en la casa de huéspedes de Galveston, que hubiese escrito el relato mientras estaba allí y que, por descuido, se hubiese olvidado el manuscrito en aquel lugar. Lon enseñó el manuscrito a mi padre, quien se puso en contacto con un experto en O. Henry de la Universidad de Columbia de Nueva York. El experto le dijo que le gustaría ver aquel documento, así que mi padre tomó un tren y se lo llevó.

El experto confirmó la autenticidad de aquel relato de O. Henry y mi padre se puso manos a la obra para venderlo. Al final, llegó a Des Moines para acudir a una cita con Gardner Cowles, uno de los editores del *Des Moines Register*. A Cowles le encantó el relato y lo compró de inmediato. Mi padre entregó el producto de la venta a la joven que estaba en la clase de Lon Tinkle. Era más que suficiente para que le hicieran la operación que tanto necesitaba y, por lo que sabemos, para vivir por siempre feliz.

Mi padre nunca me dijo sobre qué trataba el relato de O. Henry. Pero dudo que pueda ser mejor que su propia historia: un relato sobre O. Henry que era en sí un relato de O. Henry.

MARCUS ROSENBAUM
Washington, D. C.

Tempo primo

Necesitaba quedarme un momento a solas con el coche. Para mi sorpresa, me entristeció decirle adiós al «Viejo Poco Fiable».

Aquel coche había sido mi primera compra importante, un símbolo de independencia posdivorcio. No era el Honda Accord nuevo, expresión de nuestro privilegiado acuerdo matrimonial, pero era un Tempo, una oportunidad para marcar un nuevo ritmo, para coger el compás. Tal vez una buena idea de la casa Ford me daría una buena idea para el camino que tenía por delante. Tal vez la generosa rebaja que me hizo el vendedor («un precio por divorcio») fuese un buen presagio. No tenía ni idea de que pudiese llegar a ser tan supersticiosa en asuntos de mecánica, pero abrí la puerta del Tempo como si fuese una enorme galletita china de la fortuna hecha de metal.

Al principio el Tempo se portó genial. Llevaba a los chicos al colegio, a mí me llevaba al trabajo y a todos juntos a Jones Beach. De él surgían cubos de playa, palas y lápices de cera aplastados. En él se dormía, se besaba, se abrazaba, se comía y se vomitaba. Aquellos asientos de escay resultaron ser muy prácticos. El coche adquirió tal aspecto de «vivido» que hasta dejar de vivirlo empezó a convertirse en una probabilidad real..., no más averías, no más choques. Ambos, nuestro «tempo» y el Tempo, estaban sincronizados.

Sin embargo, al segundo año, la teoría de la galletita china empezó a deshacerse en miguitas. De hecho, habría estado más segura sentada en un *rickshaw*. Mi seguro me advirtió que ya había llegado a mi límite y no podía seguir usando el servicio de grúa. Eso sin contar la vez que un camión del Ministerio de Transportes me empujó fuera del puente Triborough (una historia que hizo que mi hijo preguntase: «¿Cómo es que sigues viva, mami?»). Invertía más tiempo y dinero en el taller que en mis hijos. El Tempo tenía que marcharse. No cabía duda de que habíamos llegado a la coda.

No podía vender aquel coche de buena fe, a menos que lo vendiese para repuestos. No pude encontrar a nadie que lo comprara para repuestos, aunque tenía muchísimas piezas nuevas. ¿Dónde están esos malditos desguaces cuando una los necesita? ¿Es que los ladrones de coches los venden enteros por cincuenta dólares y luego cogen un taxi para volver a casa? Acabé donando el coche a una institución de caridad.

Sin embargo, cuando la grúa enganchó al Viejo Poco Fiable para conducirlo a su última morada, en lugar de sentir un gran alivio por no tener que volver a pagar el seguro o no tener que seguir usando los triángulos de avería en la carretera, sentí una gran tristeza. Al fin y al cabo, habíamos pasado buenos momentos en aquel coche. Un adiós es un adiós, incluso cuando se le dice a un objeto inanimado. Sobre todo

cuando ese objeto inanimado la ha transportado a una por caminos de tierra y asfalto así como por encrucijadas de la vida. Le dije al coche que sentía mucho tener que dejarlo, que serviría para ayudar a gente que lo necesitaba. Luego me encaminé hacia casa, con la barra antirrobo en la mano y las mejillas bañadas en lágrimas. ¡Pero bueno! Se han compuesto canciones sobre trenes, odas a flores, dramas sobre árboles y películas sobre campos de béisbol. Así que no soy la única si ahora lloro por mi coche.

LAUREN SHAPIRO
Bronx, Nueva York

Una lección no aprendida

Yo lo perdía todo. Mejor dicho, lo perdía o lo destrozaba. Joyas, muñecas, juegos. Todo lo que llegaba a mis manos lo masticaba, lo destrozaba hasta hacerlo irreconocible o lo enviaba a una muerte prematura. Comía papel, y una vez me zampé un libro entero. Al *Pobre George, el niño curioso* no le duró mucho la curiosidad a mi lado. Fue engullido. Mamá y papá decían que yo representaba un «desastre inmediato» para los objetos. Y, debido a mi torpeza, durante las cenas siempre me sentaban junto a los invitados que sabían que no volverían a visitarnos.

Un día, cuando estaba en segundo de primaria, volví a casa después de clase y mi madre me miró sorprendida, nada más entrar por la puerta. «Carol», comenzó diciendo con tono tranquilo pero con una expresión de incredulidad en el rostro, «¿dónde está tu vestido?». Miré hacia abajo y vi mis zapatos con hebilla, mis leotardos blancos, desgarrados a la altura de las rodillas, y mi camisa de algodón de cuello vuelto blanca (aunque sucia). No me había dado cuenta de que no llevaba toda mi ropa hasta que mi madre me lo hizo notar. Yo estaba tan sorprendida como ella, puesto que las dos recordábamos que llevaba puesto el uniforme por la mañana. Mi madre y yo cruzamos la calle y fuimos hasta el colegio, buscamos en las aceras y por todo el patio y en las aulas, pero no encontramos ningún vestido de cuadros escoceses.

Al invierno siguiente mis padres me compraron un abrigo marrón de piel sintética y un sombrero a juego. Me encantaban mi abrigo y mi sombrero nuevos y me sentía como una chica mayor porque no llevaba mitones a juego colgados a las mangas. Hubiesen preferido comprarme un abrigo con capucha porque me conocían de sobra, pero yo les rogué que no lo hicieran y prometí que tendría cuidado de no perder el sombrero. Lo que me gustaba de él eran los grandes pompones de piel que tenía en los extremos de los lazos.

Un día, al regresar del trabajo, mi padre me llamó para que bajase de mi dormitorio. Se agachó a mi altura, me abrazó y me pidió que me pusiese mi abrigo y mi sombrero nuevos para verme con ellos. Subí la escalera a toda velocidad, saltando los escalones de dos en dos, entusiasmada con la idea de hacer un pase de modelos para mi padre. Me puse el abrigo rápidamente pero no encontré el sombrero. Miré, nerviosa, debajo de la cama y en el armario pero no lo encontré por ningún lado. Tal vez no se diera cuenta de que no lo llevaba puesto.

Bajé volando la escalera y di giros como si estuviese sobre una pasarela, posando y sonriendo, desfilando con mi abrigo nuevo para mi padre, que me miraba con atención y me decía lo guapa que estaba. Pero entonces me dijo que quería que también me pusiese el sombrero. «No, papá, sólo quiero enseñarte el abrigo. ¡Tú fíjate cómo me queda!», dije mientras seguía contoneándome por el vestíbulo e

intentaba evitar el tema del sombrero perdido. Yo sabía que aquel sombrero había pasado a la historia. Él se reía y yo me creí adorable y querida porque estaba jugando y riéndose conmigo. Volvió a sacar el tema del sombrero un par de veces más y entonces, sin dejar de reírse, me abofeteó. Me dio una bofetada fuerte en toda la cara y yo no entendía por qué. Al oír el sonido seco de la mano sobre mi cara, mi madre gritó: «¡Mike! Pero ¿qué estás haciendo? ¿Qué estás haciendo?». Mi madre estaba atónita y apenas podía hablar. La furia de mi padre nos había herido a ambas. Yo seguía allí de pie, llevándome la mano a mi ardiente mejilla y llorando. Entonces mi padre sacó mi sombrero nuevo del bolsillo de su abrigo. Lo había encontrado tirado en la calle y, mirándome por encima de sus gafas, me dijo: «Tal vez ahora aprendas a no ser tan descuidada y a no perder las cosas».

Ahora soy una mujer y sigo perdiendo cosas. Sigo siendo descuidada. Pero lo que mi padre me enseñó aquel día no fue una lección de responsabilidad. Lo que aprendí fue a no confiar en su risa. Porque hasta su risa podía hacer daño.

CAROL SHERMAN-JONES
Covington, Kentucky

Una Navidad en familia

Mi padre me contó esta historia. Sucedió a principios de la década de 1920 en Seattle, antes de que yo naciera. Él era el mayor de seis hermanos y una hermana, algunos de los cuales ya no vivían en casa de sus padres.

La economía familiar había recibido un duro golpe. El negocio de mi padre había quebrado, casi no había trabajo y el país estaba al borde de la quiebra. Aquel año teníamos un árbol de Navidad, pero no teníamos regalos. Sencillamente no podíamos permitirnoslos. En Nochebuena todos nos fuimos a la cama con los ánimos bastante bajos.

Pero lo increíble fue que, al despertarnos la mañana de Navidad, nos encontramos con un montón de regalos bajo el árbol. Intentamos mantener la calma durante el desayuno, pero acabamos con él en tiempo récord.

Entonces comenzó la diversión. La primera fue mi madre. Todos la rodeamos llenos de curiosidad y, cuando abrió su paquete, vimos que le habían regalado un viejo chal que «había perdido» hacía ya muchos meses. A mi padre le tocó un hacha con el mango roto. A mi hermana, sus viejas zapatillas de andar por casa. Uno de los chicos recibió unos pantalones remendados y arrugados. A mí me tocó un sombrero, el que yo creía haberme dejado en un restaurante, allá por el mes de noviembre.

Cada una de aquellas cosas desechadas representó una total sorpresa. Al poco rato nos entró tal ataque de risa que apenas podíamos desatar el lazo del siguiente paquete. Pero ¿de dónde procedía tanta generosidad? Todo había sido obra de mi hermano Morris. Durante muchos meses había estado escondiendo en secreto cosas viejas que él sabía que no echaríamos de menos. Entonces, en Nochebuena, después de que todos nos hubiésemos ido a la cama, había envuelto los regalos y, silenciosamente, los había colocado bajo el árbol.

Recuerdo aquella Navidad como una de las más bonitas de mi vida.

DON GRAVES
Anchorage, Alaska

Mi mecedora

En el verano de 1944 yo tenía ocho años. Era un niño inquieto y me gustaba explorar los bosques que rodeaban nuestra casa, situada al norte de Nueva Jersey. Durante una de esas aventuras descubrí una vivienda abandonada. La casa estaba completamente en ruinas, pero quedaban huellas de sus anteriores moradores desparramadas por su interior. Junté algunos pedazos de madera y descubrí que había reunido casi todos los componentes de una pequeña mecedora, hecha de madera de arce macizo y de algún árbol frutal. Parecía haber sobrevivido a muchos inviernos en aquel bosque.

Le llevé los trozos a mi madre (mi padre estaba en la marina, destinado en el Pacífico). A mi madre le encantaban las antigüedades y en especial le interesaba el mobiliario de la América colonial. Llevó los trozos a un restaurador que conocía en Trenton, quien volvió a montar la silla, añadiéndole las pocas piezas que faltaban.

La silla resultó ser un precioso ejemplo de mecedora infantil del período colonial. Estuvo en mi dormitorio durante toda mi infancia. Un día le pegué en el respaldo unas pequeñas pegatinas de pájaros que venían en una caja de cereales. Aquella mecedora restaurada fue el primer mueble realmente de mi propiedad. Con el paso del tiempo, y después de acabar la universidad, me fui a vivir a la Costa Oeste. La mecedora sobrevivió a diversas mudanzas, de apartamentos a casas alquiladas y a casas que luego construí para mi familia. En 1977, la mecedora se perdió durante un traslado desde un guardamuebles a la casa donde actualmente resido, en una isla de Puget Sound. Parece que la silla se cayó de un camión que transportaba muebles desde otra zona de la isla. Aquella pérdida me dejó muy apesadumbrado. De vez en cuando me acordaba de ella y me recriminaba por no haber tenido más cuidado durante la mudanza.

Diez años después, iba conduciendo por la autopista principal de la isla (la isla tiene cerca de treinta kilómetros de largo) cuando vi una mecedora infantil muy parecida a la mía en el porche de la tienda de antigüedades del pueblo. No era mi silla, pero me la recordaba mucho. Me detuve y le pregunté a la dueña, que era amiga, cuánto pedía por la silla que tenía en el porche. Durante la conversación le conté la historia de mi mecedora perdida, describiéndosela en detalle. Me miró con un gesto extraño y me dijo: «Esa descripción parece la de una silla que acabo de venderle a un anticuario de California. De hecho, todavía está arriba en el almacén. Tengo que enviársela mañana». Le dije que mi mecedora tenía una pegatina de un pato en el respaldo. La dueña subió al almacén a inspeccionar la silla. La pegatina estaba exactamente donde yo le había dicho, y aquello fue prueba suficiente para ella. No hace falta decir que recuperé mi silla. Ahora se encuentra en un lugar especial junto con otros muchos objetos de mi infancia. Es mi «Rosebud».

DICK BAIN
Vashon Island, Washington

El monociclo

En 1978, después de haber trabajado arduamente para hacerme una reputación como restaurador de pianos, me encontré agobiado de trabajo y a punto de perder el afecto de mi fiel y bella novia de toda la vida. Aparte de tener muchísimo trabajo atrasado de diferentes clientes, me llevaba bastante tiempo arreglar una gran cantidad de instrumentos en mal estado que yo mismo había comprado para restaurarlos, con lo cual no prestaba a mi novia la atención que se merecía. En un intento desesperado de demostrar a mi prometida que ella significaba más para mí que los pianos, los puse a la venta mediante un anuncio que publiqué en una revista para coleccionistas. Se los vendí todos a la primera persona que me llamó, un hombre que vivía en el otro extremo del país.

Pero no dio resultado. Mi novia me dejó y, siguiendo la sugerencia de quien me había comprado los pianos, me trasladé a Tacoma y acepté su ofrecimiento de ayudarme a restaurarlos.

La Costa Oeste no me gustó. Era demasiado diferente de la del Este y, por primera vez, estaba sin novia. Dejé de trabajar con el comprador y, entonces, mi camioneta empezó a darme problemas. Ya desesperado por marcharme de allí, logré arrancar la camioneta, conduje hasta el aeropuerto, la dejé abandonada en el aparcamiento y me dirigí al mostrador de venta de billetes. Mi hermano vivía cerca de Chicago. Pregunté cuánto costaba el billete, metí la mano en el bolsillo y saqué todo el dinero que me quedaba. Contando hasta el último céntimo, tenía la cantidad exacta del precio del pasaje.

Después de una serie de intentos fallidos de reconciliarme con mi novia y de un par de años que dediqué a explorar el país, en tren y a dedo, durmiendo en monasterios y lugares por el estilo, acabé otra vez en la Costa Oeste. Y volvía a estar sin blanca.

Entonces estalló el monte Saint Helens. En aquel momento me encontraba en la biblioteca de la Universidad de Washington y todos salimos corriendo hacia la escalinata del edificio para ver la erupción en el horizonte. Fue algo bastante espectacular que provocó un gran nerviosismo entre la gente.

Al día siguiente, un hombre que estaba bajo una gran tensión nerviosa iba conduciendo cerca del mercado de Pike Street, arrolló a un grupo de peatones que cruzaban por un paso de cebra y mató a cuatro personas. Fui testigo de lo que ocurrió y vi cómo los cuatro cuerpos ensangrentados e inertes quedaron desparramados en el asfalto. Me senté en el bordillo y juré que abandonaría aquella ciudad.

Aquella tarde, solo y en aquel mismo cruce de calles, levanté los brazos al cielo y grité: *¡Dios, cómo odio la Costa Oeste! ¡Si tuviese un monociclo, me montaría en él y no pararía de pedalear hasta llegar a Connecticut!*

Me marché y me metí en mi saco de dormir junto al puerto.

A la mañana siguiente me dirigí al mismo cruce y, al otro lado de la calle, tirado sobre la acera, había un monociclo.

Yo no suelo robar, pero, dadas las circunstancias, creí que era mejor mostrar mi gratitud. Así que lo cogí, enfilé la cuesta abajo, dije «Gracias» y partí.

Después de recorrer unos cien metros, me había hecho tantos arañazos en los tobillos de rozarlos contra los radios, que tuve que parar. También estaba empezando a preocuparme por haberme apropiado del monociclo, así que volví a dejarlo donde lo había encontrado. Estuvo tirado allí durante tres días, en uno de los cruces más concurridos de la ciudad, antes de acabar esfumándose.

Al final cogí un tren.

GORDON LEE STELTER
Bogart, Georgia

Los mocasines

«Creo que quiero ser sacerdote», dije. Era el año 1953 y estudiaba octavo. Mis padres no dijeron nada y el tema no volvió a surgir. Un día, durante el verano, entré en casa y tiré mi guante de primera base de béisbol sobre la mesa del comedor. Mi madre estaba planchando. Le dije:

—Creo que lo que de verdad quiero es ir al seminario.

Entonces me enteré de que mis padres ya habían hablado con el padre McCollow. El párroco les había dicho que en nuestra zona había tres seminarios. Poco después me llevó a visitar el Reina de los Apóstoles en Madison, Wisconsin. Me matriculé para el curso siguiente.

Mi padre estaba feliz con mi decisión. Un día se lo comentó a un vendedor que visitaba habitualmente la zapatería donde él trabajaba. El vendedor le dijo que en su zona, cerca de Fond du Lac, Wisconsin, había un seminario. El sábado siguiente, fui con mis padres y tres hermanos al seminario de San Lorenzo en Mount Calvary.

El edificio estaba en lo alto de una colina. Subimos hasta allí en nuestra ranchera con carrocería de madera. Al llegar no vimos a nadie, pero por los altavoces estaban retransmitiendo el partido de béisbol de los Milwaukee Braves. Se abrió una puerta y un haz de luz cruzó el pasillo desierto. Entre la luz avanzaba un hombre vestido con algo parecido a un albornoz marrón y sandalias. Era el primer franciscano-capuchino que veía en mi vida. Me pareció raro. Aquel capuchino nos presentó al padre Gerald, el superior, quien nos enseñó el edificio y los jardines. De vuelta en su despacho, el padre Gerald nos dio un formulario de inscripción. Mientras nos dirigíamos a la ranchera, mi padre me preguntó:

—¿Qué te ha parecido?

—Éste es el sitio que quiero —contesté.

Terminé el instituto y estudié un año en el seminario de San Lorenzo. Durante mi primer año en el seminario me di cuenta de que lo que más deseaba era convertirme en capuchino. En septiembre de 1958 recibí mi propio albornoz marrón y mis sandalias. Fui investido con el hábito capuchino. En 1965 fui ordenado padre capuchino. Siempre que predicaba sobre la divina providencia, decía: «Aparte de Dios, el responsable de que yo sea capuchino es un vendedor de zapatos a quien no conozco y cuyo nombre ni siquiera sé».

En 1975 me destinaron a Huntington, Indiana. Joe, un estudiante universitario que solía sentarse a charlar conmigo, me preguntó si aquel verano pensaba ir a pasar las vacaciones a Wisconsin. Le dije que sí. Se inclinó y se quitó el mocasín de suela blanda que llevaba en el pie derecho. Tenía un agujero en la suela a la altura del dedo gordo. «Tráigame un par de estos mocasines», dijo. «Sólo se encuentran en Wisconsin». No supo decirme de qué número era, así que me probé el mocasín. A mí

me quedaba un poco grande.

Durante las vacaciones entré en varias zapaterías en busca de un par de «aquellos mocasines». También visité la residencia de estudiantes del seminario de San Lorenzo, donde me enseñaron los dormitorios, cuyas paredes habían decorado los estudiantes con carteles y banderines llenos de imaginación. Allí, junto a la cama de uno de los seminaristas, había un par de «aquellos mocasines».

—¿Quién duerme en esa cama? —le pregunté a mi guía.

—Tom Roportal —contestó, y me explicó que el chico estaba en clase en el edificio principal.

Cuando di con Tom le pregunté:

—¿Dónde has comprado esos mocasines?

—En la zapatería Jahn's, que está en la calle Mayor de Fond du Lac —dijo.

Conduje los veinte kilómetros que me separaban de Fond du Lac y allí, en el escaparate de la zapatería, estaban «aquellos mocasines». Entré en la tienda y le dije al vendedor que quería comprar un par.

—¿Qué número calza? —preguntó.

—No son para mí —le dije—, pero voy a probármelos y si me quedan un poco grandes serán del número correcto.

El vendedor dirigió la vista hacia el cielo y sacudió la cabeza.

—Ya sé que ésta no es forma de comprar zapatos. Mi padre trabajaba en una zapatería —le dije.

—¿Dónde? —preguntó.

—En Monroe, Wisconsin —contesté.

—¿Cuál zapatería? —preguntó.

—La zapatería Monroe —contesté.

—¿Eres el hijo de Vern Peterson? —preguntó.

—No, soy hijo de Don Clark —contesté.

—Ah, claro —dijo el vendedor—. Don tenía un hijo que fue al seminario, ¿no es así?

—Así es —le dije—. Ése soy yo. ¿Es usted el vendedor?

Lo era.

Padre KEITH CLARK, capuchino
Mount Calvary, Wisconsin

La estilográfica de rayas

La segunda guerra mundial había acabado hacía un año y yo formaba parte del ejército de ocupación en Okinawa. Durante los últimos meses habían robado varias veces en el recinto de mi base. Habían rajado las mosquiteras de las ventanas y se habían llevado varias cosas de mi mochila, pero lo extraño era que el ladrón sólo había robado dulces y otras tonterías, todas ellas cosas sin valor. En una ocasión vi huellas de barro seco en el suelo y sobre la mesa de madera, hechas por unos pies descalzos. Eran muy pequeñas y parecían pertenecer a un niño. Sabíamos de algunas bandas de huérfanos que recorrían la isla y que vivían de cualquier cosa que pudieran encontrar, llevándose todo lo que no estuviese bajo llave.

Pero un día desapareció mi querida estilográfica Waterman. Y aquello ya me pareció demasiado.

Un día escogimos a uno de los prisioneros para hacer unos trabajos. Yo ya le había visto antes. Era un hombre callado, guapo, andaba erguido y prestaba atención cuando se le hablaba. Cada vez que le veía tenía la impresión de que, fuera cual fuese su rango dentro del ejército japonés (posiblemente oficial), había sido un buen militar. Y entonces, de pronto, vi mi estilográfica Waterman prendida en el bolsillo de aquel japonés de aspecto tan digno.

No podía imaginármelo robando. Siempre había acertado a la hora de juzgar a las personas, y aquel hombre me dio la impresión de ser una persona honrada. Pero, en aquella ocasión, debí de equivocarme. Después de todo, el hombre tenía mi pluma y había estado trabajando en mi zona durante varios días. Decidí actuar basándome en mis sospechas y hacer caso omiso de la compasión que sentía por él. Señalé la estilográfica y estiré la mano.

Él retrocedió, sorprendido.

Toqué la pluma y volví a pedirle, mediante gestos, que me la entregase. Negó con la cabeza. Parecía atemorizado, a la vez que totalmente sincero. Pero yo no iba a permitir que me engañara. Puse cara de enfadado y volví a insistir.

Al final me la entregó, pero con una enorme tristeza y desilusión. Después de todo, ¿qué podía hacer un prisionero frente a una orden dada por un representante del ejército vencedor? Negarse a obedecer conllevaba su castigo y seguro que él ya había recibido suficientes.

A la mañana siguiente no regresó y nunca más volví a verle.

Tres semanas después, encontré mi estilográfica en mi habitación. Me quedé horrorizado por la atrocidad que había cometido. Sabía el dolor que se sentía cuando se recibía un trato humillante, cuando se era obligado a cumplir una orden injusta, cuando veías cómo se asesinaba la confianza a sangre fría. Me preguntaba cómo podía haberme equivocado así. Las dos estilográficas eran verdes con rayas doradas,

pero en una las rayas eran horizontales, y en la otra, verticales. Para empeorar aún más las cosas, yo sabía que para aquel hombre habría sido muchísimo más difícil que para mí conseguir uno de aquellos preciados objetos norteamericanos.

Hoy, cincuenta años después, ya no tengo ninguna de las dos estilográficas. Pero ojalá pudiese encontrar a aquel hombre para poder disculparme.

ROBERT M. ROCK
Santa Rosa, California

El muñeco

Durante siete años viví en Los Ángeles, realizando un trabajo que no me gustaba mucho. Después de un tiempo, aquella situación hizo que me sintiera mal conmigo mismo. Llegó hasta tal punto que sólo iba a la oficina porque había aire acondicionado y café gratis. Pero después de que dejé de tomar café, me parecía bastante absurdo seguir yendo. Durante un año estuve calculando mis ahorros; todas las mañanas contaba los días que me faltaban para reunir el dinero suficiente para dejar el trabajo y marcharme a vivir al bosque, en Carolina del Norte.

La primavera pasada empecé a toser. Comencé a toser en mayo y a finales de julio seguía tosiendo. En agosto mis compañeros de trabajo ya me habían recomendado todo tipo de médicos y medicinas, pero yo sabía cuál era el problema. Aquel trabajo era como tener una soga alrededor del cuello: aquella vida equivocada me estaba matando. Después de pasar cuatro meses tosiendo tanto que creí que se me romperían las costillas o que empezaría a escupir las tripas por la boca, acabé por despedirme. El Día de los Trabajadores conduje a través del país para hacer lo que había dicho que iba a hacer. Todo el mundo pensaba que estaba loco por irme a vivir al bosque. Lo cierto es que, a pesar de estar convencido de que aquello era lo que quería hacer, había momentos en los que yo también dudaba.

Una noche, cuando ya hacía un mes que me había ido de Los Ángeles, me puse un poco de los nervios. Preparé la cena pero, no sé por qué, no tenía ganas de comer. No podía quedarme quieto en la silla. Comencé a sentir la misma sensación de depresión y ansiedad que tenía en el trabajo, y me sentía atrapado. Quería salir a observar la puesta de sol. Tenía tal ansiedad que dejé la comida en el horno, me metí en el coche y me marché, sin saber adónde.

Después de un rato, me encontré conduciendo junto al río mientras escuchaba una historia en la radio pública nacional sobre un incidente que había tenido lugar en Los Ángeles. Algo sobre ordenadores y el año 2000. Mi mente me llevó hasta Marcus, mi amigo y compañero de oficina, que trabajaba con ordenadores. Me di cuenta de que no le había llamado desde que me marché y de pronto empecé a preocuparme: Marcus estaba sufriendo y me juré que me pondría en contacto con él en cuanto pudiese.

Mientras tanto, algo me hacía seguir adelante. Llegué a un parque donde suelo sentarme a observar el paso del río, pero aquella vez no me detuve. Continué hasta llegar a una vieja oficina de correos que está junto al río. Es un lugar tan bonito que muchas veces he pensado presentarme al examen para funcionario de correos. Aunque tengo una sucursal de correos cerca de mi casa, suelo conducir hasta esta otra con el solo fin de acodarme en la barandilla y observar el paso del río. Quiero decir, eso es lo que suelo hacer. Pero aquel día no me conformaba con observar. Tenía que

acercarme más.

Había habido una sequía de tres meses, así que nunca había visto el río tan bajo. Me puse a andar por las rocas pensando en mi amigo. Recordé que Marcus no sabía nadar y pensé que él nunca hubiese cruzado un río caminando entre las rocas. Intenté no pensar en Marcus porque me angustiaba mucho. Intenté imaginarme que una bella sirena acudía a mi cabaña las noches de frío en busca de calor y que bebíamos juntos una botella de vino; pero no lograba retener su imagen y Marcus volvía a ocupar mis pensamientos. No me lo podía sacar de la cabeza.

Marcus es negro, bajo y fornido. Una persona muy inteligente y tan lógica que, a menudo, resulta ilógica. Puede ser sensible y generoso y, sin embargo, a veces rechaza a la gente con brusquedad. Una vez, cuando le pregunté si iría a visitarme después de que me mudase, puso «Strange Fruit» cantada por Billie Holiday. Me dijo que era una canción sobre los blancos que linchaban a los negros en el Sur. Le dije que donde yo vivía no hacían tal cosa. Me dirigió una sonrisa de incredulidad.

Allí, sobre las rocas, echaba de menos a Marcus, pero, sobre todo, estaba preocupado. A veces bebía mucho y conducía demasiado rápido. Es esa clase de persona que odia tanto su trabajo que trabaja el doble para enmascarar su angustia. Ha llegado a identificarse tanto con los ordenadores que él mismo se ha convertido en una especie de computadora. A veces parece como si Marcus estuviese cargando él solo con el peso del mundo. Y sin embargo, a pesar de todo, había una imagen del rostro de Marcus que me venía una y otra vez a la mente mientras caminaba por aquellas rocas: la del esfuerzo que tuvo que hacer para contener las lágrimas el día que salí del aparcamiento y abandoné Los Ángeles.

Durante media hora me quedé acurrucado en medio del río preguntándome qué iba a hacer con mi vida. Tenía poco dinero, estaba solo en las montañas y me preguntaba (como había profetizado Marcus) si no habría cometido un error, si no me volvería loco en medio de tanta calma. No sabía por qué estaba allí. Me sentía perdido. Ni siquiera sabía por qué había ido hasta aquel lugar del río. Lo único cierto era que echaba de menos a mi amigo y que me preocupaba la idea de que no estuviese bien. Finalmente me levanté para volver a casa, puesto que no podía hacer nada para ayudarlo estando tan lejos.

Y fue entonces cuando ocurrió...

Cerca de la orilla, vi que algo asomaba entre dos rocas por debajo del agua. Me acerqué y, cuando me agaché, vi que era un muñeco semienterrado en el barro. Lo cogí y vi que era un negrito fornido que llevaba un sombrero. Tenía los brazos alzados como si se estuviese rindiendo. Al principio sonreí, pues tenía un parecido asombroso con Marcus. Es probable que incluso me riera, porque se parecían muchísimo.

Pero cuando lo miré mejor me quedé helado. De repente me invadió tal miedo

que creí volverme loco durante un momento. Alguien había atado una soga alrededor del cuello del muñeco. Lo habían atado para ahorcarlo, y después lo tiraron al agua para que se ahogase. Entonces supe por qué estaba allí, por qué había estado pensando en Marcus todo el día. Estaba seguro de que él sufría y de que yo tenía que ayudarlo. Así que le quité la pequeña soga del muñeco, lo lavé en el río y me lo llevé a casa.

Sabía que había ayudado a mi amigo a pesar de encontrarme a cinco mil kilómetros de distancia, pero nunca llamé a Marcus para contarle lo sucedido. Él es un genio de la cibernética procedente del Instituto Tecnológico de Massachusetts y una persona demasiado lógica (¿o cínica?) como para creer en el vudú, en la sincronización o en los misterios místicos del mundo.

Pero el mismo día que rescaté aquel muñeco del río, recibí un escueto correo electrónico de Marcus. Por la hora del envío, comprobé que lo había escrito en el momento exacto en que me encontraba en el río. Me contaba que estaba trabajando, en medio de los preparativos caóticos para el año 2000. Era una diatriba sin pies ni cabeza, una especie de monólogo interior, sobre las mujeres y el trabajo, y en la que hablaba con franqueza acerca de emprender algo que realmente deseaba hacer en su vida. Decía que quizá vendiese su casa para irse a vivir a Francia o para navegar alrededor del mundo. Acababa diciendo: «Pero hoy me sucede algo raro y maravilloso. Me siento más ligero. Es como si me hubiese sobrevenido una repentina claridad y la certeza de que ya no soy prisionero de nadie. Sigo estando aquí, pero ya no soy prisionero de nadie. Por primera vez en toda mi vida, me siento libre».

Nunca le conté esta historia a Marcus. El muñeco del río vive ahora en mi casa, en un cuarto donde no hay ordenadores ni ningún aparato electrónico. Está sentado en un estante frente a la ventana, desde el que ve los árboles y la luz. El muñeco parece muy feliz de vivir así.

ROBERT MCGEE
Asheville, Carolina del Norte

La cinta de vídeo

Trabajo en una biblioteca donde mi labor consiste en comprar cintas de vídeo para la colección cinematográfica. Durante los últimos años he visto miles de cintas. Es un trabajo que, al cabo del tiempo, se vuelve bastante rutinario. Como de costumbre, la semana pasada puse una cinta y comencé a ver la película. Una madre va en coche con sus hijos. Los niños preguntan adónde van. La madre responde: «Vamos a Santa Rosa». Yo exclamo «¡Bien!» para mis adentros. Después de todo, yo nací en Santa Rosa. La miro durante un rato, comprobando la calidad del sonido y de la imagen. Retiro la cinta y pongo la segunda parte. Es de noche. Una joven corre calle abajo, se acerca a una casa, sube la escalera del porche, lo atraviesa y entra en la casa por la ventana de un dormitorio. Me revuelvo en mi silla. No puede ser. Ése es el porche de mi casa y la ventana es la de mi dormitorio. Aparecen dos chicas hablando pero no presto atención a lo que dicen porque estoy demasiado ocupada mirando aquel cuarto. La ventana queda a la derecha, no hay armarios empotrados (la casa era demasiado antigua). Me fijo en los techos de más de cuatro metros de altura y recuerdo lo difícil que era encontrar cortinas con esa medida. Paro la cinta. La cabeza me da vueltas. Era la habitación de la casa donde yo había crecido. Yo dormía en aquel cuarto con mi abuela, en una camita de hierro que estaba en la pared opuesta a la cama de ella. Saco la cinta y vuelvo a poner la primera. La madre y los niños yendo en coche. Entran en un barrio en el que se ven diferentes grupos étnicos. Niños de origen hispano que juegan en la calle, una mujer vietnamita leyendo el periódico, negros vestidos con el uniforme de una banda de música que charlan en un callejón. El coche tuerce en una esquina. Me inclino hacia delante. Yo he estado en esa calle. La he recorrido en mi bicicleta Sears de color azul con el sillín forrado de corderito y el viento estival acariciándome la cara. El coche se detiene delante de una casa. La madre se baja y sube los escalones del porche. Una mujer le abre la puerta. A través de la puerta de tela metálica veo la recargada decoración que hay alrededor del arco que conduce al comedor. Están hablando en la cocina. Todo es exactamente igual: la mesa de la cocina debajo de la ventana, la enorme cocina esmaltada en blanco, un armario solitario junto a la pila. Un hombre entra desde otra habitación: mi cuarto. Lleva una toalla sobre los hombros. Sale del único baño que hay en toda la casa. La puerta de mi cuarto tiene un pequeño picaporte ovalado que está colocado bastante alto. Recuerdo que tenía que estirarme para alcanzarlo. Me inclino hacia delante como si así fuese a ver más. Distingo la puerta lateral que da al porche donde yo hacía tortitas de barro para mi perro. Sé que un poco más allá están los escalones que conducen al jardín trasero donde enterré el pájaro que encontré muerto, donde está el manzano con el columpio y el jardín de mi padre. Detengo la cinta. De pronto han desaparecido treinta y cinco años y miles de kilómetros. De alguna forma muy sutil,

he cambiado. Siento el sol sobre mi piel, veo la cara de mi perro y oigo cantar a los pájaros. En un mundo donde la vida es a veces prosaica, rutinaria y, a menudo, cruel, me siento de repente maravillada.

MARIE JOHNSON
Fairbanks, Alaska

El bolso

A principios de la década de 1970 trabajé como lectora de contadores para la Compañía de Gas y Electricidad de San Mateo. Yo era una de las tres mujeres que había en el departamento. Una vez al mes tenía que ir a un barrio de Redwood City. Las personas que vivían allí eran, en su mayoría, parejas ya ancianas, viudas y viudos, casi todos de origen italiano. Cuando morían, sus hijos arreglaban las casas y las alquilaban. Se notaba por sus jardines de entrada, porque las flores y las tomateras eran reemplazadas por alguna clase de césped fácil de cuidar.

Allí era donde vivía Joe: en una pequeña cabaña que quedaba en la última manzana de mi recorrido. Tenía un gran jardín delantero y otro, precioso y bien cuidado, en la parte de atrás.

Todos los meses leía su contador de gas, que estaba en el frente de la casa, y después llamaba a la puerta para que Joe me dejara pasar a la parte de atrás para leer el contador de la luz. Era un hombrecillo regordete, de cabello moreno (que ya se había vuelto prácticamente gris) y ojos oscuros y sonrientes, que desde el principio había insistido en que le llamase Joe. Tendría más de setenta años, estaba siempre en casa y parecía que vivía solo. Siempre abría la puerta y decía, con su acento italiano: «¡Buenos días! ¡Buenos días!», daba igual qué hora del día fuese. «¡Entre! ¡Entre! ¡Entre! ¡Entre!». Joe siempre esperaba dentro de la casa a que yo leyese el contador. Después dábamos un paseo por el jardín y él me daba algunas frutas o verduras para que me llevase, según la estación del año.

El contador de la luz quedaba justo por encima de una mesa de jardín que estaba colocada contra la pared, bajo la sombra de una gran parra. Encima de la mesa, cerca del borde, había un viejo bolso de mujer. Era ese tipo de bolso que usan las ancianas: con un borde de concha con los ángulos redondeados, de piel negra, ya gastada y llena de roces. El cierre era de ésos que hay que apretar a presión y que se había desteñido y desgastado por los años de uso. La primera vez que lo vi me pregunté dónde estaría la mujer..., la dueña del bolso... ¿Estaría enferma? O tal vez aquella era una prueba para ver si yo era honrada. Con el tiempo, dejé de cuestionarme su presencia. Me colocaba junto al banco, delante del bolso, y leía el contador, pero siempre era consciente de que estaba allí: firme e imperturbable. Un día estuve a punto de tocarlo.

Llevaba casi dos años yendo a leer los contadores de aquella casa cuando, un día de agosto que hacía una temperatura inusualmente alta, llamé a la puerta de Joe sintiéndome deshidratada y mal debido al calor. Atravesamos la casa e insistió en que me sentara en el banco que había junto a la mesa del jardín. Mientras estaba allí sentada, mirando el bolso de mujer, oí que decía en voz baja y temblorosa: «¡Vamos a salir de compras... Dejé el bolso ahí... Necesitaba sentarse durante un minuto... No

he podido tocarlo después de... No me atrevo a moverlo». Cuando levanté la mirada hacia donde él estaba, dio media vuelta y entró rápidamente en la casa. Cuando volvió a salir, sus ojos habían recuperado la sonrisa y me entregó, orgulloso, una gran bolsa de tomates y calabacines y una Fanta de naranja.

Durante el mes siguiente pensé muchas veces en el bolso y tenía ganas de volver a ver a Joe. Cuando, por fin, llegué a su casa en septiembre, noté inmediatamente que algo andaba mal. El jardín estaba amarillo y las verduras se pudrían en el suelo. Pensé que estaría enfermo, corrí hacia la puerta y llamé con fuertes golpes. Abrió la puerta un hombre delgado, que tenía los mismos ojos que Joe, pero que no sonreían. «¿Dónde está Joe?», pregunté.

Se quedó mirando en silencio a aquella joven rubia, de pelo largo, vestida con un uniforme masculino. Sin saber muy bien qué decir a continuación, le expliqué que había ido a leer los contadores. Se volvió hacia otro hombre que había allí y le pidió que me abriera la verja del costado, un recorrido que nunca antes había hecho. Atravesé aquella verja rápidamente y me dirigí hacia la parte trasera de la casa, rodeé la enorme parra y llegué a la mesa de jardín. El hombre se colocó a mi lado y esperó. Miré el contador y anoté unos números en mi libreta. Cuando acabé, pasé por delante del hombre sin decir ni una palabra. Abandoné el jardín y cerré la verja a mi espalda.

El bolso de mujer ya no estaba.

BARBARA HUDIN
Bend, Oregón

Un regalo que vale oro

Corría el invierno de 1937, justo después de Navidad. Todavía estábamos saliendo de la Gran Depresión, pero yo estaba de muy buen humor. A finales de enero iba a graduarme en la escuela. Apenas tenía doce años y era más joven y mucho más pequeño que los demás niños de mi clase. Mi madre seguía comprándome pantalones cortos y, cuando llegaba el frío, usaba pantalones bombachos y calcetines hasta la rodilla. La mayor parte de mis compañeros ya no llevaban pantalones cortos, pero, aunque eran mayores y más altos que yo, seguían usando los bombachos por debajo de la rodilla. Sólo un par de chicos de catorce años, que eran de los más altos, llevaban pantalones largos.

Sin embargo, estaba previsto que todos los chicos se vistieran igual para la ceremonia de graduación. Tenían que llevar camisa blanca, corbata de punto azul marino y pantalones de sarga de lana azul oscuro. Cuando le pregunté a uno o dos de los chicos que usaban bombachos qué pensaban hacer, contestaron que el día de la graduación se pondrían pantalones largos.

Esperé a que faltara una semana para la graduación para decírselo a mi madre. Pensé que era mejor comunicárselo de la forma más suave posible.

Recuerdo que era la fría tarde de un lunes. Había regresado a casa del colegio haciendo crujir la nieve bajo mis pies y atravesando calles y cruces bastante peligrosos por el hielo. Las gruesas capas de nieve derretida y vuelta a endurecer estaban llenas de surcos profundos y de huellas de rodaduras. La casa estaba caliente y acogedora. Me quité el pesado abrigo y lo colgué en el armario del vestíbulo, disfrutando todo el rato del tentador aroma del pescado friéndose en mantequilla. Entré en la cocina a servirme un vaso de leche, uno de los pocos lujos que nos permitíamos en casa.

—Vaya, mami —dije—, huele muy bien, me encanta el pescado.

—Ahora no empieces a darme la lata como siempre para que te dé un poco —dijo—. Acuérdate de que si comes ahora, luego no te quedará nada para la cena.

Aquél era un pequeño juego que teníamos y que siempre acababa igual. Yo insistía una y otra vez hasta que ella decía que la estaba sacando de quicio. Entonces se daba por vencida y me dejaba probar un trozo generoso. Después siempre recibía mi plato completo para la cena.

Pero aquella vez no continué con el juego.

—Mami —dije—, en cuanto a lo de la graduación...

—¿Sí? —preguntó moviendo la sartén encima del fuego.

—Me van a dar la medalla de primero de la clase —dije.

Sin dejar de cocinar, me miró por encima del hombro y me dedicó una amplia sonrisa.

—Eso es maravilloso, cariño. Papá y yo estaremos allí y seremos los padres más orgullosos de todos.

Debió de notar en mi cara que algo andaba mal. Le dio la espalda a la cocina y dijo:

—¿Qué es lo que sucede?

—Que tengo que llevar pantalones largos —dije.

No pasó mucho tiempo antes de que recibiese la respuesta que esperaba.

—Pero, cariño, ahora mismo no tenemos dinero para comprarte unos pantalones nuevos —dijo muy bajito—. Y tú lo sabes.

—Pues muy bien —estallé—. Entonces no pienso ir a la graduación. Además, ¡me iré de casa!

Esperé. Mi madre movió la sartén varias veces y luego dio la vuelta, uno a uno, a todos los trozos de pescado. Había un gran silencio, roto solamente por el sonido de la mantequilla que chisporroteaba en la sartén.

Se volvió hacia mí. Su mano extendida sostenía la espátula sobre la que había un dorado trozo de pescado frito.

—Aquí tienes —dijo—. Corta uno de los panecillos que hay sobre la mesa y hazte un buen sándwich de pescado. Y yo en tu lugar no haría las maletas todavía. Ya nos las arreglaremos para solucionar ese problema de los pantalones.

Mi madre se quedó mirándome mientras me hacía el sándwich y continuó mirándome mientras me lo comía. Le divertía oír las exclamaciones de placer que acompañaban a cada bocado.

—Eso debería bastar para retenerte en casa —dijo.

El sábado siguiente, cuando mi madre dijo «vamos de compras», supe que había solucionado el problema.

A media mañana nos envolvimos en nuestra ropa de abrigo para hacer frente al crudo invierno que asolaba la ciudad y cogimos el tranvía que iba por la avenida Westchester. Nos bajamos en Southern Boulevard, donde estaban las mejores tiendas del este del Bronx. La tienda donde solíamos comprar la ropa estaba a sólo dos manzanas de allí. Desde que tengo memoria, siempre me habían comprado los pantalones en aquella tienda del señor Zenger. Me caía bien el señor Zenger y me gustaba oírle decir, como siempre hacía: «Confía en mí, hijito, te daré lo mejor y con esos pantalones vas a quedar hecho un pincel».

Pero antes fuimos andando bulevar abajo y nos detuvimos en un lugar en el que nunca había reparado.

—Espérame aquí —dijo mi madre.

Abrió la puerta y entró en una tienda que se parecía un poco a un banco. Leí el cartel que había encima de la puerta: CASA DE PRÉSTAMOS Y EMPEÑOS.

Salió unos diez minutos más tarde y, a continuación, nos dirigimos a la tienda de

pantalones. Allí el señor Zenger me proporcionó, sin lugar a dudas, el mejor pantalón de pura sarga de lana ciento por ciento, color azul marino, que podía encontrarse en todo el mundo.

El señor Zenger me midió el largo de los pantalones y cosió los bajos mientras esperábamos. El precio total fue de tres dólares y cincuenta centavos, incluyendo los retoques.

Envolvió los pantalones nuevos con papel de estraza y los ató con un cordel. Yo tenía el paquete bien sujeto debajo del brazo en el momento en que mi madre fue a pagarle al señor Zenger. Vi cómo sacaba un sobrecito marrón de su bolso, lo abría y extraía su contenido. Dentro había cuatro billetes nuevos de un dólar. Los extendió con cuidado y se los entregó al señor Zenger. Él marcó la venta en la caja registradora y le devolvió a mi madre su cambio de cincuenta centavos.

En el tranvía, sentado junto a mi madre, yo iba del lado de la ventanilla y me pasé mirando hacia fuera la mayor parte del trayecto. A mitad del camino, mientras cruzábamos en medio de sacudidas el puente sobre el río Bronx, no había mucho que ver fuera y, al volverme en mi asiento para mirar hacia delante, me fijé en las manos de mi madre cruzadas encima del bolso, que descansaba sobre sus rodillas. Fue entonces cuando noté que la sencilla banda de oro de su anillo de boda, que siempre había rodeado el anular de su mano izquierda, ya no estaba allí.

JOHN KEITH
San José, California

Familias

Suspendido debido a la lluvia

La última vez que fui al estadio Tiger (conocido entonces como el estadio Briggs) tenía ocho años. Mi padre regresó de trabajar y dijo que me iba a llevar al partido. Él era un fanático del béisbol y ya habíamos ido juntos a muchos partidos, pero aquél iba a ser el primer partido nocturno al que yo asistiría.

Llegamos con la suficiente antelación como para aparcar en la avenida Míchigan sin tener que pagar. En la segunda manga empezó a llover, y al poco rato la lluvia se convirtió en chaparrón. Transcurridos veinte minutos, anunciaron por los altavoces que el partido quedaba suspendido debido a la lluvia.

Anduvimos debajo de las gradas durante casi una hora esperando que amainase un poco. Cuando ya no vendían más cerveza, mi padre dijo que tendríamos que echar una carrera hasta el coche.

Teníamos un sedán negro de 1948 cuya puerta del lado del conductor estaba rota y sólo podía abrirse desde dentro. Llegamos a la puerta del lado del acompañante chapoteando y empapados de pies a cabeza. Mientras mi padre buscaba la cerradura medio a tientas, las llaves se le resbalaron de la mano y cayeron dentro de la alfombrilla. Cuando se agachó para rescatarlas de la corriente de agua, golpeó la manija de la puerta con su sombrero de fieltro marrón y éste salió volando. Tuve que correr media manzana para cogerlo y luego regresé a toda velocidad al coche.

Mi padre ya estaba sentado al volante. Yo me metí dentro de un salto, me dejé caer en el asiento del acompañante y le entregué su sombrero, que a aquellas alturas parecía un trapo mojado. Lo observó durante unos segundos y luego se lo puso. El sombrero soltó un chorro de agua que le salpicó los hombros y las piernas y después empapó el volante y el salpicadero del coche. Mi padre soltó un fuerte rugido. Yo me asusté porque creí que aullaba de furia. Cuando me di cuenta de que estaba riéndose, me sumé a él, y durante un rato nos quedamos allí dentro, riéndonos juntos de un modo casi histérico. Nunca le había oído reírse así y nunca más volví a hacerlo. Era como una explosión salvaje que procedía de lo más profundo de su ser, una fuerza que siempre había estado reprimida.

Muchos años después, cuando le hablé de esa noche y de cómo recordaba aquella risa suya, él insistió en que aquello no había sucedido jamás.

STAN BENKOSKI
Sunnyvale, California

Aislamiento

Una semana después de incinerar el cuerpo de mi madre, alguien le prestó a mi padre una camioneta y él nos metió a todos dentro, sentados en unas sillas baratas de playa instaladas en la caja. Íbamos bebiendo cerveza, que se derramaba cada vez que él tomaba las curvas demasiado rápido. Nos llevó a un lugar llamado West Meadow Beach, en la bifurcación norte de Long Island. Nos habían dejado aquella cabaña por pura compasión. Mi madre acababa de ser asesinada y mi padre se había quedado solo con seis hijos adolescentes a su cargo.

Nosotros estábamos acostumbrados a una playa oceánica salvaje y ventosa. Nuestra casa de verano estaba sobre el Atlántico, en Neponsit, un pueblo de Queens, donde nos lo pasábamos en grande. Pero aquel lugar había quedado contaminado por la muerte. Mi madre había sido estrangulada allí, en su dormitorio, una noche de finales de junio. No habríamos podido quedarnos en aquella casa aunque hubiésemos querido. La gente pasaba por allí una y otra vez señalándola desde sus coches, y la policía la había dejado hecha un asco con sus tazas de café y el cuento que se traen con las huellas digitales.

La cabaña del desconocido estaba en el estrecho de Long Island. No había olas ni cantos rodados en la arena y por el agua pasaban flotando todo tipo de cosas civilizadas y dóciles, que se mecían en silencio. Yo tenía dieciocho años. Sarah, la más pequeña, tenía doce. Gaby, la mayor, veinte. Blaise tenía dieciséis; Mark, catorce, y Heather, trece. Mi padre tenía cincuenta y un años. No podía ofrecernos consuelo, así que, en su lugar, nos procuró aislamiento.

Antes de ir a West Meadow Beach, habíamos sido un grupo de chiquillos americanos felices y sin problemas de drogas. Compartíamos nuestra paga pero no nuestra ropa favorita; odiábamos la música de los demás hermanos pero nos encantaban sus amigos. Todo aquello cambió cuando nos encontramos en aquella casa, unidos por el cinismo, la depresión y el alcohol.

Dentro de la cabaña todo estaba frío y húmedo. En ella reinaba una extraña alegría de juguetes y almohadones con flores, iluminados por faroles y brillantes bombillas sin pantallas. Todos nosotros éramos bastante sensibles a la luz, por haber crecido en una casa oscura y haber pasado temporadas en las casas, también oscuras, de nuestras abuelas. Nos sentábamos allí con las luces apagadas, alumbrados sólo por las brasas de nuestros cigarrillos. Mi padre había llevado muchísimo alcohol, todas las bebidas alcohólicas habidas y por haber, así como varios cartones de cigarrillos, pero casi no había comida. Fue así como inauguramos nuestra tradición de empatía alcohólica en la familia.

La bebida no cambiaba las cosas, pero representaba algo que hacer, algo que nos hacía creer que íbamos hacia delante. Nadie tenía mucho que decir. Así que nos

quedábamos sentados en aquellos muebles de mimbre del propietario desconocido y bebíamos bebidas fuertes: ginebra con tónica, vodka con refresco de uva, ron con todo tipo de cosas. Fuera, en algún lugar, los vecinos parecían felices. Estábamos cerca del Cuatro de Julio y todos celebraban alguna fiesta.

Al día siguiente nos instalamos en la parte más lejana de la playa, desparramados en tumbonas detrás de las dunas y de la hierba, con nuestras melenas y largas piernas, quemando Marlboros al sol. Para cualquiera podíamos dar la impresión de estar aburridos, pero, de hecho, estábamos sumidos en nuestros pensamientos. Muy sumidos en nuestros pensamientos. El estrecho era como una piscina enorme y aburrida. Lo primero que hicimos fue comenzar a beber, lo que, aparentemente, era una buena idea. Nadie se bañó en el mar.

Teníamos una canoa que durante el viaje se nos había caído de la camioneta en medio de la carretera y casi mata al tipo que iba detrás de nosotros. Ése fue uno de los puntos álgidos del trayecto. Después de unas copas, Heather, Sarah y papá cogieron la canoa y la bajaron hasta el banco de arena y papá las remolcó, inclinado contra la brisa, como un Goliat gigante y canoso. El agua le enmarañaba el pelo gris del pecho y el amplio traje de baño le colgaba del flaco trasero. Tiraba de la canoa con el rostro desencajado por el dolor, como si aquello fuese una penitencia. Las chicas iban sentadas en la canoa, sosteniendo en silencio sus whiskies con soda en la mano y con la mirada fija en la espalda de mi padre.

Así fueron transcurriendo aquellos días calurosos y soleados y aquellas noches largas y extrañas. Al cuarto día vino una prima a ver cómo estábamos y a pasar unos días al sol. Era una persona gritona y parlanchina y se movía entre nosotros como un televisor con patas que alguien hubiese dejado encendido pero que nadie quería ver. Dijo que no creía que fuera conveniente que mi padre permitiese beber alcohol a las pequeñas. Nada más decirlo, nos reímos de ella, pero después nos quedamos todos muy callados y alguno de nosotros empezó a llorar. Mi prima se marchó al día siguiente.

Eso fue en 1980, hace veinte años. Pero resulta difícil de creer, porque sé que todos seguimos allí, flotando y meciéndonos hacia delante y hacia atrás, dejando pasar el tiempo, mientras esperamos que las cosas mejoren.

LUCY HAYDEN
Ancram, Nueva York

Conexiones

Mi padre tenía dos hermanas: Layna, que era pediatra, y Rose, que era fotógrafa. Vivían en Berlín, donde compartían un piso. Como eran judíos, huyeron de Alemania poco después de que Hitler subiese al poder en 1933, y más adelante viajaron a Estados Unidos. Se afincaron en Nueva York, donde volvieron a compartir un piso.

Después de morir la hermana menor de mi padre, en 1980, recibí una llamada telefónica de su albacea. El abogado me dijo que estaba deseando acabar con su trabajo y que tenía que vaciar el apartamento de mi tía. Entre las pocas cosas que quedaban por medio había unos cien libros en alemán. Me dijo que casi todos los refugiados de la Alemania de Hitler se habían establecido en Nueva York y habían traído con ellos sus libros alemanes. El mercado estaba saturado, no pagaban nada por los libros y él no podía venderlos, ni siquiera regalarlos. Lo que me recomendaba era tirarlos a la basura. Aquella sugerencia hirió mi sensibilidad y me recordó la quema de libros por los nazis. Le rogué que me diese unos días para buscarle una mejor solución al problema.

Yo vivo en Bloomington, Indiana, que es la sede de la Universidad de Indiana. Lo que se me ocurrió fue ofrecer los libros como una donación para el Departamento de Alemán. Me enteré de que allí los libros en alemán no eran considerados algo sin valor y que el director aceptaba encantado el regalo para la biblioteca de su departamento.

Llegaron los libros y uno de los profesores se puso a revisar algunas de las cajas y de repente soltó una exclamación de sorpresa. Había visto el nombre de la dueña: Layna Grebsaile, escrito en la primera página de muchos de ellos. Le dijo al director del departamento que durante su adolescencia él había conocido en Berlín a alguien que se llamaba así y que le gustaría saber cómo habían llegado aquellos libros a Bloomington. El director le facilitó mi nombre. Cuando nos conocimos, le confirmé que yo era la sobrina de la Layna que él había conocido. Entonces me contó algunas historias familiares que yo no había oído nunca.

El profesor había crecido en Berlín. Su madre había muerto cuando él era muy joven y su padre, viudo y resuelto a casarse de nuevo, comenzó a cortejar a Layna, que era la mayor de las dos hermanas. Al final aquella relación no prosperó, pero el futuro profesor, que entonces era un adolescente, había entablado una amistad con Layna que mantuvieron incluso después de que ella y su padre rompieran.

El joven también era judío y tuvo que huir de Alemania. Su odisea le llevó a Bloomington, donde estudió y luego pasó a formar parte del claustro de la Universidad de Indiana. Se asentó allí, se casó y formó una familia, pero a lo largo de todos aquellos años conservó su amistad con Layna y continuaron escribiéndose ocasionalmente hasta la muerte de ella en 1957.

Después de la muerte de Rose en 1980, heredé un baúl lleno de cartas, documentos y otros objetos familiares que fue a parar al sótano de mi casa. Alguna que otra tarde en la que me siento nostálgica, abro el baúl y fisgo entre los tesoros que contiene. Una tarde encontré una tarjeta de felicitación que el profesor le había enviado a Layna. Se la di a él de regalo.

MIRIAM ROSENZWEIG
Bloomington, Indiana

El miércoles anterior a Navidad

Esta historia sucedió el miércoles anterior a Navidad, hace un par de años. Habíamos acabado de ensayar con el coro de la iglesia. Las columnas ya estaban decoradas con guirnaldas que llenaban el templo de olor a pino. Frente al sagrario se había colocado un gran árbol artificial de Navidad. Aquél era el lugar donde se depositaban los donativos para el programa Juguetes para los Chiquitines, y ya había una pequeña pila de regalos debajo del árbol.

Era casi medianoche y yo estaba charlando con un amigo en el aparcamiento. Los otros miembros del coro ya se habían marchado a casa. Habíamos apagado las luces de la iglesia y cerrado la puerta principal con llave, pero la puerta lateral que daba a la capilla quedaba siempre abierta.

Mientras mi amigo y yo estábamos hablando, un Jeep todoterreno rojo entró lentamente en el aparcamiento. Cuando el conductor nos vio, dio la vuelta y se marchó. Aquello me pareció extraño y me dejó preocupado. A veces se cometen actos de vandalismo en las iglesias. La puerta está siempre abierta en la casa de Dios y a veces algún borracho entra tambaleante para dormir allí la mona o quizá para beberse el vino y robar los objetos de oro del servicio religioso que encontrara en el altar. Pero la forma subrepticia de entrar y salir de aquel coche caro me dio que pensar.

Mi amigo y yo no comentamos nada al respecto. Después de acabar nuestra conversación, subimos a nuestros coches y nos marchamos. Pero yo no me fui a casa. Di una vuelta a la manzana y regresé a la iglesia. Cuando llegué, el Jeep estaba aparcado al lado de la puerta de la capilla y las luces de la iglesia estaban encendidas. Me quedé un rato dentro del coche, bastante nervioso. Después salí y me dirigí a la iglesia. Creyendo que me iban a meter una bala en la cabeza en cualquier momento, entré por la cripta de la iglesia, encendiendo todos los interruptores de luz y haciendo mucho ruido para que supiesen que me estaba acercando. No quería coger por sorpresa ni asustar a ningún intruso. Mientras subía la escalera empecé a cantar, sin darme cuenta, «El rey de la carretera» bastante alto (no me pregunten por qué).

Giré por el recodo de la escalera y salí a la sacristía y allí, junto al altar, vi a un hombre y a una mujer a los que conocía de vista de nuestra parroquia. Desde mi lugar en el coro yo veo a todos los que asisten a misa. Aquella mujer siempre se sentaba en el pasillo central, en la fila siete y del lado derecho. Tenía una voz de soprano pura y potente. Una vez había hablado con ella y le había preguntado si quería formar parte del coro, pero era demasiado tímida. Solía ir sola a la iglesia, pero yo había visto a aquel hombre en alguna ocasión y sabía que era su marido.

Los dos llevaban grandes bolsas de plástico blanco en cada mano repletas de juguetes nuevos. Debía de haber, por lo menos, unos quinientos dólares en juguetes dentro de aquellas bolsas. Los estaban colocando debajo del árbol de Navidad para el

programa de Juguetes para los Chiquitines.

La mujer me dirigió una media sonrisa nerviosa y se llevó un dedo a los labios. «Por favor —dijo— ni una palabra de esto a nadie».

Asentí tontamente con la cabeza y me marché.

Aquella mujer y su marido tenían cuarenta y muchos años. No sabía casi nada de ellos. Pero sabía que no tenían hijos. Nunca habían tenido hijos. No podían. Esterilidad.

Y ahora no viene ninguna gracia ni moraleja. Es sólo algo que ocurrió. Pero cuando me subí al coche y me dirigí a casa comencé a llorar a lágrima viva y no pude parar hasta pasado mucho rato.

JACK FEAR

En algún lugar de Massachusetts

Cómo mi padre perdió su empleo

A la edad de sesenta años y faltándole muy pocos años para jubilarse, mi padre perdió su empleo. La mayor parte de su vida laboral había dirigido un pequeño departamento de impresión en una fábrica de caucho de Connecticut que durante muchos años había sido propiedad de B. F. Goodrich. Pero luego la empresa se vendió a un excéntrico hombre de negocios del Medio Oeste de Estados Unidos, famoso por citar las Sagradas Escrituras con la misma facilidad con que soltaba improperios. Nadie se sorprendió cuando la empresa empezó a perder dinero rápidamente. Por suerte, mi padre pudo ir escapando a los sucesivos despidos y, debido a que la dirección siempre iba a necesitar formularios, papel y sobres impresos, él dio por sentado que su buena estrella continuaría durante más tiempo.

Pero la noche del 1 de marzo de 1975 tres hombres armados y con los rostros cubiertos por pasamontañas se presentaron en la planta, secuestraron al vigilante nocturno y a un guardia de seguridad y les abandonaron, atados y con los ojos vendados, en un almacén de maderas que quedaba a muchos kilómetros de allí. Los intrusos habían colocado varias bombas y, hacia la medianoche, la fábrica voló en pedazos. La explosión hizo temblar las aceras y destrozó cristales en las dos márgenes del río Housatonic. No hubo muertos, pero a la mañana siguiente cerca de mil trabajadores se encontraron en la calle. A pesar de que los enmascarados reivindicaron el atentado diciendo que pertenecían a una organización radical de izquierdas, una investigación del FBI reveló que el responsable era el propietario de la compañía, quien había contado con la ayuda de su consejero, un hombre también extraño que decía ser vidente. La pareja pretendía detener el deterioro financiero cobrando el seguro del edificio. Aunque la investigación fue rápida, no lo fue, sin embargo, el juicio que vino a continuación, y la pensión de mi padre quedó congelada durante varios años.

Yo estaba fuera, en la universidad, cuando me llamó para comunicarme la increíble noticia. La comunidad estaba totalmente anonadada. Aquella zona tenía ya uno de los mayores índices de desempleo del estado. La mayoría de la gente había vivido en el valle del Housatonic durante toda su vida. ¿Dónde iban a encontrar trabajo? Mi padre odiaba la simple idea de cobrar el paro. Aquello contradecía su idea de cómo debía ganarse la vida una persona honrada. Si había podido encontrar trabajo en su adolescencia cavando zanjas durante la Gran Depresión, Dios sabía que volvería a encontrar otro ahora.

Mi padre se había cuidado siempre mucho y su aspecto era todavía el de un hombre de cuarenta y pocos años. Tenía el pelo abundante y ondulado, color azabache, como Fred MacMurray en *Perdición*, y apenas tenía canas. Solía hacer abdominales a diario y no tenía barriga. Nadie le echaba los años que tenía. Estudió

las ofertas de trabajo con auténticas ganas, teniendo en cuenta todas las posibilidades, desde vigilante nocturno —mi madre descartó esa posibilidad— hasta expedidor. No había ofertas de empleo para impresores.

Finalmente, después de meses de respuestas negativas y de perspectivas poco alentadoras, se enteró de que buscaban un director para la imprenta de una universidad local. El puesto era perfecto para su experiencia. No le pagaban tanto como en su trabajo anterior, pero le ofrecían la oportunidad de aplicar los conocimientos técnicos que había adquirido con los años. Se presentó de inmediato.

Le fue muy bien en la entrevista con el joven jefe de personal, quien estudió su solicitud con evidente interés y entusiasmo. A mi padre le encantó aquel joven y le encantaba la idea de trabajar en un ambiente académico. Siempre había lamentado no haber acabado la enseñanza secundaria y para él trabajar en la universidad era casi como estar en el paraíso.

Después de tener una charla amistosa, el jefe de personal se recostó en su silla, apoyó las manos sobre su escritorio y dijo:

—Bueno, creo que hemos encontrado a nuestro impresor.

Le preguntó a mi padre cuándo quería empezar a trabajar. Aunque la burocracia requería unos pasos más para la aprobación definitiva, le dijo a mi padre que él era, con gran diferencia, el más cualificado de todos los aspirantes al puesto y que podía contar con que recibiría la notificación de contrato en los días siguientes.

Se dieron la mano y, cuando mi padre estaba ya dirigiéndose hacia la puerta, el joven le llamó.

—Falta sólo un detalle —dijo, sonriendo—, ha olvidado poner su edad en la solicitud.

Aquello no había sido por error. Le habían rechazado ya tantas veces debido a su edad, que mi padre había decidido postergar lo inevitable dejando aquel casillero en blanco. Pero esta vez era diferente. Él era la persona más cualificada para el puesto. Estaba prácticamente contratado. ¿Por qué no decir la verdad?

—Tengo sesenta años —dijo mi padre con un tono orgulloso en la voz.

La sonrisa del joven se esfumó.

—¿Sesenta? —repitió. Bajó la cabeza y frunció el ceño. Fue como si alguien hubiese apagado la luz—. Comprendo —dijo, con una voz que se había vuelto de repente monótona e impersonal—. Bueno, todavía tengo que entrevistar a varios candidatos más, así que no puedo prometerle nada. Ya se lo comunicaremos. Que tenga un buen día.

No llegó ninguna carta ni recibió llamada alguna. El ánimo de mi padre se vino abajo y perdió toda esperanza de poder ser realmente útil durante sus últimos años de trabajo. Desesperado, a pesar de que todavía le quedaban por cobrar seis meses del seguro de desempleo, aceptó un puesto de obrero en un taller de tintorería. Allí no

había sindicatos. El trabajo era agotador, los descansos eran ínfimos y le obligaban a almorzar durante la jornada laboral, mordisqueando de mala manera un sándwich que llevaba en el bolsillo trasero. Rodeado de inmigrantes recién llegados de Europa del Este y de Centroamérica, gente tan ansiosa por alcanzar una vida decente en Estados Unidos que aceptaba cualquier condición laboral sin una sola queja, mi padre era prácticamente la única persona de la fábrica que hablaba inglés. También era el más viejo.

Ese año fui a visitar a mis padres en el día de Acción de Gracias. Mi padre llevaba menos de dos meses en su nuevo empleo. Cuando vino corriendo a abrazarme, como era su costumbre cada vez que yo llegaba a casa, noté que tenía las manos manchadas de un tinte indeleble y que su pelo se había vuelto totalmente blanco.

FRED MURATORI
Dryden, Nueva York

Danny Kowalski

En 1952 mi padre dejó su empleo en la Ford para trasladarnos a Idaho y abrir allí su propia empresa. Sin embargo, cogió la polio y tuvo que estar seis meses en un pulmón de acero. Después de otros tres años de tratamiento médico, nos mudamos a la ciudad de Nueva York, donde mi padre consiguió, por fin, un trabajo como vendedor en la compañía automovilística inglesa Jaguar.

Una de las ventajas del nuevo trabajo era que le daban un coche. Era un Jaguar Mark IX en dos tonalidades de gris, el último de los modelos redondeados y elegantes. Era uno de esos coches que parecían salidos del garaje de una estrella de cine.

Yo estaba matriculado en el San Juan Evangelista, un colegio religioso del East Side, que tenía un patio de recreo asfaltado y estaba separado de la calle por una alta valla metálica.

Todas las mañanas, antes de ir a trabajar, mi padre me llevaba al colegio en su Jaguar. Hijo de un herrero de Parsons, Kansas, estaba orgulloso de su coche y creía que yo estaría igualmente orgulloso de que me llevase en él al colegio. A él le encantaba aquel tapizado de piel auténtica y las mesitas de nogal empotradas en los respaldos de los asientos delanteros, sobre las que podía acabar de hacer mis deberes.

Pero a mí el coche me daba vergüenza. Después de tantos años de enfermedad y de deudas, era muy probable que no tuviésemos más dinero que cualquiera de los otros niños de la clase trabajadora de origen irlandés, italiano o polaco que iban al colegio. Pero teníamos un Jaguar, y, por lo tanto, bien podríamos haber sido de la familia Rockefeller.

El coche me distanciaba de los otros chicos, y especialmente de Danny Kowalski. Danny era lo que, en aquella época, llamaban un delincuente juvenil. Era delgado y tenía un pelo rubio y abundante que se peinaba con gomina y fijador formando un tupé como un tsunami. Llevaba unas botas puntiagudas y relucientes, que solíamos llamar *trepadoras puertorriqueñas de alambradas*, el cuello de la chaqueta siempre levantado y el labio superior curvado en una estudiada mueca de desprecio. Se rumoreaba que tenía una navaja automática, quizá incluso una pistola de fabricación casera.

Todas las mañanas Danny Kowalski me esperaba en el mismo lugar junto a la alambrada del colegio y me miraba bajar de mi Jaguar gris de dos tonalidades y entrar en el patio del colegio. Nunca dijo una sola palabra, sólo me observaba fijamente con una mirada despiadada y furiosa. Yo sabía que él odiaba aquel coche y que me odiaba a mí y que algún día me iba a dar una paliza por ello.

Dos meses después murió mi padre. Por supuesto que nos quedamos sin el coche y enseguida tuve que mudarme a vivir con mi abuela a Nueva Jersey. La señora

Ritchfield, una anciana vecina nuestra, se ofreció a acompañarme al colegio el día siguiente al funeral.

Aquella mañana, cuando nos acercábamos al colegio, vi a Danny junto a la valla metálica, en el mismo sitio de siempre, con el cuello de la chaqueta levantado, el pelo perfectamente peinado y las botas bien afiladas. Pero esa vez, al pasar a su lado en compañía de aquella frágil viejecita y sin ningún coche elitista inglés a la vista, sentí como si el muro que nos separaba se desplomase. Ahora era más parecido a Danny, más parecido a sus amigos. Por fin éramos iguales.

Aliviado, entré en el patio del colegio. Y ésa fue la mañana en la que Danny Kowalski me dio una paliza.

CHARLIE PETERS
Santa Mónica, California

Venganza

Mi abuela era una mujer con una voluntad de hierro, la temida matriarca de nuestra familia, allá por los años cincuenta, cuando vivíamos en Nueva York.

Cuando yo tenía cinco años, invitó a algunos amigos y parientes a una fiesta que dio en su piso del Bronx. Entre los invitados estaba un vecino importante al que le iban muy bien los negocios. Su mujer estaba orgullosa de su posición social y se lo hacía ver a todos los que estaban en la fiesta. Tenían una hija pequeña, más o menos de mi edad, que estaba muy malcriada y muy acostumbrada a salirse con la suya.

La abuela se dedicó a agasajar al hombre importante y a su familia. Los consideraba los miembros más relevantes de su círculo social y hacía grandes esfuerzos para congraciarse con ellos.

En un momento de la fiesta me dirigí al cuarto de baño y cerré la puerta tras de mí. Uno o dos minutos después la niña abrió la puerta y entró dándose aires. Yo todavía estaba sentado en el retrete.

—¿Es que no sabes que las niñas pequeñas no tienen que entrar en un cuarto de baño cuando lo está usando un niño? —le grité a voz en cuello.

La sorpresa que se llevó al toparse conmigo allí dentro sumada a la bronca que le eché dejaron a la niña petrificada. Se puso a llorar de inmediato. Cerró rápidamente la puerta, corrió a la cocina y, en un mar de lágrimas, se quejó de mi comportamiento a sus padres y a mi abuela.

La mayoría de los invitados había oído mi recriminación en voz alta y les había resultado divertida. Pero no le sucedió lo mismo a mi abuela.

Cuando salí del cuarto de baño, me estaba esperando. Me echó la bronca más larga y lacerante de mi joven vida. Me dijo a gritos que era un maleducado y un bruto y que había insultado a aquella niñita tan encantadora. Los invitados observaban la escena y se estremecían sin decir absolutamente nada. El carácter de mi abuela era tan fuerte que nadie se atrevía a defenderme.

Después de acabar con su arenga y de haberme despachado, la fiesta continuó, pero el ambiente se había ensombrecido.

Aunque veinte minutos más tarde todo volvió a cambiar. La abuela pasó junto al cuarto de baño y notó que salía agua por debajo de la puerta.

Dio dos gritos: el primero de sorpresa y el segundo de pura rabia. Abrió la puerta de golpe y vio que el lavabo y la bañera estaban tapados y que los grifos estaban abiertos al máximo.

Todo el mundo sabía quién era el culpable. Los invitados formaron rápidamente una barricada a mi alrededor para protegerme, pero mi abuela estaba tan furiosa que casi logra atraparme, agitando los brazos como si intentase nadar por encima de la multitud.

Varios hombres fuertes lograron apartarla y hacer que se calmase, aunque continuó farfullando y echando chispas durante un buen rato.

Mi abuelo me cogió de la mano, me llevó a un sofá que estaba junto a la ventana y me sentó sobre sus rodillas. Era un hombre amable y encantador, lleno de paciencia y sabiduría. Casi nunca levantaba la voz y jamás discutía con su mujer ni contradecía sus deseos.

Me miró lleno de curiosidad, sin enfado ni contrariedad.

—Dime, ¿por qué lo has hecho? —me preguntó.

—Bueno, es que ella me ha gritado sin motivo —dije con tono serio—. Así que le he dado uno.

El abuelo no contestó inmediatamente. Se quedó allí sentado, mirándome y sonriendo.

—Eric —dijo, finalmente—, tú eres mi venganza.

ERIC BROTMAN

Ciudad de Nevada, California

Chris

Fue el año en que mi madre dejó de beber, así que fue dos años después de que un conductor imprudente atropellase a mi hermana en un paso de peatones y la matase, un año después de que mi padre muriese de un infarto agudo de miocardio en las escaleras de entrada a casa, ocho meses antes de que mi hermano Ronnie muriese de sida y seis meses antes de que nos revelase su enfermedad.

Era verano, aquel verano insoportablemente caluroso en el que mi hija Rachel y yo fuimos a la Universidad de Boston para su cita de orientación y en el que visitamos lo que quedaba de mi familia. El viaje desde Nuevo México nos había supuesto un enorme esfuerzo económico.

Antes de emprenderlo había hablado de aquel viaje con mi amiga Janie. Puesto que había recorrido aquel trayecto para acudir a tantos funerales, me daba miedo volar hasta allí. En un determinado momento de la conversación, le dije:

—Me encantaría ver a mi primo Chris una vez más antes de que muera, pero no tengo muchas posibilidades de poder hacerlo. —Le habían diagnosticado sida y él se lo había comunicado a su familia hacía pocos meses—. Ahora no ve a nadie. No contesta a mis cartas. Lo único que sé es que vive en Provincetown.

—Pues hazlo —contestó mi amiga.

—¿Qué quieres decir?

—Que vayas a Boston. Que vayas a Provincetown. No lo pienses más. Hazlo.

Fue el mejor consejo que me han dado en toda mi vida.

Después de la cita de orientación, fuimos a casa de mi familia y llamé a Chris para preguntarle si podíamos ir a verle. Dejé ocho mensajes diferentes en su contestador automático. Aquél era uno de esos años en los que mi madre no se hablaba con su hermana —la madre de Chris—, y aunque yo ya era adulta y sabía que no había sido responsable, al menos no siempre, de que mi madre bebiese, decidí que no sería yo quien cometiese la tontería de llamar a mi tía Lorraine.

Entonces recordé las palabras de Janie: «Pues hazlo».

Alquilé un coche y le dije a mi madre que Rachel y yo íbamos a intentar encontrar a Chris. Y entonces se me ocurrió preguntarle:

—¿Quieres venir tú también?

—Sí. —Desde que había dejado la botella, se había vuelto muy seca.

Y así, nuestras distintas suertes quedaron echadas. Llegar a la ciudad de Provincetown ya representaba un desafío. Chris no había contestado a ninguna de mis llamadas y yo no sabía dónde vivía. Después de parar en el automóvil club y tomarnos los siempre imprescindibles «cafés con algo», partimos provistas de mapas e información turística en dirección a Cape Cod. Rachel se quedó dormida y mi madre se dedicó a observar el parabrisas. Llegamos a la hora de almorzar.

Encontré una cabina telefónica convenientemente situada delante de un restaurante de pescado y dejé otro mensaje en el contestador, en el que le decía dónde nos encontrábamos.

Mamá, Rachel y yo entramos en la penumbra de aquel restaurante que daba al mar. Mi madre pidió una cerveza. No comenté nada al respecto. Yo me dedicué a disfrutar de mis vieiras. Rachel pidió ensalada de langosta. Cuando la cerveza empezó a hacer efecto, mi madre comenzó a contarle confidencias a Rachel. Yo seguí disfrutando de mis vieiras.

Después del almuerzo volví a dejarle un mensaje a Chris, aunque empezaba ya a desanimarme. Me recosté contra el cristal frío de la cabina y observé a mi madre jugando en la arena con su única nieta.

No sabía qué otra cosa podía hacer.

—Todavía no está en casa —dije al salir de la cabina. Las dos se quedaron mirándome—. Bueno, supongo que podemos andar un poco. Ya que estamos aquí.

Les pareció bien.

—¿Derecha o izquierda? —pregunté. Aquélla parecía ser una decisión importante e ilusoria a la vez. Estábamos a mitad de camino entre los dos extremos de una calle llena de tiendas de caramelos y de souvenirs, de hoteles y de restaurantes. Por un lado la bahía, por el otro, las colinas. No sabía qué podía encontrar en una dirección ni en otra.

Rachel se encogió de hombros y mi madre se dedicó a observarse las uñas de las manos.

—Muy bien —dije—, derecha, entonces. —Si mi madre percibió el sarcasmo, que es una de sus especialidades, decidió no darse por aludida. Rachel sonrió, animosa, y nos dirigimos tranquilamente hacia la derecha.

De aquel paseo recuerdo una calima de tonos rojos, anaranjados y azulados que vibraba y refulgía bajo el sol, niños que iban y venían corriendo entre hombres con pantalones cortos y mujeres con vestidos de tirantes.

Cruzamos en diagonal la calle desierta, supongo que atraídas por la ausencia de color en el brillante edificio del ayuntamiento, con sus fantásticos jardines en los que había varios bancos acogedores dispuestos a la sombra de dos árboles. Cuando estábamos llegando, mi madre se detuvo a leer el cartel que llevaba el tranvía turístico en uno de los lados, donde se anunciaba el recorrido y los precios.

—Mira —me dijo, señalando el cartel. Se volvió hacia mí y empezó a hacerme algún comentario, pero yo estaba mirando a Rachel, que en aquel momento miraba algo que estaba detrás de mí.

—Rachel —dije.

—¿Patti? —me dijo al oído una voz conocida.

Me volví y vi a mi primo Chris. El tiempo se detuvo. De eso no me cabe la menor

duda. Toda Provincetown se detuvo hasta que sonó la campana del tranvía.

—¡Chris! —grité, y la voz me salió altísima y aflautada, como suele pasarme cuando estoy asustada o incrédula.

—Sí, soy yo. —Me abrazó suavemente, mientras protegía una bolsa de plástico llena de líquido que llevaba enganchada a la camisa y cuyo tubo desaparecía entre dos botones. Estaba delgadísimo. Con una delgadez como la que yo imaginaba debían de tener los marineros británicos que sufrían de raquitismo. Su pelo era escaso. Tenía hasta los labios delgados. Sólo su voz era la misma. Llevaba unos pantalones cortos, estrechos y desteñidos, una camisa escocesa entallada, gafas de sol y la bolsa de plástico que lo mantenía vivo colgada del pecho, como una estrella de David amarilla que anunciase el Holocausto. En aquel momento no era mi primo. Era todos los hombres que morían de sida. Era mi hermano, muriéndose de sida en secreto. Era mi primo muriéndose de sida.

No podía creérmelo y se me notaba en la cara.

—Éste es mi banco —dijo Chris, señalándolo—. Me imaginé que tarde o temprano pasarías por aquí. O tal vez no. —¡Tía Mame! —gritó, lleno de cariño, y abrazó a mi madre—. Y ésta debe de ser Rachel... —Y también la abrazó con cuidado.

Nos sentamos en el banco de Chris y hablamos de cosas agradables y banales, como si no tuviésemos ningún secreto familiar para compartir. Rachel casi no dijo nada, pero sonreía. Es una gran observadora. Pocos meses después vería morir, literalmente, a su tío Ronnie.

También mi madre sonreía mucho. El efecto de la cerveza ya había desaparecido, así que tampoco dijo gran cosa. Después de un rato nos quedamos sin tema de conversación. Ninguna preguntó a Chris sobre su tratamiento. Creo que yo comenté que tal vez no fuese bueno que estuviese al sol con aquella medicación. Es posible que él se riera con tono burlón. El momento de la despedida llegó por sí solo. Nos abrazamos y nos besamos. Sé que le susurré: «Te quiero, Chris». Parecía algo fuera de lugar. Las tres nos volvimos y nos alejamos andando en dirección a la Tienda de los Auténticos Caramelos de Agua Salada que teníamos enfrente.

Ninguna se volvió para mirar por última vez a Chris. Entramos en la tienda y compramos caramelos. Cuando salimos, ya no estaba.

Sentí un gran vacío.

—Vamos a buscar conchas —dije, recurriendo a una de las obsesiones infantiles de Rachel. Cruzamos la bahía, nos quitamos los zapatos y caminamos por la arena fresca.

Rachel encontró una concha que tenía la forma de una gran uña del dedo gordo de un pie, mi madre encontró una concha de mejillón de un color púrpura plateado y yo encontré un trocito de cristal, un fragmento color azulado, desgastado, pulido y

redondeado por la acción de años y años de agua salada, arena y viento. Mientras caminábamos por la playa rumbo al coche para regresar a Boston, recordé, y espero habérselo contado a mi madre y a mi hija, que fue Chris quien me había enseñado a buscar cristales en la playa hacía muchos años, cuando yo era una jovencita en bikini y él era mi primo pequeño.

Todavía guardo el trozo de cristal azul de Chris en un frasco de alcachofas vacío, junto con «la uña del dedo gordo del pie» que encontró Rachel y la concha de mejillón de mi madre.

El verano siguiente la ciudad de Provincetown dedicó a la memoria de Chris Locke uno de los bancos frente al ayuntamiento.

EDWINA PORTELLE ROMERO
Las Vegas, Nuevo México

Pon tu pequeño pie

Yo odiaba que mi madre me pusiera un lazo en el pelo. Mi pelo rubio era demasiado fino y las dos sabíamos que siempre acababa resbalando y cayéndose antes de que llegara la noche. No me gustaban los lazos ni los vestidos, y sólo me los ponía cuando me obligaban.

Aquella noche era diferente. Iba a ir a una fiesta *country*. Empecé a mecarme al ritmo de la música que resonaba en mi cabeza. Decidí que todo iría bien si me imaginaba que yo era mi prima Emma.

—Quédate quieta. Tengo que ajustarte el fajín del vestido. Espero que esta noche te comportes y no olvides que tu hermano y tú vais a bailar «Pon tu pequeño pie». Quiero que todo el mundo vea lo bien que aprendéis a bailar los dos.

—Pero, mamá, no sé por qué tengo que bailar con Raymond. Él no quiere que le vean bailar con su hermana pequeña. Además, todos los primos nos estarán mirando y se van a meter con nosotros.

Mamá nos hizo practicar durante días «Pon tu pequeño pie». A mí me parecía una danza muy sencilla para la que tampoco se requería tanta cabeza y, menos aún, tanto ensayo. No entendía por qué mamá se ponía tan pesada. Lo único que había que hacer era ponerse uno al lado del otro y moverse de izquierda a derecha al compás de la música. Se cruzaba el pie derecho por encima del tobillo, se apoyaba en el suelo y cambiabas de lado con tu compañero. Raymond y yo lo cogimos enseguida, y el único problema que teníamos era que estábamos todo el rato intentando darnos patadas o ponernos la zancadilla.

Yo sabía que mis primos se iban a reír de nosotros porque sus padres nunca les hacían dar la nota. Pero mamá lo había dejado bien claro: si queríamos quedarnos hasta tarde, observar a los adultos y cenar con ellos, teníamos que bailar «Pon tu pequeño pie». Mi hermano y yo hicimos un pacto y prometimos que no pondríamos a nuestra madre en evidencia. También prometimos que al día siguiente haríamos una piña y les daríamos una paliza a nuestros primos si se burlaban de nosotros.

Era un gran baile *country*. La gente llegaba de todos los ranchos y pueblos de los alrededores. El barracón y todos los cuartos de invitados del pueblo estaban a rebosar. Hacía mucho tiempo que no se organizaba un baile así. En 1942 la gasolina estaba racionada y la mayoría de los hombres estaban en el frente. Sin embargo, aquel año algunos regresaron a casa de permiso y mi tía y mi tío decidieron que todo el mundo necesitaba divertirse: los soldados, los vaqueros, los parientes e incluso los niños. Iba a ser una fiesta de «tragar y bailar» a lo grande.

La gente comenzaba a llegar y yo oía cómo se saludaban: «¡Hola! Qué bien que habéis venido todos. Hace una noche espléndida para el baile». El violinista estaba afinando su violín y algunas mujeres le daban una última barrida al suelo del granero,

donde iba a celebrarse el baile. Vi a mi prima Emma entrar en el granero y fui tras ella.

—Emma, Emma, espérame.

Se volvió y me cogió de la mano.

—No corras, Anna Bess. Vas a sudar y estropearás tu precioso vestido. —Se inclinó y me susurró al oído—: Además, a tu madre no le va a hacer ninguna gracia que se te caiga la cinta del pelo.

Yo adoraba a mi prima Emma. Siempre me hacía reír y me parecía la persona más guapa y perfecta del mundo. Me apretó suavemente la mano mientras entrábamos en el granero.

—Vete a buscar a tus amigos, Anna Bess. Yo voy a ver si encuentro a Betty Sue.

Yo miraba con envidia a las chicas jóvenes, pero sabía que tenía que sentarme con los niños. Sin embargo, me hice a la idea de que yo era Emma mientras me dirigía hacia el rincón donde estaban los pequeños.

Empezó la música. Las parejas se pusieron en pie de un salto y enseguida se inició el baile. Mi madre, que era viuda, estaba todo el rato en la pista. Nunca había visto bailar a mi madre, y lo hacía maravillosamente bien. Siempre había alguien que la sacaba a bailar y no se equivocó ni una sola vez en las danzas de cuadrilla. Mi favorita era «La estrella amarilla de Tejas». Yo me imaginaba a mí misma bailando todos los pasos de aquella danza. Marcaba los tiempos con los pies y a duras penas lograba mantenerme quieta en mi silla. Me había olvidado totalmente de «Pon tu pequeño pie» hasta que escuché sonar la melodía. Agaché la cabeza todo lo que pude, con la intención de que mi madre no me viera y de que tampoco mi hermano pudiera encontrarme. Oí que se acercaban unos pasos, pero continué con la cabeza gacha. No quería levantar la mirada y encontrarme con la sonrisilla cómplice de mi hermano.

Pero oí una voz grave que dijo:

—Anna Bess, ¿me concedes este baile?

Levanté la cabeza lentamente, con la esperanza de que no se me hubiese caído el lazo del pelo, y allí estaba el señor Hillary Bedford, uno de los íntimos amigos de mi abuelo. Llevaba sus mejores galas y su pelo cano brillaba bajo las luces. Hizo una reverencia, me cogió de la mano y me condujo a la pista de baile. Luego sonrió, me pasó el brazo por los hombros y empezamos a bailar.

El compás lento de vals era perfecto. Él bailaba elegantemente. Yo no sabía que bailar fuese así. Era como patinar sobre hielo, algo suave y sencillo. Mi pareja me llevaba con agilidad, haciéndome girar, y empecé a sentirme la bailarina más maravillosa del mundo. Todos pararon y se pusieron a mirarnos. El señor Bedford era uno de los prohombres de nuestra comunidad y estaba bailando conmigo.

Pronto todas las niñas se encontraron bailando con sus padres, tíos o abuelos. El señor Bedford y yo pasamos girando junto a mi hermano, que estaba bailando con

una de nuestras primas. Mamá estaba bailando con mi abuelo. El círculo se fue ampliando más y más hasta que todo el mundo estuvo en la pista de baile, con el señor Bedford y yo en el centro. Cuando acabó la música, todo el mundo aplaudió y lanzó gritos de júbilo. La gente se abrazaba. Durante un instante todos nos sentimos miembros de la misma familia. Yo estaba enormemente feliz de encontrarme en el centro de tanto amor. No me sentía como una niña. Me sentía como un adulto que sabía bailar.

ANNA THORSON
Sarasota, Florida

La tía Myrtle

Durante mi infancia y adolescencia mi madre siempre me contaba historias verídicas sobre nuestros parientes y antepasados que vivieron en la comarca rural de Point Cedar, Arkansas. Las historias solían encerrar algún mensaje o moraleja.

Una vez, cuando mi hermana y yo éramos adolescentes y todavía íbamos al instituto, estábamos disputándonos el uso del espejo del cuarto de baño para maquillarnos y nuestra madre nos contó la historia de su tía, muy bella pero también muy vanidosa. Ya habíamos oído algo de la tía Myrtle a nuestros abuelos y tíos, porque había muerto recientemente dejando algunas propiedades, aunque sin testar. Sus hermanos eran sus herederos más cercanos, entre ellos mi abuelo. Mi hermana y yo habíamos visto una vieja fotografía de la tía Myrtle y nos había parecido muy guapa.

Según nuestra madre, la tía Myrtle era una mujer de una gran belleza natural que siempre se había cuidado mucho la línea. Llevaba el pelo a la moda, muy corto y teñido de negro azabache, lo cual era una extravagancia en una mujer de la Arkansas sureña y rural de principios de la década de los treinta. Siempre llevaba mucho carmín en los labios, los ojos delineados, colorete en las mejillas y las uñas pintadas, incluso aunque no fuese a salir de casa. Tenía las mejores ropas, todo a la última moda, y era probablemente la única mujer de la región que gastaba dinero en esas cosas. La tía Myrtle tenía montones de novios, la mayoría de ellos viajeros de comercio, aunque algunos, según rumores, eran hombres casados de la zona. Los novios le regalaban pieles y joyas y la llevaban a hoteles de la ciudad.

Cuando mi madre empezó a ir al colegio, la tía Myrtle era la maestra de la escuela local, lo cual no era de extrañar ya que era una de las pocas personas de la zona que había ido a la universidad, aunque sólo hubiera sido un año. Mi madre nos contó que una vez la tía Myrtle puso a sus alumnos la tarea de dibujar una casa. Nos contó que mi tío, que estaba en primaria, se esmeró y dibujó con todo detalle una casa color rosa y que la tía Myrtle le calificó con la peor nota porque dijo que «las casas no son de color rosa». Cuando mi tío se hizo mayor y se casó, compró un terreno de cultivo y construyó allí una casa con ladrillos color rosa suave.

Al cabo de los años, cuando dejó la enseñanza a la edad de treinta y ocho años, la tía Myrtle seguía soltera. Poco después provocó un gran escándalo al tener un bebé. Nadie, ni siquiera la abuela ni el médico local, sospecharon siquiera que la tía Myrtle estuviese embarazada. No había engordado ni un solo gramo y había usado corsé todo el tiempo para que no se le notase la barriga. El padre de la tía Myrtle —el abuelo de mi madre—, que era dueño de la tienda de ultramarinos, se sentía muy violento con aquella situación. Un domingo, después de haber nacido el bebé, se puso de pie en la iglesia y dijo a todos que la tía Myrtle se había casado en secreto con un

viajante pero que la relación entre ellos había ido mal y que estaban tramitando la anulación del matrimonio.

«Nadie puede afirmarlo con seguridad —decía mi madre—, pero todo el mundo pensaba que la causa de que la prima Marcia Lynn naciese con un pie deforme era el corsé tan apretado que la tía Myrtle había usado durante su embarazo. Era tan vanidosa que no podía soportar que el bebé le deformase el vientre, además de querer mantener oculto el embarazo». Como la niña tenía un pie deforme, la tía Myrtle la mantenía encerrada en casa y no dejaba que la familia ni los vecinos la vieses. El médico dijo que el pie y la pierna de Marcia Lynn podían mejorar bastante si se la sometía a una operación y se le ponía un aparato ortopédico, pero la tía Myrtle no quiso hacer nada de eso.

Tenía a Marcia Lynn encerrada en su cuarto y no dejaba que nadie la viese. Las ventanas estaban siempre cerradas y las cortinas apenas descorridas lo suficiente como para que entrase un hilo de luz. Cuando era bebé, Marcia Lynn estaba siempre en la cuna sin que nadie le prestase ninguna atención. La madre de la tía Myrtle quería ver a su nieta, pero no la dejaban. Mis abuelos le rogaron a Myrtle: «¡Déjanos ver a Marcia Lynn! ¡Déjala jugar con los otros niños!». Pero la tía Myrtle contestaba: «¡No os metáis en mis asuntos!». Cuando Marcia Lynn creció, nunca la llevó a la iglesia, ni a una merienda en el campo ni a ningún sitio.

La casa de la tía Myrtle estaba al otro extremo del prado donde creció mi madre, así que mamá y su hermano cruzaban a mirar por la ventana de Marcia Lynn. La pobre estaba siempre hablando consigo misma. Los niños intentaban decirle: «¡Sal a jugar con nosotros, Marcia Lynn!». Si la tía Myrtle les oía, salía de la casa con una escoba y les gritaba: «¡Fuera de mi casa!». Marcia Lynn permanecía sola en su cuarto, adonde le llevaban la comida y un orinal. A los niños les daba pena porque no la dejaban ir a la escuela ni jugar con los otros chicos.

Mi madre era cinco años mayor que Marcia Lynn. Cuando mi madre tenía doce años, llamaron al médico para que fuese a ver a Marcia Lynn. Tenía fiebre. Mi madre y su hermano cruzaron el prado corriendo, espionaron por la ventana y vieron al médico inclinado sobre el cuerpo sin vida de Marcia Lynn.

¡Mi madre y mi tío miraron hacia el campo y ambos vieron a Marcia Lynn corriendo por la hierba! Marcia Lynn se volvió, les miró sonriendo y después desapareció. Ninguno de los dos sintió miedo, a pesar de saber que habían visto un fantasma. Pero comprendieron que, por fin, Marcia Lynn se había liberado de su tiránica madre y de su vida terrible y solitaria.

LAURA BRAUGHTON WATERS
Eureka Springs, Arkansas

Odisea americana

Nuestras vidas empezaron a desbaratarse en el verano de 1930. Ése fue el momento en el que mi padre se negó a aceptar una reducción de salario y acabó perdiendo el empleo. Estuvo buscando trabajo durante mucho tiempo, pero no encontró nada, ni siquiera por sueldos más bajos de los que él se había negado a aceptar. Al final acabó sentándose en un sillón con su revista *Argosy* y mi madre empezó a rezongar y a ponerse nerviosa. Poco después tuvimos que dejar la casa.

Recuerdo que una vez soñé que encontraba unas joyas para dárselas a mis padres, pero cuando metía la mano en el bolsillo allí sólo había un agujero. Me desperté llorando. Tenía seis años.

Un tío mío nos escribió desde Tejas diciendo que se había enterado de que había un restaurante en Kansas que era una verdadera máquina de hacer dinero. Mis padres vendieron todo lo que tenían y compraron un coche viejo y unas bolsas de lona para llevar agua y poder enfriar el radiador durante el viaje. Dejamos California y partimos rumbo a las desconocidas llanuras de Kansas.

Kansas era igual de pobre que California, pero hacía más frío. Los granjeros no conseguían vender lo que cultivaban y, evidentemente, no se podían permitir salir a comer fuera.

Mis viejos vieron que, al menos, los granjeros tenían comida para llevarse a la boca, por lo que decidieron convertirse ellos también en granjeros. La tierra era más barata en Arkansas, así que hacia allí nos dirigimos. Pero ¿qué sabía mi padre del campo? Mi madre, mis dos hermanos pequeños y yo nos instalamos en una casita con una pequeña parcela de terreno y mi padre se fue a trabajar para una señora que vivía fuera de la ciudad. No le veíamos casi nunca.

Más adelante, mi madre dijo que creía que mi padre trabajaba más la cama de la señora que sus campos.

Mi madre cambió sus vestidos comprados en California por un cubo de melaza de sorgo y un poco de harina. Durante todo aquel invierno comimos tortitas de harina y agua y melaza de sorgo. Mi madre se quedaba de pie, junto a la ventana, con los ojos llenos de lágrimas, mientras sus bonitos vestidos pasaban por delante de nuestra casa en el asiento del carro de nuestro vecino.

Cuando llegó la primavera, mi madre puso en una maleta una muda de ropa para cada uno de nosotros. Con una mano sujetó a mi hermanito contra la cadera y con la otra cogió la maleta. Después nos dijo a mi otro hermano de cuatro años y a mí que no nos apartáramos de ella y echamos a andar rumbo a California. Necesitaría un libro entero para contar todo lo que nos sucedió durante aquel viaje. Recuerdo tantas cosas.

Una vez que me desmayé en Oklahoma mi madre se adentró entre las ortigas para

llegar hasta un arroyo y poder mojar un trapo en el agua para refrescarme. Cuando llegamos a Tejas, tenía las piernas tan hinchadas que tuvimos que quedarnos en Dallas hasta que pudo volver a caminar.

En otra ocasión, un hombre malvado nos abandonó en el desierto porque mi madre rechazó su ofrecimiento de acostarse con él esa noche. El sol se puso y por allí no pasaba ningún coche. Estábamos a muchos kilómetros de cualquier ciudad o de cualquier casa. El hombre había elegido un buen lugar para llevar a cabo su venganza. Finalmente nos rescató un técnico de una compañía telefónica que nos llevó a un motel de carretera y nos pagó el alojamiento de esa noche.

Una vez nos quedamos durante un tiempo en una casita cerca de un campamento de jornaleros mexicanos. Jamás he visto tanta amabilidad. Vivían en unas chabolas hechas con todo lo que habían encontrado en los alrededores. Siempre recibíamos de todos ellos una sonrisa, una palmadita en la cabeza, tortitas calientes y recién hechas y, el día de la paga, un puñado de caramelos de menta.

Finalmente, llegamos a Los Ángeles. La hermana de mi madre iba a ir a recogernos al parque Lincoln, junto al lago, para mostrarnos adónde se había trasladado a vivir nuestra abuela. Esperamos allí durante todo el día. Cada vez que alguno de nosotros decía que tenía hambre, mi madre señalaba a los patos que nadaban en el lago o nos llevaba de paseo para enseñarnos alguna flor rara.

Cuando comenzó a anochecer, un hombre viejo que había estado tirándoles migas de pan a los patos, le preguntó a mi madre cuándo pensaba llevarnos a casa.

Ella le dijo que había venido con su familia desde muy lejos y que, con la ayuda de Dios y de la caridad de la gente, «ya surgiría algo».

El hombre dijo que suponía que le había llegado el turno de ayudar. Cogió la cartera y sacó dos de aquellos enormes billetes de un dólar y se los dio a mi madre. Aquello era suficiente. Con un dólar pagó la habitación en el motel Lincoln. Con el otro compró una lata de cerdo con alubias y una barra de pan y sobró el dinero justo para pagar los billetes de autobús, si es que la tía Grace daba señales de vida. En esa época aprendí todo lo que necesitaba saber para el resto de mi vida sobre caridad, fe, confianza y amor.

Era el año 1931 y tenía siete años.

JANE ADAMS
Prescott, Arizona

Un plato de guisantes

Mi abuelo murió cuando yo era pequeño y, a partir de entonces, mi abuela empezó a quedarse con nosotros durante seis meses al año. Dormía en un cuarto que hacía las veces de despacho de mi padre, al que llamábamos *el cuarto de atrás*. Mi abuela desprendía siempre un aroma muy fuerte. No sé qué tipo de perfume usaba, pero era de ésos de dos cañones y 90 grados de alcohol, fulminante, de los que dejan inconsciente a la víctima y extermina a los alces americanos. Lo llevaba en un atomizador enorme y se lo echaba con frecuencia y generosidad. Era casi imposible respirar cuando se entraba en su cuarto. Cuando se marchaba para ir a vivir durante otros seis meses con la tía Lillian, mi madre y mis hermanas abrían todas las ventanas de par en par, deshacían la cama y sacaban a ventilar las cortinas y alfombras. Después pasaban varios días lavando y ventilando cosas, en un desesperado intento de hacer desaparecer aquel intenso olor.

Así era, pues, mi abuela cuando ocurrió el infame incidente de los guisantes.

Aconteció en el hotel Biltmore, que, para mi mentalidad de ocho años, era el lugar más maravilloso para ir a comer en toda Providence. Mi abuela, mi madre y yo estábamos almorzando después de haber pasado la mañana de compras. Ceremoniosamente, pedí un filete Salisbury, con la confianza que me daba saber que bajo aquel pomposo nombre se escondía una magnífica hamburguesa, de las de toda la vida, con salsa de carne. La trajeron a la mesa acompañada de un plato de guisantes.

No me gustan los guisantes ahora ni tampoco me gustaban entonces. Para mí es un misterio que la gente coma guisantes por propia voluntad. Yo no los comía en casa ni tampoco los comía en los restaurantes. Y, por supuesto, no pensaba comerme aquéllos.

—Cómete los guisantes —dijo mi abuela.

—Mamá, no le gustan los guisantes. Déjale en paz —dijo mi madre.

Mi abuela no respondió, pero había un destello en su mirada y una determinación en su mandíbula tensa que denotaban que no se iba a arredrar tan fácilmente. Se inclinó hacia mí, me miró a los ojos y pronunció las fatídicas palabras que habrían de cambiar mi vida:

—Te daré cinco dólares si te comes esos guisantes.

Yo no tenía ni la más remota idea de la inminente perdición que en aquellos momentos se abalanzaba sobre mí como una gigantesca bola de demolición. Lo único que sabía era que cinco dólares era una cantidad de dinero *enorme*, casi *inimaginable*, y que, por más asquerosos que fueran los guisantes, tan sólo un plato de ellos se interponía entre los cinco dólares y yo. Empecé a tragar a duras penas aquellas horribles cosas.

Mi madre estaba lívida. Mi abuela tenía ese aire de satisfacción de quien acaba de jugar una baza invencible. «Puedo hacer lo que quiera, Ellen, y no puedes detenerme». Mi madre fulminó a su madre con la mirada. Luego me fulminó a mí. Nadie puede lanzar miradas tan fulminantes como las de mi madre. Si hubiese una olimpiada de miradas fulminantes, sin duda alguna ella ganaría la medalla de oro.

Por supuesto, yo seguí echando guisantes garganta abajo. Las miradas fulminantes me ponían nervioso y cada vez que tragaba un guisante me daban ganas de vomitar, pero la imagen mágica de los cinco dólares flotaba suspendida delante de mí y, por fin, acabé de tragarme el último que quedaba en el plato. Mi abuela me entregó los cinco dólares haciendo una floritura. Mi madre seguía fulminándonos con la mirada en silencio. Y ahí se acabó la historia. O, al menos, eso pensaba yo.

Pocas semanas después, mi abuela se marchó a casa de la tía Lillian. Esa misma noche, a la hora de cenar, mi madre sirvió dos de mis platos favoritos de siempre: pan de carne y puré de patatas. También trajo a la mesa un enorme cuenco de guisantes calientes. Mi madre me ofreció un poco y yo, en los estertores finales de mi inocente juventud, dije que no, gracias. Mi madre me traspasó con la mirada mientras servía un enorme montón de guisantes en mi plato. Y entonces pronunció las palabras que habrían de perseguirme durante toda mi vida:

—Si los comiste por el dinero de tu abuela, ahora podrás comerlos por amor a tu madre —dijo.

¡Oh, desesperación! ¡Oh, devastación! En ese momento, demasiado tarde, me di cuenta de que me había condenado irremediablemente y sin querer a un infierno del que ya no podría escapar.

«Si los comiste por el dinero de tu abuela, ahora podrás comerlos por amor a tu madre».

¿Qué argumento podía esgrimir contra aquello? Ninguno. ¿Que si me comí los guisantes? Pueden apostar a que sí. Los comí esa vez y todas las demás veces que me los volvió a servir a partir de entonces. Enseguida me gasté los cinco dólares. Mi abuela murió unos años más tarde. Pero el legado de los guisantes perduró y aún perdura. Si llego a hacer un leve mohín con los labios mientras me los sirve (porque, después de todo, sigo odiando esas asquerosas bolitas), mi madre vuelve a repetir las terribles palabras:

—Si los comiste por el dinero de tu abuela —dice—, ahora podrás comerlos por amor a tu madre.

RICK BEYER
Lexington, Massachusetts

Lavar la culpa

Cuando era adolescente, mi cuarto quedaba justo debajo del alero, en el segundo piso de nuestra casa, que tenía doscientos años de antigüedad. Había dos camas gemelas de hierro y yo dormía en la que estaba junto a la ventana. Entre las camas había una mesilla para la lámpara y los libros. Durante el verano los amplios suelos de pino del resto de la casa no cesaban de crujir bajo las pisadas de parientes que nos visitaban. Iban y venían por toda la casa y siempre había alguien cocinando algo en la cocina. Mi madre, que estaba separada y trabajaba muchas horas en el hospital, solía subir a echar una siesta en mi cuarto para escapar de todo aquel caos. No era raro encontrarme en mi mesilla la libreta que ella usaba para apuntar la lista de la compra.

El verano que cumplí dieciocho años empecé a volver tarde a casa por primera vez. Hasta entonces, había estado perdida durante años en medio de la confusión típica de la adolescencia, pero ese verano por fin le estaba dando a mi madre razones para preocuparse. Cuando salía del trabajo veraniego que había conseguido, me iba por ahí hasta las tantas de la madrugada con amigos «inapropiados». Yo sabía que aquello molestaba a mi madre, pero también sabía que no le gustaba la confrontación directa. Cuando nuestros caminos se cruzaban, normalmente en la cocina y a las seis y media de la mañana, su «escenificación de madre furiosa» se reducía a lanzarme frías miradas y a cerrar los armarios de un portazo.

Una noche, llegué a casa cuando ya estaban todos durmiendo, fui de puntillas hasta mi cuarto, encendí la lámpara que estaba junto a mi cama y encima de la mesa vi la libreta de notas de mi madre. En la primera página había tres palabras escritas con su letra redonda y grande: «Lavar la culpa».

Aparté la mirada de la hoja y rápidamente me puse mi pijama. ¿Qué quería decirme mi madre con aquello? Lavar la culpa. Antes de que mi madre empezara a trabajar los domingos, nuestro escaso contacto con la religión se había reducido a unas pocas visitas a la Iglesia Unitaria de Baltimore. El tono de aquel mensaje era demasiado baptista para mi madre, pero aquella abstracción críptica me pareció que era muy de su estilo. La mayoría de las madres agitarían una cuchara de madera en actitud beligerante ante una hija adolescente y dirían: «¡O vuelves a casa a las diez en punto o estás castigada sin salir!». Mi madre me enviaría un mensaje a través de una zarza ardiendo antes que sentarse a la mesa de la cocina conmigo y marcarme un toque de queda.

Dejé la libreta exactamente donde estaba y nunca dije ni una sola palabra al respecto. Supongo que pensé que si no la movía de su sitio, no tendría que admitir haberla leído.

A la mañana siguiente mi madre salió demasiado temprano a trabajar y no la vi, pero sus palabras se me habían quedado grabadas. Lavar la culpa. No dejaba de

repetírmelas mientras iba a trabajar en mi bici: lavar la culpa, lavar la culpa. ¿A qué se refería? ¿Qué intentaba decirme mi madre? ¿Por qué no podía ser una madre normal y darme un par de gritos? Aquella noche, cuando llegué a casa, la hoja y su cuidada caligrafía seguían en el mismo sitio. Otra vez decidí no tocarla. Cuando me encontré con mi madre en la cocina, no me dijo nada. Supuse que estudiaría mi actitud, así que abrí la nevera y me dediqué a mirar lo que había dentro. Seguro que estaba observando mis reacciones para ver si notaba algún cambio en mí. Nunca me miró a la cara, aunque tampoco parecía que quisiera evitar mi mirada. ¿Es que se arrepentía de haberme clavado aquel puñal en el corazón y pretendía hacerme ver que nada de aquello había pasado? Si era así, ¿por qué no se había limitado a llevarse la libreta? ¿Es que pensaba, al igual que yo, que si la movía tendría que admitir que había estado allí, mientras que si no la tocaba, ambas podíamos hacer como si nunca hubiese escrito aquello? Ja, ja. ¿Acababa de lanzarme una mirada inquisidora? ¿Intentaba ver la expresión de mi cara? ¿Estaba inspeccionando mi comportamiento, buscando alguna señal de cambio? No. Parecía extrañamente interesada en preparar la cena, extrañamente normal.

A la mañana siguiente me vestí mirando la libreta. Lavar la culpa. Seguí sin tocarla. De nuevo aquellas palabras me acompañaron durante todo el día. De nuevo, mi madre no dijo nada cuando volvimos a encontrarnos en la cocina aquella noche.

Las cosas continuaron así durante una semana. La libreta nunca se movió de aquel sitio. Mi madre nunca dijo nada al respecto. Las palabras me acompañaban a todas partes. Todas las noches las veía al regresar a casa. A veces me parecía tener un loro chillón en mi cuarto que repetía ásperamente: «¡Lavaaaaar laa culpaaa!». A veces me parecía que lo que había junto a mi cama era un monje encapuchado que llevaba en la mano la libreta de mi madre.

Durante otra semana no pude despegarme de aquellas palabras. No es que influyesen en mi comportamiento, aunque al final acabase rompiendo con mi novio, pero sí que las llevaba encima como un cilicio. Entonces, un maravilloso día, casi milagroso, debía de ser un día claro y soleado, volví a casa, subí a mi habitación, miré la libreta y decía: «Lavar la colcha»^[3].

HEATHER ATWOOD
Rockport, Massachusetts

Doble tristeza

—Estoy muy preocupada por Martha —me dijo mi madre mientras esperábamos en el pasillo del hospital a que el médico acabase de examinar a mi padre—. La hemos dejado jugando en el patio y no le hemos dicho adónde íbamos. Espero que no esté sentada en algún rincón llorando.

Me sequé las lágrimas que rodaban por mis mejillas y le contesté:

—Pero yo soy Martha. Estoy aquí, junto a ti —le dije tratando de tranquilizarla.

—No, tú no —contestó mi madre—. Mi pequeña Martha.

El temor al abandono, pasado y presente, se cernió sobre nosotras mientras intentábamos hacernos a la idea de la súbita incapacitación de mi padre.

Me habían llamado la noche anterior. Mi padre se había caído y se había roto la cadera. A la mañana siguiente lo iban a operar para colocarle una prótesis. Una amiga iba a acompañar a mi madre esa noche. «Llegaré lo antes posible. Cogeré el primer vuelo de la mañana», les había prometido.

Mi madre y mi padre llevaban cincuenta y ocho años casados y nunca habían tenido una emergencia tan grave, aunque durante los últimos meses mi madre había empezado a desvariar cada vez más. «¿Y tu madre vive?», me había preguntado la última vez que la había visitado, mostrando un educado interés por aquella joven a la que jamás había visto. Cuando el accidente rompió su rutina diaria y se vio privada de la compañía constante de mi padre, se encontró aún más desorientada.

—Pero es que estoy preocupada por Martha —volvió a decir mi madre cuando regresamos a casa y nos íbamos a sentar a almorzar—. Voy a salir a buscarla.

—Pero si Martha soy yo —dije, volviéndolo a intentar—. La pequeña Martha creció y ésa soy yo.

—Eso es ridículo —dijo mi madre. Abrió la puerta principal de par en par, salió a la calle y se quedó allí de pie, tensa, mirando calle arriba, calle abajo, en busca de la niña que estaba segura de haber visto por última vez aquella misma mañana. No había nadie. Después cruzó la casa, atravesó el patio trasero y salió a la calle que pasaba por detrás.

—Voy a preguntarle a esa gente que está ahí si la han visto. —Mi madre, cuya ansiedad iba en aumento, estaba a punto de lanzarse en medio del intenso tráfico para cruzar la calle.

—Volvamos a casa y llamemos a la oficina parroquial —le rogué—. Quizá allí haya alguien que pueda ayudarnos.

Cuando regresábamos a casa, mi madre dijo:

—No es propio de Martha irse sin avisar. Si por lo menos hubiese dejado una nota.

¡Una nota! Al comprender que aquello calmaría la agitación de mi madre,

garabateé una nota nada más entrar en la casa y la dejé donde pudiéramos encontrarla un minuto más tarde. «Mamá —decía— he ido a quedarme unos días a casa de Mary Ann. Por favor, no te preocupes por mí. Estoy bien. Martha».

—Mira, aquí hay una nota. ¿Qué pone? —pregunté.

Mi madre la leyó despacio y en voz alta, y de inmediato empezó a calmarse.

—Gracias a Dios —dijo—. Se encuentra bien. Está en casa de Mary Ann.

Una vez desaparecida la tensión, pudimos sentarnos a terminar de comer y pasamos una tranquila tarde en casa.

Aquella noche, cuando mi madre fue al hospital le dijo a mi padre que Martha se había ido a casa de Mary Ann durante unos días pero que seguía preocupada por ella.

Mi padre le dijo:

—No empieces a buscar a otra Martha. Ya tenemos una y es suficiente.

Al día siguiente mi madre seguía obsesionada con la ausencia de Martha.

—¿Qué estará haciendo? —se preguntaba—. Nunca se había marchado así, sin pedirme permiso antes. Además, quiero que vaya al hospital a visitar a papá.

Le aseguré a mi madre que su hija volvería pronto a casa.

—Martha es una niña inteligente. Sabe cuidarse sola —le dije.

—Pero necesita un vestido limpio para ir el domingo a la iglesia.

—Estamos a jueves, así que todavía falta mucho —le contesté.

—¿Dónde has aprendido a manejar una cocina como ésta? —me preguntó mi madre mientras yo preparaba la cena aquella noche—. Es muy amable de tu parte venir hasta aquí y quedarte conmigo. ¿Tienes familia?

Después de haber sido aceptada como compañera, ya que no como hija, me adapté a una amigable rutina con mi madre.

El viernes por la mañana fuimos a la peluquería, al quiropráctico y a la tienda de ultramarinos. Oí que la peluquera le decía a mi madre:

—Qué bien que su hija haya podido venir a quedarse con usted.

—Ésa no es mi hija —le contestó mi madre—, se llama igual, pero no es mi hija.

Lynne me dirigió una rápida mirada para comprobar si nos había malinterpretado a una de las dos y yo le devolví una mirada de complicidad.

Cuando volvíamos a casa, mi madre dijo:

—Lynne ha creído que tú eras mi hija.

—Pero no te importa, ¿verdad? —le pregunté.

—No —contestó.

Hasta el sábado, que fue cuando llegó mi hermano, no me reconoció como parte de la familia.

—Bob dormirá aquí y tú puedes dormir en tu cuarto de siempre —dijo esa noche mi madre. Fue muy agradable ser legitimada de nuevo.

—¿Has visto? —le dijo mi padre al día siguiente—, Martha ha estado aquí todo el

tiempo. No tenías por qué haberte preocupado.

—¡Pero si me dejó una nota! —se quejó mi madre.

—Fui yo quien la escribió —contesté—. Lo hice para que te tranquilizases porque te vi muy nerviosa. —Y durante un instante un destello de comprensión asomó en la mirada, cada vez más apagada, de mi madre.

MARTHA RUSSELL HSU

Ithaca, Nueva York

Retrato de una vida

Estaba casada con un abogado y mi matrimonio iba mal. Presentó la solicitud de divorcio el día de mi cumpleaños, el 15 de noviembre de 1989, y me trajo los papeles como regalo. Una de sus novias, una mujer que antes había sido amiga mía, vino a decirme que tenía que dejar la casa en la que estábamos viviendo puesto que él no quería seguir pagando el alquiler. Mi marido anuló nuestra cuenta bancaria conjunta. Yo había dejado de trabajar fuera de casa cuando quedé embarazada del primero de mis dos hijos, hacía casi diez años. Encontré una vieja casona en un barrio marginal en Houston Heights, la alquilé y en junio de 1990 me mudé con mis hijos, mi horno de cerámica y todas mis pertenencias. En el plazo de un mes ya me había puesto a hacer cacharros de barro y a dar clases de cerámica en mi nueva casa. Estuve dando clases tres o cuatro noches por semana durante cuatro años, hacía cacharros para vender durante mi exposición y venta anual de Navidad, llevaba a los pequeños al colegio por las mañanas y, después de mis clases nocturnas, les ayudaba con las tareas y les leía historias antes de que se durmieran. Cocinaba tres veces al día y todo lo que consumíamos era casero, porque era más sano y barato, excepto alguna noche en la que, como algo excepcional, comprábamos una pizza. Cuando parecía que ya estaba a punto de superar la crisis financiera derivada de mi divorcio, mi marido, un abogado que trabajaba para el Estado en el Tribunal de Menores, presentó una solicitud para que se me declarase incompetente y quedarse con la custodia de los niños, alegando que yo era una madre de las que nunca salía de casa y que estaba pasando por una depresión porque era incapaz de superar mi crisis matrimonial. En varias ocasiones me calificó de «vegetal».

Mis padres me dijeron que era el momento de buscarme un abogado y, después de una vida de privaciones, me prestaron 15 000 dólares de su fondo de pensiones. Aquella suma no alcanzaba para pagar un abogado, pero sirvió para atraparlo: una abogada muy amable y entregada que no quiso dejar el caso cuando se acabó el dinero. Logró que me otorgasen la custodia de los niños «temporalmente» durante los seis años que el caso estuvo en los tribunales. Sólo eso ya costaba los 15 000 dólares. Durante seis años mis hijos y yo vivimos en una burbuja de cristal cubierta por una nube de tormenta. Recibía una citación judicial tras otra. Psicólogos nombrados por orden judicial, seguidos de asistentes sociales nombrados por orden judicial, analizaron nuestro pasado, presente y futuro, intentando llegar a un juicio salomónico sobre mi capacidad para educar a mis hijos. El 6 de junio de 1992 obtuvimos el divorcio. Durante veintidós años el 6 de junio había sido la fecha de nuestro aniversario de boda.

La batalla por la custodia de los niños se recrudeció. Unos años antes, durante la vista en que me habían otorgado su custodia temporal, se me había advertido que no

podía abandonar la ciudad con los niños, alegando que estar cerca de su padre era más importante para ellos que su propia seguridad personal. En seis ocasiones entraron ladrones en mi casa y se llevaron todo lo que quisieron, hasta que un policía me aconsejó que me comprase un perro. Empezó a ser algo frecuente oír disparos durante la noche en el parque frente a casa y comencé a temer por nuestras vidas. Muchas noches me quedaba despierta, sentada junto a la cama de los niños, por miedo a que les pudiese pasar algo. Con la venta de mis cerámicas en la Navidad de 1993, conseguí el dinero que necesitaba para trasladarme a vivir a la pequeña ciudad donde yo había nacido y crecido, donde todavía vivían mis padres y donde podía criar a mis hijos sin problemas de inseguridad, a trescientos kilómetros de Houston y de su padre. Durante esas navidades no comenté nada a nadie sobre mis planes. El día de Navidad de 1993 llevé a mis dos hijos a casa de su padre al mediodía, igual que lo había hecho durante los últimos cuatro años, y al día siguiente empecé a buscar un alojamiento temporal. El 1 de enero fui a Houston a recoger a los niños a casa de su padre, feliz de que me los devolviese, y no bajamos del coche hasta llegar a casa de sus abuelos. El 2 de enero alquilé la primera de las dos furgonetas que necesitaba para hacer la mudanza y comencé a sacar mis cosas de Houston con la ayuda de mi mejor amiga y de su marido, en una carrera contrarreloj ante la posibilidad de que me llegase una orden que me obligara a quedarme en la ciudad. Cuando ya había descargado la segunda furgoneta en mi casa nueva, le comuniqué la noticia al padre de los niños. En el plazo de unos días ya había puesto una demanda en Houston para obligarme a regresar.

Hasta hoy no comprendo cómo no me arrestaron. Otra vez tuve que acudir al juzgado todas las semanas. Tuve que enviar fotos de nuestra casa nueva (la casa que había construido mi abuelo en 1930 y en cuyo patio yo jugaba cuando era niña) para que la evaluaran asistentes sociales en Houston. Se investigó el nuevo colegio de los niños, el mismo en el que yo me había graduado en 1965, para comprobar su idoneidad y calidad educativa. Los niños y yo tuvimos que enfrentarnos otra vez a los psicólogos. Los chicos estaban tristes porque se habían separado de sus viejos amigos y de su padre. Yo intentaba poner otra vez en marcha mi negocio de la cerámica y hacía suplencias en los colegios. Tenía que cuidar a mi hermana, que estaba enferma, y a sus hijos pequeños, además de ayudar a mis padres, que ya comenzaban a tener problemas para arreglárselas solos. Nadie, ni siquiera mi emprendedora y leal abogada, creía que pudiésemos ganar el caso. Me dijeron que empezase a buscar un lugar en Houston para cuando tuviese que regresar, seguros de que el tribunal fallaría en mi contra.

Unos años antes yo había empezado a rezar, o mejor dicho, a hablar con quien quisiera escucharme. Le recé a Dios, a la Diosa Madre, hablé con mis abuelos muertos. Les conté lo que nos pasaba. Les pedí que me ayudasen en lo que pudieran y

que me proporcionasen la fuerza y el valor necesarios para afrontar lo que se me venía encima. Les pedí que toda esta experiencia me sirviera para ser una persona más sabia, amable, útil y eficaz. Les pedí que transmitieran a mis hijos la misma capacidad de extraer fuerza y sabiduría de las grandes aflicciones y peligros de la vida. Les pedí que nos concedieran alegría y placer en medio de las calamidades porque me parecía que, si no, nunca podríamos llegar hasta el final. Se fijó la fecha del juicio y se nombró a los miembros del jurado. Durante cuatro días del mes de noviembre de 1995, conduje todas las mañanas, antes del amanecer, hasta el centro de Houston para asistir al juicio, y volvía a casa cuando ya había oscurecido, para estar con mis padres y mis hijos. Las cosas parecían empeorar con el paso de los días. Al cuarto día mi madre se levantó temprano y viajó a Houston para testificar en mi favor. Ese día también prestaba declaración mi mejor amiga. Después, como testimonio final, subí yo al estrado. Me senté allí orgullosa, llena de una injustificada esperanza, segura de que en la sala se encontraban mis dioses y el espíritu de mis abuelos muertos, y conté mi historia al jurado de manera sencilla. Se me pidió que enseñara al jurado una fotografía de mis hijos y mía que nos habían sacado en la Navidad del año anterior. En ella tenía el aspecto de una mujer feliz y resplandeciente, sentada entre mis dos hijos, que parecían brillar mientras yo les pasaba el brazo por los hombros con un gesto protector, en el salón, al lado de un gran árbol de Navidad lleno de adornos y cerca del sofá situado junto a la ventana (a través de la cual se veía la nieve) y cubierto de cómodos cojines verdes y rojos. No había ni un rastro del dolor, de la pena y del miedo que nos habían perseguido durante los últimos seis años. Recuerdo que sentí como si viese aquella foto por primera vez y que me pareció que había algo mágico en ella. Se la entregué a los miembros del jurado y escuché exclamaciones de asombro y comprensión en casi todos ellos a medida que se la iban pasando. El jurado se retiró para deliberar y unos minutos después enviaron una nota al juez para preguntar si podían concederme una pensión superior a la que yo solicitaba puesto que la consideraban insuficiente. Al pasar junto a mí, muchos me dijeron que, hasta que yo no me subí al estrado y les mostré la fotografía, ellos habían creído a mi marido.

Nunca me devolvieron aquella foto. Era grande y tenía un marco de madera rojo y verde. Todavía la tienen como prueba en algún lugar del juzgado de familia. A mí no me importa, porque tengo copias y sigo creyendo que hay algo mágico en esa fotografía. Me he propuesto mirarla todos los días.

JEANINE MANKINS
Orange, Tejas

Margie

En 1981 tuve una discusión con mi hijo Matthew, que entonces tenía trece años, a raíz de una redacción que tenía que escribir para el instituto. Simplemente no quería hacer el trabajo que le habían mandado —era domingo y hacía una tarde magnífica— y me negué a dejarle salir de su cuarto hasta que hubiese acabado la tarea. Más tarde, al regresar a casa, me encontré con que Matthew se había marchado, dejando la redacción encima de la mesa del comedor para que yo me la encontrara. Lamentablemente, lo que había escrito era una parodia del tema que le habían mandado, y casi una de cada tres palabras era una obscenidad. Era obvio que mi hijo estaba furioso conmigo, lo cual era comprensible en un chico de trece años, sin embargo aquel texto me produjo una tremenda inquietud. Richard, mi marido y padrastro de Matthew, me decía que estaba sacando las cosas un poco de quicio. «Venga —dijo—, vamos a dar un paseo y te contaré lo que me sucedió a mí cuando tenía trece años».

En aquella época vivíamos sobre la playa de Venice, en California, donde «dar un paseo» significaba formar parte de un carnaval en el que todo el mundo participaba. Una densa multitud de turistas y residentes recorría lentamente la tarima del paseo marítimo. Músicos, mimos, bailarines de *break dance*, adivinos y cantantes congestionaban el espacio. Vendedores coreanos voceaban su mercancía —gafas de sol, calcetines, joyas de plata y pipas de hachís—, mientras adultos en patines zigzagueaban a una velocidad alarmante entre la multitud. Recuerdo un constante latido de fondo creado por el repique de bongós, marimbas y botellas vacías. Richard enlazó su brazo en el mío, entramos en aquella corriente humana y comenzó su relato:

«La historia aconteció cuando mi familia se trasladó por primera vez a Nueva Jersey. Yo estaba en octavo y era un niño delgaducho al que le costaba hacer amigos. Ya desde el primer día me quedé colgado de una niña pelirroja y muy mona que se llamaba Margie, a la que yo también parecía gustarle. Pero Margie y todos los demás chicos de la clase eran más experimentados sexualmente que yo o, al menos, eso era lo que a mí me parecía entonces. Así que estaba nervioso. Tan nervioso que, cada vez que ella quería besarme, yo le decía que mejor no porque estaba resfriado o por alguna otra tontería que me inventaba. Temía que ella se diese cuenta de que, en realidad, no sabía besar. No pasó mucho tiempo antes de que Margie se cansase de mis rodeos y se marchase con otro chico. Yo estaba tan herido que le escribí una carta enfurecida en la que puse cuanto insulto se me ocurrió. Una ocurrencia que me dejó bastante satisfecho de mí mismo. Luego guardé la carta en el cajón de mi mesa, donde, poco después, la encontró mi madre. Ya conoces a mis padres: la Familia Pánico. No podían creer lo que había hecho. Querían llamar a los padres de Margie

de inmediato para averiguar qué era lo que estaba pasando. Debí de llorarles y rogarles durante un buen rato hasta que logré que desistiesen de la idea. Así que la carta no tuvo ninguna consecuencia. Al acabar aquel curso, Margie y sus padres se mudaron a Nueva York y nunca más volví a verla».

En el preciso *momento* en que mi marido acababa de pronunciar esas palabras, levanté la mirada y me encontré con que, justo delante de nosotros, había una treintañera pelirroja y delgada. La manada de turistas continuaba rodeándonos, gente de todas las edades, tamaños y colores avanzaba a empujones hacia el norte y hacia el sur por el entarimado del paseo. Todos parecían moverse menos Richard, la pelirroja y yo. Supongo que los que aporreaban los bongós, las marimbas y las botellas vacías no cejaron, pero en mi recuerdo es como si se hubiera hecho un gran silencio mientras los tres permanecíamos allí, de pie, mirándonos. «¿Margie?», preguntó Richard, y la mujer contestó tranquilamente: «¿Richard?». Mi marido logró reaccionar y le dijo: «¡Pero qué sorpresa! En este momento le estaba hablando de ti a mi mujer».

Ésta es una historia verídica. Habían pasado diecisiete años desde la última vez que Richard y Margie se habían visto, cuando todavía eran adolescentes en Nueva Jersey. Pero aquí no acaba mi historia. Han pasado diecisiete años desde el día en que ocurrieron estos hechos y ahora sé que la aparición casi milagrosa de Margie no es el único final de esta historia. No es más que el final que mi marido y yo contamos en las cenas y en las fiestas. Para ser sincera, creo que la historia tiene que incluir el hecho de que aquel día tampoco fallaron mis presentimientos respecto a mi hijo. Su redacción no había sido solamente producto de su furia, sino también la manifestación de un cambio en su vida: un cambio hacia un futuro más oscuro y difícil que, hasta el día de hoy, no se ha resuelto satisfactoriamente.

Al pasar los años, cada vez que mi marido y yo nos acordábamos de nuestro encuentro con Margie, nos solíamos preguntar: ¿Qué posibilidades existen de que suceda algo así? Ahora sólo me gustaría saber: ¿Qué posibilidades existen de que esta historia tenga un final feliz?

CHRISTINE KRAVETZ
Santa Bárbara, California

Mil dólares

Vine a Los Ángeles con la idea de trabajar en el mundo del espectáculo. Empecé como actriz y, a partir de ahí, emprendí mi carrera descendente. Estaba convencida de que la fortuna me sonreiría y de que regresaría a casa rica y famosa para, por fin, ser la niña de los ojos de mi padre. Fracapé estrepitosamente. Uno de mis proyectos me llevó a trabajar como recepcionista en una agencia artística y literaria. Mi intención era llegar a ser agente artística y conseguir que el agente literario para el que trabajaba lograra vender mi guión. Aquel trabajo apenas cubrió mis gastos.

Durante mi primer año entre la farándula viví a costa de mis tarjetas de crédito. Confiaba en que tan pronto vendiera mi guión no tendría que preocuparme más por el dinero. El segundo año en la agencia fue aún peor. Había fundido mis tarjetas de crédito. Cada mes sufría para pagar el alquiler, los recibos y el carísimo seguro del coche. Cada vez me retrasaba más y más en los pagos. La táctica de pagar un mes y saltarme el siguiente no estaba dando los frutos apetecidos. Para empeorar las cosas, me dieron un mes de plazo para dejar la casa. El sencillo trabajo de recepcionista acabó siendo más exigente de lo que me habían dicho. Tuve que quedarme muchas noches para poner al día la enorme cantidad de trabajo que se me acumulaba: clasificar fotografías e historiales, ordenar los archivos, escribir cartas, sin llegar a aprender nada sobre el oficio de agente artístico. Los fines de semanas los pasaba trabajando con otros compañeros de fatigas. Pero, a pesar de todo, tenía mi guión para depositar en él toda mi confianza. El agente literario pensaba que era agudo y gracioso y yo estaba segura de que, una vez vendido, toda esta lucha habría merecido la pena. Sería un éxito.

En casa de mis padres la falta de dinero siempre había sido el eje de nuestras vidas. Tenía la impresión de que cada día acababa con una pelea por las facturas de la compra, mis aparatos para los dientes, la ropa del colegio, los campamentos y los uniformes de niña exploradora. Cuando dejé de ser una adolescente, las discusiones se desplazaron hacia el tema de las averías del coche viejo, los gastos de mi universidad, los viajes que hacía a Los Ángeles y mis llamadas de teléfono. Aunque a medida que crecía mi padre había dejado de pegarme, todavía me seguía lanzando aquellas miradas asesinas. Eran más dolorosas que las bofetadas con las que antes me metía en vereda. Mi padre había llegado a este país sin un céntimo y con una esposa impedida. Mi madre era una responsabilidad que mi padre había prometido asumir durante toda su vida ante el gobierno norteamericano. Incluso llegó a firmar un contrato para garantizarlo.

Yo estaba cada vez más desesperada por la falta de dinero y, obviamente, no podía acudir a mi padre en busca de ayuda. Él nunca aprobó ninguna de las decisiones que yo había tomado en mi vida. Pero no tenía otros parientes a los que

acudir. Todos mis amigos de Los Ángeles me habían abandonado, bien porque decidieron volver a sus casas, bien porque les asustaba estar cerca de alguien tan inútil como yo. Pensé en tirarme por la ventana de mi oficina. Empecé a soñar con robar bancos y a personas mayores. Tenía en mente la cantidad de dinero que necesitaba para alejar mis preocupaciones. Con diez mil dólares sería perfecto, con mil podría empezar a levantar cabeza. En muchas ciudades existe una prensa gratuita que vive de explotar el lado oscuro de la gente. Se anuncian prostitutas y se publican ofertas de empleo para actrices porno. Había un anuncio que ofrecía unos succulentos mil dólares y llamé por teléfono.

Me contestó un hombre. Hablaba despreocupadamente pero enseguida fue al grano. Empezó haciéndome las típicas preguntas sobre mi estatura y peso, para pasar a otras más directas y personales sobre qué actos sexuales me gustaba realizar y cuáles no. Todo aquello me resultaba tan extraño... Yo tenía entonces veintiséis años. Me había teñido el pelo de castaño a rubio y me mantenía delgada y con buena planta a base de fumar cigarrillos constantemente. En aquella época creía en Dios pero no en el Mal. Me puse nerviosa al teléfono. Precisamente lo que pretendía evitar. El hombre debió de notar el nerviosismo en mi voz. Inmediatamente me empezó a hablar de cómo podría ganar hasta diez mil dólares a la semana. Con diez mil dólares podría pagar todas mis deudas, el coche y volver a respirar. Esa tarde debía acudir a un motel cercano para una prueba como actriz principal en una película porno.

El hombre me dijo que el protagonista era muy atractivo. La estrella, lejos de ser un hombre atractivo, resultó ser un tipo bajo, de piel oscura y pelo largo y rizado, con un rostro vulgar. Le saludé estrechándole la mano antes de entrar en la habitación del motel.

Me dijo que me desnudase y obedecí. Me dio instrucciones de cómo quería que actuase y de cómo debía dar gritos de placer y seguí sus indicaciones. Recuerdo haber mirado al techo y haber visto un gran espejo. Estaba realmente guapa. Nunca me había visto así, desnuda. En algún momento, entre lo del espejo y otro acto sexual, tuve que salir a vomitar. Me excusé para ir al baño. Cuando volví, terminamos la escena. El tipo golpeó la pared con el puño y dijo: «Ya hemos terminado aquí». Una vez fuera, me dijo que «ya me avisaría».

Cuando volví a casa me di un baño caliente y me restregué hasta quitarme a aquel hombre de mi cuerpo. Me puse a llorar, pero debía recuperarme deprisa para llegar a otra entrevista. En esa ocasión no pasé de hablar del asunto. No podía hacer una película porno. No podía soportar lo que acababa de hacer. Fui a cenar con mi segundo entrevistador, que resultó ser un hombre muy agradable, a pesar de ser director de películas porno. Me dijo que me habían engañado. Más tarde, acabé en la cama con él. Después de todo, ¿quién era yo para negarme?

De alguna manera logré llegar a fin de mes sin los mil dólares. Me fui a vivir con

una compañera. Dejé de salir con hombres. Cada noche comía y vomitaba las chocolatinas que mi nueva compañera dejaba sobre la mesa. Me corté bastante el pelo y me lo teñí de castaño oscuro. A pesar de todo, seguí con mi vida normal. Nunca volví a pensar en aquello. Ocurrió y ya era cosa del pasado. Podía haber sido peor.

El mes siguiente fui a casa de mis padres para celebrar un cumpleaños. Mi madre había perdido el amor de su marido y siempre le había gustado enfrentarnos a mi padre y a mí. Me dijo que hacía cosa de un mes habían recibido inesperadamente una cantidad de dinero. Mil dólares. Mi madre le había dicho a mi padre que me los diera, pero él se había negado. Me dio un ataque. Salí corriendo al patio trasero, me senté en la hierba y lloré. Lloré sin sentido y sin consuelo. Mis padres me observaban detrás de la tela metálica de la puerta de la cocina. Me llamaban y me pedían que entrase. Pero yo no podía moverme ni ellos hicieron ademán de acercarse. Al cabo de un rato me levanté y, sin despedirme, conduje hasta casa.

I. Z.
Los Ángeles, California

El permiso

Durante los últimos quince años he estado confinado en una jaula de gruesos barrotes de acero, de tres por dos metros, embutido entre paredes que puedo tocar si estiro los brazos. A mi derecha está la cama. Su colchón es tan plano como una tortita. A su lado está el inodoro de loza, cubierto por una tapa de madera que evita el mal olor.

Estaba en la cama, a punto de dormirme, cuando la puerta de mi celda se abrió. Siempre que se abría la puerta sentía un alivio. Me levanté de un salto, salí al pasillo y llamé al guardia que estaba en la cabina de control, a treinta metros de allí.

—El capellán quiere verte. Vístete —me dijo.

Me até las botas, cogí mi chaqueta y salí deprisa. Una llamada de la oficina del capellán casi siempre significaba malas noticias. Cuando pasé velozmente delante de la celda de mi vecino, oí que me decía:

—¿Está todo bien, Joe?

—Eso espero —le contesté—. Creo que voy a tener que hacer una llamada telefónica urgente.

Mientras atravesaba corriendo el patio cubierto de nieve, varios grupos de presos se amontonaban para combatir el viento helado. Negros, blancos y latinos formaban racimos multicolores con sus capuchas, gorros y guantes. Conocía a algunos, pero la mayoría eran tan sólo rostros en un inmenso mar de solitaria insignificancia. Unos hacían interminables recorridos por el patio, otros miraban alguno de los cuatro televisores. La mayoría estaban sumidos en las distracciones que se habían impuesto, haciendo lo que podían para matar el tiempo lo mejor que sabían.

Al llegar a la puerta de alambre que conducía a la unidad de apoyo, entregué mi pase al guardia a través de la pequeña rendija que tiene su cabina de madera. El guardia lo examinó como si fuera un cajero desconfiado ante un billete falso de cincuenta dólares. Entonces me dijo:

—Adelante. —Me despidió como si yo fuera un extranjero en un paso fronterizo.

Aliviado, corrí hacia el edificio. Por fin podría hablar con mi abuela, una enérgica mujer de ochenta años capaz de soltarte un juramento si la hacías enfadar.

No había hablado con ella desde hacía semanas porque mi padre, que acababa de cumplir una condena federal de diez años, se había visto obligado a desconectar el servicio de llamada a tres que había en casa de la abuela, para poder obtener la libertad condicional. Cuando hablé con mi padre, me dijo:

—Tu abuela está en el hospital, pero volverá en tres días.

Aunque su salud había empeorado, no esperaba una recaída tan súbita. Recordé nuestra última conversación, durante la cual ella se quejaba, entre sollozos, de sus piernas hinchadas.

—Abuela, tienes que intentar andar un poco, estirar las piernas y hacer algo de

ejercicio —le rogué.

—Lo intento, pero tú no me entiendes. Mis piernas ya no sirven para nada. La semana pasada fui al banco y me caí en la acera.

Traté de aliviar sus penas hablando de los viejos tiempos, cuando el abuelo todavía estaba vivo y todos vivíamos en la calle Noventa y ocho. Me imaginaba en la cocina, mirándola abrir el horno para vigilar cómo se hacían aquellos dorados panes sicilianos que preparaba para mí y para el abuelo. En aquel entonces, una de mis comidas favoritas consistía en un buen trozo de pan caliente relleno de pastel de pollo, todo bien regado con un buen vaso de leche. Aquéllos eran tiempos fabulosos y ahora yo me aferraba a ellos como lo hacía mi abuela.

Pero incluso al recordar con ella aquellos tiempos felices lloraba amargamente, pues su gran temor era acabar sus días en un asilo.

—Quiero morir en mi casa. No quiero vivir entre extraños.

—Abuela, te prometo que nadie te va a llevar a un asilo. No te preocupes porque cuando salga de aquí yo cuidaré de ti.

—¿Has hablado con el abogado?

—Sí, y está haciendo todo lo que puede.

—Le pido a Dios que vuelvas antes de que yo me vaya.

—Lo haré, abuela. Tú sólo cuídate.

A pesar de que logré tranquilizarla, los sentimientos de culpa eran tan persistentes como el sabor a leche agria.

Cuando llegué a la oficina del capellán, un guardia me dijo:

—El imán quiere verte.

¿El imán?, pensé. Randazzo, mi abogado, debía de haber acordado con él que llamase a mi abuela. Dentro de la pequeña habitación había cuatro musulmanes ocupados en llenar frasquitos con aceites aromáticos. La habitación olía a jazmín, a almizcle e incienso de coco. Un olor penetrante y picante como el de las droguerías de los años sesenta. El imán Jalifa estaba hablando por teléfono. Retiró el auricular y, tapando el micrófono, pidió a los otros, en voz baja, que salieran.

Mientras lo hacían, él siguió hablando por teléfono. Yo miraba con impaciencia todos los rincones de la habitación. La mesa estaba llena de papeles y frascos, pero mi mirada se dirigió a un documento que parecía fuera de lugar. En él estaba escrito mi nombre en mayúsculas y, debajo, el de mi abuela. Era una carta con el membrete de la funeraria Francisco.

El imán colgó el teléfono y le pregunté:

—¿Qué pasa?

—Ha llamado tu hermano Buddy. Necesita hablar contigo.

Dos días más tarde, a las seis de la mañana, me despertó un joven guardián que se llamaba Rizzo. Era delgado, tenía el pelo negro muy corto y hablaba con una voz tan

suave y tranquilizadora como la de un cura en un confesionario. Quizá también sabía lo que era perder a un ser querido. Le estaba agradecido.

Cuando cruzábamos el patio hacía viento, todo estaba oscuro y llovía a cántaros. Dentro del edificio administrativo un fornido irlandés de pelo rubio y mejillas sonrosadas se acercó y me dijo: «Siento lo de tu abuela». Me vestí con la ropa que la prisión me facilitaba para el viaje: pantalón vaquero, camisa blanca y chaqueta tostada. Las zapatillas deportivas eran mías. Me miré al espejo y no me gustó lo que vi.

Por fin subimos a la furgoneta, equipada especialmente con una separación de metacrilato grueso, al otro lado de la cual estaban los guardias que llevaban pistolas del 38 en cartucheras negras a la cintura. Mis pies estaban unidos por una cadena de treinta centímetros, sujeta a mis tobillos con grilletes. Mis manos estaban esposadas y unidas por otra cadena sujeta a mi cintura, asegurada por un candado en las esposas. Tuve que agacharme, forzando el cuello, para poder comer el sándwich que me dieron.

No había salido de los muros de piedra de la prisión desde hacía quince años. Pasamos entre montañas, árboles y granjas con vacas a manchas blancas y negras que pastaban despreocupadamente. Me sentía parte de una fotografía surrealista en tres dimensiones. Pronto llegamos a un valle cubierto por una espesa niebla. Nos envolvió como el humo denso de un incendio forestal. Súbitamente, un ciervo salió de la niebla, saltando a la carretera y chocando contra una ranchera que iba delante de nosotros. El conductor no pudo evitarlo. Miré hacia atrás desde el extremo de mi asiento.

—¿Has visto eso? —dijo el agente Warren.

Miré a través de la ventanilla, entre las gotas de lluvia que se deslizaban por el cristal, y vi al ciervo despatarrado en el arcén. Mientras me esforzaba por moverme hacia delante, los grilletes se me clavaban en la piel. La lengua del ciervo colgaba de su mandíbula cubierta de un suave pelaje y su boca entreabierta exhalaba nerviosamente nubecitas de vaho.

—*¡Está vivo!* —grité.

—Sí, pero no tiene buen aspecto —dijo el agente Warren.

Yo deseaba que se levantara y diese una carrera hasta el bosque. Sin embargo siguió allí, inmóvil, tan rígido como la niebla que cubría el valle, tan rígido como los árboles.

A media tarde, los árboles dieron paso a las viviendas, a los edificios de ladrillo y a las tiendas, con su variedad de letreros luminosos como globos multicolores. Algunas de las tiendas estaban cerradas con tablones. Finalmente, salimos de la avenida Lexington, atravesamos los muelles de Manhattan, cruzamos el puente de Brooklyn y emergimos en la avenida Atlantic. La ciudad me resultaba vagamente

familiar, como en un sueño.

Me imaginaba, allá por los viejos tiempos, reclinado en el reposabrazos del Oldsmobile 98 negro, modelo 1983. Escuchaba música mientras un grueso porro humeaba en el cenicero. Aspiraba el humo de la hierba dulce y pegajosa mientras su aroma punzante se deslizaba por una grieta de la capota como penachos flotando en el aire. Entonces lo tenía todo.

En la avenida Atlantic había hileras de tiendas y bodegas y gente que iba de un lado a otro. Mujeres hermosas con pantalones ajustados, zapatos de plataforma y chaquetas de cuero paseaban balanceando las bolsas con sus compras. Contoneaban sus caderas con un ritmo seductor y una personalidad que iba pregonando por el barrio «Estilo», con mayúsculas. Había tiendas de muebles con sillones en la calle, un vagabundo negro mendigando y un inválido sin piernas cruzando velozmente la calle en su silla de ruedas.

Cuando aparcamos en la puerta de la funeraria, el agente Warren dijo:

—Espera. Tengo que inspeccionarla.

Dos minutos más tarde volvió y asintió con la cabeza a su compañero. Con la ayuda de Rizzo, bajé con cuidado de la furgoneta.

—Espera —dijo Rizzo, deteniéndome al primer paso—. Antes vamos a quitarte las cadenas y las esposas.

Introdujo la llave en el candado y con un giro rápido y experto, lo abrió. Me rodeó la cintura con el brazo, desenrolló la cadena y me quitó las esposas. Me estiré y me froté las muñecas. Estaban rojas e hinchadas, y tenían marcas profundas. Entré cojeando en el vestíbulo, seguido de Rizzo, dando pasos lentos, para evitar tropezar con la cadena que todavía atenazaba mis tobillos.

Apareció mi hermano Buddy. Era alto y fornido, e iba impecablemente vestido con un traje negro bien cortado. Se notaba que estaba sorprendido y contento de verme. Nos dimos la mano y nos besamos. Entonces mi tío, a quien no veía desde hacía quince años, se acercó con paso tranquilo. Parecía mucho más viejo, también más bajo, y estaba redondo como un tonel de vino. Se detuvo un segundo, estudiándome del mismo modo como yo lo inspeccionaba a él. Quince años era mucho tiempo.

—Joey —dijo con su inconfundible acento siciliano.

Le abracé.

—Qué alegría volver a verte, tío Charlie.

—Ahora soy abuelo —dijo con orgullo, sacando una foto de su cartera—. Tu primo Joey y su mujer han tenido un niño. Se llama Cológero.

Tomé la foto y la miré preguntándome adónde habían ido a parar todos aquellos años. Recordaba a mi primo Joey cuando era un adolescente, con su camiseta de rugby, corriendo desde su casa de College Point para llegar al partido. Ahora ya era

padre. Devolví la foto a mi tío y dije: «Felicidades».

Entré en el velatorio y allí estaban mis hermanas Gracie y María. Ambas estaban con sus vestidos negros y envueltas en llanto. Nos abrazamos y besamos y las dos lloraron sobre mi hombro. Rápidamente me rodearon otros miembros de la familia, incluido mi padre, a quien no veía desde hacía diez años. Su pelo era de un blanco puro y suave como la piel de un conejo.

—Lo lograste —me dijo.

Nos abrazamos.

—Sí, papá, me dieron el permiso.

A causa de las restricciones no había podido hablar con mi padre después de que él saliera. Me quedé allí quieto, escrutándole, en busca del hombre que había visto por última vez durante una visita hacía diez años. Sabía que ya no volvería a encontrarlo.

La habitación estaba en silencio. Varias sillas estaban alineadas contra una pared y un sofá contra la otra. Había algunas mesas con lámparas y otras que tenían cuencos de cristal con caramelos. Al fondo de la habitación mi abuela yacía sin vida, rodeada por un colorido surtido de coronas de flores. Al aproximarme sentí el olor familiar de rosas recién cortadas. Puse mi mano sobre el borde de bronce del ataúd y miré su cara. Estaba más delgada que la última vez que la vi, hacía cinco años. Estaba muy pálida y le habían puesto una gruesa capa de maquillaje que le daba un aspecto artificial. Su sonrisa parecía más una mueca forzada. En la muñeca llevaba la misma pulsera de oro que se ponía en las ocasiones especiales. Era pesada y estaba adornada con varias medallas que tintineaban como campanillas cuando andaba. Ahora esas medallas y medallones en forma de corazones de oro macizo, engarzadas con diamantes e inscritas con fechas y expresiones de cariño, colgaban rígidas de su helada muñeca. Estaba vestida con una preciosa bata de seda rosa y puntillas que le cubría hasta los tobillos. En los pies llevaba unos zapatitos rosados, como el color de las conchas marinas.

Todos estos años había esperado que llegara ese momento. Pero ¡maldita sea!, nunca pensé que llegaría tan súbitamente. Ahora sólo me quedaban los recuerdos. Restos dispersos de nuestras vidas sobre la tapa de su ataúd. Uno de ellos era una fotografía de mi abuela tomada en 1984, el año en que me fui, en el muelle frente a nuestra casa de Howard Beach. Barcos adornados con banderas, algunos de cuyos puentes eran tan altos como nuestra casa, flotaban sobre las aguas tranquilas esperando el desguace. Mi abuela llevaba unos pantalones cortos y zapatillas deportivas y tenía una enorme sonrisa en su rostro. Y allí, junto a ella, estaban los rosales que cultivaba, en plena floración, en una brillante explosión de color.

En casa mi abuela solía tener grandes ollas de comida caliente en el horno. Siempre había pasta con pollo o carne con patatas para quienes llegaran y desearan

sentarse a comer algo. Los domingos la abuela preparaba siempre una gran comida. Enormes ollas esmaltadas en colores suaves llenas de pasta, salsa marinera, ajo y albahaca fresca que acompañábamos con albóndigas, salchichas y carne, servidas en bandejas donde formaban una montaña de más de un palmo de altura. Yo me limpiaba la salsa de los labios entre cada bocado y cada sorbo de vino con SevenUp. Mi abuelo se colocaba la servilleta entre los botones de la camisa y siempre llevaba una pluma en el bolsillo. Fundía cuidadosamente un trozo de queso ricotta sobre sus macarrones girando su brazo en círculo sobre el plato. Cuando terminaba, yo cogía el queso y hacía lo mismo.

Cuando volvía del instituto la casa estaba inundada con el aroma de la salsa que se cocinaba a fuego lento y yo cogía una hogaza de pan de sémola, le arrancaba un buen pedazo y lo mojaba en la salsa roja y dulzona. No pasaba mucho tiempo antes de que mi abuela dijese: «¿Te quieres marchar de aquí?». No lo decía con enfado, lo decía con orgullo, encantada de que me gustase tanto lo que cocinaba.

El momento de partir llegó con un gesto del agente Warren. Todos se acercaron para despedirme y besarme. Mi tío me dijo, mientras nos abrazábamos por última vez: «Tú eras lo más importante para la abuela. Te quería más que a nada en este mundo». Después me abrazó mi padre y se deshizo en una violenta convulsión de sollozos. Allí estábamos, abrazados como dos pasajeros de un avión a punto de estrellarse, mientras cae violentamente hacia el suelo. En ese momento, con papá llorando sobre mi hombro, sentí como si yo fuera el padre y él fuera mi hijo, como si él hubiera hallado en el solaz de mis brazos la seguridad que, alguna vez, yo había buscado en los suyos.

Fui hacia la furgoneta y extendí los brazos hacia el agente Rizzo para que me colocara las esposas en las muñecas. Sin embargo me dijo:

—Te las pondremos luego, después de que comamos algo.

Aquello me sorprendió. Entré en la furgoneta, me deslicé por el asiento hasta la ventanilla y miré por última vez con la esperanza de congelar el tiempo y guardar para siempre aquella imagen en mi mente. Vi a mi tío meter la mano en el bolsillo, sacar un cigarro y encenderlo dando pequeñas y rápidas caladas. Al arrancar, le saludé con la mano y me pregunté si mi expresión delataría mi tristeza.

JOE MICELI
Auburn, Nueva York

En memoria de mi padre

Yo era una niña de once años que vivía en Brooklyn. Mi padre había muerto de manera inesperada aquel verano y, súbitamente, llegaron malos tiempos para mi madre, para mis dos hermanos y para mí. Mi hermano de dieciocho años llevaba ya un año en el ejército. Mi otro hermano, de trece, trabajaba como recadero después del colegio para ganar un dinero extra que tan desesperadamente necesitábamos. Mi madre también había empezado a trabajar después de que papá muriera, pero tuvo que dejarlo cuando su salud comenzó a resentirse.

Papá siempre había dado gran importancia a la Navidad. Desde que tengo memoria, nuestras celebraciones habían girado en torno al árbol, al Nacimiento y a Santa Claus. Teníamos un muñequito regordete como un angelote rodeado de un círculo de terciopelo rojo que papá siempre guardaba en su propia cajita. Todas las navidades, cuando empezábamos a decorar el árbol, papá hacía una pequeña ceremonia, sacando el muñeco de su caja y mostrándomelo mientras decía: «María, este muñeco tiene los mismos años que tú». Y después colgaba el muñequito regordete en el árbol.

Papá había comprado aquel muñeco el año en que nací y, sin proponérselo, el que fuera el primer adorno navideño que se colgaba en el árbol, antes que ningún otro, se había convertido en una pequeña tradición familiar.

Pero aquella Navidad no íbamos a tener árbol.

Mi madre era una mujer práctica y había decidido que el árbol era un lujo del que podíamos prescindir. En ese momento pensé, con callado pero intenso resentimiento, que de todos modos el árbol nunca había sido tan importante para ella como para mi padre. Y si a mi hermano le importó, tampoco dijo nada.

Aquella tarde habíamos ido a la iglesia y volvíamos a casa en silencio. Era una hermosa y clara noche de invierno, pero yo sólo me fijaba en las ventanas iluminadas por las luces de los árboles de Navidad. Su alegre resplandor hizo que mi amargura fuera más intensa, porque me imaginaba a una familia completa y feliz en cada casa, compartiendo risas, intercambiando regalos, sentados todos ante mesas repletas de comida, hablando y bromeando. Aquella noche la Navidad no consistía más que en eso para mí. Sabía que cuando llegáramos a casa nos recibirían las ventanas oscuras y que, una vez dentro, estaríamos juntos pero, en realidad, solos, cada uno inmerso en el vacío casi tangible que se había apoderado de nosotros.

Al pasar delante de la casa de una amiga que estaba casi al lado de la nuestra, vi que las luces del cuarto de estar todavía estaban encendidas. Le pedí a mi madre que, por favor, me dejara entrar para hacerle una visita. Me dio permiso.

Sólo que aquella noche no fui a casa de mi amiga.

Esperé a que mi madre y mi hermano entraran en nuestra casa, di la vuelta y me

dirigí impulsivamente hacia la tienda de mi padre, a cinco manzanas de allí. Era una pequeña tienda de ultramarinos en la esquina de la calle Cuarenta y cinco y la Undécima Avenida. Por alguna razón quería ir allí, a la tienda que había significado tanto para mi padre, a pesar de que estaba vacía y en alquiler. Era como si así fuera a estar, de algún modo, más cerca de él.

No había mucha gente por allí. Estaba oscuro pero, por primera vez, me di cuenta de lo hermosa que estaba la noche, tan fría y estimulante, con aquel cielo repleto de estrellas. A través de las ventanas, los árboles de Navidad seguían iluminados y brillantes, pero no parecían producir en mí el mismo efecto que hacía unas horas. Quizá fuera mi osadía al estar sola en la noche por primera vez o la sensación de que, de alguna forma, iba a estar más cerca de papá, lo que causó un extraño efecto en mí. Fuera lo que fuese, apaciguó mi resentimiento y mi dolor.

Al llegar, finalmente, a la tienda, noté unas masas oscuras con formas extrañas en la acera. Me paré en seco. Mi imaginación comenzó a volar y casi di la vuelta para marcharme. Pero algo hizo que siguiera. Al acercarme, me di cuenta de que aquellas masas no eran monstruos, sino árboles de Navidad de la tienda próxima a la de mi padre que habían quedado sin vender. Los habían dejado allí para que los recogiesen los basureros o quien estuviese encargado de hacerlo.

Recuerdo que me lancé de repente sobre el montón de árboles intentando escoger en la oscuridad el mejor que pudiera encontrar. Creo recordar que escogí uno enorme, de más de tres metros de alto, aunque era imposible que fuera tan grande. De cualquier modo, cogí mi árbol, aliviada por llevar mis guantes de lana gruesa, y comencé a medio cargar, medio arrastrar, mi tesoro hasta casa.

Mi alma estaba inundada de Navidad. Sabía que papá estaba presente en aquel momento. No sé si alguna vez estuve tan próxima a él como aquella noche. Era como si él estuviese allí arriba, en las estrellas, en cada ventana iluminada, en aquel mismo árbol que yo arrastraba. No recuerdo si me crucé con alguien en el camino. Supongo que, si fue así, debía de parecer una visión rara: una niña cantando villancicos en voz baja y arrastrando un árbol el doble de grande que ella. Pero sé que no me importaba nada lo que pensarán los demás.

Cuando llegué a casa llamé al timbre, dispuesta a batallar por entrar con el árbol en casa si era necesario. Mi hermano abrió la puerta y su mirada de sorpresa vino acompañada por un «¿De dónde has sacado eso?». Metimos el árbol, y mi hermano se las arregló para encontrarle una base y nos pusimos a adornarlo. Apareció mi madre y nos vio, pero no dijo nada. No colaboró pero tampoco nos impidió seguir. Y aunque se dio cuenta de que yo no había estado en casa de mi amiga, no me hizo el menor reproche.

Cuando mi hermano y yo acabamos nuestra obra dimos un paso atrás y nos quedamos mirando el árbol. Para nosotros estaba perfecto, sin un solo fallo. Yo estaba

tan excitada que podría haberme quedado toda la noche adornándolo, pero mi madre insistió en que ya era tarde, casi medianoche, y debíamos irnos todos a la cama.

La Navidad estaba a punto de terminar. Estaba segura de que mi madre no aprobaba lo que yo había hecho, e incluso empecé a sentirme culpable al darme cuenta, de pronto, de la tristeza que aquel árbol podría haberle ocasionado y mi alegría empezó a desvanecerse.

Cuando me dispuse a ir a la cama reinaba en mi mente una confusión en la que se mezclaba la excitación y la tristeza. Me asomé a mirar mi árbol por última vez antes de que acabase la Navidad.

Mi madre estaba delante de él, con una cajita en las manos. No sé si me vio en la puerta. ¿Habría estado llorando?

Sus manos parecían temblar mientras abría la caja. Sostuvo el adorno delante de ella, mirando al árbol, no a mí.

«María», dijo, casi en un susurro, en un tono de voz diferente, extraño, «... este muñeco tiene los mismos años que tú».

Y colgó el muñequito recordete en el árbol.

MARY GRACE DEMBECK
Westport, Connecticut

Disparates

En ambas costas

A mediados de los ochenta yo trabajaba en una cooperativa clandestina de alimentación en Washington, D.C. Una noche, mientras estaba metiendo pasas en una bolsa, noté que una mujer me miraba fijamente. Después de un rato vino hacia mí y me preguntó:

—¿Michelle? ¿No eres Michelle Golden?

—No —le dije—. No soy Michelle Golden, pero ¿la Michelle Golden a la que usted se refiere es de Madison, en Wisconsin?

Y me dijo que sí, que se refería a ella. Le conté que yo conocía a Michelle y que mucha gente nos confundía. Pocos años después me mudé a vivir a la Costa Oeste. Un sábado por la mañana iba andando por el centro de San Francisco y una mujer vino hacia mí, se paró en seco, me miró de arriba abajo y me dijo:

—¿Michelle? ¿No eres Michelle Golden?

—No —le dije—. Pero ¿cuáles cree usted que son las probabilidades de cometer el mismo error dos veces en la vida y en los dos extremos de Estados Unidos?

BETH KIVEL

Durham, Carolina del Norte

Un sombrero de fieltro

Siempre vi a mi padre cubrir sus rizos castaños y cortos con un sombrero de fieltro. Usaba uno gris para trabajar y en el ala solían quedarle granos de trigo o alguna mancha de aceite del tractor. Tenía uno marrón de vestir y uno beige para los tranquilos paseos en coche de los domingos o para ir a ver una película de Roy Rogers, una cálida noche de verano. Sólo íbamos al cine en verano, tal vez porque los días eran más largos y calurosos o porque tardaba mucho en anochecer o porque a mi padre le encantaba sentarse al fresco en la oscuridad del cine Estrella después de haber estado trabajando la tierra seca y polvorienta.

Mi padre jamás iba a ningún sitio sin alguno de sus sombreros. Estaban colgados en fila en un perchero junto a la puerta trasera de la cocina. Todos de la misma talla, la misma forma y con el mismo olor: una mezcla de colonia Old Spice, de jabón Lifebuoy y un toque de la gomina que usaba para peinar sus rebeldes rizos.

Nunca usaba sombrero dentro de casa, pero fuera lo llevaba siempre, en la cabeza o en la mano. Rozaba el ala con los dedos al saludar a una dama o se lo quitaba cuando entraba en un edificio, incluso en correos. Su educación era impecable, pero no se sentía cómodo sin su sombrero. Mi madre se lo hacía dejar en el coche cuando íbamos al cine, pero él hubiese preferido llevarlo consigo y apoyarlo sobre sus rodillas.

Muchos años después mi hermano, yo y nuestras respectivas familias estábamos con mi padre y mi madre en unos grandes almacenes de Portland, Oregón, ayudando a mi padre a elegir un sombrero nuevo. Se los probó todos: unos no eran de su talla, de otros no le gustaba el color, algunos tenían el ala demasiado estrecha o una cinta que no iba con el sombrero. Todos tenían algún problema y, después de un rato, el vendedor empezó a perder la paciencia. Por fin, mi padre encontró el sombrero perfecto y, con una sonrisa de oreja a oreja, se lo enseñó a mi madre. Todos suspiramos y nos sentimos inmensamente aliviados hasta que mi madre lo miró y dijo: «Ted, mira que eres tonto, ¡pero si ése es tu sombrero!».

JOAN WILKINS STONE
Goldendale, Washington

Hombre contra abrigo

La primera y única vez que nos vimos fue en un bar de moda en una fría noche de noviembre. Yo había contestado a la nota que ella había publicado en la sección de anuncios personales: «... me gustaría conocer a un hombre seguro de sí mismo, entre 35 y 45 años, un hombre al que le guste pasear por el parque y charlar en la oscuridad..., etc.». Me atrajo el estilo sencillo y musical de aquel anuncio.

Era morena, alta, delgada y rondaría los treinta y tres o treinta y cuatro años. Tenía una conversación interesante y me miraba a los ojos mientras hablaba. Era guapa e inteligente y me gustó de inmediato. No había duda de que deseaba volver a verla. Y lo mejor de todo: presentía que ella no pondría ninguna objeción en volver a verme. Yo sólo tenía que procurar no meter la pata ni cometer ningún estropicio durante el resto de aquel encuentro.

Cuando ya nos estábamos preparando para marcharnos, ella fue la primera en ponerse su pesado abrigo de invierno. Se colocó la bufanda y enfundó sus largos y elegantes dedos en unos guantes de conducir. Cuando estuvo lista, se quedó de pie, esperando pacientemente a que yo me abrigase.

Descolgué mi anorak del respaldo del taburete y, cogiéndolo del cuello firmemente con la mano izquierda, metí el brazo derecho en la manga derecha. Con el abrigo a medio poner, estiré el brazo izquierdo hacia atrás para meterlo por la manga izquierda. Pero, por alguna razón, no di con el hueco. Volví a intentarlo y volví a fallar. Decidí poner todo mi empeño en aquella tarea.

Estaba tan absorto en lo que hacía que no me di cuenta de que mi cuerpo estaba empezando a enroscarse en una extraña torsión. Cuanto más me retorció, más se retorció mi abrigo, así que mi manga seguía manteniéndose a la misma distancia de mi ansiosa mano. Noté que comenzaban a asomarme algunas gotas de sudor en la frente.

Era como si la distancia entre las mangas se hubiese acortado durante el último par de horas. Yo gruñía y resoplaba mientras me debatía por insertar la mano o, mejor dicho, por alcanzar la manga. ¿Cómo iba a saber que había caído en las garras de mi propia perdición? Con tantos giros, tenía las piernas completamente enroscadas.

Nadie puede permanecer en pie al tiempo que se contorsiona y lanza puñetazos hacia atrás buscando una manga que se mueve a sus espaldas. Empecé a perder el equilibrio. Caí al suelo lentamente. Allí tumbado, enredado en mi abrigo y cubierto parcialmente por él, levanté los ojos hacia mi acompañante. Ninguno de los dos dijo nada. Ella no había visto en su vida a un hombre forcejeando con su propio abrigo y que, además, éste acabase derribándole tras la lucha.

MEL SINGER

Denver, Colorado

Lo más divertido

El verano de mi último año de instituto alquilé una casita en la playa de Jersey con unos amigos. Un martes por la noche, alrededor de las nueve y media, salí de la casa y bajé a la playa. Estaba totalmente desierta, así que me quité toda la ropa, la dejé apilada sobre la arena y me zambullí en el mar. Estuve nadando durante veinte minutos y luego cogí una ola y me dejé arrastrar hasta la orilla.

Cuando salí del agua, mi ropa había desaparecido. Mientras me preguntaba qué podía hacer, oí voces. Era un grupo de gente que venía paseando por la orilla hacia donde yo estaba. Decidí echar una carrera y regresar a toda velocidad a la casa, que estaba a unos cincuenta o sesenta metros. Veía que la puerta estaba abierta o, por lo menos, la luz salía del umbral de la puerta. Pero cuando estaba a punto de entrar corriendo me di cuenta, demasiado tarde, de que había otra puerta con una tela mosquitera. No me dio tiempo a frenar y atravesé la tela metálica.

De repente me encontré de pie, en medio de un salón. Un padre y sus dos hijos pequeños estaban sentados en un sofá, viendo la televisión, y yo en medio de la sala sin nada encima. Me di la vuelta y salí a toda velocidad por el agujero de la tela metálica con dirección a la playa. Cuando llegué a la orilla, giré a la derecha y seguí corriendo hasta que, al cabo de un rato, encontré mi ropa apilada sobre la arena. Entonces comprendí que la corriente me había arrastrado y que había salido del agua a unos trescientos metros del lugar donde me había zambullido.

A la mañana siguiente recorrí la playa en busca de la casa con la tela metálica rota. La encontré y, cuando me disponía a llamar a la puerta o a lo que quedaba de ella, vi al padre dentro de la casa que venía hacia mí. Comencé a tartamudear y al final logré decir: «Siento muchísimo lo sucedido y me gustaría pagarle los daños de la puerta».

El padre me interrumpió, levantó las manos de un modo exagerado y dijo: «Niña mía, no puedo aceptar que pagues nada. Lo de anoche fue lo más divertido que nos ha pasado en toda la semana».

NANCY WILSON
Collingswood, Nueva Jersey

La tarta

Yo tenía catorce años y mi hermano dieciséis cuando fuimos con mis padres a la fiesta de graduación de mi primo. Los preparativos para salir de casa y asistir a una reunión familiar iban siempre acompañados de una gran tensión y de muchos chillidos. Mi padre odiaba tener que ir a cualquier sitio. No le importaba estar en un lugar una vez que había llegado, pero odiaba la fase de los preparativos y los desplazamientos. Nos había gritado a mi hermano y a mí durante casi toda la mañana por el simple hecho de ser adolescentes y por reírnos y protestar del modo que se suele hacer a esas edades. Mi padre era partidario de una disciplina estricta y no le importaba recurrir a los puños si se le provocaba. Tampoco es que aquello nos amilanase, pero había que calibrar con cuidado hasta qué punto quería uno provocarle y estaba dispuesto a afrontar las consecuencias.

Mi hermano y yo solíamos pelear con frecuencia: nos enzarzábamos en unas luchas salvajes, con puñetazos en plena cara, que asustaban a los chicos del barrio y les mantenían alejados de nosotros, aunque rara vez peleábamos con otras personas. Como si pelear fuese un gesto de intimidad sólo reservado para la gente más cercana.

La fiesta era en Guttenberg, Nueva Jersey. Mi hermano y yo éramos del Bronx. Estuvimos un rato recostados contra una pared que había entre la cocina y el salón, esperando a que cortasen la tarta y dar aquella fiesta por acabada para poder regresar a casa y encerrarnos, cabreados, en nuestros cuartos. Estábamos allí, de pie contra la pared, como dos bultos de papel maché que se habían secado convirtiéndose en dos deformaciones de la escayola. También había niños pequeños. Entraban y salían corriendo de las habitaciones, chillando y dando voces, ansiosos por recibir su porción de helado y de tarta. Mi hermano y yo estábamos por encima de esa clase de ansiedad. Nosotros íbamos de tipos duros. Entonces, uno de los chicos, al que le faltaba la mitad de los dientes y la otra mitad le estaba saliendo, se precipitó hacia la tarta de graduación y asomó la cabeza por encima de la decoración gelatinosa que la adornaba. «¡Miradme! ¡Miradme!», gritó. Vi cómo mi hermano apretaba los labios y cerraba los puños. Sabía lo que estaba pensando y, con un movimiento de cabeza, le animé a que aplastase aquellos dientes desparejos contra la tarta. Sonrió con la mandíbula tensa y negó con la cabeza. Ambos conocíamos las consecuencias.

El niño gritón también. Se acercó corriendo a mi hermano, burlándose de él para provocarle. Luego volvió corriendo hacia la tarta y siguió provocando a mi hermano. Mi hermano cambió el peso de su cuerpo de una pierna a otra y se separó de la pared, dispuesto a hacer lo que yo tanto deseaba que hiciese. Pero, nada más hacer ese leve cambio de postura, mi padre entró en la habitación y fue hacia la cocina a servirse una copa. Entró solo, pero sin dejar de conversar con alguien que seguía en la habitación que acababa de abandonar, y hablaba a gritos sin soltar el cigarro que

apretaba con los dientes. El chico notó cómo mi hermano se quedaba petrificado contra la pared y aprovechó para burlarse de él: «Me voy a comer la tarta, me voy a comer la tarta...». Mi padre se volvió para regresar a la habitación y le bastó una rápida mirada para captar la situación. Vio cuáles eran las intenciones de mi hermano y contra quién iban dirigidas. Mi padre se acercó velozmente. Utilizando la misma mano que sostenía el humeante cigarro, hundió todo el rostro del chico en la gelatina verde que decoraba la tarta, convirtiendo sus risas en llantos. Después, como si nada, mi padre continuó su camino hacia la sala para seguir su conversación.

 Mi padre y yo hemos tenido nuestras diferencias, pero siempre le recordaré por eso.

 Siempre le querré por eso.

G. B.
Ringwood, Nueva Jersey

Montando en moto con Andy

Andy vivía sobre su moto. Era su único medio de locomoción y transportaba de todo un poco. Esto ocurría en la década de los cincuenta, antes de que aparecieran las grandes motos con maletero, amplias bolsas y carenados con espacios para almacenar cosas, así que él lo llevaba todo encima. A menos que hiciera muchísimo calor, siempre vestía un enorme mono de motorista, y debajo de él, una cazadora de cuero; y debajo, un jersey; y debajo, una camisa de franela y un par de calzoncillos largos. Sus múltiples bolsillos estaban llenos de todo tipo de cosas y las más grandes las metía en una mochila hecha trizas. Aunque no era gordo, todo aquello le hacía parecerse al muñeco de Michelin.

Andy vivía cerca del puente Whitestone, en el Bronx de Nueva York, y trabajaba como guardabarreras en un cruce ferroviario de Long Island. Yo lo veía en la tienda local de Triumph y BSA y en las carreras de motos y motocross. Sin embargo, algunas mañanas a media semana pasaba por mi casa cuando iba rumbo al trabajo y se tomaba una taza de café mientras yo desayunaba. A mi madre no le hacía mucha gracia su presencia, aunque siempre le trataba con hospitalidad y cortesía. Sobre todo le molestaba que la llamase «jovencita» cuando le abría la puerta de la cocina en sus visitas matutinas. Aunque, cuando quería, mi madre podía llegar a ser muy cáustica, decía que Andy le parecía una persona necesitada de ayuda y cariño. Andy tenía unos treinta años. Miraba de un modo penetrante y con ojos de loco y tenía un tono de voz quejumbroso y metálico que chocaba a todo el mundo.

Después de varias visitas, Andy empezó a llevarme al colegio en su moto. Yo iba a un colegio católico que estaba a unos doce kilómetros de casa y que no quedaba de camino a su trabajo. A mí me encantaba ir a clase en la Triumph Tiger de Andy en lugar de hacerlo en el autobús escolar, a pesar de que a veces tomaba las curvas con tal velocidad que rozaba el asfalto con los reposapiés.

Un día, al llegar al colegio me di cuenta de que me había dejado mi bolsa del almuerzo en casa. Andy dijo: «Eso sí que es horrible». Le di las gracias por haberme llevado y se marchó. Veinte minutos después, mi madre oyó que llamaban a la puerta de la cocina. Cuando abrió, Andy dijo: «Buenos días otra vez, jovencita. Jim se ha olvidado su almuerzo». Mi madre le hizo entrar en la cocina, donde encontró la bolsa con mi almuerzo sobre la mesa y se la dio, agradeciéndole su amabilidad. Acto seguido, Andy se sentó y se lo comió.

JIM FURLONG
Springfield, Virginia

Una dama sofisticada

Yo tenía dieciocho años y estaba estudiando en la Universidad de Wisconsin cuando a mi hermano pequeño le concedieron una beca para estudiar música en la academia militar St. John. Su primer concierto se celebró una preciosa tarde de otoño. Desde casa me llegó la orden de que debía asistir al evento. Mis padres habían dispuesto pasar a recogerme por Langdon Hall a las once de la mañana para arrastrarme hasta Delafield con ellos. Sentarme a escuchar un concierto interpretado por una banda de instituto no era, en absoluto, lo que yo entendía por pasar un buen rato.

Mientras esperábamos a mi hermano en el vestíbulo, decidí actuar como la hermana mayor experimentada, encantadora y sofisticada. Iba a impactar a aquellos mocosos. Adopté una pose de joven aburrida, dando golpecitos en el suelo con mi tacón de siete centímetros, bostezando y suspirando de vez en cuando, para mostrarles a aquellos niños, disfrazados de soldaditos con fajines rojos, que no me impresionaban lo más mínimo.

Todavía estábamos esperando a que apareciese mi hermano cuando me disculpé para dirigirme al cuarto de baño. Al regresar, poco después, me encontré con que toda la sala se reía por lo bajo y me miraba sonriendo de oreja a oreja. Pegada a mi zapato, y realzando mi muy airoso andar, arrastraba una estela de un metro y medio de papel higiénico.

JOAN VANDEN HEUVEL
Madison, Wisconsin

Mi primer día vestido de sacerdote

Era un precioso día soleado de finales de octubre y yo tenía hora con el dentista. Todavía no era cura. Era seminarista y miembro de una orden religiosa. Habían pasado dos meses desde el día en que había hecho los votos, convirtiéndome en un miembro hecho y derecho de la orden. Algún día sería sacerdote, pero aún me quedaban varios años por delante. En el seminario llevábamos sotana: una prenda negra y larga, ajustada a la cintura, hecha de sarga (¡muy calurosa en verano!). Pero, una vez habíamos profesado, para salir a la calle teníamos que vestir el tradicional traje negro y alzacuello de los curas católicos. Yo todavía no había tenido la ocasión de ponerme mi traje negro con alzacuellos. Pero aquel soleado día de octubre tenía que acudir a la consulta del dentista.

Así que era el día en que saldría por primera vez a la calle con el cuello blanco.

Debo decir que nunca he tenido mejor aspecto que en aquel momento. Tenía veinte años. Cuando estaba en el instituto era de los gordiflones de la clase, ya saben, uno de los «grandotes» entre los chicos. Sin embargo, durante el noviciado (los dos primeros años de formación), me habían fomentado una estricta observancia de los días de ayuno. Y ahí desapareció toda la grasa juvenil. Me convertí en un joven delgado y esbelto y me sentía estupendo. Modestamente, me parecía un poco a Pat Boone de joven. En aquella época era bastante consciente de ello. Aunque, de ningún modo, me regodeaba en la idea de ser guapo. No existían las chicas ni las citas ni nada de eso. Sin embargo, cuando me puse el alzacuellos y el traje negro, que increíblemente me quedaba como un guante, me quedé bastante impresionado conmigo mismo. ¡Pero salir al mundo! Era una perspectiva bastante sobrecogedora y me sentía tremendamente cohibido. Cogí un autobús para ir al dentista, lo cual me hizo sentirme aún más expuesto a las miradas de la gente. Me bajé a media manzana de la consulta y me encontré andando por una calle de la ciudad. Mientras avanzaba por la acera, nervioso y tímido, rumbo a la consulta —vestido por primera vez de un modo tan extraño, con aspecto de sacerdote pero sin serlo todavía—, vi venir hacia mí a un grupo de cinco o seis niños pequeños que corrían, bailaban y reían. ¡Estaban todos disfrazados! Un fantasma, una bruja, un oso... Venían de una fiesta de Halloween en el colegio. Mi primer día vestido de sacerdote y tenía que ser Halloween. Todos íbamos disfrazados.

EUGENE O'BRIEN
Hubbard, Ohio

Un vaquero judío

Me encontraba en uno de esos momentos que hace disfrutar a cualquier profesor de instituto. La clase guardaba silencio y escuchaba embelesada la ponencia de uno de los alumnos sobre un tema sociológico. Los estudiantes habían decidido investigar alguno de los aspectos de su herencia cultural y Bruce había elegido el judaísmo, religión a la que se había convertido cuando tenía diez años. Estaba explicando a sus compañeros el rito de rezar con auténtica devoción, algo que sólo un adolescente osado es capaz de hacer sin sentir ningún pudor.

Bruce era un joven alto y guapo del último curso. Sus compañeros le admiraban por ser uno de los chicos duros del instituto, y atendían cuanto decía cada vez que se dignaba abrir la boca. De pie ante la clase, explicó que colocarse los tefillin representaba un acto sagrado y debía realizarse en completo silencio. Para mi orgullo y asombro, en la clase se hizo un silencio total, no se oía ni respirar. Bruce rezó y enrolló lentamente la fina correa negra alrededor de su brazo y después se colocó la otra correa sobre la frente con parsimonia. Jamás me hubiese imaginado un respeto tan profundo y reverente dentro de un instituto. Cuando acabó, los estudiantes le hicieron preguntas usando un tono de voz suave. Bruce respondió con una paciencia casi profesional y luego entró en mi despacho para quitarse las correas mientras oraba en privado. Yo estaba henchida de una renovada fe en la juventud americana y durante una semana estuve repitiendo esta historia de convicción religiosa y confianza juvenil a todo aquél que quisiese escucharme.

Al año siguiente Bruce vino a visitar el instituto justo antes de las vacaciones de Acción de Gracias, como suelen hacer la mayoría de los graduados. Por casualidad, alcancé a oírle contar a un grupo de chicos que le miraban con admiración cómo había decidido posponer durante un tiempo su ingreso en la universidad y dedicarse a montar en un rodeo en alguna parte del Sur. Hablaba arrastrando las palabras y estaba recostado contra la puerta con sus vaqueros y un pañuelo que le colgaba desenfadadamente del bolsillo trasero. Hablaba de montar toros como si lo hubiese hecho toda su vida. Cuando los alumnos volvieron a clase, no pude contener la curiosidad y llevé a Bruce aparte.

—Bruce, me gustaría preguntarte algo: ¿Cómo reaccionan tus compañeros de rodeo cuando les dices que no puedes ir porque tienes que respetar el sabbat?

—Ah, no, señora —exclamó—. Ya dejé todo eso. Ahora me he reconvertido.

JENNIFER PYE

Rochester Hills, Míchigan

Cómo hacer amigos e influir en la gente

Para poder construir viviendas subvencionadas en Fort Lauderdale, el proyecto tiene que ser aprobado por el departamento de urbanismo y por un arquitecto de la comisión de hoteles y restaurantes. El arquitecto era Rick Reiley, y yo tenía una cita con él una mañana a primera hora. Para ganar tiempo, puesto que iba retrasado, cuando el semáforo se puso rojo me pasé al carril de la derecha y adelanté a cerca de una docena de coches, con la intención de ponerme delante de todos y volver inmediatamente a circular por el carril correcto cuando cambiase el semáforo. Tuve la mala suerte de que el primer coche del carril fuese de la policía y de que, además, hubiese una señal de giro obligatorio a la derecha.

Giré a la derecha y me encontré irremediamente perdido en un laberinto de calles de dirección única y de canales. Odio llegar tarde, así que en aquellos momentos me preocupaba más encontrar la forma de regresar a la ciudad que la conducción. Entonces sentí un fuerte golpe. Me detuve y vi detrás de mi coche a un perro enorme que parecía muerto. Corrí a la casa más cercana y llamé al timbre, pero no abrió nadie. Corrí a la casa de al lado, llamé al timbre y abrió la puerta una mujer joven, vestida con ropa de tenis.

—He atropellado a un perro y lo he matado. Tengo que llamar a la policía —dije—. ¿Puedo usar su teléfono?

Ella miró hacia la calle y dijo:

—Es mi perro.

Después de que hube llamado a las autoridades y calmado a la mujer, ésta me ofreció una taza de café. Acepté y me senté en la cocina. Sobre la mesa había un libro de Dale Carnegie y le pregunté a la mujer quién asistía a aquel curso. Yo dirigía un departamento de Dale Carnegie y conocía a todos los que estaban matriculados. «Mi marido —contestó ella, y cuando le pregunté quién era su marido, dijo—: Rick Reiley».

Genial, pensé. Necesito que este hombre me dé el visto bueno a un proyecto y acabo de matar a su perro.

Le dije a la señora Reiley que tenía una cita con su marido y le pedí que por favor le llamase y le explicase la causa de mi retraso. Me subí al coche y pocos minutos después llegaba al ayuntamiento. Cuando me dirigía hacia el despacho de Rick, le vi venir con el ceño fruncido. Se acercó, se detuvo frente a mí y me dio un gran abrazo mientras decía en voz alta:

—Nos has hecho un gran favor, Jerry. Nuestro perro estaba ya muy viejo, se había quedado ciego y además tenía cáncer, pero ni mi mujer ni yo éramos capaces de sacrificarlo. Muchísimas gracias por lo que has hecho.

JERRY YELLIN
Fairfield, Iowa

Mi padre tiene la fiebre del heno

Mi padre está obsesionado con su nariz, es su esclavo. Está convencido de que Dios creó la nariz un día en que quería gastar una broma en la oficina y que luego se la olvidó por ahí, agobiado por terminar el universo antes del domingo, su día de descanso. Mi padre y Dios tienen mucho en común: Dios tiene sobre sus espaldas el peso de todo lo que existe y papá tiene la fiebre del heno. Papá cree que en eso están más o menos empatados. «Él no quiere saber nada de la fiebre del heno. Creedme». En nuestra casa no hay un solo instante en el que no estemos preocupados por la nariz de mi padre. ¿Y cómo iba a ser de otro modo? Si es como una especie de presencia maligna que convive con nosotros. Cualquier plan divertido que se nos ocurra —ir una tarde hasta el Dairy Queen o jugar al Monopoly después de cenar— es vetado por la nariz de papá. Y aquellos planes que logramos llevar a cabo cuando el géiser Old Faithful está en reposo son invariablemente abortados en cuanto se despierta, como si se tratase de una avispa enfurecida aferrada al rostro de mi padre. Tenemos que suspender la merienda campestre o salir corriendo del cine a media película y regresar a casa para seguir a mi padre por todas las habitaciones, en busca de su inhalador o de su espray para la nariz, como cinco demonios patrullando sus dominios y con papá guiándonos con su letanía, «mi nariz, mi nariz, mi nariz», como si ése fuese el objetivo de nuestra búsqueda. Cualquiera que mirase por la ventana y viese aquello tendría que estar loco para no llamar a la policía.

Papá se para delante del lavabo, enloquecido porque tiene las fosas nasales totalmente tapadas. Despliega el arsenal: vaporizador para la nariz, gotas para la nariz, tapones para la nariz, crema para la nariz, Vicks VapoRub, aceite de alcanfor, aceite de oliva, aceite de coche, 3en1, desatascador líquido, detonadores. Ha inventado mezclas que requerirían la aprobación del Departamento de Protección del Medio Ambiente, permisos industriales y la evacuación del vecindario. Yo me quedo en la puerta y observo mientras él mezcla sus aceites de víbora, se los aplica y luego se queda totalmente quieto a la espera del milagro, como si estuviese escuchando el ruido de los cascos de un caballo a lo lejos, la caballería que viene a salvarle de su propia nariz. Invariablemente, nunca suena el clarín, el ejército nunca llega.

—Mi nariz.

En algunas ocasiones la frase expresa resignación. Tumbado en el sofá con un pañuelo sobre la tripa, o sea, siempre a mano, farfulla «Mi nariz». En otras ocasiones es una declaración de guerra, sobre todo cuando está intentando hacer algo que requiere concentración, como por ejemplo reparar la cortadora de césped. Se arrodilla junto a la máquina e intenta colocar un tornillo del tamaño de una pulga, con los ojos llorosos y la cara roja e hinchada. De repente, sin previo aviso, igual que si se tratase de una invasión de extraterrestres, lanza el destornillador al otro lado del patio, se

pone de pie de un salto y comienza a hurgar en el bolsillo trasero del pantalón en busca de su pañuelo como si un escorpión le estuviese picando el trasero. Se suena la nariz. Levanta la mirada hacia el cielo. Grita a voz en cuello: «¡Mi nariz!».

Tengo seis años. Papá está intentando colocar la cadena de mi bicicleta, que se ha salido. En primer lugar se me trata como a una especie de delincuente por haber dejado que se salga la cadena de la bici. Papá refunfuña. Veo descender una gota de líquido cristalino de su nariz y quedarse suspendida como el pendiente de un aborigen. Retrocedo varios pasos en silencio. Se sorbe la nariz, se la limpia con la manga, vuelve a sorberse la nariz, farfulla una maldición contra el creador de un aparato tan estúpido como la nariz humana. Parpadea con la velocidad del fuego graneado, da un par de tirones a la cadena de la bici para probarla. Y entonces la nariz se adueña de él. Papá gruñe como un oso pardo herido, levanta la bicicleta por encima de su cabeza y la tira en el camino de entrada a la casa. Otra vez el escorpión. Se suena la nariz. Los pájaros levantan el vuelo, los mamíferos pequeños se apresuran a meter a sus crías en lo más profundo de sus madrigueras, todo el pueblo mira el reloj y se pregunta por qué la sirena del mediodía está sonando a las 10.25. La torre del agua devuelve el eco de aquella explosión sonora para acompañar el angustiado grito: «¡¡¡MI NARIZ!!!».

Mi madre habla del problema con su médico. Entiende mal lo que éste le explica y le va diciendo a todo el mundo que «Jerry tiene el tabique desviado». Trae a casa folletos, se los mete en la caja del almuerzo. Como si él necesitara que se lo recordasen.

Es el verano de mi noveno cumpleaños y estamos de vacaciones en Florida. Mamá quiere visitar el jardín de los Cipreses. Papá se resiste. «¿Y mi fiebre del heno?» Mamá abre su bolso: dentro hay suficiente Contac y Triaminic como para llenar una carretilla. Pienso en la violación de las leyes de transportes interestatales y en las detenciones fronterizas. Me imagino a nosotros cinco alineados al borde de la autopista, los coches reduciendo la velocidad al pasar a nuestro lado, el contenido del bolso de mamá desparramado en el suelo, los fotógrafos sacando fotos del alijo.

Decidimos continuar con el plan de visitar el jardín de los Cipreses. Antes de aparcar el coche, papá ya va camino de ser incluido en los Anales de la Fiebre del Heno.

—Mi nariz.

—Ten, tómate esto. —Mamá saca su medicina del bolso. Incluso lleva un vaso plegable y un termo lleno de zumo de naranja. No hay duda de que tiene muchísimas ganas de ver el jardín de los Cipreses.

—Esto no servirá de nada —dice papá, tragándose el de todos modos.

Y no sirve de nada.

Recuerdo aquel día como una jornada de cólera y de vergüenza. La nariz de papá

condicionó todo nuestro itinerario. Mamá y los niños queríamos ver el espectáculo de esquí acuático; la nariz de papá quería irse a casa. Queríamos hacer una merienda campestre debajo de los sauces llorones; a la nariz de papá le dio un ataque y nos preguntó si estábamos locos.

Voy andando por los sinuosos senderos con la cabeza gacha de pura vergüenza mientras papá se dedica a increpar a los encargados de mantenimiento del parque:

—¡Seguid así! ¡Matadnos a todos! ¡Seguro que vosotros no habéis tenido que usar un vaporizador en toda vuestra vida!

Se acerca a gente que no conoce de nada y le pregunta si alguien lleva encima una navaja.

—¡Mi nariz! —aúlla, provocando el horror de los extraños—. ¡Arrancadme la nariz de la cara! Cortádmela. Me estoy muriendo. Poned fin a esta tortura.

TONY POWELL
Murray, Kentucky

Lee Ann y Holly Ann

Durante mi último año de instituto me eligieron para formar parte de un coro estatal que iba a cantar durante una convención nacional de profesores de música. El coro estaba formado por cientos de estudiantes, por lo que todos teníamos un asiento asignado previamente. Había tres carteles colocados en distintos lugares en los que se indicaba la disposición de los asientos. En dos de ellos mi asiento estaba situado en una determinada fila y en el otro me habían colocado en la fila y en el asiento anteriores. Algo confusa, decidí sentarme en el lugar señalado en los dos primeros carteles, pensando que se había cometido un error en el tercero. Mediado el primer día de ensayo, oí que alguien gritaba: «¡Heflebower!». Me volví y no vi a nadie conocido, pero sí a una joven rubia que respondía a la llamada; de pronto me di cuenta de que estaba ante algo que nunca me había sucedido: había encontrado a otra Heffelbower. Se llamaba Lee Ann Heflebower y yo Holly Ann Heffelbower. No era de extrañar que hubieran cometido un error en los carteles. Llegamos a conocernos un poco mejor y nos intercambiamos felicitaciones de Navidad durante un tiempo hasta que perdimos el contacto.

Siete u ocho años más tarde, yo seguía viviendo en mi ciudad natal, en un edificio de apartamentos llamado El Acebo. El día de San Valentín fui a recoger el correo antes de ir al funeral de uno de los miembros de mi coro. Introduje la llave en la cerradura del buzón pero no logré abrirlo. Miré el nombre en el buzón, decía: HEFLEBOWER, y volví a intentar abrirlo pero no lo conseguí. Me cercioré de nuevo del nombre escrito en el buzón, seguía diciendo HEFLEBOWER. Pero también ponía HEFFELBOWER en el buzón de al lado. Por fin pude abrir este último, recogí el correo y salí disparada hacia el funeral. Cuando volví a casa descubrí que Lee Ann se había mudado a mi edificio, justo enfrente de mí. Acababa de llegar a Lincoln desde Ohio y había alquilado el único apartamento donde le permitían tener gatos. Esta vez nos hicimos grandes amigas y, con el paso del tiempo, llegamos a compartir piso. Hace dos años canté en su boda.

HOLLY A. HEFFELBOWER
Lincoln, Nebraska

Por qué estoy en contra de los abrigos de pieles

Mi tío Morris tenía los ojos del color del Windex^[4]. Llevaba anillos en los meñiques y usaba sombreros de fieltro con ala curva y abrigos de cachemir que causaban envidia y admiración. Siempre olía a ron y a habanos, una combinación que incluso para un chico de siete años como yo resultaba asfixiante. Y tenía grandes historias que contar.

En su juventud había llegado a Toronto, donde por un tiempo intentó hacer carrera como luchador profesional bajo el nombre de Murray. Allí conoció a la tía Faye y a la tía Rae. El tío Morris era incapaz de negarle nada a una mujer; es más, ni siquiera lo intentaba. De modo que se casó con las dos.

La tía Rae era tan desagradable que hasta sus propios hijos la encontraban irritante. Tuvo una hija con Morris que era igualita a Whitey Ford pero que desde que nació no les dirigió la palabra a ninguno de los dos.

Morris tuvo dos gemelos con la tía Faye que se llamaban Erwin y Sherwin. Se suponía que uno de ellos era bastante listo y el otro algo corto, pero nunca pudimos distinguir cuál era cuál. A mi hermano y a mí nos tenían prohibido preguntárselo directamente, por lo que pasábamos horas intentando adivinar mediante sutiles ejercicios mentales quién era quién sin llegar jamás a un resultado concluyente.

Las dos mujeres vivían en pisos diferentes en extremos opuestos de la ciudad. Cada una sabía de la existencia de la otra, pero, sin duda gracias a los encantos del tío Morris, se habían resignado a aceptar aquel montaje. El tío Morris dedicaba mucho tiempo y dinero para que tanto Faye como Rae fueran felices. Y no era una tarea fácil.

Siempre había algunas cosas —como joyas, electrodomésticos o moquetas— que había que comprar a pares. Sin embargo, en aquellas frías latitudes canadienses, lo que más deseaban ambas mujeres era tener un abrigo de pieles. El tío Morris sólo podía permitirse el lujo de comprar uno. Desde aquel momento se pasó la mayor parte del tiempo llevando el abrigo de pieles de un extremo a otro de Toronto para que tanto Faye como Rae pudieran disfrutarlo.

Durante el invierno las cosas se complicaban. Aquellas pieles dieron más vueltas en forma de abrigo que cuando eran visones. Una situación que empezó a pasarle factura al tío Morris. Si al trajín con el abrigo le añadimos su inveterada dieta de ternera ahumada y vino tinto espumoso, llegaremos a la conclusión de que Morris era un firme candidato a sufrir un ataque al corazón.

En los breves instantes que transcurrieron desde que el tío Morris se levantó de la mesa llevándose la mano al pecho y el momento en que cayó al suelo, el abrigo desapareció. A partir de entonces la familia quedó irremediabilmente dividida. Los

parientes se alinearon en dos facciones firmes e irreductibles como enormes nudos gordianos. Un bando decía que Faye tenía el abrigo, y el otro, que lo tenía Rae.

Se dijeron mentiras y se dijeron verdades. Y tanto las verdades como las mentiras resultaron igualmente perjudiciales. Hubo gritos y hubo llantos. Los familiares se robaban entre ellos chucherías de sus casas. Pero el abrigo nunca apareció.

Años más tarde, yo estaba ayudando a mi madre a limpiar el cuarto trastero del sótano.

—¿Qué es esto? —pregunté mientras sacaba del fondo de un armario algo parecido a un disfraz de oso comido por la polilla. Se hizo un profundo silencio y me envolvió un inconfundible aroma a Shalimar y a bolitas de alcanfor. Miré a mi madre. Era evidente que rehuía mi mirada—. Ay, Dios mío —balbucí—. ¡Éste es el abrigo de Faye y de Rae! ¡Tú lo cogiste! ¡Fuiste tú!

Mi madre, una mujer menuda que no pasaba de metro cincuenta, atravesó el cuarto como una exhalación y, con una fuerza y una ferocidad inusitadas, me agarró por la camisa y me empujó contra la pared.

—Nunca se lo dirás a nadie —dijo en tono amenazador.

—Tranquila, tranquila —dije casi en un gemido—. Si me matas, sólo te quedará mi hermano.

Siempre tan pragmática, mi madre soltó a su presa y se dispuso a afrontar el problema más inmediato.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó.

Yo no tenía ni idea. Lo único que sabía era que si confesaba, la matarían.

Cogí el abrigo. Era enorme y pesado. Tanto Faye como Rae habían sido mujeres robustas. Me lo probé y me miré en el espejo. En ese momento entraba mi hijito de dos años con su paso vacilante. Me miró y se puso a gritar, a gritar y a gritar hasta que me quité el abrigo.

FREDDIE LEVIN
Chicago, Illinois

Sucedió en un aeropuerto

Mis amigos Lee y Joyce vivían en North Shrewsbury, Vermont, a casi cuatro horas de coche del aeropuerto internacional Logan, en Boston. Por los años setenta un tío de Joyce murió en Chicago y ella decidió ir en coche hasta Logan y desde allí coger un vuelo para ir al funeral.

Condujo hacia el este a través de las Montañas Verdes y, distraída, cuando tenía que girar a la derecha, giró en dirección equivocada y hasta media hora después no se dio cuenta de su error. Se puso nerviosa porque se le hacía tarde, dio la vuelta y a toda velocidad cruzó Vermont; luego, parte de New Hampshire, y ya sólo le faltaba una media hora, más o menos, para llegar a Logan. Vio un gran letrero que indicaba la salida hacia el aeropuerto y se metió por ella. Siguió las indicaciones y, finalmente, llegó al aeropuerto: un campo de hierba con un par de hangares. Había estado siguiendo los carteles para llegar al aeropuerto local de Manchester, en New Hampshire.

Ahora sí que tendría que darse prisa para no perder el avión. Como una exhalación, se dirigió otra vez a la autopista, condujo hacia el sur hasta Logan, dejó el coche en el aparcamiento, salió corriendo y, ya frente al mostrador de facturación, imploró a los otros pasajeros que la dejaran pasar porque su avión estaba a punto de salir. La dejaron pasar hasta el otro mostrador. Allí contó que le urgía salir en el primer vuelo a Chicago, sacó su talonario y descubrió que no le quedaba ningún cheque.

Sólo tenía una tarjeta de crédito de una cadena de gasolineras y el único dinero que llevaba encima era un billete de un dólar. No tenía posibilidad alguna de comprar un billete.

Desconsolada y al borde de las lágrimas, decidió que debía llamar a su familia con aquel último dólar para avisarles que le sería imposible acudir al funeral. Con los ojos inundados en llanto vio una máquina donde podía obtener cambio para llamar por teléfono. Metió su dólar y a cambio obtuvo dos billetes de la lotería de Massachusetts. Se había equivocado de máquina. Entonces rompió a llorar abiertamente y un hombre que pasaba por su lado le tocó afectuosamente el hombro, diciendo: «No se preocupe, señora, es la mejor inversión que ha podido hacer».

En aquel momento lo único que Joyce deseaba era estar sola para poder llorar en paz. Se dirigió al servicio de señoras.

Pero para entrar en las cabinas había que introducir una moneda.

Ya nada me importa, dijo para sí, ya no me queda orgullo. Sólo quiero estar sola para poder llorar. Se agachó para ponerse a gatas sobre el suelo y comenzó a arrastrarse bajo la puerta metálica de una de las cabinas.

A mitad de camino oyó una voz de mujer que le decía: «Lo siento, cariño, está

ocupado».

RANDY WELCH
Denver, Colorado

Lágrimas y estupideces

Era el mes de agosto en Luisiana y había llegado el día en el que mi padre organizaba la fiesta anual para su equipo de médicos internos. No había una brizna de aire y el ambiente estaba cargado de humedad. Yo estaba limpiando el pescado que, junto con la verdura, iba a ser uno de los ingredientes de la sopa. Mi padre prefería ser parco con la comida de su fiesta y echar el resto en el alcohol. Las escamas del pescado brillaban como láminas de mica en el fondo del fregadero de aluminio.

En todos los años que viví en casa de mi padre nunca vi a ninguno de sus discípulos llevarle la contraria. Era un hombre al que más valía no enfrentarse ni hacer enfadar. Le observé a través de la ventana, sentado en la mecedora con su barriga a lo Mr. Pickwick, mientras esperaba la llegada de sus jóvenes doctores. Algo había llamado su atención y lo miraba fijamente mientras trazaba círculos en el aire con el vaso. El primero en llegar fue el doctor Hauser. Estuve observando un rato cómo iba y venía alrededor de su mentor. Los demás internos fueron llegando uno a uno, en un lento goteo, por la entrada de coches pavimentada con conchas de ostra. Mi padre y el doctor Hauser estaban debajo de una casita para pájaros de tres alturas, instalada para albergar a la familia de un martín pescador. Mi padre había oído decir que el martín pescador era capaz de diezmar a una población de mosquitos, y por esa razón había colocado allí aquel edificio en miniatura.

Uno de los polluelos se había caído del nido y yacía sobre el suelo con el pico medio abierto. Mi padre lo estudiaba con atención y se le notaba que tenía la lágrima fácil después de su segundo gintónico. Movía la cabeza con tristeza y chasqueaba la lengua en señal de desaprobación. No me sorprendió nada que ordenase al doctor Hauser que volviera a colocar al polluelo moribundo en el nido, junto a su madre.

El doctor Hauser miró hacia arriba, a la casita situada a cinco metros de altura, y luego bajó la mirada hacia el pajarito.

—¿Tiene usted una escalera?

—No fastidie, Hauser. Límitese a trepar por el poste.

El doctor Hauser hizo un par de tímidos intentos para trepar por el poste con el pajarito en la mano mientras, a su alrededor, el resto de los médicos respiraban aliviados por haber llegado tarde.

Mi padre entró en casa, se sirvió otra copa y volvió a salir. Se situó bajo la casita haciendo tintinear los cubitos de hielo de su vaso.

—Traiga el coche junto al poste y súbase al techo.

—¿Mi coche?

—Por supuesto —contestó mi padre.

Así que el doctor Hauser colocó su coche bajo la casita de los pájaros. Debido a su peso, iba dejando huellas sobre el capó y sobre el techo del coche con cada paso

que daba. Todavía le faltaba medio metro para alcanzar el nido.

—Me temo que no se puede hacer más —dijo mientras acariciaba al pobre pajarito.

—No fastidie —gruñó mi padre.

Mi hermano Matt, que tenía diez años, apareció en ese momento empujando una cortadora de césped. Tenía la camisa color caqui manchada de sudor y llevaba los bajos del pantalón salpicados de briznas de hierba.

—Matt —dijo mi padre—, súbete a los hombros de Hauser.

Mi hermano se dio un cachete para matar un mosquito y se dirigió obediente hacia el grupo de internos. El doctor Hauser volvió a subirse encima del coche y mi hermano se las arregló para trepar sobre sus hombros. Menudo espectáculo: aquellos dos juntos, subidos sobre el techo del coche y oscilando, inestables, a una con los juncos del pantano que les servían de fondo. Y los pájaros volando en círculo por la casita, piando escandalosamente y haciendo pasadas y volando en picado para alejar a los intrusos. Uno de los médicos le alcanzó cuidadosamente el polluelo a mi hermano, que estaba a escasos centímetros de la puerta de la casita. Matt se inclinó hacia delante y, al hacerlo, perdió el equilibrio y cayó. Cayeron. Primero, Matt; luego, el doctor y, finalmente, el polluelo.

Se oyó un golpe seco cuando chocaron contra el coche para luego caer rodando sobre el suelo de conchas de ostra.

—¡Dios! —gritó el doctor Hauser.

—¡Ay, papá! ¡Mi brazo!

El brazo de mi hermano parecía torcido, doblado como si no fuera suyo. Se tapó la cara con el otro brazo para esconder las lágrimas. Estaba lleno de cortes por culpa de las conchas.

Los médicos les atendieron inmediatamente. Uno entró corriendo en casa para buscar algo con lo que entablillar el brazo de Matt. Otro se dirigió rápidamente a su coche para traer el maletín de primeros auxilios. Dos médicos atendían al doctor Hauser.

—No te muevas, Don —decía uno—. Creo que será mejor llamar a una ambulancia.

En medio de aquella confusión, mi padre ni se movió. Se limitó a mirar con atención el lugar donde el polluelo había quedado aplastado contra las conchas.

—Pobrecito pajarito —decía mi padre, mientras se servía otra ginebra—. Pobrecito pajarito.

Alice Owens-Johnson
Black Mountain, Carolina del Norte

El vagón bar

Cuando era un joven marinero recién salido del campamento, me dieron un permiso de dos semanas. Decidí viajar a Miami para visitar a mi padre y a mis dos hermanas y tomé un tren en Norfolk, Virginia. Al cabo de un par de horas empecé a tener hambre, por lo que dejé mi asiento y me dirigí al vagón bar, al otro extremo del tren. El vagón estaba muy animado y era, sin duda, el único sitio divertido del tren. Me zampé un sándwich de jamón y queso y un par de botellas de coca-cola y luego me senté por allí durante una o dos horas, mientras hojeaba algunas revistas intentando comportarme con la mayor naturalidad posible. Aquella fue mi primera visita. Al día siguiente, volví llevando conmigo una novela que me habían regalado. Se llamaba *La parcela de Dios*. Esa vez el vagón bar estaba casi vacío y pude elegir sitio. Me decidí por uno de los sofás circulares que había en cada extremo del vagón. Delante del sofá había una mesa de formica y los asientos de escay eran bastante cómodos. Dejé el libro sobre la mesa y me acerqué a la barra para pedir una taza grande de café y un bollo. De vuelta en mi acogedor sofá, devoré el bollo y empecé a leer el libro.

Detrás del sofá había un radiador de calefacción que tenía una rejilla de acero inoxidable. Después de cada sorbo, dejaba mi taza de papel sobre la mesa y alargaba el brazo derecho sobre el respaldo del sofá, colocándolo en una pose distendida. Comencé a tamborilear sobre el radiador y durante un rato estuve metiendo y sacando un par de dedos por los agujeros de la rejilla. Mientras me concentraba en la lectura, dejé los dedos metidos dentro de los agujeros. Cuando me dispuse a tomar otro sorbo de café, quise retirar el brazo derecho y, para mi sorpresa, vi que mis dedos se habían quedado atascados.

Esto es ridículo, me dije. Esto no puede ser verdad. Lo intenté repetidamente, pero los dedos no salían. El vagón comenzaba a llenarse de gente y, en un determinado momento, un grupo se acercó para preguntarme si había terminado mi consumición pues necesitaban aquel lugar para jugar a las cartas. Les expliqué mi problema. Se quedaron bastante sorprendidos, pero fueron muy amables conmigo. Hicimos varios intentos para liberar mis dedos. Primero una bolsa con hielo. Después, crema para la cara. Más tarde, el remedio psicológico: relájate, mantén la calma, respira hondo. ¡*Nada*^[5]! Le llegó el turno al personal del tren. Uno de ellos traía una bolsa con herramientas. Procedieron a desmontar el radiador y a destornillar la rejilla. Y allí estaba yo, en medio del vagón bar, con mi uniforme azul completamente arrugado y la mano enganchada a una rejilla de acero inoxidable de casi dos metros de largo. Los dedos estaban ya hinchados y no había manera de sacarlos.

Finalmente el tren paró en una estación y me llevaron a la sala de urgencias de un hospital con mi rejilla de metal. Un médico perplejo hizo lo que pudo para lidiar con

la situación, pero no hubo manera. Acabé bajando al sótano del hospital, donde un empleado de mantenimiento aserró cuidadosamente la plancha y me liberó los dedos. Con un inmenso alivio, se lo agradecí desde el fondo de mi corazón.

Al día siguiente llegué a Miami como si nada hubiera pasado.

JOHN FLANNELLY
Florence, Massachusetts

Alegría en el Bronx

Al solía estar en la puerta de su casa con su jersey de golf, siempre dispuesto a jugar un partido con alguien. Me acerqué para charlar con él y me preguntó:

—¿Vienes dispuesto a jugar un partido de golf?

—No precisamente al golf —le contesté—. ¿Qué tal una partidita de billar en el sótano de tu casa?

Y eso fue lo que hicimos. Bajamos al sótano y comenzamos a jugar en aquella enorme mesa de billar que ocupaba más de la mitad de la habitación. Junto a la mesa había una columna de madera que sostenía los pisos superiores. Cada vez que intentaba dar a la bola con aquellos tacos tan largos, acababa golpeando la columna de madera.

—No le puedo dar a la bola por culpa de esta columna —le dije a Al.

—¿Por qué no cortamos los tacos? —sugirió él.

—Pues es una buena idea.

Y eso hicimos.

Pero se me ocurrió otra idea mejor.

—Al, creo que lo mejor sería quitar esta columna y sustituirla por una viga de acero.

—Es una idea magnífica —contestó.

Así que Al, mis chicos y yo nos dirigimos en mi ranchera a la esquina de la avenida Morris con la calle Ciento treinta y ocho para recoger una viga de acero de siete metros de largo y llevarla a su casa. La viga era tan larga que se salía de la ranchera. Iba dando tumbos y rozaba continuamente la calzada soltando chispas y humo. Al cabo de un rato, los chicos me gritaron:

—¡Mira, papá! ¡La viga está ardiendo!

Al y yo echamos una ojeada y, naturalmente, tuvimos que parar para que la viga se enfriara. Al final llegamos a su casa y dejamos la viga en la entrada de coches. Y entonces nos preguntamos: ¿Cómo vamos a meter esta viga dentro de la casa?

Yo dije que había que hacer un agujero de unos setenta centímetros de diámetro en la pared de hormigón. De esa forma podríamos deslizar la viga bajo el techo del sótano.

Nos pusimos a picar e hicimos el agujero. Le dije a Al que antes de meter la viga habría que apuntalar la casa con la ayuda de unos maderos y varios gatos hidráulicos, no fuera a ser que la casa se derrumbara antes de haber quitado la columna de madera.

Estuvimos trabajando hasta la medianoche. Para entonces ya estábamos exhaustos, así que decidí volver a mi casa. A la mañana siguiente, alrededor de las seis, me llamó Al.

—¡Socorro! —dijo—. Creo que algo va mal. Hay agua deslizándose por la escalera y los chicos están gritando porque no pueden abrir las puertas para salir de sus habitaciones.

Crucé la calle corriendo y me encontré a Al delante de su casa con su jersey y sus palos de golf gritando a sus hijos:

—¡Cerrad los grifos! ¡No tiréis de la cadena! ¡Vuestra madre está en el sótano, subida a la mesa, sosteniendo la lámpara y el techo para que no se caigan!

Y así era. Cuando entré en la casa, eso era exactamente lo que estaba sucediendo. Arlene estaba subida a la mesa de billar intentando evitar que la lámpara y el techo se le vinieran encima. Por fin, Al se decidió a subir y logró abrir las puertas para que sus chicos salieran. Yo bajé corriendo al sótano para cerrar la llave de paso del agua. Mientras echaba una ojeada por allí, vi cómo un grupo de ardillas se colaba por el agujero que habíamos abierto la tarde anterior. Sobre la mesa de billar todavía estaban los tacos recortados y parecía que las ardillas iban a jugar una partida con ellos.

Subí a la calle y me encontré a mi mujer, que venía para recordarme a gritos que era el día de nuestro aniversario. ¿Acaso me había olvidado de que teníamos reservas para ir a Canadá? Deprisa, deprisa, que tenemos que irnos.

Miré a Al, miré a Arlene —que estaba empapada de agua—, luego miré a Al Júnior —deslizándose por la barandilla de la escalera— y a Keith —bajando los escalones de rodillas y de espaldas, también empapado—. Arriba, las chicas gritaban: «¿Dónde está mi ropa?». «¡Todos mis vestidos están mojados!».

No tenía más remedio que gritar:

—¡ALTO! Primero vamos a sacar a Arlene de aquí y vamos a arreglar este desastre para que Al se pueda ir a jugar al golf.

Luego le dije a Al:

—Tengo que irme a ese viaje de aniversario, pero cuando vuelva intentaré que todo quede como estaba.

Por supuesto que a mi regreso Arlene ya había forrado el techo del sótano con pladur y me pidió que enyesara las juntas y después lo pintara junto al resto de la casa. Y eso fue lo que hice. Pero seguía sin saber qué era lo que había pasado exactamente. Al me contó que, justo antes de que yo fuera a jugar al billar con él, había mandado a un carpintero que cepillara todas las puertas porque la casa se vencía y estaban todas caídas. Como yo no sabía nada de todo aquello no me di cuenta de que, al colocar los puntales de madera y los gatos, habíamos equilibrado la casa y por eso nadie podía abrir las puertas.

Convendría tener en cuenta que aquélla no era una casa normal. Parecía más bien sacada de aquel viejo tebeo *La vieja que vivía en un zapato*. Una casa llena de niños asomándose por las ventanas. Por supuesto, nada de eso preocupaba a Al. Seguiría

diciéndole a Arlene: «No olvides enlucir y pintar las paredes. Ni tampoco olvides elegir el color y dar de cenar a los niños antes de que se vayan a la cama. Yo me voy a jugar al golf». A lo que ella respondería: «De acuerdo». Y cada vez que decía «de acuerdo», no se sabía por qué, otro niño asomaba por la ventana. Siempre había críos por todas partes.

JOE RIZZO
Bronx, Nueva York

Un día en Higley

Un día, siendo un joven censor jurado de cuentas, estaba visitando a un cliente en su granja cerca de Higley, Arizona. Mientras hablábamos oímos unos arañazos en la puerta de entrada. «Fíjese en esto», me dijo. Fue hasta la puerta, la abrió y dejó entrar a un gato montés bastante grande. Según me dijo, lo había encontrado en un campo de alfalfa cuando era un cachorro y, desde entonces, el felino formaba parte de la familia. El gato corrió hacia el cuarto de baño, saltó sobre el retrete y se puso en cuclillas para hacer sus necesidades. Cuando hubo terminado, saltó al suelo, se levantó sobre sus patas traseras y tiró de la cadena.

CARL BROOKSBY
Mesa, Arizona

Extraños

Bailando en la calle Setenta y cuatro

Manhattan, agosto de 1962

Llevo aquí tres días y la tarde es calurosa. Mi apartamento es un horno. Estoy decapando la pintura de mi única ventana con la ayuda de un martillo y un formón. Subo la ventana de golpe hasta el tope y vuelvo la mirada hacia la hilera continua de edificios de ladrillo marrón.

En el de al lado, los vecinos se abanicán sentados en la escalinata de entrada y un bebé de piel morena se inclina hacia su madre y acerca la boca para que le dé el pecho. Enfundada en sus pantalones de color turquesa y zapatillas de plástico transparente, la madre está sentada sobre un periódico que la aísla del ardiente cemento. Cruza las piernas y comienza a jugar con la zapatilla que cuelga de su pie. Mientras el recién nacido sigue mamando, mamá alterna cada trago de *cerveza*^[6] con la calada de un delgado cigarrillo.

Papá sale de casa en camiseta con paso arrogante, llevando una radio en una mano y en la otra a una criatura que arrastra una escoba. El crío empieza a barrer los escalones pero se lo piensa mejor y se dedica a rasguear con los dedos los pelos de la escoba. Alguien saca varias sillas de cocina y seis paquetes de latas de Tab, SevenUp y cerveza Rheingold.

Me llega el olor a frijoles y a arroz con azafrán del restaurante que hay en el sótano. Mamá se recoge el cabello rojo chillón, suelta al bebé dentro de una caja de cartón del mercado de Gristedes y, lentamente, gira las manos alrededor de su cintura. Se detiene, se acerca con sigilo a su hombre y golpea suavemente su muslo con la rodilla. Al ritmo de los sonos caribeños, la pareja se contonea, se retuerce, oscila y gira bruscamente. El crío les acompaña con un cucharón y una cacerola; su padre sonríe complacido, mostrando un diente de oro. Más gente se arremolina en la calle tocando los bongós, mientras el recién nacido duerme dentro de su caja de cartón.

Y yo, una chica de veinte años, venida hace tan sólo un año de Nebraska, me encuentro allí observándolo todo, absorta. Súbitamente, papá vuelve a hacer destellar su diente de oro y mira hacia mi ventana en medio de aquel pandemonio.

«¡Ey, *muchacha*^[7]! —me grita—. ¿Tienes un porro?».

CATHERINE AUSTIN ALEXANDER
Seattle, Washington

Una charla con Bill

Mi mujer y yo nos habíamos trasladado al sur de Maryland, donde yo seguía mis estudios de ecología marina en un laboratorio universitario de la bahía de Chesapeake. El pueblo donde vivíamos era bastante pequeño. El centro lo componían unas cuantas tiendas: un almacén, una tienda de licores y una barbería, entre otras pocas. Había también un bar al que solía acudir los viernes, si no tenía otros planes, para tomar un par de cervezas y, a veces, echar una partida en las maquinitas. El bar tenía un puñado de clientes habituales, gente del pueblo que trabajaba en la pesca, en la central eléctrica cercana o en las constructoras que levantaban viviendas por la zona. Yo me encontraba un poco fuera de lugar entre ellos, pero me encantaba escuchar sus historias de pesca. Me quedaba extasiado con sus descripciones de la bahía de los viejos tiempos; me venían a la mente imágenes misteriosas mientras les escuchaba. Aquel grupo de clientes en particular tenía un mote que le habían puesto algunos camareros. Les llamaban *los chicos de la cidra*, y siempre ocupaban el mismo extremo de la barra, cerca de la puerta de entrada.

El 24 de diciembre me encontraba solo en el bar, tomando una Guinness, aunque fue por poco tiempo. Estaba pensando en los planes que habíamos hecho para el día siguiente. Mi mujer y yo íbamos a pasar la Navidad en casa de mis padres en Connecticut. Al poco rato Bill, uno de los chicos de la cidra, se acercó para charlar conmigo. Durante los últimos dos años Bill y yo nos habíamos visto docenas de veces pero nunca habíamos entablado conversación. Teníamos una especie de acuerdo tácito por el que habíamos decidido no relacionarnos pero sí mantener un respeto mutuo.

Me quedé un tanto sorprendido cuando empezó a hablarme. Todo había surgido de forma espontánea. Después de las presentaciones y de los prolegómenos de rigor, Bill se embarcó en una larga narración que cubría buena parte de su vida. Llevaba ya algunas copas y estaba de buen humor. Insistió mucho en que él era pescador, en el amor que sentía por la bahía y en su fascinación por la riqueza ecológica de la zona. Se entretuvo en detallarme cómo era su barco de pesca nuevo y cómo lo acababa de llevar al dique seco para realizar algunas reparaciones. Continuamos la conversación hablando de la Navidad y de los planes para pasarla con la familia y cosas por el estilo. Me contó que su abuela y él cumplían años el mismo día y que todavía lo celebraban juntos a pesar de su avanzada edad. Bill se abrió cada vez más y permitió que me adentrara en los entresijos de su vida, que es algo que habitualmente no se hace con un extraño. Su actitud me sorprendió, pero, como estábamos en Navidad, tampoco me importó aprovechar la oportunidad de conocerlo a fondo.

Nuestra charla duró alrededor de media hora. Al final, miró el reloj y dijo que tenía que irse a casa, donde le esperaban su mujer y sus hijos. Me pasó un brazo por

los hombros y me apretó con fuerza mientras me decía lo bien que se lo había pasado hablando conmigo y que, sin duda, deberíamos charlar más a menudo. Yo le contesté que estaba de acuerdo y nos despedimos con un apretón de manos.

Volví a mi sitio en el bar y, para entonces, mi amigo Carl ya había llegado. Le pregunté si conocía a Bill y si tenía idea de por qué había decidido entablar amistad conmigo. Carl no supo contestarme. Lo único que dijo fue que Bill siempre había sido un hombre reservado.

Está claro que nuestro sentido del tiempo es bastante relativo, sobre todo si estamos en un bar, pero me parecía que Bill acababa de salir por la puerta cuando noté al camarero deshecho y profundamente afligido. El jaleo habitual había cesado y la gente hablaba en voz baja. Bill había tenido un accidente al volver a casa. Su camioneta se había salido de la carretera cuando circulaba a gran velocidad y se había empotrado contra los robles del bosque. Había muerto al instante.

La noticia me afectó profundamente. Me resulta casi imposible explicar lo aturdido que me sentía. Le dije a Carl que probablemente yo era la última persona que había hablado con Bill. Nunca habíamos hablado y aquella vez me había contado tantas cosas de su vida y había entrado en tantos detalles personales, que parecía como si supiera que iba a sucederle algo.

Al cabo de un rato me tuve que ir de allí. Necesitaba alejarme de los apesadumbrados amigos y familiares de Bill. Cuando estaba en el aparcamiento con Carl, vi llegar varios coches de la policía que obviamente volvían del lugar del accidente. Detrás de ellos venía una grúa con lo que quedaba de la camioneta de Bill. El parabrisas estaba machacado y parecía formar una extraña tela de araña que destellaba bajo las luces de la calle. Como resultado del terrible impacto, la carrocería había quedado reducida a un amasijo de hierros. La grúa se detuvo unos instantes en el cruce y continuó después su marcha. En silencio, seguimos a la grúa con la mirada mientras se perdía en la lejana oscuridad.

JOHN BRAWLEY
Lexington, Massachusetts

Viaje en la Greyhound

Sería a finales del mes de mayo o principios de junio cuando tomé un autobús en Reno. Era el año 1937.

Me detuve frente al primer asiento vacío. «¿Puedo sentarme?», pregunté. La persona que estaba junto a la ventanilla me dirigió una mirada que expresaba claramente que prefería estar sola, pero luego asintió con la cabeza. Era una mujer mayor (aunque probablemente tuviese diez años menos de los que tengo yo ahora), de muy buena presencia y vestida con ropa cara («una persona con muchos posibles», como decíamos entonces). No era el tipo de persona que viaja en un autobús de línea. Me pregunté por qué habría elegido aquel medio de transporte en lugar del lujo de un vagón de primera clase. Después de un rato me atreví a preguntárselo.

Me respondió con tal vehemencia que casi me caigo del asiento. «¡Quiero ver este país mientras todavía quede algo, porque cuando ese Roosevelt acabe con él, ya no podré ver nada!».

A mí me encantaba Franklin Delano Roosevelt, pero no dije ni una palabra. Los que odiaban a Roosevelt nunca atendían a razones. Además, no tenía ganas de discutir en aquel momento.

Yo había ido a Reno para lo que iba todo el mundo en aquella época: a divorciarme. Así que, ya en el autobús, experimenté a la vez los sentimientos encontrados de alegría y de vergüenza. Alegría porque era libre y vergüenza por haber cometido un error tan ridículo con aquel matrimonio. Tenía veintitrés años.

Mi compañera de asiento se bajó en la siguiente parada. Dijo que descansaría durante un día o dos y luego continuaría con su inspección de despedida a Estados Unidos. Me pasé al asiento de la ventanilla y una mujer grandota se sentó a mi lado. Enseguida se quedó dormida. Roncó durante todo el trayecto.

¿Cómo nos conocimos Jean y yo? En una de las paradas de descanso, por supuesto. En los viajes largos en autobús nada se agradece más que esas paradas de descanso. Cuando el conductor entraba en el aparcamiento, solía gritar: «Amigos, los servicios de damas a la derecha; los de caballeros, a la izquierda. Partimos en cincuenta minutos». A su espalda, los pasajeros comenzaban a revolverse en sus asientos entre murmullos que indicaban claramente que estaban deseosos de bajar.

Dentro del autobús estábamos aislados de dos en dos, pero en las paradas de descanso podíamos mezclarnos. Unos se ponían a corretear de un lado a otro, mientras otros se quedaban por allí comiendo perritos calientes que habían comprado en alguno de los puestos. Casi todos nos quedábamos de pie durante el tiempo que duraba la parada para aliviar nuestros traseros entumecidos de tanto estar sentados.

En una de esas paradas me fijé en una chica, más o menos de mi edad, que se estaba riendo de lo mismo que yo. La risa compartida es infalible a la hora de las

presentaciones, así que nos pusimos a charlar. Jean era una morena menuda con una sonrisa encantadora. Yo era más alta —demasiado alta, pensaba yo— y tenía el pelo castaño claro. Lo más probable es que las dos llevásemos vestidos de cloqué, frescos y con amplias faldas hasta media pierna (todavía faltaban años para que las mujeres nos pusiésemos pantalones).

Jean me contó que había estado viviendo con una tía suya en California mientras iba a la universidad. En aquel momento regresaba a su casa en Pensilvania. Yo le conté que había acabado el instituto y que estaba pensando estudiar una carrera universitaria.

Cuando regresamos al autobús, nos las arreglamos para hacer un par de cambios y sentarnos juntas. Codo con codo, leímos una revista que acababa de salir, *Time*, y a Thomas Wolfe, el *auténtico* Thomas Wolfe. Nos turnamos para sentarnos junto a la ventanilla, refunfuñando a causa del horrible calor. Por el enorme parabrisas delantero veíamos cómo la autopista de dos carriles se disolvía en brillantes espejismos, formando lagunas de aguas tranquilas y frescas que nunca lográbamos alcanzar.

Hablamos y nos reímos. Y seguimos hablando. A veces nos dormíamos. Cantamos a dúo y en voz baja para que nadie nos oyese «El arroyo del viejo molino» y «Polvo de estrellas». Jean me contó que todavía no se había enamorado de verdad, que sólo había tenido algunos escarceos amorosos. Quería ser profesora porque, según ella, «si eres capaz de enseñar, eres capaz de hacer cualquier cosa».

Le hablé de mi divorcio. Se quedó sorprendida, pero al mismo tiempo fue comprensiva. Empecé a darme cuenta de que aquella jovencita tenía una increíble seguridad en sí misma, mientras que yo sentía un gran desasosiego y no sabía muy bien qué hacer.

Durante un viaje largo los pasajeros tienden a cansarse, a oler mal, a sentirse incómodos y malhumorados. Jean y yo decidimos que necesitábamos tomarnos un descanso, así que nos quedamos a dormir una noche en Omaha, Nebraska. Allí subimos y bajamos por preciosas calles inclinadas a la sombra de grandes montañas. En Omaha aprendí que respirar podía ser un placer sensual.

A la mañana siguiente volvimos a subirnos al autobús y el resto del viaje se pasó en un suspiro. Cuando llegamos a la terminal de Pensilvania, donde se quedaba Jean, nos prometimos seguir en contacto.

Y lo extraordinario fue que lo hicimos. Durante sesenta y dos años nos escribimos una o dos veces al año, de un extremo al otro del país. Jean se enamoró de un día para otro de un militar al que hacía nueve años que conocía. Se casaron y se trasladaron a vivir al sur de California. Yo volví a casarme y esta vez las cosas me fueron mucho mejor.

A principios de 1999 mi amiga sugirió que nos viésemos. Yo dudé en aceptar,

pues tenía miedo de que fuera a estropearse el bonito recuerdo de una amistad tan larga. Pero Jean insistió y ahora me alegro de ello.

Decidimos pasar juntas un fin de semana de agosto. Dos viudas octogenarias, una bajita y la otra alta, ninguna entrada en carnes, ambas todavía en forma, con cuidados cabellos grises que se estaban transformando en blancos. Ambas teníamos todavía buen aspecto, según creo. Entre las dos sumábamos tres ataques cardíacos, un leve ataque de apoplejía, tres operaciones de cataratas, una deficiencia tiroidea, enfisema y artritis en innumerables articulaciones. Las dos tomábamos nuestras pastillas solidariamente, teníamos nuestras gafas siempre a mano y andábamos pausadamente pero sin bastón. Ninguna necesitaba audífono.

Hablamos y reímos sin parar durante dos días, comparando nuestras vidas y los tiempos tan diferentes que nos había tocado vivir. Le hablé de mis dos hijos, de los que estoy muy orgullosa, y de mi carrera, con la que me sucede lo contrario, puesto que quedó en nada después de un pobre éxito pasajero.

Jean sí había alcanzado un puesto destacado. Había fundado y dirigido una organización de ayuda a las personas jubiladas para que encontrasen nuevas formas de seguir siendo útiles. Fue elegida para integrar un comité nacional que analizaba la situación de las personas de la tercera edad en todo el mundo. Había viajado a China, a Rusia y a Sudamérica.

En nuestra cena de despedida, el domingo por la noche, surgió una pregunta: si pudiéramos volver a vivir otra vez nuestras vidas, ¿volveríamos a vivirlas exactamente igual, sin cambiar ni el más mínimo detalle?

Jean dijo que sí. Yo dije que no.

Nos quedamos mirándonos.

—¿Y eso qué significa? —preguntó ella.

—¿Tiene que significar algo?

—Supongo.

—Que tú estás contenta con tu vida.

—Tal vez —dijo ella—, y que quizá tú le restas méritos a la tuya.

—Quizá...

Después levantamos nuestras copas de champán y brindamos por el mundo. Brindamos por nuestro encuentro y convinimos en que había sido muy positivo. Luego nos despedimos con mucho amor y sin decir ninguna tontería acerca de volver a vernos.

BETH TWIGGAR GOFF
West Nyack, Nueva York

Una pequeña historia sobre Nueva York

En 1979 yo vivía en la zona alta del oeste de Manhattan, en el 47 de la calle Ochenta y cinco Oeste, entre Columbus y Central Park. En aquella época era un barrio en plena transformación. El lado oeste de la avenida Columbus era todavía un barrio humilde, pero la acera de enfrente se estaba convirtiendo rápidamente en una zona chic. La gente más pobre convivía con los jóvenes profesionales en una especie de incómoda camaradería.

Yo iba tirando con mi escaso sueldo porque seguía viviendo en la misma casa desde 1976 y porque mi apartamento era de renta antigua. Era un viejo edificio de piedra rojiza que había sido dividido en apartamentos. Uno tenía dos dormitorios —al que llamaban *el ático*— y había otro que era el único con jardín: un pedazo de tierra lleno de malas hierbas y plátanos que olía a gato. El casero era el señor Yablons, un cascarrabias de cuarenta años que se estaba quedando calvo y que siempre estaba maquinando para echar a sus inquilinos con el fin de convertir el edificio en un refugio para él y su madre.

Nuestra relación podría calificarse de deterioro continuo. Mi economía era un desastre y solía pagar el alquiler con cierto retraso. Llegó al punto en que sólo aceptaba que le pagase en efectivo, así que, cuando se acercaba el final de mes, tenía que ir hasta el banco con el cheque de mi sueldo, cobrarlo y acercarle el dinero a su oficina, un lugar cursi y con una decoración recargada, en el Upper East Side.

Yo siempre estaba intentando organizar un motín entre los inquilinos. Cada vez que el casero nos gastaba alguna de sus bromitas pesadas, convocaba una reunión de protesta en mi apartamento. Bebíamos vino blanco en cantidad, desahogábamos toda nuestra furia y, por lo general, nos lo pasábamos en grande.

Me encantaba quedarme en Nueva York en verano. Hacía mucho calor, pero la ciudad se quedaba vacía y tranquila. Durante la semana iba andando a mi trabajo en el sindicato de actores teatrales, que estaba en el centro de la ciudad, a unos dos kilómetros de donde vivía. Disfrutaba de las calles sombrías y desiertas y de los diferentes vecindarios que tenía que atravesar, desde Central Park y sus edificios de viviendas elegantes y antiguas, hasta la diversidad de Broadway con sus antros de comida cubana, china y judía. Algunas noches sacaba el colchón al tejado y me tumbaba boca arriba a escuchar los sonidos de la ciudad y disfrutar de la brisa fresca. O bajaba descalza con mi gato hasta la escalinata de entrada al edificio, donde me sentaba a beber un par de Budweisers con los otros inquilinos y a escuchar los sonidos provenientes de la calle Ochenta y cinco. En aquella época todavía era un vecindario tranquilo y pacífico. Las ancianas se sentaban en sillas plegables a la entrada de sus casas, abanicándose. Todo el mundo abría las ventanas de par en par

para que entrase el aire y se oía llorar a los bebés, discutir a las parejas y los televisores puestos a todo volumen. Elliot vivía en el segundo piso y tocaba en clubs de jazz y a veces ensayaba hasta después de medianoche.

Una calurosa tarde de jueves, un día antes del fijado para el pago de mi alquiler, regresé temprano a casa con el dinero en el bolsillo y cargando dos enormes bolsas con verduras. Estaba deseando llegar, deshacerme de aquellas pesadas bolsas y encender el ventilador. En la escalera de entrada no había nadie que pudiese echarme una mano, así que empujé la puerta de la calle con el pie y entré de costado, pegándome a los buzones. Tuve la sensación de que alguien había entrado detrás de mí, pero me distraje con todo el lío de cambiar las bolsas de un brazo al otro para sacar la llave y abrir la puerta de dentro.

Estaba cruzando el vestíbulo cuando oí una voz que me decía:

—Dame todo el dinero.

Apenas entendí el significado de aquellas palabras. Me volví e iba a decir algo cuando le vi: un hombre alto, fornido y con una navaja de hoja larga en la mano.

Me quedé mirándole.

—Dame el dinero —dijo.

Me oí a mí misma decir:

—¿Está usted loco? Acabo de estar en la tienda. No tengo nada de dinero. —Lo que dije fue una tontería y ni siquiera yo me lo podía creer. Estoy segura de que él tampoco.

—Dame todo el dinero o te rajo —dijo.

Entonces pensé: «¿Cómo voy a pagar el alquiler si le doy el dinero? No puedo dárselo. Lo necesito».

—No —le dije—. Márchese.

Parecía confuso. Después de todo, yo no era más que una mujer indefensa y él un tipo enorme, fuerte y con una navaja.

—Dame todo el dinero —repitió, pero menos convencido.

—¡Márchese de este edificio! —le solté.

—Dame... —empezó a decir otra vez.

—Pero ¿es que no me ha oído? —le interrumpí—. Márchese de aquí. Márchese inmediatamente.

De pronto miró hacia la escalera.

—Vale —dijo—, está bien. —Y se marchó del edificio tan sigilosamente como había entrado.

Me quedé allí de pie durante un momento, aturdida, hasta que empezaron a temblarme las rodillas. Dejé las bolsas de la compra en el suelo y subí la escalera lo más rápido que me permitieron mis piernas. Estaba como un flan. Al principio aporreé la puerta de Elliot, pero no contestó nadie, así que subí dos pisos más hasta el

apartamento de Robert. Robert era un cámara de televisión, así que solía estar en casa a horas inusitadas. Abrió la puerta.

Comencé a farfullar, intentando explicarle a toda velocidad lo que acababa de sucederme y pidiéndole que me acompañase a la comisaría. Sólo estaba a dos manzanas de allí. Pero Robert dijo que no, que la policía no iba a hacer nada. Después de todo, el hombre no me había robado y era probable que no se creyeran mi historia. En eso tuve que darle la razón, ya estaba empezando a sonarme un poco rara incluso a mí misma. Entonces Robert fue a su dormitorio y yo fui detrás. Abrió el primer cajón de la cómoda y sacó una pistola. Parecía nervioso.

—¿Qué vas a hacer con eso? —le pregunté.

—No pienso dispararle a nadie —dijo—. Sólo quiero asustarle.

Me dijo que íbamos a salir juntos a la calle a ver si identificaba a aquel aspirante a atracador. A aquellas alturas yo ya no podía pensar con claridad, así que seguí obedientemente a Robert. Dejamos el apartamento, bajamos la escalera y salimos a la calle. Pero cuando empezamos a recorrer el vecindario me di cuenta de que lo más probable era que no pudiese identificar a aquel hombre. Robert parecía bastante desilusionado cuando nos dimos la vuelta y volvimos a entrar en casa.

Yo no acababa de entender por qué el tipo de la navaja se había dado por vencido tan fácilmente. Era imposible que yo le hubiese intimidado, puesto que soy una persona bajita, con la cara redondita, mejillas sonrosadas y una cabellera llena de rizos. ¿Quién o qué hizo que diera la vuelta y se fuese? ¿Fue su conciencia? ¿Un ángel? ¿La vieja Yablons? Al día siguiente pagué el alquiler a primera hora.

Años más tarde, después de haberme mudado a vivir a Wisconsin, me enteré de que Robert había empezado a sufrir depresiones y pasaba muchas horas solo, encerrado en su cuarto. Según me dijeron, todavía tenía la pistola.

DANA T. PAYNE
Alexandria, Virginia

Mi gran error

Yo trabajaba en el turno de día para una compañía de taxis de Dayton y ganaba una miseria. Era el verano de 1966, la ciudad sufría una ola de calor y todo el mundo estaba irritable, incluido yo. Aquella tarde me encontraba detenido en una parada de taxis del centro, frente al hotel Biltmore, un hotel grande y elegante al que ya empezaba a pasársele su época de esplendor. Tenía todas las ventanillas del taxi bajadas por si entraba alguna brisilla en aquel día asfixiante. Confiaba en poder hacer una carrera al aeropuerto.

Pero recibí una llamada de la central. El telefonista me dijo que fuera al quiosco de Wilkie y comprase la revista *Racing Gazette*. Después tenía que ir al Mercado Liberal que quedaba en el centro y comprar seis botellas de cerveza Schoenling, un paquete pequeño de comida para peces de colores y una caja de puros White Owl. En caso de que no hubiese alguna de esas marcas no debía comprar ninguna otra y, además, tenía que pagar todo con mi dinero. El cliente me lo devolvería luego, así que tenía que guardar los comprobantes. Después me dijo que llevase las cosas a un edificio que quedaba en la calle Tercera, al apartamento 3B. Reconocí la dirección. Sabía que era un edificio de viviendas en un barrio bastante venido a menos.

Protesté por el encargo, porque no quería perder la oportunidad de hacer una carrera al aeropuerto, pero también porque no quería pagar aquello con mi propio dinero cuando no estaba nada seguro de recuperarlo o, peor aún, cuando podía tratarse de una trampa para robarme. El telefonista de la central empezaba a impacientarse y me dijo que aquel hombre era un cliente habitual, que no habría ningún problema con el pago y que me pusiese en marcha en el acto o le llevase el taxi para que lo hiciese otra persona. Planteado de esa forma, no tuve más remedio que ponerme en marcha.

Sin embargo, iba maldiciendo al cliente para mis adentros. Me imaginé que sería algún vago que vivía de la seguridad social, demasiado haragán como para dar de comer a sus pececitos y salir a comprar lo que necesitaba para satisfacer sus vicios. Me enfurecía hacer recados para alguien que, a juzgar por el lugar donde vivía, era imposible que tuviese dinero para pagarme.

Fui hasta el quiosco de Wilkie, compré la *Racing Gazette*, y después bajé hasta el mercado a comprar la comida para peces, las cervezas y los puros. A continuación me dirigí a la dirección del cliente. Era un edificio de apartamentos de cuatro pisos, construido en ladrillo oscuro en la década de 1890. Al entrar, noté el olor a humo de tabaco, a beicon y a humedad, característicos de sitios como ése. Cuando llegué al tercer piso, llamé a la oscura puerta de madera noble del 3B. Tardaban en abrir. Oí algo que se arrastraba por el suelo, pero no era el sonido de pasos. Al rato la puerta se abrió pero no vi a nadie. Es decir, no vi a nadie hasta que bajé la vista.

Allí, sentado en una pequeña plataforma de contrachapado, había un hombre que levantaba los ojos hacia mí. Era menudo y ya le quedaba poco de su pelo moreno. Llevaba una camiseta blanca, pantalones de lana color gris y un fino cinturón negro en la cintura. En lugar de piernas sólo tenía muñones, del largo de mis manos, más o menos.

Era una persona a la que habían amputado ambas piernas y se movía por su estudio de una sola habitación propulsándose por el desnudo suelo de madera sobre aquella pequeña plataforma. En cada mano llevaba un cilindro de goma para ayudarse a empujar. Tenían el tamaño de un mazo, con unos aros de goma en la parte superior para poder cogerlos.

El hombre fue muy amable y expresó su agradecimiento por mis servicios. Me pidió que colocara la cerveza en una neverita marca Frigidaire, una reliquia de finales de los años cuarenta, y que dejara los puros sobre la mesa de la minúscula cocina. Allí encima estaba la pecera con los peces de colores y me pidió que les diese de comer. Después me dijo que dejase la *Racing Gazette* sobre una vieja mesita de café de vidrio que estaba delante de un gastado sofá.

Hice todo lo que me pidió con sumo placer. Ya no me sentía irritado.

Cuando coloqué la revista sobre la mesita de café, vi que había una caja de terciopelo abierta que parecía el estuche de una joya. Mientras el hombre se dirigía a buscar el dinero para pagarme, miré dentro del estuche. Vi que había una medalla un tanto deslustrada: un Corazón Púrpura. Casi seguro que pertenecía a la segunda guerra mundial, ya que aquel hombre parecía tener poco más de cincuenta años.

Mientras el hombre me pagaba por las compras y la carrera del taxi, comenzó a invadirme la culpa. Y ya se instaló definitivamente en mí cuando me dio una generosa propina, mucho más de lo que podía haber sacado en cualquier viaje al aeropuerto.

El hombre parecía un tipo callado que no pretendía compañía alguna. Una vez que hube finalizado con todo, me acompañó a la puerta. Hacía tiempo que se había resignado a su condición y a las consecuencias de su sacrificio. No necesitaba ninguna conmiseración ni dar ninguna explicación. Volví a hacer aquellos encargos muchas veces antes de trasladarme a otra ciudad, pero nunca supe cómo se llamaba aquel hombre y nunca llegamos a entablar amistad, a pesar de que nos veíamos con frecuencia.

Desgraciadamente para mí, tendría que cumplir el doble de la edad que tenía entonces antes de aprender que prejuizar a la gente hace que, la mayoría de las veces, te equivoques respecto a casi todo.

LUDLOW PERRY
Dayton, Ohio

Sin dirección adonde remitir el correo

Después de acabar la universidad, me mudé a vivir con mi amigo Tom y tres amigos más a Somerville, Massachusetts. La casa tenía dos plantas y se alquilaba a estudiantes desde hacía muchos años.

Tom era un amigo de la infancia, pero casi no nos habíamos visto desde que habíamos acabado el instituto. Cuando éramos niños, Tom y yo rodamos un documental en clave de humor en el que hacíamos un recorrido por la granja de mi padre en Maryland. Una vez instalados en Somerville, decidimos hacer algunas tomas en vídeo de nuestra vida en la nueva casa. Filmamos los dormitorios de los cinco ocupantes de la casa, la cocina, mi estudio de pintura en el sótano, el patio, el cuarto de baño y otros muchos y diversos detalles referentes a nuestra desordenada vida de solteros, todo ello acompañado de suculentos comentarios.

Por aquella casa habían pasado muchos estudiantes al cabo de los años y, tras su marcha, se había ido acumulando un montón de cartas que les habían seguido enviando. De hecho, el montón de cartas era *enorme*. Las guardábamos en una bolsa de papel inmensa en el descansillo del segundo piso. Allí dentro había cartas, facturas y todo tipo de porquería dirigida, por lo menos, a ocho personas diferentes. Nadie sabía bien por qué las guardábamos, puesto que jamás nos preocupábamos de remitirlas a la nueva dirección del destinatario ni apareció nunca nadie a reclamar ninguna. Jamás habíamos vuelto a ver a ninguno de los anteriores inquilinos ni a saber de ellos después de que se hubieran marchado de allí.

En un determinado momento de nuestro recorrido filmado, de una hora de duración, Tom hizo un primer plano de nuestra colección de cartas y envíos postales y yo cogí un sobre al azar. Leí en voz alta el nombre del destinatario, Robert Jaffe, lo abrí y leí su contenido. Era una carta superficial y llena de comentarios de índole general, pero yo improvisaba sobre la marcha para lograr un efecto cómico ante la cámara.

Continuamos nuestro recorrido y nos dirigimos a la cocina, donde filmé a Tom preparando su especialidad culinaria: espaguetis y ensalada. En ese momento llamaron al timbre. Le pasé la cámara a Tom, que continuó filmando, y corrí escaleras abajo. En la puerta había un tal Robert Jaffe, que había vivido en la casa y era la primera vez que volvía por allí desde que se había marchado. Venía para ver si había correo para él, por si alguien se había tomado la molestia de guardárselo.

JOSH DORMAN
Brooklyn, Nueva York

La niña nueva

Era un día claro y caluroso. Todo quemaba: los tejados, los arbustos, el asfalto, los asientos de nuestras bicis, nuestro pelo. El padre de Allison estaba regando el jardín y Allison y yo montábamos en nuestras bicis por el césped mojado y atravesábamos el chorro de agua que salía del aspersor.

En aquella época yo vivía en la calle Prospect. Tenía ocho años y Allison diez. Éramos los únicos niños de aquella manzana, así que, a falta de otras alternativas, no nos quedaba más remedio que ser amigos. Yo admiraba a Allison, a pesar de que no compartía su interés por las Barbies ni por Hall y Oates. Durante el verano pasábamos mucho tiempo yendo en bici, jugando al Cluedo y también a que estábamos casados. Pero no creo que yo le cayera demasiado bien, y tampoco sé si ella me gustaba en realidad. Tampoco recuerdo de qué solíamos hablar la mayor parte del tiempo, pero hay una conversación de la que no me olvidaré jamás.

Mientras montábamos, las ruedas de nuestras bicis dejaban en el jardín unos surcos de barro que nunca llegaron a cicatrizar por completo. Cuatro años más tarde, cuando mis padres y yo nos marchamos de allí, las cicatrices seguían marcadas en la tierra.

Yo fui el primero en ver a aquella niña en medio de la calle Prospect sentada sobre su bici y mirándonos. Oí que alguien se reía cuando estuve a punto de chocar con Allison, entonces levanté la mirada y allí estaba ella.

Yo sonreí y ella me devolvió la sonrisa.

La calle Prospect estaba en un vecindario de clase media blanca. La mayoría de las casas tenían unos setenta años de antigüedad y un aspecto sólido y sencillo. Había unos pocos árboles frondosos de troncos retorcidos, pero la mayoría eran arbustos pequeños y achaparrados que proporcionaban poca sombra. La niña, vestida con pantaloncitos cortos verdes y una camiseta, parecía pequeñita en mitad de aquella calle vacía, pero su sonrisa era muy amplia. La semana anterior habían vendido la casa que quedaba frente a la de Allison, por lo que deduje que la niña debía de haberse mudado allí con su familia.

Allison apareció por debajo del arco de agua y me miró. Entonces frenó y se volvió para ver por qué sonreía de oreja a oreja. Al mismo tiempo que yo le decía «Hola» a la niña, oí que Allison decía: «Fuera de aquí, negra», con tal odio que me quedé de piedra, con la sonrisa congelada en el rostro.

La niña también siguió sonriendo. Allison se bajó de su bici y se paró delante de ella. Mientras sostenía la bicicleta con una mano, Allison señaló con la otra la casa que quedaba al otro lado de la calle:

—He dicho que te marches, negra, o te daré una paliza.

A la niña se le esfumó la sonrisa. Yo también dejé de sonreír y miré a Allison.

Tenía los ojos entrecerrados y su largo pelo goteaba agua, puesto que el chorro del aspersor le daba en la espalda cada vez que giraba en nuestra dirección. El sol hacía brillar los cabellos que se le habían soltado de la coleta y parecía que tenía un halo alrededor de la cabeza. A mí me daba el agua entre los hombros, empujándome más y más hacia delante con cada chorro.

Me volví hacia la niña e hice una mueca con la boca intentando ridiculizar el gesto de odio que había visto en el rostro de Allison. Evité la mirada de la niña, que empezó a decir:

—Pensaba que tal vez podíamos jugar a algo. Yo me llamo...

—Yo no juego con negros —le soltó Allison.

Vi cómo la niña cruzaba la calle Prospect en su bicicleta y la dejaba tirada en el jardín de su casa. Subió corriendo la escalera del porche, la cabeza gacha, la barbilla temblándole, y desapareció dentro de la casa. Poco después las cortinas de una de las ventanas se entreabrieron unos centímetros, no lo suficiente como para que yo llegase a ver el rostro que había detrás, pero lo bastante como para que sintiese la furibunda mirada de la madre. Lo recuerdo todo con tanta nitidez: yo allí de pie con mi bici, mirando cómo se separaban aquellas cortinas de color rosa de la casa del otro lado de la calle, la mano grande y marrón que las entreabría justo lo necesario para permitir que alguien pudiese espiar desde dentro.

—¿Quién era? —le pregunté a Allison, mientras seguía mirando cómo desaparecía la mano y las cortinas volvían a cerrarse.

—¿Y qué más da? —contestó ella—. Ésos se mudaron la semana pasada y mamá dice que van a ser la ruina de nuestra casa.

—¿Y por qué van a ser la ruina de tu casa?

—No lo sé. Pero no quiero que esa niña negra se me acerque.

Y entonces, a continuación, yo dije:

—Los negros son idiotas. Tal vez éstos se marchen.

Seguimos montando nuestras bicis calle arriba y calle abajo durante un buen rato, pero yo sentía como si aquella casa fuese un ser vivo que nos estuviese observando. No podía dejar de pensar en la mano que había separado las cortinas. Creía que en cualquier momento la madre de la niña saldría de golpe y nos exigiría que le pidiésemos perdón a su hija. Pero eso no pasó. Cuando empezó a caer el sol y volví a casa a cenar, tenía un nudo en el estómago.

Después volví a ver alguna que otra vez a la niña jugando con sus amigos en el jardín de delante de su casa, pero jamás hablé con ella y nunca le pedí perdón. Yo jugaba casi siempre con Allison. Con el transcurso del verano el nudo de mi estómago fue apretándose y creciendo, hasta convertirse en algo imposible de deshacer. Cuando la niña y su madre se mudaron unos meses después, pensé que el nudo se desharía. Pero no.

Esto sucedió hace veinte años, pero no pasa casi ningún día sin que piense en aquella tarde. No he vuelto a ver a Allison nunca más desde que mi familia se mudó de la calle Prospect, pero espero que ella también se acuerde de aquella niña. Y, más que nada, espero que la niña y su madre se hayan olvidado de mí, pero sé que no lo han hecho.

MARC MITCHELL
Florence, Alabama

El hombre del hielo de la calle Market

A principios de la década de 1970 trabajé durante tres años como conductor de un trolebús de la línea 8 para la compañía de transportes municipales de San Francisco. La calle Market es una vía principal y durante el día la recorren gentes de todos los niveles sociales. Yo trabajaba de noche y mi turno comenzaba a la hora punta. Durante los primeros recorridos de la jornada llevaba sobre todo a oficinistas que iban desde el distrito financiero al área residencial que quedaba al oeste del centro urbano. Ya más avanzada la noche, los pasajeros eran menos variados: trabajadores del turno de noche, gente que salía de juerga y los «habituales» de la calle Market. Los habituales eran aquéllos que vivían en dicha calle o en sus alrededores y casi todos, sin excepción, se alojaban en pensiones o en hoteles baratos. El mayor centro de acogida de la asistencia social era un edificio colosal conocido como el Lincoln. Estaba situado casi al principio de la calle Market, a una manzana de los muelles.

El hotel Lincoln era un edificio de cinco plantas que tenía unas doscientas o trescientas habitaciones pequeñas. Una vez entré cuando fui a visitar a un amigo al que le iban mal las cosas. Ésta no es su historia, pero mi recuerdo de ese edificio proviene de esa visita. Nada más entrar en el estrecho vestíbulo, uno se encontraba de frente con una cabina pequeña de enrejado metálico. Dentro había un aburrido conserje que realizaba transacciones poco frecuentes. A su derecha había uno de esos ascensores antiguos que no tenían cristales ni paredes sólidas: otra cabina. A la derecha del ascensor había un pasillo largo y estrecho con una escalera en cada extremo. Los desnudos suelos de madera tenían ya surcos de tantos años de uso. Cada pocos metros se sucedían las puertas de los pequeños habitáculos, que constituían los dominios privados de cada residente.

En el hotel Lincoln vivía todo tipo de gente. Algunos eran huéspedes transitorios, a quienes la seguridad social les había procurado un alojamiento de emergencia. Unos pocos eran presos que estaban en libertad condicional. Sin embargo, la mayoría eran residentes fijos que se quedaban allí meses y hasta años; muchos de ellos eran gente que vivía sola y que se las arreglaba para pagar el modesto alquiler gracias a sus pensiones, a la seguridad social o a las ayudas por invalidez. Unos hacían trabajos deplorables ganando apenas lo suficiente como para subsistir. La mayoría estaba entre la mediana edad y la vejez. Casi todos tenían una característica en común: la dignidad. Sus medios eran limitados; su futuro, gris; pero se comportaban con dignidad y solían tratarse los unos a los otros con amabilidad.

Ya casi al final de mi jornada, tenía un pequeño número de pasajeros habituales que subían y bajaban del trolebús en las mismas paradas y a la misma hora todas las noches. Uno de ellos era un hombre de raza negra que parecía tener edad para

retirarse. Era delgado, un poco más bajo que la media y se movía con rapidez y seguridad. Yo diría que era enjuto y fibroso. Como era muy reservado y nunca iniciaba ninguna conversación, yo jamás me habría fijado en él si no hubiera sido porque todos los viernes a las 11.20 de la noche subía al trolebús cargando al hombro un enorme saco verde, de un material muy resistente, de los que se utilizan para la basura. Su contenido tintineaba y hacía ruiditos como un sonajero. Era igual de grande que el saco de Santa Claus, aunque transportado por un Santa Claus bajito, fibroso y urbano. Yo me moría de curiosidad por saber qué hacía aquel tipo con aquella bolsa, pero preferí respetar su silencio. Se subía en la calle Siete y se bajaba en la calle Mayor, que era la parada más próxima al hotel Lincoln.

Mi curiosidad iba creciendo viernes tras viernes. Después de cuatro o cinco semanas, decidí arriesgarme y preguntarle. Cuando subió al trolebús y me enseñó su ticket de transbordo, le pregunté:

—¿Le importa si le pregunto qué es lo que lleva en ese saco?

—Hielo —contestó.

—¿Hielo?

—Sí, hielo.

No cabía duda de que no era un hombre locuaz. Yo no dije nada más, aunque esperaba que me ampliase la información. Los habituales de la calle Market suelen ser personas solitarias y enseguida entablan conversación cuando alguien les da pie. Pero él no volvió a abrir la boca. Yo estaba demasiado perplejo para tirarle de la lengua. Poco después bajaba del trolebús con su tintineante cargamento.

Mediada la siguiente semana, ya había resuelto aprovechar la próxima oportunidad y desvelar el misterio del Hombre del Hielo de la calle Market. Estaba ansioso de hacerlo. ¿Y si no volvía a aparecer? ¿Se convertiría en uno de esos misterios de la vida que nunca se resuelven? Durante todo el viernes estuve esperando el momento de nuestro encuentro.

Por fin, cuando me acercaba a la parada de la calle Siete a las 11.20 de la noche, le vi esperando con el saco. Cuando subió le saludé.

—Hola.

—Hola —contestó.

Parecía que nuestra escueta conversación del viernes anterior había dejado alguna huella. Fui directo al grano.

—¿Es hielo lo que lleva en el saco?

—Sí —contestó.

Dejando de lado cualquier reticencia, le confesé que sentía una gran curiosidad por saber por qué cargaba con aquel enorme saco de hielo. Y entonces me contó su historia. Trabajaba en la cocina de la cafetería de la Universidad de San Francisco. Fregaba el suelo y sacaba la basura. El viernes la cocina se cerraba durante todo el fin

de semana. Para ahorrar electricidad, la universidad desconectaba las neveras. Puesto que durante esos días el hielo se derretía, a él se le permitía coger todo el que quisiese.

Casi todos los trabajos tienen sus beneficios adicionales. Los cocineros consiguen comida gratis. A algunos profesores todavía les regalan manzanas. A los oficinistas nunca les faltan clips ni gomas. A aquel empleado se le permitía llevarse una vez a la semana todo el agua congelada que pudiese acarrear.

A estas alturas, querido lector, es probable que usted también esté pensando lo que pensaba yo en aquel momento: que aquello no era más que una codicia absurda que le condenaba a llevar a cuestas una pesada carga todos los viernes por la noche. Pero estaba equivocado. A continuación me explicó que vivía (como yo había supuesto) en el hotel Lincoln. En su habitación tenía un gran cajón congelador que mantenía el hielo durante todo el fin de semana.

Muchos de los que residían en el hotel recibían cheques semanales y a veces podían permitirse el lujo de invertir en una petaca de whisky. Todos estaban invitados a pasar por su habitación a coger hielo gratis. A veces le ofrecían una copa. A veces aceptaba, pero no siempre. Por sus modales, resultaba obvio que no era un borracho. Un pequeño grupo de sus vecinos —pensionistas, inválidos, fracasados— se reunía con frecuencia para compartir su botín y él para compartir el de ellos.

Cumplía un papel social en el centro de una comunidad. Transportaba hielo que pronto se derretiría y desaparecería. Pero mientras se derretía, había gente que se reunía para compartir hielo, bebidas, compañía y muchos brindis de buena ventura.

Los tiempos cambian.

Donde estaba el hotel Lincoln, hoy se levanta el edificio del banco de la Reserva Federal.

R. C. VAN KOOY
San Francisco, California

Babe y yo

Sucedió un sábado del verano de 1947. Al día siguiente el equipo de las estrellas veteranas de béisbol iba a jugar un partido en el viejo Estadio Municipal de Cleveland antes del encuentro de los Indians. Yo acababa de cumplir trece años. Mi padre era abogado especialista en patentes y aquel sábado, como siempre, le acompañé a su despacho del centro de la ciudad, donde me dedicaba a jugar con los inventos que cubrían sus estanterías.

Al mediodía me mandó a la cafetería del hotel Hollenden, que quedaba al otro lado de la calle, a comprar unos sándwiches para el almuerzo. Nada más entrar, vi allí sentado a Babe Ruth. El auténtico, la leyenda en persona, más grande que la vida misma. Estaba sentado a una mesa con otros dos hombres.

Me puse tan nervioso que no podía ni pensar. No llevaba un bolígrafo ni papel conmigo, así que, en lugar de acercarme y preguntarle si él tenía uno, salí disparado, crucé la calle a todo correr y subí los cuatro pisos por la escalera hasta el despacho de mi padre.

—¡Papi, acabo de ver a Babe Ruth! —grité—. ¡Dame un bolígrafo y un papel!

Él se puso igual de nervioso que yo e inmediatamente puso en mi temblorosa mano su propio bolígrafo y un folio.

Un minuto después, yo entraba como una tromba por la puerta de la cafetería. Babe seguía allí, se había quedado solo y estaba leyendo el periódico. Me acerqué a toda velocidad y le solté casi chillando:

—¿Podría firmarme un autógrafo, señor Ruth?

Se volvió hacia mí y sonrió.

—Claro, chico —dijo. Y luego, mientras garabateaba su famosa y bonita firma, tan ornamentada, añadió—: Es una pena que no hayas llegado cinco minutos antes, chico. Podrías haberte llevado también los de Ty Cobb y Tris Speaker.

SAUL ISLER
San Rafael, California

Vidas de poetas

En 1958, cuando todavía era estudiante en la Universidad de Indiana, empecé a ir a Nueva York en mi coche cada vez que tenía algún día libre o vacaciones. Al igual que hicieran antes que yo una infinidad de otros aspirantes a artistas, me dediqué a «llamar a diferentes puertas». Allen Ginsberg me abrió la de su apartamento de la calle Diez y me dijo que hablaría conmigo si le compraba una hamburguesa. Bajé, compré una y estuvo hablándome durante una hora sin parar sobre Shelley y Maiakovski. Después me dijo que fuese a conocer a Herbert Huncke y que le dijese que iba de su parte. Fui, llamé a su puerta y abrió un hombre pálido y de aspecto amable que me invitó a pasar al salón, donde había varias personas acampadas en silencio alrededor de muebles destartalados.

—Estamos cocinando un poema, tío —me dijo Huncke—. Ven a ver.

Me condujo a la cocina y abrió la puerta del horno. ¡Y allí estaba! Un poema escrito a máquina sobre un folio cuyos bordes se estaban chamuscando, sometido a una temperatura de 350o. Huncke cerró la puerta del horno y regresó al salón arrastrando los pies. Fui detrás de él. Seguían todos en silencio. Después de estar un rato allí sin hacer nada, decidí que no tenía hambre y me marché.

CLAYTON ESHLEMAN
Ypsilanti, Míchigan

El país de las personas perdidas

Actualmente soy profesora universitaria, pero en una de mis vidas anteriores trabajé como actriz, sobre todo haciendo apariciones especiales en programas televisivos. En la década de 1970 participé en un episodio del programa infantil *El país de las personas perdidas*, que se emitía los sábados por la mañana. Hacía el papel de la niña protagonista del programa, pero en versión adulta, y viajaba desde el futuro para advertirle que estaba en peligro. Las dos teníamos una larga melena rubia y yo llevaba un amplio vestido verde hasta los pies.

Cinco años más tarde viajé a Birmania. A los turistas sólo se nos permitía entrar en el país con un visado de siete días. Cogí el vuelo que salía todos los martes desde Bangkok y vi a pocos occidentales mientras me dirigía de Rangún a Mandalay y a los estados Shan. Salvo Rangún, con sus amplios bulevares, reliquias del colonialismo inglés, Birmania parecía ajena a toda influencia occidental y a las servidumbres que conlleva el mundo moderno. Quedé extasiada por la belleza de Birmania y por la gentileza de sus gentes.

Una tarde fui a visitar la pagoda de Shwedagon, con sus monjes enfundados en túnicas color carmesí, sus estatuas doradas de Buda y el constante flujo de turistas, familias y peregrinos. El aroma a incienso lo inundaba todo. Estaba contemplando una imagen de Buda cuando un caballero de edad avanzada se me acercó y comenzó a hablarme de ella. Hablaba un inglés perfecto. Obviamente era un hombre muy culto, y me quedé fascinada con su relato. Me dijo que le llamase doctor P., puesto que su apellido era demasiado largo. Las horas se me pasaron volando mientras escuchaba al doctor P. contar la historia, la política, las enseñanzas del budismo, y la espiritualidad y fatalismo del pueblo birmano.

De repente se detuvo, dijo «Es hora de almorzar» y me invitó a que le acompañase a su casa y conociese a su familia. Por supuesto, acepté.

La esposa del doctor P. nos recibió con enorme gentileza y entramos en la casa donde estaban sus hijos y nietos. Una de sus nietas, que tenía ocho o nueve años, no me quitaba los ojos de encima. Al cabo de un rato le dijo algo a su abuelo en birmano.

—Mi nieta dice que tiene una foto suya —me dijo el doctor P.

—¿De verdad? —dije sonriéndole indulgentemente.

—Sí —contestó él—, y le gustaría enseñársela.

La niña desapareció de la sala y regresó un minuto más tarde con un visor de plástico llamado ViewMaster, en el que pueden verse imágenes tridimensionales de diapositivas montadas sobre discos de cartón. Yo había visto uno de aquellos aparatos años atrás en una tienda de regalos del bosque de Secuoyas Gigantes. La niña me entregó el visor. Cuando acerqué los ojos a la lente me quedé atónita: era una foto

mía, vestida con el amplio vestido verde, en una de las escenas de *El país de las personas perdidas*.

El hijo del doctor P. había estado embarcado como marinero en un navío mercante. Cuando el barco atracó en Nueva York, le había comprado aquel juguete a su hija y dio la casualidad de que incluía fotos de mi episodio de *El país de las personas perdidas*. Luego dio la casualidad de que yo viajé a Birmania y dio la casualidad de que conocí al doctor P., que dio la casualidad que me invitó a su casa, donde dio la casualidad de que una de sus nietas me reconoció. Estaba estupefacta.

Pero lo más increíble de todo fue la reacción de aquella familia. A ellos no les sorprendió lo más mínimo. Dado que tenían mi foto, les pareció totalmente natural que el destino me hubiese llevado hasta su puerta.

ERICA HAGEN
West Hollywood, California

El arcoíris

Una cruda noche de invierno llevé a mis hijos Cochran y Jennie, que entonces tenían trece y seis años, a la heladería, uno de los pocos lugares de nuestra pequeña ciudad en el que los estudiantes universitarios y los lugareños conseguían coexistir pacíficamente y a veces, incluso, hasta cordialmente. No me di cuenta de que era la semana de la iniciación en las fraternidades universitarias hasta que vi surgir de la helada noche a un joven que se plantó en la puerta de la heladería, tiritando de frío, vestido sólo con un bañador granate y una mugrienta camiseta blanca, en la que le habían pintado unos resplandecientes arcos con mostaza y ketchup. El pelo le brillaba, pues le habían cubierto la cabeza de cebolla picada y algo como sirope o melaza, que le chorreaba por la cara y le goteaba por los lóbulos de las orejas. Allí, de pie en el quicio de la puerta, soltando una nube de vapor por la boca cada vez que hablaba, aquella triste visión anunció a los clientes que ocupaban ocho o diez mesas del local y a las dos dependientas que había detrás del mostrador que tenía que encontrar a una chica que quisiera acompañarle hasta la ceremonia de iniciación en su fraternidad y que bailase con él durante cinco minutos. ¿No había alguien que, por favor, quisiera...?

Todas las mujeres se quedaron con la boca abierta, revolviéndose, incómodas, en sus asientos y mirando hacia otro lado. Las dependientas enfundadas en sus uniformes blancos gritaron casi al unísono que ninguna podía abandonar la heladería. Entonces aquel pobre diablo empezó a ir de mesa en mesa, pero nadie quería siquiera mirarle a la cara. Era imposible mirarle sin sentir asco.

Entonces le tocó el turno a nuestra mesa.

—¿Señora? —me preguntó, con ojos implorantes.

Yo apenas podía aguantar que se me acercase. Pero, de repente, se me ocurrió una idea. Me incliné hacia donde estaba Jennie.

—¿Quieres ir a una fiesta de la fraternidad estudiantil? Es una especie de baile.

Los ojitos verdes de Jennie se iluminaron.

—¡Sí! —dijo, sonriendo de oreja a oreja.

Haciendo caso omiso a la mirada de horror que me dirigía mi hijo Cochran, le dije al joven:

—Ella se llama Jennie. Tendrás que caminar muy despacio o llevarla en brazos. Es una niña retrasada y sufre parálisis cerebral.

El chico me miró como un animal atrapado.

—Pero..., señora... —balbució a modo de protesta—. La voy a ensuciar, quiero decir... —Y abrió los brazos para mostrarme la pinta que tenía, por si no me había dado cuenta.

—No importa —dije—, la niña es lavable. Y su ropa también.

Desesperado, recorrió la heladería con la mirada, pero comprendió que aquella era la única posibilidad que tenía de poder entrar en la fraternidad de sus sueños. Así que enfundé a Jennie en su abrigo con capucha y él la alzó y la apoyó sobre una de sus caderas, apretándola contra el amasijo multicolor de condimentos que llevaba pegado en el pecho. Luego desapareció con ella en la oscuridad de la noche.

Entonces llegó el momento de enfrentarme a Cochran. Siempre fue el más enconado protector de Jennie, y sólo la desmesurada importancia que para él tenían los buenos modales le había impedido evitar aquel desastre. Sus ojos azules me miraban desorbitados y horrorizados por encima de su helado de galletas Oreo.

—¡Madre! —susurró (sólo me llamaba así cuando estaba furioso)—. ¡Ni siquiera le has preguntado cómo se llama! ¡Ni siquiera sabes a qué fraternidad iba! Pero ¿tienes alguna idea de lo que hacen en esas fiestas? ¿Y qué pasa si no la trae de vuelta?

—¡Ay, no te preocupes! —le contesté con fingida alegría y cayendo en la cuenta de lo irresponsable que había sido—. Claro que la traerá de vuelta...

Pero el corazón me dio un vuelco. Cochran tenía razón. Había pasado más de un cuarto de siglo desde mis días de vino y rosas en los que había sido la niña bonita de la Kappa Sigma y, después de tantos años, no tenía ni idea de lo que pasaba en las fraternidades. Jennie era una bendita de Dios. Una niña que una vez describió a un extraño diciendo que «es un amigo al que todavía no conozco». Cualquiera podía aprovecharse de ella. Oh, Dios mío, ¿por qué no me había parado a pensar por un momento? Me quedé sentada observando cómo mi batido de helado con soda se convertía en un lago contaminado de espuma. Poco después, se había convertido en una metáfora de mi caótica vida. Me torturaban los pensamientos. Ya veía los titulares del periódico: NIÑA SECUESTRADA... UN MANÍACO SEXUAL SE HACE PASAR POR ESTUDIANTE UNIVERSITARIO...

Me preguntaba cuántos de los que estábamos allí, en la heladería Sweet Things, podríamos dar a la policía una descripción exacta del joven. Me parecía recordar que medía alrededor de un metro setenta y que su pelo era de un rubio casi castaño. ¿O era castaño casi rubio...?

—Volverán de un momento a otro —le aseguré a Cochran.

Y poco después ya estaban de vuelta. El joven, que ahora parecía un poco menos desgraciado, depositó a Jennie en su silla, me dio las gracias con una reverencia torpe e incompleta y volvió a desaparecer en la noche, dejando atrás su inconfundible aroma y unos trocitos de cebolla picada flotando en mi brebaje.

—¡Jennie! —exclamé, en medio de mi delirante alivio—. ¿Te lo has pasado bien?

—Sí —contestó—. Hemos bailado y la música estaba muy alta y ha sido muy divertido. Y... ¿mamá? ¿Cochran? ¿Os habéis dado cuenta? ¡Llevaba un arcoíris en la camiseta!

KATIE LETCHER LYLE
Lexington, Virginia

Ayuda divina

Soy una mujer de setenta y tres años. Durante los primeros cincuenta y cinco años de mi vida, fui víctima de terribles ataques de ansiedad. Vivía angustiada por la idea de que iba a morirme de un ataque cardíaco o que me volvería loca de remate. A pesar de todo, me casé y tuve cinco hijos, aunque ningún médico fue capaz de diagnosticar mi problema.

Por fin, en 1981, empecé a leer artículos que trataban el tema de los ataques de pánico y fue un alivio descubrir qué era lo que me pasaba. Con mucha ayuda por parte de mi familia y amigos, empecé a aventurarme en un mundo que me había aterrorizado durante toda la vida. Pero unos años más tarde tuve que enfrentarme a un desafío que parecía insuperable.

Mi suegra había estado internada en un hospital y necesitaba que alguien la ayudase cuando regresara a su casa. Yo vivía en Chicago y ella en Santa Mónica, California. Yo ya había volado con mi marido en varios de sus viajes de negocios, pero aquél sería mi primer viaje sola en un avión. Mi marido me sacó un pasaje de primera clase, asegurándome que me iba a gustar mucho. Pero en los días previos al vuelo mi preocupación era abrumadora. Tenía pesadillas en las que me volvía loca y exigía al piloto que aterrizase y me dejase salir del avión.

Temblaba tanto, que cuando me senté en mi lugar, la azafata me preguntó si me encontraba bien. Me tocó un compañero de asiento muy agradable que me dijo que la película que iban a proyectar era excelente. Una vez que empezó, absorbió mi atención por completo. Atravesamos una horrible tormenta eléctrica y me di cuenta de que mi compañero de asiento estaba absolutamente paralizado por el miedo. Acabé asegurándole que no pasaría nada ya que mi marido había sido piloto de un B24 durante la segunda guerra mundial y me había contado que los aviones estaban tan bien aislados que podían soportar sin problemas la descarga de rayos. Aterrizamos sanos y salvos y yo estaba eufórica por haber superado tan airoosamente aquel vuelo.

Me quedé varias semanas en Santa Mónica y entonces llegó el momento de empezar a pensar en mi vuelo de regreso a casa. Cuando la fecha de mi partida ya estaba próxima, me convertí otra vez en un saco de nervios. Pensé que tendría que llamar a mi marido y decirle que viniese a buscarme. Pero aquello era imposible, así que volví a subir sola al avión. Tenía un asiento junto a la ventanilla, en la primera fila de la primera clase. Mientras luchaba contra mi deseo de levantarme y salir corriendo, decidí rezar. Dije algo como: Por favor, Dios mío, ayúdame, pero ayúdame ahora. ¡Ahora mismo!

Mientras estaba allí sentada con los ojos cerrados y las manos aferradas a los apoyabrazos, oí un revuelo en el otro extremo de la cabina de primera clase. Las

azafatas estaban empujando unas cajas negras con ruedas hacia la parte delantera de la cabina, parecidas a las que utilizan los músicos y otros artistas. Me quedé observando a un hombrecillo mayor al que acompañaron hasta los asientos que estaban a mi altura, pero al otro lado del pasillo. Le ayudaban un joven y una chica y él estaba de pie y de espaldas a mí. Los jóvenes cogieron su abrigo, lo doblaron y lo colocaron, junto con su sombrero, en el compartimento encima de su asiento. El anciano se quedó con la bufanda puesta, se la ajustó alrededor del cuello y se la alisó a la altura del pecho. La chica se sentó junto a la ventanilla y entonces el anciano se volvió hacia mí y me dedicó la más hermosa de las sonrisas. Era George Burns. Hacía muy poco que le había visto interpretando el papel de Dios en la película *Oh, Dios*.

Yo había rezado muchas veces en mi vida pidiendo ayuda, pero Dios jamás me había respondido de forma tan espectacular. Supongo que Dios habría pensado que, dadas las circunstancias, aquello era precisamente lo que yo necesitaba. Desde entonces no he vuelto a tener miedo a volar sola.

MARY ANN GARRETT
Elmhurst, Illinois

Mi relato

Éste es mi relato, una historia que cuento sólo a las personas con las que tengo confianza. Ahora tengo veintitrés años, pero cuando sucedieron los hechos tenía diecinueve, casi veinte.

Al acabar el segundo curso de universidad conseguí un trabajo para el verano en el servicio forestal de California. No quería hacer todo el viaje desde Georgia conduciendo sola, así que convencí a Anna, mi mejor amiga desde hacía diez años, para que me acompañase y luego regresase en avión. Ninguna había cruzado jamás el país en coche. Mi padre nos llenó el coche con kilos y kilos de equipo de emergencia para el viaje: un hacha, una caja de herramientas de bricolaje color azul cielo, bengalas, luces de emergencia que duraban treinta y seis horas encendidas, un gato de primera calidad, un bidón de cinco litros de agua, una percha metálica doblada (por si se desprendía el silenciador), un pequeño estuche de primeros auxilios y un teléfono móvil que podía enchufarse en el encendedor del coche. Mi padre se pasó varias noches en vela pensando diferentes formas de protegernos de todo lo que pudiera llegar a pasarnos durante el viaje.

Partimos a principios de junio y conduje a toda velocidad para salir lo antes posible del sudeste. Empezamos a relajarnos un poco cuando llegamos a las praderas que bordean las montañas occidentales, y ya nos lo tomamos con calma cuando entramos en los desiertos del sudoeste. Recuerdo que iba conduciendo entre las doradas formaciones de arenisca en medio del calor y a Anna apoyando las palmas de las manos sobre el parabrisas mientras decía que era como coger la luz del sol con las manos. Aquella noche paramos en un pueblo de Utah llamado Blanding. En el hotel repasamos nuestra ruta en el mapa y decidimos levantarnos temprano, atravesar Arizona a toda velocidad y llegar a Las Vegas a la noche siguiente.

Partimos nada más amanecer, rumbo al sur por la autopista 81. Era una autopista de dos carriles y, después de salir de Blanding, no había mucho que ver aparte de las artemisas y las lejanas colinas rojas. Yo conducía y Anna iba filmando con su cámara de vídeo. Esa mañana, justo antes de apagar la cámara, comenté lo terrible que sería tener un accidente en aquel sitio, donde la soledad era casi palpable y el paisaje sin árboles era tan despiadado. Estaba deseando volver a ver un árbol.

De repente vimos aparecer la figura de un hombre delante de nosotras en el lado derecho de la carretera. Parecía que había salido del terraplén lateral y nos hacía señas con los brazos.

—¡Dios mío! —dije mientras me acordaba de las historias que veía mi madre en la tele sobre mujeres a las que les habían tendido alguna trampa en la carretera—. ¿Qué demonios pasa aquí?

—Rachel, ¿has visto su cara? ¿Has visto ese coche? —preguntó Anna, con la

mano apoyada en su ventanilla.

Me volví y miré. Era lo último que hubiese querido ver.

La cara del hombre estaba cubierta de sangre. Detrás de él, a unos doce metros, había un camión con las ruedas hacia arriba, aplastado contra la arena. Vi cuerpos desparramados entre las artemisas, algunos a más de quince metros de la carretera.

Anna bajó el cristal de su ventanilla. El hombre nos dijo que había ocurrido un accidente terrible y necesitaban ayuda. Detuve el coche y encendí las luces de emergencia mientras Anna llamaba al 911 desde el teléfono móvil. Poco antes yo me había fijado en un cartel que indicaba que estábamos a ocho kilómetros de la frontera del estado de Arizona. Anna le preguntó al hombre cuánta gente había allí. Oí cómo decía por teléfono: «Creo que son unas quince personas». No había nada ni nadie más en muchos kilómetros a la redonda. No habíamos visto ningún otro coche desde que habíamos salido aquella mañana. Cuando Anna colgó, sólo estábamos nosotras y ellos. El hombre dijo que se llamaba Juan.

Los primeros coches de auxilio no llegarían hasta cuarenta minutos después. Durante el resto de la mañana irían llegando, de una en una, más ambulancias que enseguida se quedaban sin camillas, sin esparadrapos y sin lugar para colocar los heridos. Algunas personas se detuvieron para ayudar. Era un accidente en el que sólo estaba implicado un vehículo: un camión cubierto que transportaba a diecisiete inmigrantes mexicanos que habían viajado durante toda la noche. Tres murieron aquel día y catorce sufrieron heridas internas, desgarros y roturas de huesos.

Salí del coche y me dirigí al terraplén, temblando y cargando con la poca agua que llevábamos. Cuando bajé el desnivel, una chica de mi edad se me acercó corriendo. Era la única mujer del grupo y antes de acercarse había estado atendiendo a un hombre joven tendido boca arriba en el suelo. La chica tenía el rostro y la boca cubiertos de sangre y me miraba con ojos desesperados. Hablaba en español y me arrancó el agua de las manos. Su larga cabellera negra flotaba sobre su espalda. La seguí hasta donde estaba el joven y me arrodillé a su lado mientras ella le echaba agua sobre la cara y repetía lo mismo una y otra vez en español. Levanté la mirada durante un segundo. Había otros hombres tumbados boca abajo y en silencio sobre la arena. El joven respiraba con dificultad y algo me decía que estaba destrozado por dentro. Fui corriendo al coche en busca de nuestro estuche de primeros auxilios.

Saqué el estuche y, cuando vi que no era mayor que el tamaño de dos patatas, me eché a reír. Lo abrí, contemplé las gasas pequeñas y las minúsculas tiritas y de pronto me odié a mí misma con una intensidad que me invadió por completo. Me imaginé lo que sentiría arrastrándome debajo del coche y esperando a que llegasen las ambulancias. Me pareció que aquella sensación había durado mucho tiempo, aunque no debió de ser así. Una nueva sensación surgió desde un lugar diferente, como si me arrancara de mí misma, y de pronto supe que debía volver al lugar del accidente y que

nada de lo que viese me alejaría de allí.

Durante las cuatro horas siguientes Anna y yo estuvimos corriendo de un cuerpo a otro, usando a Juan como intérprete, diciendo a los hombres que no se moviesen o preguntándoles si tenían frío. Anna y yo sacamos todas las toallas y mantas que había metido en el equipaje y las usamos para tapar a los hombres que empezaban a tiritar como consecuencia de la conmoción. Había varios casos horripilantes. En algunas ocasiones tuve que apoyar la cara en la arena para poder mirar a la gente a los ojos, mientras les acariciaba la espalda o la cabeza y les hablaba en inglés, pero con un tono que esperaba fuese de consuelo, sabiendo de forma instintiva que si uno se siente solo es más fácil dejarse morir.

Cuando llegaron las ambulancias, ayudamos a los enfermeros a colocar a los hombres en las camillas, a evitar que los esparadrapos se llenasen de arena y a acompañar a los heridos que tuvieron que esperar al siguiente viaje al borde de la carretera. Había un hombre al que le era casi imposible respirar, tenía los ojos como canicas de cristal y la boca cubierta de sangre. Puse mi cara justo encima de la de él y le di un masaje suave en el pecho mientras le animaba a seguir respirando.

El joven que estaba deshecho por dentro murió, mientras yo observaba cómo su mujer de diecinueve años chillaba y le besaba como si buscase restos de vida en su boca. Me quedé sentada y quieta durante un momento, como paralizada. Cuando comprendí que estaba muerto, corrí hacia otro de los cuerpos silenciosos tumbados boca abajo en la arena.

En el momento en que me estaba inclinando para hablarle al hombre tumbado sobre su estómago y cuyo antebrazo estaba partido en dos, levanté los ojos y vi un rostro con profundas arrugas. Era de un anciano con una larga melena cana, que tenía la cabeza apoyada en la arena y los ojos clavados en mí. Me puse en pie de un salto, fui hasta él y le cerré los ojos. Fui a buscar una sábana para cubrirlo, intentando hacer todo lo posible para evitar que yaciese allí de aquella forma, muerto e ignorado.

Había un chico que había salido expulsado más lejos que todos los demás y al que los enfermeros estaban ajustando a una camilla con unas correas. Le hablé, sonriéndole animadamente y asegurándole que pronto se pondría ¡BIEN! Tenía los ojos y la boca llenos de sangre, pero parecía que me veía y hasta pareció devolverme la sonrisa. Poco después murió en el helicóptero que le transportaba a Grand Junction.

Se llevaron a todos los demás y, a aquellas alturas, Anna y yo nos habíamos enamorado de Juan, nuestro intérprete. Tenía veintisiete años, hablaba un inglés perfecto y tenía una melena llena de apretados rizos oscuros. Mientras una enfermera navajo se ocupaba de él, con Anna y yo a cada lado, Juan dijo que se sentía avergonzado por no haberse cortado el pelo en tanto tiempo. Anna fue a buscar el bolso de Juan al camión accidentado: una bolsa de plástico con calcetines dentro.

Tenía cuatro cortes profundos en la parte superior de la cabeza, pero su espesa melena había evitado una hemorragia mayor. Estaba casi delirando cuando le subieron a la ambulancia. Cuando se dio cuenta de que le iban a separar de nosotras, el pánico se reflejó en sus ojos y estiró el brazo hacia mí desde la camilla.

—¿Adónde vais? —preguntó, y tuve que decirle que teníamos que continuar nuestro viaje. Lo dije porque no sabía qué otra cosa podía hacer. No podía acompañarle hasta el hospital. Ya había tenido suficiente. Necesitaba volver al mundo de la seguridad, a la sangre y a los huesos perfectamente encajados dentro de los cuerpos, a los árboles y a la comodidad y a la misericordia.

—Yo no puedo pagaros —dijo Juan—, pero Dios os lo pagará.

El olor de aquel hombre me acompañó durante días a pesar de las continuas duchas. Olía cómo emanaba de mis muñecas cuando iba conduciendo ese olor agrio del sudor acumulado y de la pobreza. Por la noche teníamos agujetas en las piernas debido a todas las horas que nos pasamos corriendo de un lado a otro por aquel terraplén de arena. Una arena que, mezclada con mi sudor, todavía permanece incrustada en las sandalias que llevaba aquel día.

Anna y yo llegamos esa noche a Las Vegas, exhaustas y conmocionadas. Lloré al teléfono mientras se lo contaba a mi padre y todo el rato repetía: «Ha sido horrible». Ésa fue la única vez que lloré por el accidente. Un año después me desperté en mitad de la noche envuelta en un sudor frío, oyendo una voz que retumbaba dentro de mi cabeza y que repetía la misma frase: «Has visto morir a un hombre».

¿Qué se puede hacer con eso? ¿Qué se puede hacer con todo lo que ocurrió aquella mañana y que el tiempo se fue tragando a medida que nos alejábamos de allí en nuestro coche? Cosas de las que no vuelves a oír hablar jamás. No hubo ninguna mención en las noticias de la noche ni ningún artículo en los periódicos. Bien podía haber sido un sueño que tuvimos las dos.

¿Qué se hace con una historia así? No tiene mensaje, ni moraleja y casi, ni siquiera, final. Quieres contarla, que te la cuenten, pero no sabes por qué.

RACHEL WATSON
Washington, D.C.

Qué pequeño es el mundo

En el verano de 1983 acababa de terminar mi tercer año en la escuela de arquitectura y tenía que buscarme un lugar para hacer mis seis meses de prácticas. Yo había crecido y estudiado siempre en el Medio Oeste, pero había estado una vez en Nueva York con la clase y me pareció un buen lugar para vivir. Así que, equipado con poco más que un ego exagerado y mi carpeta de proyectos, partí hacia Manhattan haciendo caso omiso a la crisis económica y al hecho de que la ciudad rebosase de arquitectos jóvenes.

Me puse de acuerdo para ir en coche desde Kalamazoo a Nueva York con una antigua novia que se trasladaba a Boston. La mañana de nuestra partida me desperté con un horrible dolor de estómago, pero decidí hacer el viaje de todos modos. Como era de esperar, resulté un compañero de viaje horrible. Tuve diarrea aguda todo el trayecto. Creo que fue un alivio para mi amiga dejarme, por fin, en la estación de autobuses de la Greyhound de White Plains, donde cogí un autobús que iba al centro de la ciudad.

Alquilé un cuarto en la Sloan House de la Asociación Cristiana de Jóvenes, en la calle Treinta y cuatro. Era una soleada tarde de domingo, pero hacía un calor y una humedad terribles. Mi cuarto daba a un patio interior que olía mal y donde no corría nada de aire. Yo era un esclavo del retrete y no me atrevía a alejarme del edificio, así que me quedé tumbado en mi habitación, sobre un colchón lleno de bultos, y dejé la puerta entreabierta, consciente de que debería salir a la calle y explorar la ciudad antes de empezar mis entrevistas del día siguiente.

Me encontraba en una patética posición horizontal cuando alguien llamó a la puerta. Un tipo como de mi edad, con el pelo rizado y una mochila colgada al hombro, asomó la cabeza y entró sin pedir permiso. Yo sentí cierto recelo, pero agradecí la compañía. Se sentó a los pies de la cama y hablamos de todo un poco. Le dije de dónde venía, dónde había estudiado y ese tipo de cosas. Al cabo de un rato nos quedamos callados y, después de unos segundos de silencio, me preguntó si me importaba que sacase un poco de coca. Aquello me sorprendió, pero dije «No, claro». Pensaba que iba a preparar una raya o dos sobre mi mesa, pero, en lugar de eso, fui testigo de algo que sólo había visto una vez en una película. Sacó una cuchara doblada, un encendedor y una jeringuilla usada. Después se quitó el cinturón. Me explicó que, en realidad, iba a mezclar la cocaína con un poco de heroína.

—Esto no es cogerse un subidón ni un bajón —dijo—, sino todo un viaje en ascensor.

Mientras realizaba todos los pasos previos para preparar su inyección, me contó que tenía prohibida la entrada en la Asociación Cristiana pero que, de vez en cuando, se colaba cuando no tenía ningún otro sitio adonde ir. Había abandonado la

universidad y trabajaba de taxista. Esperaba ganar suficiente dinero para comprar una licencia y tener su propio taxi. Antes de sucumbir a su subidón, me miró con los párpados ya medio cerrados y murmuró:

—¿Sabes una cosa? Mi mejor amigo va a la Universidad de Míchigan y creo que su novia es de Kalamazoo. —Después perdió el sentido y se desplomó a los pies de mi cama.

Mientras tanto yo había sacado mis propias conclusiones. Todo me resultaba familiar. Sabía quién era la novia. Sabía quién era aquel amigo de la Universidad de Míchigan. Un amigo mío de Kalamazoo había estudiado en Míchigan y, cuando aquel verano volvió a casa, me contó una historia sobre uno de sus compañeros de cuarto, un chico que venía de una universidad privada de Nueva York. El mejor amigo de aquel compañero de cuarto había ido a Vassar o a alguna de esas universidades pijas de la Costa Este. Este chico había abandonado la universidad a mitad de curso, había cortado todo contacto con sus padres, había vendido cuanto tenía para comprar drogas y había desaparecido en la ciudad de Nueva York. Yo siempre había dado por sentado que aquella historia era uno de los típicos cuentos que se oyen en la universidad.

Pero allí estaba yo, en medio de dicha historia, y casi no me lo podía creer. No hacía ni cuarenta y ocho horas que había salido de Míchigan, ya estaba en una gran ciudad y la aguja en el pajar urbano me había encontrado a mí mientras me hallaba incapacitado por la diarrea en un lúgubre cuartucho de la Asociación Cristiana de Jóvenes.

Cada quince o veinte minutos el tipo se despertaba de su estupor. Retomaba la conversación durante un rato como si no hubiese pasado nada y después volvía a dormirse. La primera vez que volvió en sí, le dije:

—Tu mejor amigo se llama Dave y su novia es Stephanie. La conozco desde que éramos niños. Íbamos a clase de música juntos.

—Así es —farfulló—. ¡Guau! Qué pequeño es el mundo... —Y volvió a desvanecerse.

Después de continuar así durante una o dos horas, empecé a preguntarme cómo iba a hacer para quitármelo de encima. Por fin se despertó, se desperezó y metió las cosas en su mochila. Dijo que se iba a la Estación Central, donde fingiría ser alguien que quería dejar la ciudad pero le faltaba un poco de dinero para comprarse el pasaje. Así era como se levantaba unos dólares. Se ofreció a regresar más tarde y traerme un sándwich y me preguntó si podía dejar su jeringuilla escondida en mi cuarto. Le dije que sí para quitármelo de encima lo antes posible, pero, en cuanto se fue, tiré la jeringuilla en el cuarto de baño. Después cerré la puerta con llave y, a la mañana siguiente, me cambié a otra habitación.

Sólo volví a verlo una vez, aunque desde la ventana de mi nuevo cuarto, que daba

a la calle.

Aquel verano no conseguí ningún puesto para hacer mis prácticas y, al poco tiempo, me quedé sin dinero y tuve que regresar a casa. Me puse de acuerdo con mi amigo John —el mismo que me había contado la historia de aquel tipo— para que me recogiese al norte del estado de Nueva York. Me gasté hasta el último centavo en comprarme el billete de tren en la Estación Central. Pero, al menos, no tuve que gorronear dinero de nadie.

PAUL K. HUMISTON
Minneapolis, Minnesota

La mañana de Navidad de 1949

Caía una leve llovizna cuando mi hermana Jill y yo salimos corriendo de la iglesia metodista, ansiosas por llegar a casa y jugar con los regalos que Santa Claus nos había dejado a nosotras y a nuestra hermanita Sharon, que todavía era un bebé. Frente a la iglesia, al otro lado de la calle, había una gasolinera de la Pan American, donde paraba el autobús de la línea Greyhound. La gasolinera estaba cerrada en Navidad, pero vi que había una familia esperando de pie junto a la puerta cerrada, apiñados debajo del estrecho alero, en un desesperado intento por permanecer secos. Durante un segundo me pregunté qué estarían haciendo allí, pero enseguida me olvidé de ellos mientras intentaba alcanzar a Jill.

Cuando llegamos a casa, apenas pudimos disfrutar de nuestros regalos, ya que tuvimos que salir hacia casa de nuestros abuelos para celebrar con ellos la cena de Navidad. Cuando íbamos en el coche por la autopista, noté que la familia seguía allí, de pie junto a la puerta de la gasolinera cerrada.

Mi padre iba conduciendo muy despacio. Cuanto más nos acercábamos al cruce en el que había que girar para ir a casa de mis abuelos, más lento iba el coche. De repente, mi padre hizo un giro en U en medio de la carretera y dijo:

—¡No puedo soportarlo!

—¿Qué sucede? —preguntó mi madre.

—Es esa gente que está en la gasolinera de Pan Am con esta lluvia. Tienen niños. Es Navidad. No puedo soportarlo.

Cuando mi padre se detuvo en la gasolinera, vi que eran cinco personas: los padres y tres hijos, dos niñas y un niño pequeño.

Mi padre bajó el cristal de su ventanilla.

—Feliz Navidad —dijo.

—Hola, ¿qué tal? —respondió el hombre. Era muy alto y tenía que inclinarse un poco para ver dentro del coche.

Jill, Sharon y yo nos quedamos mirando a los niños y ellos nos miraron a nosotras.

—¿Están esperando el autobús? —preguntó mi padre.

El hombre dijo que sí. Iban a Birmingham, donde tenía un hermano y la posibilidad de encontrar trabajo.

—Muy bien, pero es que ese autobús no pasa hasta dentro de varias horas y en esta parada van a acabar empapados. Winborn queda a apenas tres kilómetros de aquí. Allí hay una parada con paredes y techo y bancos para sentarse —le dijo mi padre—. ¿Por qué no suben al coche y les acerco?

El hombre lo pensó durante unos instantes y después hizo señas a su familia. Subieron al coche. No llevaban equipaje, sólo lo puesto. Una vez que estaban todos

dentro del coche, mi padre se volvió hacia el asiento trasero y preguntó a los niños si Santa Claus ya había dado con ellos. Tres caritas tristes le miraron en silencio a modo de respuesta.

—Claro, ya me parecía a mí... —dijo mi padre, guiñándole un ojo a mi madre—, porque cuando he visto a Santa Claus esta mañana, me ha dicho que le estaba costando mucho encontraros y me ha preguntado si podía dejar vuestros juguetes en mi casa. Ahora vamos a ir a buscarlos antes de llevaros a la parada del autobús.

Las caritas de los tres niños se iluminaron de inmediato y empezaron a dar saltos en el asiento de atrás, parlotando y riendo.

Cuando bajamos en nuestra casa, los tres niños entraron corriendo por la puerta principal y fueron directamente a los juguetes que estaban desparramados debajo del árbol de Navidad. Una de las niñas vio la muñeca de Jill y enseguida la estrechó contra su pecho. Recuerdo que el niño pequeño se aferró a la pelota de Sharon y que la otra niña cogió uno de mis juguetes. Todo esto sucedió hace mucho tiempo, pero recuerdo esas imágenes con claridad. Aquélla fue la Navidad en la que mis hermanas y yo descubrimos el goce de hacer felices a los demás.

Mi madre se dio cuenta de que una de las niñas llevaba un vestido de manga corta y le regaló el único jersey que Jill tenía.

Mi padre les invitó a que viniesen con nosotros a la cena de Navidad en casa de mis abuelos, pero los padres no quisieron aceptar. A pesar de que todos insistimos, se mantuvieron firmes en su decisión.

Cuando íbamos otra vez en el coche rumbo a Winborn, mi padre le preguntó al hombre si tenía dinero para los billetes de autobús.

El hombre dijo que su hermano le había enviado los pasajes.

Mi padre metió la mano en el bolsillo y sacó dos dólares, que era todo el dinero que le quedaba hasta la paga siguiente. Le puso el dinero en la mano al hombre y le obligó a cogerlo. Éste intentó devolvérselo, pero mi padre insistió.

—Llegarán a Birmingham muy tarde y estos niños tendrán hambre mucho antes. Coja el dinero. Yo he estado sin trabajo y sé lo que se siente cuando no se tiene para dar de comer a la familia.

Les dejamos en la parada de autobús de Winborn. Mientras nos alejábamos, me quedé mirándoles por la ventanilla hasta que les perdí de vista, con los ojos clavados en la niñita que abrazaba su muñeca nueva.

SYLVIA SEYMOUR AKIN
Memphis, Tennessee

Brooklyn Roberts

Se hacía llamar Brooklyn Roberts. Despertó mi curiosidad porque quería permanecer oculto. Más tarde me enteré de que le habían matado por una tontería.

Cuando tenía veintitrés años trabajé en un café que era una cooperativa sin ánimo de lucro en la que se servía comida casera, café y té. También era la tierra del micrófono eternamente abierto. La única condición para tocar allí era que sólo podían utilizarse instrumentos acústicos.

Más adelante nos desalojaron del local porque a la comunidad de vecinos del edificio no les gustaban los tipos con aspecto de hippie que iban por allí. Eso ocurría en la Nueva Orleans de 1975; las cosas llegaban con un poco de retraso.

Pero cuando el café estaba en pleno apogeo, Brooklyn Roberts solía aparecer de vez en cuando para hacer uso del micrófono abierto. Era delgado, de rasgos finos y se estaba quedando sin su sucio pelo rubio a pasos agigantados. Creo que era apenas unos años mayor que yo. Siempre aparecía vestido como un peón de albañil de principios del 1900, con un anticuado atuendo dominguero de clase obrera. Sus interpretaciones a la guitarra y al piano eran impecables. Tocaba blues profundos, temas de Robert Johnson y música de ese tipo. Cuando acababa su turno, recogía las propinas que hubiese sacado, guardaba sus cosas y se marchaba. No, más bien desaparecía. Siempre.

Una vez le pedí que tocara en un concierto a beneficio del café que iba a tener lugar en un parque cercano. Llegó vestido tan estrambóticamente como siempre y con una pequeña maleta, aparte de su guitarra. Para llegar a nuestro pequeño escenario había que cruzar una zona por donde pasaba la vía del trenecito para niños. Cuando se dirigía a nuestro encuentro, se puso a andar a propósito por la mitad de las diminutas vías del tren. Levantó la mirada hacia donde yo estaba y sonrió. Estaba interpretando su personaje a la perfección: andando por la vía del tren como un trotamundos del período de la Depresión.

Aquel día dio un magnífico recital de viejos blues, añadiendo un truco ocasional de prestidigitación. En un determinado momento, lanzó al aire un dólar de plata, le pegó un taconazo antes de que llegara al suelo y la moneda volvió a subir para caer en su mano. Cuando la cogió, pareció quedarse tan perplejo como el público mismo. Acabó su actuación y desapareció. Un montón de gente quería hablar con él, pero se esfumó.

Más adelante, aquel mismo año, asistí a un concierto que fue una especie de precursor del Festival de Jazz y del Patrimonio Cultural de Nueva Orleans. Estaba esperando que empezara la actuación de Muddy Waters cuando divisé a Brooklyn Roberts cerca del escenario, hablando con un tramoyista o un operario. Me di la vuelta para charlar con unos amigos y, minutos después, cuando volví a mirar,

Brooklyn Roberts estaba sentado al piano tocando ragtime y unos blues magníficos. Tocó cerca de cinco minutos. Supongo que habría convencido al responsable del escenario para que le dejase tocar hasta que apareciese Muddy. No hubo ningún tipo de presentación, nada. Brooklyn Roberts simplemente subió allí arriba, se puso a tocar y después desapareció.

Al año siguiente ayudé a organizar un concierto a beneficio de los músicos callejeros de Nueva Orleans. Mi grupo tocó y también lo hizo Brooklyn Roberts. Otra vez volvió a interpretar al piano una espléndida serie de viejos blues. Otra vez desapareció al final de su actuación. Había ido vestido con su acostumbrado atuendo de época, pero más tarde le vi sentado entre el público, a unas pocas filas de donde yo estaba, y se había cambiado y llevaba ropa moderna y un sombrero blando y raído estilo Gilligan. Le llamé para felicitarle por su fantástica interpretación. Se quedó donde estaba y sólo sonrió a modo de agradecimiento. Después miró hacia otro lado y se encasquetó aún más su sombrero.

Años más tarde, después de haberme marchado de Nueva Orleans, le pregunté a una amiga si sabía algo de él. Me dijo que le habían matado para robarle el dinero y la chaqueta. Mi amiga me contó que decían que les había preguntado a sus asaltantes: «No iréis a matarme por una chaqueta, ¿no?». Y lo hicieron.

Intenté averiguar un poco más. Lo único que llegué a saber fue que había sido un entrenador muy querido —el Entrenador Bob— en el centro judío local. Todavía conservo su tarjeta. En los cuatro ángulos tiene dibujados unos herrajes en forma de flores y su nombre está escrito en el centro, todo con mayúsculas: BROOKLYN ROBERTS.

Eso es todo lo que sé de él.

ADOLPH LOPEZ
Nueva Orleans, Luisiana

1380 dólares la noche, en habitación compartida

Un verano en un hospital de Manhattan, con dolencias demasiado aburridas para perder el tiempo en explicárselas. Ocho compañeros de habitación. Un cuarto semiprivado, una habitación compartida adonde nos toca ir a todo el mundo —menos los que son muy ricos o los que tienen una enfermedad infecciosa— acaba siendo un gran igualador de clases sociales. Un lugar donde la gente que normalmente no se mezclaría se encuentra, de repente, durmiendo junta y compartiendo un cuarto de baño.

—¡LLEVO DIECISÉIS DÍAS YENDO AL CUARTO DE BAÑO CUATRO VECES AL DÍA Y OTROS CATORCE CON DOLOR EN EL ABDOMEN! —gritaba alegremente mi compañero de habitación a cualquiera que se le acercase. Aunque, en realidad, siempre estaba gritando. Mi Compañero de Habitación Número Uno se había dedicado a la prostitución en la calle Cuarenta y dos, tenía treinta años y parecía que tuviera cuarenta y cinco. El hecho de que no hubiese usado el retrete durante las treinta y seis horas posteriores a su llegada no pareció influir en el volumen de su voz. Siguió gritando sobre su supuesta diarrea hasta que, por fin, expulsó un chorizo del tamaño de Kansas. Lo sé porque jamás tiraba de la cadena. Los médicos dijeron que no tenía nada. Él gritaba más alto. Intentaron mandarlo a casa. Respondió presentando una queja. Siguieron los gritos y berrinches hasta que apareció una enfermera y un hombre de bata blanca.

—Le estamos enseñando a poner inyecciones —le informó la enfermera mientras el novato sacaba una gigantesca jeringa.

—¡Oh, Dios mío! —chilló mi Compañero de Habitación Número Uno cuando la aguja no acertaba a dar en el blanco.

Al tercer día seguía exigiendo que le dejasen quedarse, cuando llegaron unos amigos suyos con unos horribles cortes de pelo y se lo llevaron de excursión al cuarto de baño del pasillo con oscuros propósitos. Y así fue como, después de una de esas excursiones, sencillamente, no regresó. A nadie pareció sorprenderle. Se limitaron a preparar la cama para el próximo ocupante.

Mi Compañero de Habitación Número Dos era un monseñor retirado al que le administraban fuertes sedantes. Le habían traído desde una residencia de ancianos y no tenía ni idea de dónde estaba.

—Hay veces que pienso que te quiero y hay otras que pienso que te odio —le soltó con voz monótona y atontada a una auxiliar de enfermería a la que nunca había visto. Después hizo una pausa para pensar y emitió su veredicto—. Hoy te odio.

Una asistente social vino y le gritó al oído:

—¡MONSEÑOR! ¡VOY A COMPRAR HELADO! ¿LE GUSTARÍA TOMAR UN HELADO?

Él se incorporó de un salto.

—¿DE CHOCOLATE O DE FRESA?

El monseñor dijo que de chocolate.

—¡MUY BIEN, VOLVERÉ EN UNOS VEINTE MINUTOS! —Y salió a toda velocidad de la habitación.

Apenas un par de segundos después apareció una enfermera para administrarle un medicamento.

—¿Dónde está mi helado? —le recriminó el anciano.

—Yo no traigo ningún helado, sólo pastillas —contestó.

Se oyó un gruñido proveniente de la cama del monseñor.

—Putá —dijo entre dientes.

Mi Compañero de Habitación Número Tres era un drogadicto que vivía en la calle y que no era más que huesos y piel.

—¡Cuarenta y siete kilos! —gorjeó la enfermera después de pesar a aquel hombre de un metro setenta de estatura, que podía tener cualquier edad comprendida entre los veintisiete y los cincuenta años. Estaba tan deteriorado que era imposible saberlo. Se pasaba casi todo el tiempo durmiendo y sólo se despertaba para quejarse de la comida o para discutir con el enfermero que intentaba sacarle sangre.

—Yo sé lo que hacéis con esa sangre —decía con tono amenazador—. La vendéis a cinco dólares la bolsa, vosotros no vais a engañarme.

Los médicos de mi Compañero de Habitación Número Tres empezaron a rogarle cada vez con más insistencia que diera su consentimiento formal para que se le realizase una prueba del virus del sida, ya que sin él no podían hacerlo legalmente.

—Con un diagnóstico podríamos recetarle una medicación más efectiva —suplicaban, pero él continuaba impasible, convencido de que las pruebas de sida formaban parte de una especie de conspiración maligna urdida por la cúpula médica. Todos los días volvían a rogarle. Todos los días volvía a negarse. Yo también quería suplicárselo, pero, dado que había oído toda aquella información confidencial de soslayo, supuse que era mejor que no lo hiciese. Aun así, cada vez que se levantaba a duras penas para ir al cuarto de baño, no le quitaba el ojo de encima por si perdía el equilibrio y había que llamar a la enfermera. Sin embargo, jamás se cayó. Mi Compañero de Habitación Número Tres fue finalmente dado de alta y trasladado a una institución para personas sin hogar con problemas de salud. Recé para que alguien allí lograra convencerle de que recibiese la ayuda que necesitaba.

Mi Compañero de Habitación Número Cuatro era agradable, conversador y estaba cubierto de llagas. Tenía una novia que siempre iba a visitarle a la hora de comer.

—Sólo voy a probar esto a ver si te va a gustar o no —le decía ella mientras se zampaba todo su almuerzo.

La chica hablaba sin parar mientras comía, largando todo tipo de cotilleos sobre

sus amigos, la televisión y cualquier estupidez. Al cabo de un rato, susurraba «He traído eso» y los dos se marchaban cojeando hasta el cuarto de baño del pasillo con «eso» escondido en el bolsillo de ella.

Fueran cuales fuesen los defectos de su novia, el Número Cuatro sentía una enternecedora devoción por ella. Hasta tal punto que le guardaba en un frasquito las uñas que se cortaba.

—A ella le encanta morderse las uñas, pero como no quiere estropeárselas, le guardo las mías —me explicó.

—¡Oooh! ¡Éstas sí que son *buenas*! —la oí exclamar cuando las vio.

Siempre me aseguré de que la cortina que separaba nuestras camas estuviese perfectamente cerrada.

Mientras tanto la señorita Thomas se había instalado en la habitación del otro lado del pasillo. La señorita Thomas chillaba durante toda la noche. Todas las noches. Y como su puerta estaba justo enfrente de la nuestra, era como si estuviese dentro de nuestra habitación.

—¡Evelyn! —chillaba—. ¡Evelyn! ¡Evelyn! ¡Me duele el trasero! ¡Evelyn! Ay, qué dolor. ¡Qué dolor! ¡Eve-lyyyyn! ¡Me duele el trasero! ¡Eve-l-y-n-n!

Al principio sentía pena por aquella pobre mujer trastornada que, obviamente, lo estaba pasando muy mal. Eso hasta que, al día siguiente, la oí hablar por teléfono en un tono razonable.

—Oh, aquí la atención es horrorosa —decía—. Anoche tuve que gritar. Grité y grité hasta que apareció alguien.

Esa noche la señorita Thomas tuvo sed.

—¡Evelyn! ¡Tráigame un vaso de agua! ¡Evelyn! ¡Tengo sed! ¡EVELYY-N-N!

Rompí las normas del hospital y cerré la puerta de mi habitación.

Mi Compañero de Habitación Número Cinco era un actor de culebrones. Rubio, de rasgos finos, dientes perfectos. Todas las enfermeras se le echaban encima para pedirle un autógrafo. Tenía teléfono móvil, una secretaria y a toda la administración del hospital a su entera disposición.

—Puede pedir que le traigan la comida de fuera si no le gusta la de aquí —le comunicó la recepcionista con una radiante sonrisa mientras le entregaba un montón de menús de restaurantes.

—¡Yo llevo aquí tres semanas y jamás me lo habían *dicho*! —grité, pero nadie me hizo caso.

El actor de culebrones tenía una infección en un testículo, algo que estaba encantado de contarle a todo el mundo en cuanto se presentaba la más mínima ocasión sin necesidad de que se lo preguntaran. A un enfermero que le sacó sangre le dijo:

—Yo sabía que colgaban bastante, ¡pero no *tanto*!

Y a mí:

—Cuando sentí que me golpeaban las *rodillas*, pensé que ya era hora de que me viese un médico.

A alguien en el teléfono:

—El doctor me ha dicho que podría ser debido a que he practicado poco el sexo últimamente, ¡pero yo sé que *eso* no es cierto!

Todo el mundo estaba deslumbrado. Lo único que faltaba eran postales con su foto.

Aquella noche la señorita Thomas tuvo frío.

—¡Evelyn! ¡Necesito una manta! ¡Evelyn! ¡Tengo mucho frío! ¡Tráigame una manta! ¡Eve-ly-y-n-n!

A la mañana siguiente, muy temprano, la administración, obviamente disgustada, le comunicó a la estrella de culebrones que iban a trasladarlo a una habitación individual, lejos de aquella zona —por cuenta del hospital—, para que «estuviese más cómodo».

—Yo *llevo aquí* tres semanas... —empecé a decir, pero volvieron a ignorarme.

Aquella noche, cuando la señorita Thomas comenzó a chillar llamando a Evelyn, se oyó una voz que respondía en un tono de evidente disgusto:

—¡Señorita Thomas, ya es hora de que deje de chillar! ¡Todas las noches le decimos que use el timbre para llamarnos, pero usted sigue armando todo este jaleo! ¿No se da cuenta de que hay gente que intenta dormir? ¡Si no se calla ahora mismo, voy a cerrarle la puerta y ya no vendré a ayudarla jamás, y usted ya sabe cuánto le disgusta eso! —Y cuando se daba la vuelta para marcharse, añadió—: Ah, y otra cosa, ¡me llamo *Yvonne*!

Mi Compañero de Habitación Número Seis venía de cuidados intensivos. Creo que había estado en coma.

—¿Recuerda qué fue lo que sucedió? —le preguntó un asistente social.

Hubo una pausa larga y luego se oyó una voz que titubeaba:

—¿Yo vivo en Nueva York?

Más tarde, le preguntó al agotado médico residente que acababan de asignarle:

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

El médico residente ni siquiera levantó la mirada cuando le respondió:

—No lo sé, supongo que un par de días.

De hecho, yo había oído decir a alguien que el Número Seis llevaba en el hospital varias semanas.

—Empiezo a acordarme de algo... —comenzó a decir.

Pero el doctor le interrumpió:

—Oiga, ahora no puedo quedarme de charla. Tengo que ver a otros pacientes.

Nunca supe qué era lo que el Número Seis había empezado a recordar.

Algo que el Número Seis siempre olvidaba era que estaba amarrado a la cama con unas correas debido a que tenía un hombro partido. A veces, cuando regresaba del cuarto de baño, le encontraba colgando a un lado de la cama, enredado en las correas, con aspecto lastimero y confuso.

—¿Tiene algún problema? —le preguntaba yo, y él asentía con la cabeza—. ¿Quiere que llame a la enfermera? —Y me iba en busca de ayuda.

Al final venían y le ataban tan fuerte que apenas podía moverse, y el pobre, olvidándose de dónde estaba, se hacía caca encima y ensuciaba todas las sábanas.

Al rato, entraba la auxiliar de enfermería, hecha una furia.

—Pero ¿se puede saber qué es lo que le pasa? —le gritaba—. ¿Por qué se porta como un cerdo y nos hace venir a limpiar esto? ¿Qué es usted? ¿Un bebé?

Después de un par de humillaciones como aquélla, el pobre se asustaba con cualquier cosa. A veces, al pasar junto a su cama, veía que estaba cubierto de mierda y ofrecía un aspecto totalmente desgraciado.

—¿Tiene algún problema? ¿Quiere que llame a la enfermera? —le preguntaba, y él asentía lentamente con la cabeza, mientras intentaba contener las lágrimas.

Mi Compañero de Habitación Número Siete era un hombre mayor, un obrero de Queens. Había estado recibiendo tratamiento de quimioterapia debido a un cáncer y pasó los dos primeros días vomitando.

—Ya estoy harto de esto —le dijo con tono abatido a su mujer—. ¿Qué sentido tiene seguir intentándolo si voy a tener que vivir así? —Y otra vez comenzaba a tener arcadas.

Conmigo era muy cordial y agradable, como era de esperar, pero su pobre mujer era la que pagaba toda su frustración.

—Pero ¿qué carajo es esto? —le soltaba después de que ella hubiera viajado durante una hora para ir a visitarlo—. ¡Te dije uvas *sin pepitas*! ¿Cómo puedes ser tan tonta?

Pero pareció mejorar y durante dos días estuvo muy animado. Sin embargo, al tercer día, por la mañana, empezó a hablar arrastrando las palabras, me presentó a una hija que no estaba allí y luego se quedó dormido mientras el médico le estaba hablando. Lo único que dijo cuando se despertó fue:

—Echo de menos París.

Yo no podía estar más de acuerdo. Esa misma tarde lo trasladaron rápidamente a otra habitación.

Mi Compañero de Habitación Número Ocho llegó tarde una noche. Tenía una voz grave y agradable con un cantarín acento latino. También tenía unas uñas largas y pintadas, el pelo cardado y prefería que le llamasen Cynthia. Sólo tenía veinte años y padecía una fiebre muy alta debido a que uno de sus implantes de pecho se había infectado. También tenía sida, estaba allí por la seguridad social y no se hablaba con

su familia. A pesar de todo, estaba muy tranquilo y se lo tomaba con filosofía. Cuando por fin me tocó marcharme a casa al día siguiente, él estaba contestando con infinita paciencia las llamadas telefónicas dirigidas al Compañero de Habitación Número Siete, al que habían trasladado tan intempestivamente que nadie, ni siquiera su mujer, sabía dónde se encontraba.

—Ahora está en otro piso, cariño —contestaba con voz tranquilizadora a algún pariente fuera de sí—. No tienes más que llamar a la centralita y ellos te darán su número.

Le regalé un par de revistas que alguien me había traído y todo el zumo que había acaparado.

—Te vas justo ahora que empezaba a conocerte —me dijo con tono nostálgico. Pero yo estaba deseando regresar a casa.

Además, estaba seguro de que Cynthia pronto iba a tener un montón de compañía.

BRUCE EDWARD HALL
Nueva York, Nueva York

UN DISPARO EN LA LUZ

Verano de 1978. Yo recorría el sudoeste de Estados Unidos trabajando como vendedor de joyas y objetos de regalo. Vendía una amplia variedad de cosas, desde cristales austríacos hasta pendientes hechos con plumas. Cuando iba de Las Vegas a Los Ángeles paré para ayudar a un conductor cuyo coche se había averiado en el desierto de Mojave. El pobre estaba de mala racha, no tenía planes ni ningún sitio adonde ir, así que le dejé que viajase conmigo.

Se llamaba Ray y aparentaba veintipocos años. Era bajito, fibroso, ágil, aunque algo delgado y demacrado, como si estuviese desnutrido. Me daba pena y, en los tres días que estuvimos juntos, comencé a confiar en él. Incluso empecé a encargarle que hiciese algunos recados mientras yo visitaba las tiendas para vender mis productos. Un día le regalé ropa mía y se le veía feliz por tener algo nuevo que ponerse. Parecía tranquilo y contento.

La tercera noche acampamos cerca de la reserva de Puddingstone, al este de Claremont. Yo estaba sentado en la parte trasera de mi enorme furgoneta, acomodando cosas dentro de los armarios para dejar sitio libre para la ropa, los libros, la comida, los muestrarios y para el saco de viaje y demás bártulos de mi pasajero.

De pronto sonó una fuerte explosión y sentí un estallido seco y punzante en la parte de arriba de mi cabeza. ¿Había explotado el hornillo de gas? Pero miré hacia arriba y vi que estaba intacto. Después miré a Ray, que estaba sentado en el asiento del conductor, y vi la pistola negra en su mano. Tenía el brazo apoyado en el respaldo del asiento y me estaba apuntando a la cara. ¡Me había alcanzado una bala! Al principio pensé que me estaba amenazando, que iba a robarme. Bueno, me dije, las cosas son así. Vale, quédatelo todo, pensé. Quédatelo todo. Con tal que me dejes ahí fuera, por mí puedes coger la furgoneta y marcharte.

Otra explosión me sacudió y un silbido insoportablemente agudo pareció atravesarme los tímpanos. Sentí como si me fuese a estallar la cabeza de dolor y la sangre empezó a gotearme por la cara. No me está amenazando, pensé. Va a matarme. Voy a morir.

No había ningún sitio donde esconderse. Yo estaba encajonado en una postura incómoda, rodeado de pequeños armarios. No podía hacer nada. Me oí susurrar a mí mismo: «Relájate. No puedes hacer nada. Respira. Mantente despierto». Me puse a pensar en la muerte y en Dios. «Hágase tu voluntad, no la mía». Aflojé el cuerpo y comencé a relajarme, a dejarme caer hacia atrás. Me concentré en mi respiración, en el aire entrando y saliendo, entrando y saliendo, entrando y saliendo...

Empecé a prepararme para morir. Rogué que todos aquéllos a los que había hecho daño me perdonasen y ofrecí mi perdón a todos los que me lo habían hecho a mí durante el transcurso de mi vida. Era como si proyectasen hacia atrás una película a

todo color de mis veintiséis años de vida. Pensé en mis padres, en mis hermanos y hermanas, en mis amantes, en mis amigos. Dije adiós. Dije «Te amo».

Otra explosión sacudió la furgoneta y encogí el cuerpo. La bala no me dio. Pasó a apenas unos milímetros y atravesó el armario en el que estaba apoyado. Volví a relajarme y a caer en un estado de ensoñación. Mi suerte ya no podía durar más. Si era un revólver todavía le quedaban tres balas. Esperaba que no fuese una pistola semiautomática.

Lo único que me importaba era estar en paz. Mi furgoneta, mi dinero, mi negocio, mis conocimientos, mi historia personal, mi libertad, todo se convirtió en algo sin valor, sin significado. Polvo en el viento.

Lo único que tenía de valor era mi cuerpo y mi vida, y eso iba a desaparecer dentro de poco tiempo. Mi atención estaba clavada en la chispa de luz a la que llamé mi Yo, y mi conciencia empezó a expandirse hacia el exterior, extendiéndose en el espacio y en el tiempo. Oí mis instrucciones con toda claridad: MANTENTE DESPIERTO Y SIGUE RESPIRANDO.

Le recé a mi Dios, al Espíritu Supremo, y le pedí que me recibiese con los brazos abiertos. La luz y el amor me inundaban y se proyectaban fuera de mi cuerpo como el haz luminoso de un faro, alumbrándolo todo a mi alrededor. La luz crecía en mi interior y empecé a inflarme como un enorme globo hasta que la furgoneta y todo su contenido parecieron diminutos. Me inundó una sensación de paz y de resignación. Sabía que estaba a punto de abandonar mi cuerpo. Comprendí la trayectoria temporal de mi vida, tanto la pasada como la futura. Vi cómo la siguiente bala, a corta distancia del futuro, salía de la pistola, se dirigía hacia mi sien izquierda y salía, junto con trozos de cerebro y sangre, por el lado derecho de mi cabeza. Estaba totalmente sobrecogido. Ver la vida desde aquella perspectiva ampliada era igual que mirar una casa de muñecas desde arriba y ver todas las habitaciones a la vez, todos los detalles, tan reales e irreales al mismo tiempo. Observé aquella luz dorada, tibia y acogedora con calma y aceptación.

La cuarta explosión hizo añicos el silencio y sentí cómo mi cabeza era empujada violentamente hacia un lado. Un pitido ensordecedor me traspasaba las orejas. La sangre tibia me corría cara abajo, me caía por los brazos y muslos y goteaba sobre el suelo. Pero, extrañamente, me encontré otra vez en mi cuerpo y no fuera de él. Todavía rodeado de luz, amor y paz. Comencé a mirarme el cráneo por dentro, en un intento de descubrir dónde estaban los agujeros. ¿Podría ver cómo entraba la luz a través de ellos? Pasé revista rápidamente al estado de mis sentimientos, capacidades, pensamientos y sensaciones, para comprobar si faltaba algo. Seguro que la bala me había afectado. La cabeza me estallaba de dolor, pero me sentía extrañamente normal.

Decidí mirar a mi asesino; mirar a la muerte cara a cara. Levanté la cabeza y volví los ojos hacia él. Se quedó horrorizado. Pegó un salto en el asiento y gritó:

—¿Por qué no estás muerto, hombre? ¡Tendrías que estar muerto!

—Pero aquí estoy —le dije con tono tranquilo.

—¡Esto es alucinante! ¡Es igual que el sueño que he tenido esta mañana! ¡Yo no paraba de disparar pero el tipo no se moría! ¡Pero no eras tú el del sueño, era otro!

Todo aquello resultaba muy extraño. ¿Quién habría escrito el guión?, me pregunté. Empecé a hablarle despacio y con calma, intentando tranquilizarle. Si logro que hable, pensé, tal vez no vuelva a dispararme.

—¡Cállate! ¡Cállate! —chillaba él todo el rato, mientras miraba por la ventanilla hacia la oscuridad de la noche.

Se acercó a mí, nervioso, con la pistola en la mano y examinó mi ensangrentada cabeza, intentando descubrir por qué las cuatro balas que me había metido en el cuerpo no habían acabado conmigo.

Yo todavía sentía cómo la sangre resbalaba por mi cara y la oía gotear sobre uno de mis hombros.

—No entiendo por qué no estás muerto, tío. ¡Te he disparado cuatro veces! —dijo Ray.

—Será que todavía no es mi hora —contesté tranquilamente.

—Ya..., ¡pero te he disparado! —dijo, entre confuso y desilusionado—. No sé qué hacer.

—¿Qué es lo que quieres hacer? —le pregunté.

—Lo que quería era matarte, tío, coger esta furgoneta y marcharme lejos de aquí. Pero ahora no sé. —Parecía preocupado, indeciso. Empezaba a moverse más despacio y ya no saltaba de un lado a otro.

—¿Y por qué querías matarme?

—Porque tú lo tenías todo y yo no tenía nada. Y ya estaba cansado de no tener nada. Ésta era mi oportunidad de quedarme con todo. —Todavía seguía moviéndose de un lado a otro dentro de la furgoneta, mirando por las ventanillas hacia la oscura noche que nos rodeaba.

—¿Y ahora qué quieres hacer? —le pregunté.

—No lo sé, hombre —dijo con tono quejumbroso—. Tal vez debería llevarte al hospital.

Mi corazón dio un vuelco al considerar la posibilidad, una salida.

—Me parece bien. —Fue lo único que dije, puesto que no quería que pensara que estaba perdiendo el control de la situación. Quería que aquella idea fuese suya y no mía. Yo sabía que su furia surgía de la sensación de que no podía controlar las cosas y no quería enfurecerle.

—¿Por qué eras tan amable conmigo, hombre?

—Porque eres una persona, Ray.

—¡Pero yo quería matarte! No paraba de sacar mi pistola y de apuntarte cuando

estabas durmiendo o no me veías. Pero eras tan simpático conmigo que no podía hacerlo.

Mi sentido del tiempo estaba alterado. Me di cuenta de que no tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado desde que recibí el primer balazo. Después de lo que me parecieron varios minutos, Ray se acercó hasta mí, que seguía acurrucado en una postura que me impedía moverme, y me dijo:

—Está bien, tío, te voy a llevar a un hospital. Pero no quiero que te muevas, así que voy a ponerte algo para que no te muevas, ¿vale?

Ahora me pedía permiso.

—Vale —dije en voz baja.

Cogió algunas cajas de muestrarios y las puso alrededor de mí.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, estoy bien. Un poco incómodo, pero estoy bien.

—Vale, tío. Te voy a llevar a un hospital que conozco. Ahora no te muevas. Y no te mueras, ¿vale?

—Vale —le prometí. Sabía que no me iba a morir. Aquella luz, aquel poder dentro de mí era tan fuerte, tan claro. Cada vez que respiraba sentía como si fuese la primera vez, no la última. Iba a sobrevivir. Lo sabía. Ray cerró el respiradero del techo de la furgoneta, ajustó las agarraderas y puso en marcha el motor. Sentí cómo la furgoneta recorría el camino de tierra hasta llegar al asfalto y se encaminaba hacia mi libertad.

Condujo y condujo, yo no tenía ni idea hacia dónde me llevaba. ¿Iríamos a un hospital, como dijo, o a hacia algún horrible desenlace? Si había sido capaz de dispararme con una pistola, también era capaz de mentir o de cosas peores. ¿Cómo sabía hacia dónde ir? Estábamos en Claremont. Los Ángeles quedaba a más de una hora de allí. Durante ese tiempo me dediqué a repasar los acontecimientos y a analizar los últimos tres días, en un intento por comprender qué era lo que había sucedido y por qué.

De pronto sentí que la furgoneta aminoraba la marcha, se salía del camino y se detenía. Apagó el motor. Todo se quedó en silencio. Esperé. Fuera seguía oscuro. No nos habíamos metido en ninguna entrada de edificio. No había luces. Aquello no era un hospital.

Ray se pasó a la parte de atrás de la furgoneta con la pistola en la mano. Apartó una de las cajas y se sentó sobre la colchoneta de gomaespuma delante de mí. Miraba el suelo fijamente y parecía angustiado. Sus palabras se clavaron como un cuchillo en mi nube de esperanza.

—Tengo que matarte, tío —dijo con calma.

—Pero ¿por qué? —pregunté en voz baja.

—Si te llevo al hospital, me meterán en la cárcel. Y yo no puedo volver a la

cárcel, hombre. No puedo.

—No te van a meter en la cárcel porque me lleves al hospital —dije lentamente, fingiendo que me sentía débil y que no podía moverme. Sabía que se presentaría la oportunidad de sorprenderle, reducirle y quitarle la pistola. Mientras él no supiese que me sentía bien, yo contaba con cierta ventaja.

—Claro que sí, tío. Se darán cuenta de que he sido yo el que te ha disparado y me encerrarán.

—Pero no tenemos por qué decirlo. Yo no voy a decirlo.

—No puedo confiar en ti, hombre. Ojalá pudiese, pero no puedo. No puedo volver a la cárcel y se acabó. Tengo que matarte.

Parecía desesperado. Aquello no era lo que él quería. La pistola colgaba de su mano, apuntando hacia el suelo. Yo seguía rodeado de cajas. No podía calibrar cuánta fuerza me quedaba y si era suficiente como para incorporarme de golpe y reducirle. Él era pequeño pero fuerte. ¿Estaría todavía lleno de adrenalina? Si era así, aquello le haría más fuerte. Mi poder estaba en las palabras, en el manejo de la espada verbal. Si podía lograr que continuase hablando, no emprendería ninguna acción violenta.

—Tal vez pueda entrar solo en el hospital, Ray. Tú no tienes por qué estar allí. Podrías marcharte.

—No, tío —dijo, moviendo la cabeza de un lado a otro—. En cuanto se lo digas, vendrán a por mí. Me encontrarán.

Me quedé callado. No ha funcionado, pensé.

—¿Por qué no estás muerto, hombre? —volvió a decir—. Te he disparado *cuatro veces* en la cabeza. ¿Cómo puede ser que estés vivo y sigas hablando? ¡Tendrías que estar muerto! Sé que no he fallado. —Volvió a mirarme la cabeza, cogiéndola con las manos y moviéndola a izquierda y derecha—. ¿Te duele? —preguntó. Parecía preocupado de verdad.

—Sí, me duele —le mentí—. Pero creo que me pondré bien.

—Bueno, es que no sé qué hacer. No puedo llevarte al hospital. Tampoco puedo dejarte ir, así como así, porque irás a la policía. ¿Por qué te has portado tan increíblemente bien conmigo, tío? Nadie me ha tratado así de bien en mi vida. Eso ha hecho que fuese más difícil matarte. No parabas de comprarme cosas y de regalarme cosas. Yo ya no podía ni decidir cuándo debía hacerlo.

No dijo «si», sino «cuándo».

—¿Y qué harías con todas estas cosas si fuesen tuyas, Ray? —le pregunté.

—Podría volver a casa y ser alguien. Podría trabajar. Tendría suficiente dinero para abrirme camino, tío. —Ray empezó a hablar. Habló sobre su casa al este de Los Ángeles, de la pobreza que le rodeaba, de su ira, de los maestros que le hacían sentirse estúpido en la escuela, de su padre que bebía demasiado y le pegaba y de cómo la calle le convirtió en un tipo duro. Habló de sus planes de entrar en el ejército

porque se suponía que podía ser una solución, pero no pudo soportar que le dijeran continuamente lo que tenía que hacer, así que se ausentó sin permiso. Habló del tráfico de drogas y de cómo el negocio de la droga empezó a ir mal y acabó timando a sus colegas camellos. Por eso tuvo que marcharse de Los Ángeles, porque le estaban buscando. Habló de cómo le robó a su padre la pistola y el dinero antes de marcharse, entonces se dio cuenta de que no tenía dónde esconderse y decidió regresar. Tal vez pudiera organizar otro robo y hacerse con bastante dinero. Sólo necesitaba dar un golpe, encontrar a algún idiota. Si encontraba a alguien lo bastante rico, podría devolver el dinero a los camellos y empezar otra vez. Así que decidió matar al primero que parase. El primero que estuviera dispuesto a ayudarlo. Yo.

Comenzaba a amanecer, el cielo pasaba lentamente del azul añil al azul celeste. El canto de los pájaros hizo que me sintiese agradecido de estar vivo.

—Estoy entumecido y me duele todo, Ray. Me vendría bien levantarme y estirar las piernas.

Llevaba seis horas en la misma postura. Tenía la cara y el pelo cubiertos de sangre seca. Me dolían las espinillas de tenerlas aplastadas contra el canto de la puerta de un armario y también la espalda, que ya estaba totalmente tiesa.

—Está bien, hombre, voy a dejar que te levantes, pero no hagas ninguna tontería, ¿vale?

—Vale, Ray. Tú dime lo que tengo que hacer y yo lo hago.

Recuérdale que es él quien manda. No permitas que sienta que no controla la situación. Busca una oportunidad.

Quitó las cajas que me rodeaban, retrocedió con la pistola en la mano y abrió la puerta. Me arrastré lentamente y bajé de la furgoneta, poniéndome en pie por primera vez. Qué hermoso me pareció el mundo visto con mis nuevos ojos. Todo brillaba como si fuese de cristal reluciente.

Nos habíamos detenido en una calle de una zona residencial, cerca de un pequeño estanque, al final de un terraplén. Me hizo un gesto señalándome el sendero de tierra que conducía hasta el agua. Mientras bajaba la pendiente, pensé: «¿Otra vez la muerte me dará unos golpecitos en el hombro? ¿Me disparará por la espalda para luego tirarme al agua?». Me sentía débil y vulnerable, pero, al mismo tiempo, inmortal e inmune a sus balas. Caminaba erguido y sin temor. Me siguió hasta el borde del agua y se quedó de pie junto a mí mientras me arrodillaba, me lavaba la sangre de las manos y del rostro y me echaba agua fresca por encima. Me incorporé lentamente y miré a Ray cara a cara. Él me observaba con curiosidad.

—¿Qué harías si te diera ahora esta pistola? —me preguntó, alargándome el arma.

Le respondí lo primero que pensé:

—La tiraría al agua.

—Pero ¿es que no estás cabreado conmigo, hombre? —preguntó. No se lo podía creer.

—No, ¿por qué iba a estarlo?

—¡Te he disparado, tío! ¡Tendrías que estar cabreado! ¡Yo estaría tan cabreado que te cagas! Pero ¿es que no querrías matarme si te diera esta pistola?

—No, Ray. ¿Por qué iba a quererlo? Yo tengo mi vida y tú tienes la tuya.

—No te entiendo, tío. Eres realmente raro, realmente diferente de toda la gente que he conocido en mi vida. Y no sé por qué no te moriste cuando te disparé.

Silencio. Mejor no contestar. Mientras estábamos de pie al borde del agua me di cuenta de que Ray había sufrido una transformación tan profunda como la que yo había experimentado. Ya no éramos las mismas personas del día anterior.

—¿Y ahora qué hacemos, Ray?

—No lo sé, hombre. No puedo llevarte al hospital. No puedo dejarte ir. No sé qué hacer.

Así que seguimos hablando, buscando una solución para su dilema. Estudiamos las diferentes posibilidades: ¿a qué acuerdo podíamos llegar? Yo le sugería cosas, él me explicaba por qué no darían resultado. Yo sugería otras posibilidades. Él escuchaba, sopesaba, rechazaba y, poco a poco, iba transigiendo. Buscábamos un pacto.

Al final, logramos acordar un compromiso: yo le dejaría marchar y él me dejaría marchar. Prometí no denunciarle ni informar a la policía, pero sólo con una condición: tenía que prometerme que *jamás* volvería a hacer una cosa así. Lo prometió. ¿Qué otra elección le quedaba?

Cuando el sol empezaba a asomar por detrás de las colinas, nos subimos a la furgoneta. Yo iba sentado en el asiento del acompañante mientras él conducía hacia un lugar que decía conocer. Aparcó y le di todo el dinero en efectivo que tenía, unos doscientos dólares, y un par de relojes que pensé que podría empeñar. Cruzamos juntos la calle. Brillaba el sol. Era temprano pero ya comenzaba a hacer calor. Él llevaba su chaqueta del ejército y el saco de dormir debajo del brazo y su bolsa de viaje colgada al hombro. En algún rincón de esa bolsa había una pistola negra.

Nos dimos la mano. Le sonreí y él parecía seguir confuso. Después le dije adiós y me alejé.

En la sala de urgencias del hospital del Condado de Los Ángeles un médico me quitó las esquirlas de metal y los trocitos de piel y pelo y me cosió el cuero cabelludo. Me preguntó qué había sucedido y contesté:

—Me dispararon cuatro tiros.

—Es usted un hombre de suerte —dijo—. Sólo le alcanzaron dos balas y las dos le rebotaron en el cráneo y volvieron a salir. Ya sabe que tiene que informar de esto a la policía.

—Sí, lo sé —contesté. Ya sabía que había tenido suerte, pero, más que nada, me sentía bienaventurado. No fui a la policía. Había hecho una promesa y había recibido otra a cambio. Yo cumplí la mía. Me gusta creer que Ray cumplió la suya.

LION GOODMAN
San Rafael, California

Nieve

Supe que estaba nevando antes de abrir los ojos. Oí el ruido de las palas que chocaban contra las aceras y percibí en el aire ese silencio tan especial que sobreviene cuando la ciudad se encuentra cubierta por un pesado manto de nieve. Corrí a las ventanas del salón para echar una ojeada a mi calle, a mis dominios. Debía de ser muy temprano. Todavía no había ninguno de mis amigos fuera, sólo se veía a los porteros yendo de un lado a otro con la nieve por las rodillas. Aliviada al comprobar que no me había perdido nada, caí en la cuenta de que mis hermanos y hermanas se habían despertado. No había tiempo que perder. Si me daba prisa saldría antes que cualquiera de mis amigos.

Me vestí con todo tipo de prendas de lana heredadas, pero no tenía mitones para abrigarme las manos. Los había perdido a principios del invierno. No sabía qué ponerme en los pies, mis zapatos ya no entraban dentro de las galochas de goma. Tenía que usar los zapatos o las galochas, pero no las dos cosas. Decidí ponerme dos pares de calcetines y las galochas.

Cuando me las estaba abrochando, me di cuenta de que había alguien junto a mí. Era mi hermano mayor, Lenny. Me preguntó si quería ir con él a patinar sobre hielo a la pista cubierta del Madison Square Garden. Deseché inmediatamente mi plan anterior. Mi hermano de trece años me estaba preguntando si yo, su hermanita de nueve años, quería ir a patinar sobre hielo con él. ¿Iría? Por supuesto que sí. Pero ¿de dónde íbamos a sacar el dinero? Lenny dijo que entrar y alquilar los patines nos costaría un dólar. Tenía que superar dos obstáculos para poder ir a patinar con mi hermano: la tormenta de nieve de 1948 y un dólar. Lo de la tormenta podía superarlo, pero el dólar representaba un verdadero problema.

Comenzó la búsqueda. Devolvimos algunos cascos de botellas, le pedimos una moneda de cinco centavos a mi madre, le rogamos a nuestro padre que nos diera una moneda de veinticinco centavos a cada uno, encontramos uno o dos centavos en los bolsillos de los abrigos, descubrimos dos monedas que se habían caído debajo de las camas y divisamos una rara moneda de diez centavos perdida en un rincón de una de las seis habitaciones de nuestra casa, un piso para empleados ferroviarios, sin agua caliente.

Poco después, fortalecidos con un tazón de avena caliente y metiéndonos en el bolsillo las monedas que tanto nos había costado conseguir, emprendimos nuestro viaje de veinte manzanas, un kilómetro y medio por dentro de la ciudad.

La nieve arrastrada por el viento cubría todas las superficies. Lenny y yo jugábamos a que estábamos en los Alpes y trepábamos por los montículos de nieve de más de un metro de altura que las palas habían amontonado junto a los bordillos. Teníamos la sensación de que aquél era nuestro territorio, miles y miles de copos

diminutos habían aislado la ciudad y habían hecho que los adultos se quedasen en casa. No se veían los rascacielos debido a la blanca cortina de nieve y parecía como si Nueva York se hubiese reducido a nuestra medida. Podíamos caminar por el medio de la Tercera Avenida sin temor a que nos atropellase un coche. Resultaba difícil contener la alegría, tan increíble era la sensación de libertad que experimentábamos allí fuera, en la nieve.

No tuvimos ninguna dificultad para recorrer las doce manzanas hasta la calle Cuarenta y nueve, pero por las largas calles que atravesaban la ciudad soplaban un frío glacial. El penetrante viento del oeste, proveniente del río Hudson, hacía que fuese casi imposible avanzar. Ya no podía mantener el paso de mi hermano. Mis alegres fantasías fueron reemplazadas por el persistente frío que me torturaba los pies. Llevaba la cabeza descubierta, las manos sin mitones cerradas en un puño dentro de los bolsillos y algunos de los broches de mis galochas se habían aflojado. Empecé a quejarme suavemente, puesto que no quería ser un engorro por temor a que Lenny no volviese a invitarme nunca más a ir con él a ningún sitio.

Nos detuvimos en algún punto de la Quinta Avenida para refugiarnos en un portal. Le comuniqué tímidamente a Lenny que se me habían desabrochado las galochas. Lenny sacó sus manos desnudas y rojas de los bolsillos y se agachó a abrocharme los helados cierres de metal llenos de nieve. Avergonzada de que Lenny tuviese que ocuparse de mí, me quedé mirando hacia delante y entre la espesa cortina de nieve vi a un hombre que venía andando hacia nosotros.

No podría decir qué edad tenía —todos los adultos parecían tener la misma edad para mí—, pero sé que era alto, delgado, y que tenía un rostro amable y hermoso. No llevaba sombrero. Pero llevaba una bufanda alrededor del cuello y su abrigo, como los nuestros, estaba cubierto de nieve.

No recuerdo si me habló o no. Lo que recuerdo es que se arrodilló delante de mí y su cara quedó a la altura de la mía. Me encontré mirando unos ojos castaños y dulces, sintiéndome desconcertada e incapaz de hablar. Cuando se marchó, sentí su calidez en la suave bufanda color vino que dejó envuelta alrededor de mi cabeza.

No recuerdo si patinamos en el hielo ni cómo regresamos a casa. Todo lo que mi memoria atesora de aquel día es la nieve, la amabilidad de un extraño y el cariño de mi hermano mayor, Lenny.

JULIANA C. NASH
Nueva York, Nueva York

Guerra

El hombre más rápido del ejército de la Unión

Mi bisabuelo, John Jones, era un chico de piernas largas y ojos azules de Green City, Misuri. Cuando estalló la guerra civil tenía sólo veinte años. Habló con su madre y le dijo que estaba en contra de la esclavitud y que no deseaba que la Unión se deshiciera. Ella le dio permiso para que se alistara en el regimiento número 18 de Voluntarios de Misuri. Su unidad participó en algunas de las batallas más terribles de la guerra.

En una ocasión, dieron orden a su regimiento para que custodiase una vía férrea. Cavaron unas trincheras alrededor de la vía y a la mañana siguiente temprano un batallón de caballería confederado cargó contra su posición. Se mantuvieron firmes hasta agotar las municiones. John Jones vio al enemigo avanzar por el terraplén y a los soldados de la Unión salir a rastras de las trincheras de la primera línea para levantarse y acabar decapitados por los sables de la caballería confederada. Él también se puso en pie y comenzó a correr. Oyó a varios soldados sureños gritar: «Ese yanqui es mío». Miró por encima del hombro y, efectivamente, varios jinetes se dirigían hacia él a galope tendido. Pensó para sus adentros: «Si Dios me dio estas piernas largas fue precisamente para usarlas en este momento». Sabía que estaba corriendo para salvar su vida y, sin saber cómo, logró mantenerse por delante de los jinetes que le perseguían. Vio un bosquecillo, se lanzó hacia él y lo atravesó corriendo hasta el otro extremo. Los caballos tuvieron que aminorar la marcha al llegar a los arbustos, y John Jones consiguió huir.

Los soldados que sobrevivieron a la batalla dijeron luego que nunca habían visto a un hombre correr más deprisa que un caballo.

MICHAEL KURETICH
Glendale, California

Navidad de 1862

Extraído de las memorias de James McClure Scott, del Ejército de los Estados Confederados de América (mi tío tatarabuelo), que sirvió bajo el mando de Jeb Stuart.

Diciembre de 1862.

Tomé parte junto a mi compañía en la célebre «incursión de Navidad» de Stuart. Nuestra ruta bordeaba el flanco oeste del ejército yanqui, pasaba delante de Lee en Fredericksburg, continuaba por Lignum y cruzaba el arroyo Kelly hacia Dumfries y Buckland, cerca de Leesburg, para llegar a Aldies y Middleburg, donde un grupo de jóvenes celebraron la Navidad quemando una efigie del presidente Lincoln.

Después de la batalla de Dumfries, en la que nuestra caballería fue repelida por la infantería federal, las tropas confederadas se mantuvieron en sus posiciones hasta la noche, momento en que se dirigieron hacia Buckram. Yo iba en la columna de vanguardia y no pude disfrutar de las provisiones capturadas al estar de servicio en otro lugar. No comía desde hacía treinta y seis horas y, además de hambriento, estaba cansado por la fatiga tras cabalgar durante toda la noche, pues no llegábamos a desmontar ni de día ni de noche. No tenía tiempo para alimentarme a mí ni a mi caballo. Era un invierno crudo y entre el hambre y la fatiga estaba desesperado.

La noche de Navidad, mientras marchaba al frente de la columna, vi la luz de una casa a través del campo. Dejé la columna sabiendo que podría reintegrarme a ella antes de que se alejara demasiado. Acompañado de otro hombre, atravesé el campo en dirección a la luz. Al llegar desmonté y llamé a la puerta. Dentro se oía cómo celebraban alegremente un festejo. Al fin, apareció el dueño de la casa. Le pregunté si podría dar de cenar a dos soldados.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó el hombre.

—Somos soldados de Jeb Stuart.

—Entonces han venido al lugar equivocado —exclamó el hombre—. Mis invitados son oficiales de la Unión que están con sus esposas.

A lo que yo repuse:

—Pues ya pueden ser muy valientes o se van a llevar la peor parte.

Todavía con el rostro demudado, el hombre dijo que no quería problemas pues de lo contrario las tropas de la Unión volverían para quemarle la casa.

—Sólo quiero cenar. No quiero hacer prisioneros ni crear problemas —le contesté.

El hombre se dio la vuelta para regresar al comedor mientras decía que le preguntaría a su mujer. Me di cuenta de que eso significaba alertar de mi presencia a

los yanquis y seguí al hombre pisándole los talones.

Los comensales se quedaron sorprendidos al ver aparecer al anfitrión seguido de un soldado confederado armado hasta los dientes que acababa de llegar, evidentemente, del frente. Me quedé allí de pie, acariciando con mi mano el revólver mientras el anfitrión les exponía mis exigencias.

Uno de los oficiales, el que estaba sentado en el extremo de la mesa más cercano a la puerta, comenzó a levantarse.

—Siga sentado —le dije—. Sólo quiero cenar.

Una mujer me imploró que no tomara prisionero a su marido.

Mi respuesta fue:

—Quiero mi cena y no voy a hacer prisioneros ni a causar problemas a no ser que alguien así lo quiera, y en ese caso se va a llevar la peor parte.

Rápidamente me hicieron un sitio en la mesa, cerca de la puerta por donde había entrado. Dos mujeres me sirvieron la cena, atiborrándome de café de VERDAD, ostras, pavo y todo aquello que constituye un menú navideño completo. Con mi pistola al costado y los oficiales yanquis sentados frente a mí, me zampé la cena sin apenas masticarla.

Todavía oía la marcha de la columna confederada mientras pasaba cerca de allí. Cuando me hube hartado, me levanté de la mesa y ofrecí dinero confederado como pago por mi cena y, como me lo rechazaron, me dirigí hacia la puerta sin que nadie me molestara y monté en el caballo con una intensa sensación de alivio una vez que la aventura había terminado. Un silencio absoluto reinaba en la casa mientras cabalgaba para unirme rápidamente a mi columna. Mi compañero había desaparecido al primer indicio de que había yanquis en la casa.

GRACE SALE WILSON
Millwood, Virginia

Monte Grappa

En junio de 1917 mi padre abandonó el campus del Grinnell College antes de la ceremonia de graduación para alistarse en el Cuerpo de Ambulancias de la Cruz Roja de Chicago.

Casi todas las ambulancias disponibles ya habían sido embarcadas rumbo a Europa. Los voluntarios se entrenaban como los reclutas del ejército, y poco después, sin realizar ni un solo día de prácticas al volante de una ambulancia, eran enviados a los campos de batalla de Europa.

Mi padre fue destinado al norte de Italia, en las faldas del monte Grappa. Al igual que a otros conductores, le entregaron una ambulancia antigua. Dieron un par de vueltas por el campamento y se dirigieron hacia las montañas, a un paso de donde las tropas italianas se enfrentaban duramente a las fuerzas austrohúngaras. La carretera no era más que un camino de cabras. A menudo tenían que conducir en la oscuridad, sabiendo que los conductores que descendían de la montaña tenían un escaso control sobre sus vehículos.

La ofensiva tuvo sus altos y sus bajos en noviembre. Finalmente llegaron refuerzos desde Francia e Inglaterra y se rechazó al enemigo cuando el invierno alpino ya atenazaba la región.

El enemigo se atrincheró y lanzó nuevos ataques durante la primavera. Las estadísticas estiman en 150 000 las bajas resultantes de las dos campañas italianas.

El número de heridos era tan elevado que los servicios médicos situados en la falda de la montaña estaban desbordados. El mando militar italiano dio la orden para que el cuerpo médico abandonara a los heridos del enemigo y atendiera sólo a los soldados italianos. Este cambio de política no estaba en consonancia con la actitud de los conductores de ambulancias, y menos aún iba con el carácter de mi padre. Él había ido allí a salvar vidas.

Poco después de que se diera aquella orden, mi padre recogió a un soldado austríaco y lo cargó para llevarlo a la ambulancia. Un soldado italiano le ordenó que se detuviera y dejase al herido en el suelo.

—No pienso hacerlo —dijo mi padre.

—Entonces tendré que dispararte —le respondió el italiano.

El soldado italiano levantó su fusil y apuntó al conductor de ambulancias norteamericano, que permaneció quieto con el herido en sus brazos. Se miraron durante lo que pudo parecerles una eternidad. Ambos tenían poco más de veinte años y ninguno había imaginado jamás que participaría en una guerra.

Después de quién sabe cuánto tiempo, comenzaron a reírse y el soldado indicó con la mano a mi padre que se marchara. Todavía riéndose, mi padre bajó al austríaco de la montaña.

MARY PARSONS BURKETT
Paw Paw, Michigan

Savenay

Durante la primera guerra mundial mi padre estuvo estacionado con el ejército norteamericano en Savenay, una pequeña ciudad del oeste de Francia. Hace pocos años visité Savenay llevando conmigo algunas fotografías que mi padre había sacado allí. Una de ellas mostraba a mi padre acompañado de dos chicas jóvenes en un camino rural. Había una casita al fondo. Siguiendo el camino, no lejos de Savenay, encontré aquella casa, una pequeña cabaña de ladrillo, rodeada por un murete de piedra. Crucé la verja y llamé a la puerta. Una anciana asomó la cabeza por la ventana del piso superior y me preguntó qué deseaba. Le mostré la fotografía y le pregunté en mi mejor francés si la reconocía. Desapareció dentro de la casa y después de una larga discusión en el interior con otra mujer, me abrió la puerta. La anciana me preguntó de dónde había salido aquella foto. Le dije que era de mi padre y que creía que la había tomado desde el camino frente a aquella casa. Sí, por supuesto, me dijo. La fotografía había sido tomada desde el camino y ella y su hermana mayor (la otra mujer que estaba dentro de la casa) eran las dos chicas que aparecían en la imagen. La anciana me dijo que su hermana recordaba el día en que se hizo la foto. Dos soldados pasaban por el camino y se habían acercado para pedir agua. Yo le dije que uno de aquellos soldados era mi padre (o mejor, que se convirtió en mi padre muchos años más tarde). Desgraciadamente, dijo la anciana, su madre no había permitido que les dieran agua a los soldados. Me dijo que su hermana lo había sentido mucho. Le agradecí su amabilidad y me di la vuelta para marcharme. Un instante después la mujer me llamó y dijo: «Mi hermana quiere saber si no querría usted un poco de agua».

HAROLD TAPPER
Key Colony Beach, Florida

Cincuenta años después

Mi padre fue piloto alemán durante la primera guerra mundial y mientras volaba en una misión de reconocimiento fue atacado por cazas franceses que ametrallaron su avión hasta averiarlo. Casi sin potencia en el motor, consiguió volar por encima de la frontera suiza y hacer un aterrizaje forzoso en un campo de heno ante la mirada atónita de los campesinos del lugar. Al término de la guerra, y después de su internamiento en la neutral Suiza, volvió a Alemania, continuó sus estudios, se licenció en geología y acabó emigrando a Estados Unidos.

Medio siglo después de aquel incidente bélico, al final de su carrera como catedrático de geología en una importante universidad norteamericana, relataba su experiencia a un grupo de alumnos alrededor de un fuego de campamento, tras una jornada de trabajo de campo. En ese momento un alumno le interrumpió diciendo: «Déjeme terminar la historia». Ante el asombro de todos, el estudiante detalló correctamente cómo los campesinos habían encontrado muerto al observador que iba sentado detrás de mi padre, cómo habían sacado a mi padre del avión, aturdido pero ileso, y cómo le habían dado comida y agua hasta que la policía suiza se lo llevó para internarlo. En su juventud el estudiante había oído relatar esa historia muchas veces a su madre, una de las chicas que estaba segando el heno en aquel prado de Suiza.

GISELA CLOOS EVITT
Stanford, California

Tenía la misma edad que mi hermana

Tengo casi sesenta y siete años, pero cada octubre, con el cambio de estación, vuelvo a tener once años.

Durante el último año de la guerra, el otoño en Holanda fue frío y húmedo. No había estufas encendidas, no había carbón. No había ninguna lámpara para iluminar cálidamente la habitación, no había electricidad. No había sopa digna de tal nombre. La sopa que nos daban en la cocina comunal, una mezcla de mondas de patata y hojas de col hervidas en agua sin sal, ya estaba fría cuando la llevábamos a casa.

Aquel día de octubre, al anochecer, los camiones militares bloquearon nuestra calle, como había sucedido en numerosas ocasiones anteriores, y un pelotón de soldados alemanes comenzaron a registrar, casa por casa, en busca de hombres.

«*Raus! Raus!*» Los altavoces nos urgían a salir y a quedarnos en las aceras mientras los soldados recorrían nuestras casas, buscando en los áticos y en los armarios. «*Raus! Raus!*» Mis hermanitos se habían olvidado de coger sus abrigo. El cuerpecito de Jacob me daba calor.

La calle se llenó de mujeres y niños. Podíamos hablar libremente puesto que los soldados no entendían el holandés, pero lo hacíamos en voz baja. Surgieron los chistes. ¿Por qué no hay hombres por aquí? ¿Es que no has oído hablar de la Inmaculada Concepción? Yo no entendía lo que decían, pero me reía igual que ellas. Las noticias volaban: ¡Están en Maastricht! ¿Por qué no vienen hacia el norte?

El frío se hizo más intenso. Los soldados estaban casi al final de la calle y no habían encontrado a ningún hombre. Nos llamamos todos. Entonces oímos que alguien lloraba. Todas las madres se dieron la vuelta. Era el llanto de un niño. Sentado en los peldaños de la entrada de la casa del señor Van Campen, había un soldado con el fusil apoyado a su lado y la cabeza hundida en su abrigo. Había intentado contener sus sollozos, pero no lo consiguió.

Una de las madres se acercó y habló con él en alemán.

—¿Qué te pasa? —le preguntó. Se inclinó hacia él mientras contestaba y cuando el chico terminó de hablar la mujer se irguió y nos dijo—: Esta guerra debe de estar a punto de terminar. El chico tiene dieciséis años y no ha probado bocado en todo el día.

Dos o tres madres dejaron el grupo y entraron en sus casas. Un oficial alemán se acercaba desde el fondo de la calle, a media manzana de allí. Yo estaba asustada y aterida de frío. Las madres consiguieron volver a tiempo. Una patata cocida y fría, un trozo de pan, una manzana arrugada fueron surgiendo del grupo para acabar en las manos del chico. El oficial se acercaba. El chico volvió a ser un soldado.

—*Danke* —dijo mientras se ponía en pie y cogía su fusil.

Los camiones se pusieron en marcha. Ya podíamos volver a casa. Durante el resto de la guerra, durante el resto de mi vida, he recordado a aquel soldado que lloraba. Tenía la misma edad que mi hermana.

MIEKE C. MALANDRA
Lebanon, Pensilvania

Apostando por el tío Louie

Aquel año, los jugadores de Amsterdam, Nueva York, sólo hablaban de mi tío Louie.

En la primavera de 1942 el tío Louie —un metro setenta, ochenta kilos, pies planos, corto de vista y con casi treinta y cinco años de edad— había recibido una citación para presentarse ante el tribunal médico militar en Albany. Además de vender cigarrillos y periódicos en la estación de autobuses de la calle Mayor del pueblo, mi tío Louie era jugador. La temporada anterior me había llevado a pasar mi primer «día en las carreras» en Saratoga, al poco tiempo de empezar el colegio y pocos meses antes de Pearl Harbor. Cuando sus compañeros de juego se enteraron de la citación, se rieron y comenzaron a hacer apuestas. ¿Sería Louie capaz de responder al reto de defender a Norteamérica? Las apuestas estaban abrumadoramente en su contra: el único que apostó a favor de su alistamiento fue el propio tío Louie. De esa forma consiguió los trescientos cincuenta dólares que depositó en la caja de ahorros de Amsterdam, poco tiempo antes de partir, primero al cuartel de Upton en Nueva York y finalmente hacia Europa.

El primer regalo que me envió fue una bandera de Islandia de tela de rayón, una cruz roja bordeada de blanco sobre un fondo azul. A veces llegaba una tarjeta postal con un volcán negro que emitía un humo blanco como un halo. Otras veces, era una carta que nunca traía noticias pero sí mucha información sobre el tiempo. «Islandia es tan fría como Amsterdam en invierno, pero con menos nieve», decía. Mi madre hacía jerséis de color caqui por docenas. Yo formaba grandes bolas con el papel de plata de los envases de chicle y mi padre, que estaba excluido del servicio debido a sus cataratas y a su situación familiar, donaba sangre todos los meses. Seguíamos escribiendo al tío Louie, contándole lo que hacíamos y transmitiéndole los mensajes de sus amigos del quiosco de periódicos. «Pregúntale a qué se dedica en Islandia», me pedía Goody, y para subrayar su pregunta tiraba la larga ceniza gris de su cigarro con un golpecito: «¿A los dados? ¿Al póquer? ¡Ja, ja, ja!».

Todas las noches, después de escuchar programas de radio como *El Capitán Medianoche* y *Porcia se enfrenta a la vida*, yo ponía la mesa y mi madre servía platos de ensalada fresca o de sopa hirviendo. Era el momento de escuchar las noticias de las seis. Mi padre anotaba los nombres de las ciudades y de los países que se mencionaban, y después de cenar colocábamos los alfileres rojos y azules sobre el mapamundi que había colgado en la cocina. A partir del día D empecé a notar que mis padres intercambiaban discretas miradas durante las noticias y que hacían breves comentarios en yiddish que yo no comprendía. Oí de soslayo una conversación telefónica referente a uno de los primos de mi madre. Hacía más de un año que no sabíamos nada de él y lo más probable era que estuviera prisionero en algún lugar de Alemania. Me fijé en que dos personas de nuestro edificio llevaban bandas negras de

luto en las mangas. En el otoño de 1943 dejaron de llegar postales y perdimos totalmente la pista del tío Louie.

Tuvieron que transcurrir cincuenta años para que yo averiguase dónde había pasado el tío Louie la guerra. Ah, sí, por supuesto que me había enviado un frasquito de Chanel No. 5 desde París, y a mi madre un gran frasco de colonia que se apresuró a cambiármelo por el perfume. Y también recibimos aquella elegante fotografía suya en color sepia que todavía tengo en mi estantería. Aparece sentado de perfil para que se vea su galón de cabo sobre la manga izquierda. Está delgado, sonriente, y lleva su pelo negro muy corto. Y por supuesto que en el verano de 1945 compré un rollo de papel blanco para forrar estantes y con los lápices de cera de mi caja gigante Crayola que se derretían al sol dibujé en él, sobre la mesa de madera que teníamos en el patio trasero, un letrero multicolor que colgamos en el porche de entrada y que decía: «¡Bienvenido a casa, tío Louie!».

Tuvo que pasar medio siglo para que, en una ocasión en que le llevaba en coche al cementerio judío a las afueras de Amsterdam para visitar al resto de nuestra familia, le preguntase lo que había hecho durante la segunda guerra mundial. Sobre el desembarco en Normandía: «Aquel chino y yo éramos tan bajitos que no podíamos alzar los fusiles sobre nuestras cabezas y correr por el agua al mismo tiempo, porque nos hubiéramos ahogado. Así que el sargento nos gritó: “¡Eh, idiotas! ¡Tirad los fusiles! ¡Id hacia la playa corriendo o nadando y cuando lleguéis ya os haréis con algún arma!”». Sobre la batalla de las Ardenas: «Lieja fue horrible. El peor momento de mi vida. Yo estaba en el puesto de radio. No recibíamos señales, sólo bombas. Y cuando salí de allí...». No quiso continuar, sólo dio a entender que él había sido uno de los pocos que sobrevivieron de su unidad. Y sobre la entrada en París: «¡Flores, música, vítores, abrazos, más música! ¡No he visto en mi vida nada igual, ni siquiera cuando volví a casa y aposté al caballo ganador en el hipódromo de Saratoga todo el dinero que había conseguido cuando me llamaron a filas! Nada podrá igualar lo que sentí en París».

Cuando le pregunté por qué no había vuelto a salir de Amsterdam después de la guerra ni se había beneficiado de la ley que se promulgó para favorecer a los soldados que volvían del frente, me contestó simplemente: «Ya salí una vez en 1942, cariño, y aquello fue suficiente para toda la vida».

JEANNE W. H ALPERN
San Francisco, California

El jugador de los diez tantos

A mediados de 1942 mi escuadrón estaba en Nueva York dispuesto para ser enviado a ultramar. Todos los meses los submarinos nazis hundían miles de toneladas de buques aliados. El sistema de convoyes todavía no estaba perfeccionado, y éstos sólo contaban con cobertura aérea eficaz durante una décima parte de su trayecto. Estar embarcado no era un destino apetecible.

Dos de mis mejores amigos del escuadrón eran «Doc» Saunders, el cirujano de vuelo, y John Milburn. Todos deseábamos pasar nuestra última noche en Norteamérica del modo más agradable y tranquilo. Queríamos hacer balance de nuestras vidas, estar con nuestros amigos y recordar el hogar. De alguna forma, Doc consiguió que nuestro permiso se alargara hasta las diez de la noche, una mínima concesión en la víspera de nuestro particular día D. Aprovechando que íbamos a contar con unas horas más, John nos invitó a Doc y a mí a una cena de despedida en casa de sus padres en Long Island.

Doc y yo sabíamos que John Milburn pertenecía a una familia adinerada. En Dakota del Norte, durante los años treinta, ser «adinerado» significaba tener lo suficiente para poder compartirlo con los vecinos. Pero además John había ido a colegios privados, había conducido coches deportivos y se había licenciado en Oxford. Durante aquellos oscuros días que siguieron al estallido de la guerra en Europa, John embarcó de vuelta a casa, alojándose en un camarote de primera clase del *Athenia*. Pero ni Doc ni yo nos dimos cuenta de lo rico que era hasta que llegamos a su casa. Atravesamos un parque muy cuidado. Al entrar en la casa unos sirvientes recogieron nuestras cazadoras de piloto.

La cena fue grandiosa. Aquella aristocrática familia norteamericana nos recibió como si Doc y yo fuéramos de casa. Yo me preguntaba si, después de marchar al día siguiente, volvería a ver Estados Unidos otra vez. Pero los padres de John hicieron todo lo posible para que sintiéramos que pronto volveríamos con ellos, para disfrutar de la comida y la bebida y para aprender cosas nuevas, como el polo.

Nos enteramos de que el padre de John era, como suele suceder entre la gente adinerada, un ferviente jugador de polo. En la pared del vestíbulo de la segunda planta de aquella casa palaciega había un retrato de cuerpo entero del padre de John vistiendo su atuendo completo de polo. «Mi padre es un jugador de diez tantos», dijo John mientras pasábamos delante del cuadro. Para un chico del Medio Oeste aquello no significaba mucho, pero pronto comprendí que ser un jugador de diez tantos era algo así como hacer cincuenta carreras en una temporada de béisbol o ganar el Masters en golf. «Sólo hay unos pocos jugadores de diez tantos en el mundo», nos dijeron.

Pasó un año. La guerra no marchaba especialmente bien para los aliados, pero

había motivos para la esperanza. El Afrika Corp había sido derrotado. Göring se había quedado casi sin aviones. Doc y yo todavía permanecíamos juntos, pero nuestro amigo John Milburn había sido enviado a otro destino. Perdimos el contacto, como ocurría con demasiada frecuencia cuando se dependía del correo de guerra.

Entonces nuestro escuadrón fue trasladado a una base del interior de la campaña inglesa. El primer día en nuestro nuevo aeródromo, un hombre de aspecto distinguido nos llamó a Doc y a mí desde el otro lado de la verja de la base. «Yanquis —dijo— ¿les apetecería tomar una taza de té conmigo?».

Vivía en una antigua casa de estilo inglés. Tenía un tejado alto de paja que cubría la parte más antigua y, a su espalda, una edificación más reciente denotaba que se trataba de un hombre adinerado. El caballero nos mostró la casa. Al pasar por un enorme despacho decorado con todo lo que uno espera hallar en casa de un caballero y deportista británico, me detuve en seco. Allí, en mitad de la pared, había un retrato de un jugador de polo. Era una copia exacta del retrato del padre de John que habíamos visto en Long Island.

—Ése es el padre de John Milburn —dije sorprendido.

—Vaya, ¿le conoce usted? —preguntó nuestro nuevo amigo inglés—. Es mi mejor amigo. Jugó en mi equipo de polo durante muchos años. Es un jugador de diez tantos, ¿lo sabía usted?

Doc y yo tomamos el té muchas veces en su casa, en aquel despacho dominado por el retrato de un jugador de polo norteamericano. Fue en aquella habitación donde nuestro nuevo amigo recibió la carta que le comunicaba la muerte en combate de John Milburn. Leímos la carta escrita por el jugador de diez tantos mientras, a nuestra espalda, nos observaba silenciosamente desde la pared.

PAUL EBELTOFT
Dickinson, Dakota del Norte

La última mano

La peor partida de póquer que he jugado en mi vida tuvo lugar en una isla del Pacífico Occidental cercana al Ecuador, durante la segunda guerra mundial. Jugábamos en mi despacho y los bombarderos japoneses interrumpieron dos veces la partida durante la primera hora. En ambas ocasiones, tuvimos que salir corriendo bajo la lluvia hacia un rudimentario refugio antiaéreo, donde permanecimos en aquella húmeda oscuridad hasta que pasó la alarma.

Además de aquellas penosas circunstancias, lo más frustrante era que a nadie le llegaba una mano decente en el juego. En la media docena de partidas que llevábamos ni siquiera se habían llegado a acumular diez dólares sobre la mesa. Cada participante se jugaba el dinero que había ganado durante el mes, por lo que había algunos miles de dólares disponibles para apostar.

Finalmente, como anfitrión y encargado de repartir juego, sugerí que jugáramos una última mano en la que cada uno apostara inicialmente cinco dólares para que alguien, al menos, se llevara unos cuantos pavos antes de volver a las tiendas de campaña y tumbarnos en nuestros catres húmedos para pasar otra noche en vela.

Pero eso no fue lo que sucedió. El jugador de mi izquierda abrió doblando lo que había en la mesa: treinta y cinco dólares. El siguiente subió a setenta dólares. Cada jugador iba igualando o subiendo la apuesta anterior, nadie se achantó. Cuando le tocó apostar al teniente Smith, que estaba sentado a mi derecha, subió la apuesta a mil dólares. Smitty era un buen amigo, además de un muy buen jugador de póquer. Sabía que había ganado bastante dinero en las últimas semanas.

«Sudé» mis cartas una vez más: tres, cuatro, cinco, seis de diamantes y un nueve de tréboles. Tenía una posible escalera, posible color y posible *escalera de color*. Debía continuar y conseguir una nueva carta aunque me fuera a costar, como mínimo, mil pavos. Cubrí la apuesta y así lo hicieron otros dos jugadores. Calculé que habría cinco mil dólares en la mesa. Me costaba respirar mientras servía sus cartas a los demás.

El que había abierto el juego no pidió cartas y tampoco lo hizo Smitty. Cogí una carta. «Sudé» mis cartas de nuevo tratando de hacer acopio de valor para mirar mi juego. Cuando vi que mi nueva carta era un dos de diamantes pensé que me moría. ¡Una escalera de color! Nunca en mi vida había tenido una escalera natural. Rezaba para que los otros no notaran mi «cara de póquer».

Los otros dos jugadores observaban a Smitty, que era el que siempre subía las apuestas, y Smitty me miró a mí de arriba abajo.

—Capitán —dijo con una leve sonrisa—, parece que se acaba de tragar un canario. No se preocupe, le voy a dejar elegir el veneno con el que quiere morir. Pero nadie verá mi juego sin pagar por ello antes, así que subo otros doscientos dólares.

Conté el dinero que tenía sobre la mesa: setecientos dólares. La mayor parte era fruto de anteriores ganancias, pero alrededor de doscientos eran la paga que tanto me costaba ganar. Con un profundo suspiro, puse todo el dinero en la mesa y dije con una vocecilla:

—Subo quinientos dólares.

Era como en las películas. El sudor me traspasaba los pantalones.

Sólo Smitty quiso ver. Dejé las cartas sobre la mesa y anuncié en tono triunfal:

—¡Escalera de color!

Smitty tragó saliva y preguntó:

—¿Hasta dónde llega su escalera?

El corazón me dio un vuelco. Sabía que me había ganado. La escalera del dos al seis era la más baja que se puede sacar. Me ganó con una escalera de color de tréboles al siete.

Smitty recogió el montón de dinero, lo apretujó dentro de su camisa y nos agradeció a todos nuestra contribución.

Media hora más tarde un solitario bombardero japonés soltó su carga sobre la tienda iluminada de Smitty. Recogimos más de ocho mil dólares dispersos por los alrededores y se los enviamos a su viuda. La tarde siguiente, durante su funeral, nos enteramos de que Smitty estaba en la lista de ascensos y que iban a hacerle capitán. Corregimos el rango en su lápida blanca. Fue realmente la última mano.

BILL HELMANTOLER
Springfield, Virginia

Agosto de 1945

El coronel nos estaba dando las instrucciones para una nueva misión. Sería la séptima desde que llegamos al teatro de operaciones del Pacífico, hacía ya seis meses. Los informes decían que era una operación extremadamente peligrosa pues consistía en realizar un desembarco en el territorio de Japón y había indicios de que los japoneses conocían de antemano nuestros planes y se preparaban para una resistencia masiva. A pesar de haber recibido aquellas noticias tan inquietantes, continuamos tratando los detalles de la misión como si fuera otra operación de rutina. En cualquier caso, éramos conscientes de que, a aquellas alturas, ya nos habíamos jugado nuestras últimas posibilidades de sobrevivir.

«Esta misión es voluntaria», espetó el coronel. «Si alguien no desea participar en ella, sólo tiene que presentarse en mi tienda, ponerse firme, mirarme a los ojos y decir: “¡Coronel, soy un cagado, señor!”, y le mandaré en el primer barco a la base de Oahu. ¿Está claro? ¡Pueden retirarse!».

Después de participar en docenas de misiones estábamos exhaustos. Aunque ninguno lo expresaba en voz alta, todos sabíamos lo que los otros pensaban. Yo también pensaba lo mismo. Ojalá tuviera los redaños para ir a ver al coronel y confesarle que era un cobarde. Estábamos demasiado cansados para admitir que teníamos miedo. Éramos demasiado orgullosos. Éramos soldados curtidos, veteranos de muchas batallas que nos iban a significar otras tantas estrellas de combate en nuestros uniformes que después colgaríamos en el armario a esperar que se los comieran las polillas o que un niño descolgara la guerrera y se disfrazase para Halloween. Y sabíamos lo suficiente de la guerra como para sentir verdadero miedo. Pero mi temor no se reducía a mirar al coronel a los ojos y decirle que tenía miedo. Lo que temía era mirarme a mí mismo a los ojos, a pesar de que en aquel lugar perdido del Pacífico no teníamos espejos, y sabía que, aun estando tan asustado y harto de luchar, nunca tendría el valor de entrar en la tienda del coronel.

Pero hubo un hombre, Symes, que sí entró a ver al coronel. Cumpliendo su palabra, el coronel ordenó el traslado de Symes. Sus órdenes fueron que embarcara en el *Jasper*, un buque de apoyo que volvía a Oahu para cargar nuevos pertrechos de guerra.

Yo envidiaba a Symes. Le odiaba. Todos le odiábamos. Sabíamos que Symes había luchado codo con codo junto a nosotros durante aquella campaña, enfrentándose al fuego enemigo como cualquier otro, ni más ni menos. Pero fue el único que tuvo agallas para decir que era un cobarde y ahora iba a salir de aquel maldito agujero. Iba a embarcarse, a comer en una mesa, a dormir en una cama con sábanas, a oler el aire fresco del mar, en lugar del constante hedor a pólvora y a cadáveres, iba a escuchar el sosegador sonido del océano en lugar del silbido de las

balas y las andanadas de la artillería pesada que te encogían el estómago. Y, quizá, pasaría el resto de la guerra detrás de un escritorio o como operador de radio en la retaguardia. (Y todavía obtendría sus estrellas de combate. ¿Quién iba a saber lo que le había dicho al coronel, excepto nosotros? En cualquier caso, al cabo de una semana todos podíamos estar muertos).

Cada uno se las arregló para estar ocupado en otras cosas mientras Symes hacía su petate y salía para embarcar en el *Jasper*. Entonces nos tocó a nosotros preparar nuestro equipo para la próxima batalla. Todos escribimos cartas a nuestras familias, a nuestras mujeres, a nuestras novias, intentando despedirnos sin revelar adónde íbamos ni lo que pensábamos.

La mañana en la que nos disponíamos a embarcar en los buques de transporte, uno de los conductores filipinos se acercó corriendo a nosotros mientras gesticulaba lleno de entusiasmo: «No preocupar. No problema. Caer gran bomba. ¡Guerra terminar!». Pusimos la radio y escuchamos la noticia de la bomba que habían lanzado sobre Hiroshima.

Mientras seguíamos allí, intentando asimilar el significado de aquella noticia, recibimos un segundo mensaje: el *Jasper* había sido torpedeado en alta mar. No había supervivientes.

ROBERT C. NORTH
Tal como se lo contó a DOROTHY NORTH
Woodside, California

Una tarde de otoño

Mi hermano perteneció a la 82.a División Aerotransportada que tenía su campo de entrenamiento cerca de Columbus, Georgia. Supimos que le habían enviado al norte de África, pero cuando recibimos la noticia de su muerte nos dijeron que había caído en Francia el 21 de agosto de 1944. Tenía diecinueve años.

Esto es lo que recuerdo de la tarde en que me enteré de la terrible noticia.

No voy a decir que tuve alguna intuición o presentimiento de lo que iba a suceder aquel día. Caminé hacia casa, después de que el autobús del colegio me dejara al final de nuestra calle, sin tener la menor idea de lo que me aguardaba. Recuerdo que era la mejor época del año, uno de esos días dorados de finales de verano, con el otoño en ciernes. Las hojas de los árboles empezaban a cambiar de color preparándose para su intenso canto del cisne, antes de entrar en la sombría estación que nos esperaba.

Corría el año 1944 y yo empezaba mi segundo curso en el instituto. Mi madre y yo estábamos casi siempre solas en la vieja casa de campo que habíamos heredado de mis abuelos paternos. Nuestra pequeña propiedad estaba rodeada de granjas de vacas en el norte del estado de Nueva York. Mi padre trabajaba en el canal de Barge y sólo venía a casa los fines de semana, en parte debido a la distancia, y en parte, al estricto racionamiento de gasolina que estaba en vigor. Mi hermano se había alistado como paracaidista nada más salir del instituto y había embarcado para ultramar en marzo de aquel mismo año. Sus cartas nos llegaban del norte de África pero dejaban entrever que pronto lo trasladarían a otro destino.

Al entrar en casa por la cocina me di cuenta de que algo había ocurrido. Nubes de vapor ascendían desde la gran cafetera de aluminio colocada en el fuego y varios tarros de cristal vacíos estaban alineados sobre un paño de cocina extendido en la mesa. Otros utensilios para preparar mermelada —cuchillos, cazos y embudos— estaban tirados por todos lados. La caja que contenía los aros de goma rojos que se usaban para cerrar herméticamente los tarros estaba abierta. Parecía como si toda la actividad de aquella habitación se hubiera detenido hacía tan sólo un instante. ¿A qué se debía aquel silencio? ¿Dónde estaba mi madre? Ella siempre me recibía en la cocina cuando volvía a casa. Mientras la buscaba por la casa, recuerdo haberme fijado en un brillante rayo de sol vespertino que iluminaba un cesto de tomates. Estaban resplandecientes en aquel rojo encendido.

Nuestro comedor daba al norte de la casa y siempre estaba oscuro. En la penumbra, vi sobre la mesa un papel amarillo arrugado y en aquel terrible instante me di cuenta de todo. En el papel estaban escritas las palabras más temidas en aquellos tiempos de guerra: «Lamentamos comunicarle...».

WILLA PARKS WARD
Jacksonville, Florida

Creía que mi padre era Dios

Lo que voy a contar sucedió en Oakland, California, al final de la segunda guerra mundial. Yo tenía seis años. No sabía entonces lo que era la guerra pero sí era consciente de alguna de sus consecuencias. El racionamiento, por ejemplo, ya que yo tenía una libreta de racionamiento con mi nombre. Mi madre la guardaba junto con las libretas de mis hermanos. Recuerdo los apagones, las alarmas antiaéreas y los aviones de combate volando sobre mí. Mi padre era patrón de un remolcador y recuerdo que hablaba de buques de transporte de tropas, de submarinos y de destructores.

También recuerdo a mi abuela llevando tocino a la carnicería para ser reciclado y acudir al edificio federal que estaba en el centro de la ciudad para arrojar los restos de papel de aluminio por las ventanas que habían acondicionado para tal fin en la fachada que daba a la calle.

Pero lo que mejor recuerdo es al señor Bernhauser. Era nuestro vecino de atrás y era especialmente malvado y antipático con los niños, además de ser grosero con los mayores. Tenía un ciruelo italiano cuyas ramas colgaban por encima de la valla trasera de nuestro jardín. Si las ciruelas colgaban de nuestro lado, podíamos cogerlas, pero Dios nos librara de traspasar la valla. Se desataban truenos y centellas. Nos gritaba e insultaba hasta que mi padre o mi madre acudían a ver qué era todo aquel alboroto. Normalmente venía mi madre, pero aquella vez lo hizo mi padre. El señor Bernhauser no le caía bien a nadie, pero mi padre le tenía una manía especial porque nunca nos devolvía los juguetes y las pelotas que caían en su jardín. Así que allí estaba el señor Bernhauser gritándonos que nos fuéramos al infierno y dejáramos su árbol en paz, cuando mi padre le preguntó qué era lo que pasaba. El señor Bernhauser tomó aliento y lanzó una diatriba contra los niños ladrones, los transgresores de la ley que robaban fruta y contra los monstruos en general. Creo que a mi padre se le colmó la paciencia, porque lo que hizo a continuación fue gritarle al señor Bernhauser que se muriera. El señor Bernhauser dejó de gritar, miró a mi padre, se puso colorado, después morado, se llevó la mano al pecho, se puso gris, se fue doblando lentamente y cayó al suelo. Que mi padre le gritase a un viejo miserable ordenándole que se muriera era algo que escapaba a mi comprensión. Creía que mi padre era Dios.

Recuerdo que Ray Hink vivía al otro lado de la calle. Estábamos en el mismo curso y su abuela vivía en el piso de arriba. Era una ancianita pequeña que siempre llevaba un vestido de cuello alto. Se sentaba al lado de la ventana con unos prismáticos de ópera y vigilaba el vecindario. Si nos portábamos bien, nos dejaba mirar por los prismáticos y oler los pétalos de rosa que guardaba en un jarrón de alabastro encima de una mesa. Decía que los pétalos de rosa venían de Alemania y que el jarrón era de Grecia. Una tarde me dejó sus valiosos prismáticos y me puse a

mirar la calle. Llegó un taxi y un joven alto y delgado, vestido de marinero, descendió del coche. Estrechó la mano del taxista, que acababa de sacar su petate del maletero, y supe inmediatamente que se trataba de mi tío Bill que volvía de la guerra. Mi abuela bajó la escalinata del portal y le abrazó. Estaba llorando. Recuerdo las estrellas que colgaban en las ventanas de las casas de nuestros vecinos. Mi abuela me dijo que era porque habían perdido a un hijo en la guerra. Yo estaba contento de que no hubiese ninguna estrella en nuestra ventana. Aquella noche celebramos una gran fiesta en honor del tío Bill. Me fui a dormir feliz porque mi tío había vuelto a casa sano y salvo. Nunca volví a pensar en el señor Bernhauser.

ROBERT WINNIE
Bonnors Ferry, Idaho

La celebración

El 14 de agosto de 1945 —día de la victoria sobre Japón que puso fin a la segunda guerra mundial— yo estaba destinado en una base aérea a las afueras de Sioux Falls, Dakota del Sur. A última hora de la tarde nos llegó la noticia de la rendición de Japón e inmediatamente todo el mundo en la base se dirigió a la ciudad para celebrarlo. Como no había camiones ni jeeps suficientes, la mayoría de nosotros tuvo que ir a dedo. Me parecía todo muy apacible mientras atravesaba las suaves y onduladas praderas donde pacían algunas vacas bajo un cielo que parecía más azul e intenso que nunca y unas nubes rechonchas que parecían más blancas y luminosas que nunca.

Qué momento más magnífico. Había sobrevivido a setenta y nueve misiones de combate, volando sobre Europa, sin recibir un rasguño y ya no tendría que luchar en el Pacífico y pronto podría volver a la Universidad de Columbia, después de cuatro años de servicio militar. El mundo estaba en paz y yo me dirigía a la ciudad para celebrarlo.

Cuando llegué, hacía tiempo que había empezado la fiesta. Miles de soldados se habían congregado en el centro de la ciudad junto a cientos de civiles. El alcohol corría libremente. En medio de la celebración compré una botella de cerveza y me las arreglé para subir al tejado de una casa para unirme a un grupo que observaba la ruidosa algarabía desde allí arriba. Los ciudadanos agradecidos abrazaban y besaban a los soldados por haber ganado la guerra.

Llegó un granjero en su vieja y desvencijada camioneta y, a su pesar, la tuvo que vender de inmediato a un grupo de soldados borrachos y exaltados que acababan de pasar la gorra para comprarla. Nada más tomar posesión de la camioneta, le prendieron fuego. Los bomberos llegaron rápidamente con las sirenas aullando, engancharon sus mangueras y pronto fueron arrollados por las masas que cortaron las mangueras con las hachas de los propios bomberos. Mientras las llamas consumían la camioneta, el gentío —incluyendo soldados, paisanos y bomberos— rugía de satisfacción.

La acción comenzó a derivar hacia la siguiente manzana, así que me bajé del tejado para seguirla. Los borrachos estaban cada vez más borrachos y ruidosos y lo que había comenzado como una alegre celebración del final de la más sangrienta y terrible de las guerras de la historia de la humanidad, se convirtió en un espectáculo salvaje, caótico y violento. La gente rompía los escaparates de las tiendas y comenzaron las peleas. Los escasos policías que había por allí se veían impotentes para dominar la situación. Ni siquiera parecía que tuvieran interés en ello.

Se desató una pelea en la que seis u ocho soldados blancos la emprendieron a golpes contra un soldado negro. Se oían gritos de «¡Mata a ese negro!» o «¡Acaba con ese negro hijo de puta!». El hombre consiguió zafarse y corrió por una calle

lateral con el semblante aterrorizado. Un semblante que no olvidaré mientras viva. La turba le persiguió agitando botellas de whisky vacías. El soldado negro se quedó atónito al darse cuenta de que era un callejón sin salida. Sentí el impulso de acudir en su ayuda, pero me asustó la muchedumbre.

Al llegar al final del callejón se dio la vuelta para enfrentarse a sus perseguidores y esperó a que dieran el siguiente paso. Estaba chorreando de sudor. La mirada de terror en su rostro se transformó en otra de férrea determinación. Sus perseguidores pararon en seco menos un soldado que avanzó decidido hacia él y le lanzó un puñetazo. Pero se llevó la sorpresa de su vida cuando recibió a cambio un golpe que le dejó sin sentido en el suelo. El soldado negro cerró los puños y, mientras pasaba por encima del cuerpo de su agresor, dijo: «Ahora me voy». El silencio era absoluto. Todos se hicieron a un lado y le dejaron salir de allí. Estuve a punto de ir a felicitarle, pero temía que me dijese: «¿Dónde estabas tú cuando te necesitaba?». Después de aquel incidente perdí todo interés en la celebración y volví otra vez a dedo a la base.

Al recordar el desagradable incidente me sentí culpable por no haber salido en defensa de aquel hombre. La culpa trajo a mi memoria una historia que había leído. En el profundo Sur, un hombre observa en silencio cómo linchan a otro. Se siente impresionado y fascinado a la vez por lo que acaba de presenciar.

La muchedumbre se dispersa, dejando atrás el cadáver colgado de la rama de un árbol, y el hombre regresa a casa sintiéndose avergonzado de su cobardía por no haber intervenido. Al entrar en casa, su mujer percibe en su rostro la vergüenza y la culpa y le recrimina: «Has estado con una mujer, ¿no es cierto?».

REGINALD THAYER
Palisades, Nueva York

La Navidad de 1945

La guerra había terminado hacía algunos meses y nuestra unidad estaba estacionada en Kioto, Japón. Nuestra Navidad prometía ser tan triste como los barracones donde vivíamos. El emperador Hirohito se refería a *nosotros* cuando dijo: «Debemos soportar lo insoportable». El 22 de diciembre enviamos un camión para recoger un árbol de Navidad y algunos adornos al cuartel general del cuerpo.

Se eligió a los cinco peores tipos del regimiento 569 para que fueran los encargados de adornar el árbol. Teníamos la esperanza de que se amotinarían y así podríamos enviarlos a todos a la trena. Pero no ocurrió nada eso. De hecho, hicieron un buen trabajo. Pero nunca se había visto adornar un árbol de Navidad entre tantas palabrotas y cruces de insultos. Merton Mull, la estrella del «quinteto imposible», vio esfumarse aquel día su esperanza de obtener la baja médica. Casi no podía andar. Se quejaba de que su columna era una guirnalda de discos sueltos. Por una rendija en la puerta del comedor de la tropa observé cómo Merton se colgaba con un brazo de una viga para colocar una estrella plateada en lo alto del árbol.

Resultaba triste ver cómo la compañía, siempre orgullosa de su unidad y de la mención al valor que recibió mientras formaba parte del 6.º Ejército, estaba tan desunida al llegar la Navidad. Muchos de los que habían servido en la compañía a lo largo de las campañas de Nueva Guinea y Luzón habían vuelto a casa y habían sido reemplazados por reclutas procedentes de Estados Unidos. La vieja guardia encontraba insoportable la fanfarronería de aquellos chuletas de diecinueve años. El odio estaba a flor de piel.

Era necesario un eficaz golpe de relaciones públicas para que las cosas mejoraran. La agitación y los cuchicheos se extendieron entre la tropa cuando llegó el momento de leer los servicios para el día de Navidad. Los peores servicios fueron asignados a los suboficiales, incluidos los más veteranos. Cuanto más alto era el rango, peor era el cometido. El sargento mayor, después de servir las mesas en el comedor, tenía que limpiar las cacerolas y las sartenes, que era el servicio de cocina más odioso. El sargento furriel, con sus cuatro galones, tendría que pasar buena parte del día de Navidad limpiando retretes. A los sargentos de cada pelotón se les asignaron servicios generales, y a los cabos, todos los tediosos servicios de guardia. «Los novatos no se lo merecen», decían muchos. Durante la cena el sargento mayor rompió el hielo, aunque fuese brevemente. «Condecoró» a los cinco «malvados» que habían adornado el árbol y en su mención hacía referencia a su «actuación más allá de la llamada del deber».

Las heridas se restañaron a lo largo del día —al menos muchas de ellas—, pero en gran medida se debió a la llegada de unos visitantes inesperados la víspera de Navidad. De alguna manera misteriosa, aquella visita infundió un genuino espíritu

navideño a nuestra hipócrita política de relaciones públicas. Me apresuro a contarlo.

Yo estaba en la oficina escribiendo una carta a la familia, cuando entró súbitamente el cabo Duncan, el escribiente de nuestra compañía, con una noticia sorprendente. Un grupo de japoneses montados en un camión, en cuya plataforma habían instalado un órgano de pedal, estaba en la puerta de la base solicitando permiso para entrar.

Vestían túnicas blancas, como las que se usan en los coros, y decían que eran cristianos. Según Duncan, al menos dos de las mujeres eran indudablemente ángeles.

Si les permitíamos entrar infringiríamos nuestras estrictas normas de seguridad. Después de algunas dudas, el camión entró en la base a trompicones, quemando gasolina barata. El organista empezó a tocar y un coro juvenil compuesto por siete mujeres y tres hombres comenzó a cantar conocidos villancicos en japonés. Contando al conductor y al organista, bien podrían representar a los simbólicos doce apóstoles. Con graciosos movimientos, como en la ceremonia del té, los cantantes encendían velas y se las entregaban a los soldados que se arremolinaban a su alrededor. Mientras cantaban el último villancico, repartieron pañuelos de seda como regalo.

Nosotros no podíamos ser menos. Con la ayuda de uno de los cocineros, nuestro sargento de comedor, que era judío, hizo una incursión en la cocina para buscar excedentes. Llevamos cajas llenas de comida al camión. El cabo que estaba a cargo del garaje le pasó al conductor del camión un bidón con cinco galones de gasolina. Otros corrieron a sus barracones para ver lo que encontraban. Chicle, chocolate, pasta de dientes, cuchillas y crema de afeitar, papel higiénico, un sinfín de pastillas de jabón en diversos estados de uso, incluso algún yen que otro, todo fue amontonado en una gran papelera que, con razón, yo sospechaba que aquel golfo de Duncan me había robado de la oficina. Un delito más o menos ya no tenía importancia. Todo aquel asunto, de principio a fin, había sido ilegal. Aun siendo enemigos, los japoneses nos habían devuelto la unidad cuando estábamos a punto de perderla. Un pequeño grupo de cristianos japoneses nos ayudó a estar juntos de nuevo.

La Biblia dice que llueve por igual sobre justos y pecadores. Para mí no existía otra explicación. Un mes después de aquella extraordinaria Navidad, Merton Mull consiguió su baja médica. Recuerdo vagamente que decía algo así como: «El soldado Mull sufre una alienación mental crónica que le lleva a creer que padece un problema en la columna».

LLOYD HUSTVEDT
Northfield, Minnesota

Un baúl lleno de recuerdos

Cuando leí por primera vez algo relacionado con un proyecto para crear un Museo del Holocausto en Washington, mi mente voló directamente hasta el gran baúl azul lleno de recuerdos de guerra que estaba en el sótano de mi casa de Greenwich Village. No había vuelto a abrir aquel baúl desde hacía cuarenta y cinco años y pensé que, por fin, había encontrado una utilidad para lo que contenía. Escribí una carta al director del museo y, dos días más tarde, uno de los conservadores me telefoneó para decirme que le gustaría venir a Nueva York a ver lo que les ofrecía. Armándome de valor, subí el baúl del sótano y lo abrí. Lo primero que encontré fue mi viejo petate. En él había dos pesados cascos del ejército nazi con los nombres de sus dueños escritos en el forro y una enorme bandera roja con la esvástica bordada en negro sobre blanco. Recuerdo que cuando mi división se adentró en Alemania, nos ordenaron confiscar todas las armas que encontráramos, y que cuando «liberamos» el cuarto de banderas de un cuartel alemán tuvimos que dismantelar los armeros y las vitrinas para llevarnos las armas. Como nos permitían quedarnos como recuerdo con las armas de gala, yo me hice con una daga y una espada, ambas con las insignias nazis en sus empuñaduras.

Además del petate, encontré dos cajas de color marrón atadas con un cordel. Contenían cerca de doscientas fotografías que yo había ido tomando durante nuestro avance a través de Francia y Alemania y que constituían una especie de archivo personal. Aparte de las fotos de grupo junto a mis camaradas, había otras que hice cuando mi división capturó a Franz von Papen, el vicescanciller de Hitler y primer jerarca nazi que los aliados hicieron prisionero. Al seguir repasando las fotografías de aquel paquete, llegué a las que tanto temía volver a ver.

Poco antes de finalizar la guerra, en algún lugar del Ruhr, en una ciudad llamada Warstein, llegamos a un campo rodeado por alambre de espino. Era uno de los campos de concentración menos conocidos, pero igualmente terrible. Un campo de la muerte donde albergaron a los prisioneros rusos para servir como mano de obra esclava. Ninguno sobrevivió. Al escasear los alimentos, los soldados de las SS obligaron a los rusos a cavar sus propias tumbas y después los asesinaron. Nuestros soldados encontraron las fosas abiertas, con los cadáveres al descubierto, dentro y fuera de ellas. Con buen criterio, los oficiales de mi unidad ordenaron que todos los habitantes de la vecina ciudad pasaran por el campo para que viesan todo aquello.

El último objeto que hallé en el cofre no era alemán. Era algo que había llegado a mis manos después del armisticio. Mi compañía tenía su base en una ciudad llamada Ludinghausen. Un día un coronel del cuartel general me ordenó que le acompañara para servir de intérprete (yo había estudiado francés y alemán en el instituto) durante una reunión que debía celebrar con sus colegas británico y francés sobre un asunto

que no me fue revelado.

Salimos una mañana temprano y nos dirigimos primero hacia el norte y luego al oeste, a través de un paisaje devastado. Alrededor de las tres de la tarde llegamos al lugar previsto para el encuentro —una posada— y el coronel entró para anunciar su llegada. Al poco rato salió para decirme que la reunión se iba a celebrar en inglés, por lo que no se requería mi presencia.

Me senté en el jeep y durante la siguiente hora me dediqué a leer una novela que había llevado conmigo. De repente, la calma se rompió con los ruidos de un caballo al galope. Salí del jeep agarrando firmemente la correa de la carabina que llevaba colgada al hombro. El caballo avanzaba rápidamente. Era un animal grande y lo montaba un hombre uniformado. Me puse en guardia y quité el seguro de mi carabina.

Cuando el jinete me vio, paró su caballo. Ambos eran enormes. Parecían formar un monumento ecuestre recortado contra el atardecer. Me quedé allí, sosteniendo mi arma, mientras el jinete desmontaba.

En ese momento me di cuenta de que no llevaba uniforme alemán. Vestía un uniforme caqui, calzaba botas altas de cuero y llevaba insignias rojas en la gorra y en el cuello de su casaca. ¿De dónde será?, me pregunté. Era mucho más alto que yo, más grande y más fornido. Pero no hizo ningún gesto amenazador, y mientras se dirigía hacia mí, me sonrió de oreja a oreja, mostrando una boca llena de dientes de oro.

Me dijo algo que parecía una pregunta: ¿Francés? ¿Inglés? Contesté con una sola palabra: «Americano».

«¿Americano?». No podía creérselo. «Americano, americano», repitió y, señalándose a sí mismo, dijo «Ruski», o algo parecido.

Yo sabía que no tenía sentido intentar averiguar qué andaba haciendo un solitario jinete ruso por aquella carretera. «Americano.Americano», seguía diciendo, mientras sus ojos azules brillaban. Y entonces comenzó a desabrocharse el cinturón.

Unos segundos más tarde, descolgó del cinturón un sable enorme, lo cogió con las dos manos y me lo ofreció ceremoniosamente. Yo di un paso atrás pero él empujó el sable contra mí. Lo cogí y di un par de sablazos al aire ante la mirada de satisfacción del ruso. Me indicó con gestos inequívocos que era un regalo.

Me di cuenta de que debía corresponderle. Pero ¿qué podía darle yo? Ah, tenía el reloj. Me lo quité y se lo entregué. El ruso estaba radiante mientras se lo colocaba sobre su peluda muñeca. Se quitó la gorra y me saludó inclinando la cabeza, montó en su caballo y, tras hacer de nuevo un saludo con la mano, se alejó por la carretera al galope.

MORTON N. COHEN
Nueva York, Nueva York

Un paseo bajo el sol

Como oficiales médicos del destacamento de sanidad militar del tercer batallón del regimiento de infantería n.º 351, llevábamos una tranquila existencia en el cuartel de San Giovanni, situado al norte de Trieste. Sobre todo si teníamos en cuenta que formábamos parte de las tropas que estaban en alerta permanente ante la amenaza que, iniciada la posguerra, suponía el mariscal Tito. En contra de los procedimientos habituales en el ejército, habíamos decidido que la hora de visita a la enfermería fuera las cuatro de la tarde, en lugar de por la mañana. No era de extrañar que no aparecieran soldados requiriendo atención médica, ya que ésa era la hora en que la tropa terminaba sus servicios de la jornada y podía disfrutar de sus pases de salida. En todo momento había, por lo menos, un oficial médico atendiendo la enfermería — un RS, o responsable del servicio— a disposición de cualquier soldado que lo necesitara. Así las cosas, exceptuando algún caso de enfermedad o de heridas graves, no teníamos prácticamente nada que hacer durante todo el día. Nunca atendíamos al toque de diana, como hacía el resto del batallón, y nos limitábamos a saltar de la cama justo antes del desayuno. Algunas veces, incluso, nos quedábamos durmiendo y después mandábamos a alguien para que nos trajera bocadillos y ensalada de un bar italiano de la zona.

Otro lujo que nos permitíamos era ir en la ambulancia cuando el batallón salía para una jornada de marcha cargado con todo el equipo. El teniente William A. Reilly, cirujano jefe del batallón, nunca puso objeción alguna a nuestro comportamiento.

Pero un día ocurrió lo inevitable. Al final de una de aquellas jornadas de marcha, el comandante del batallón, teniente coronel Dured E. Townsend, estaba junto a la carretera observando la marcha de sus tropas. Al pasar nuestra ambulancia se dio cuenta de que no había ningún médico a la vista dentro de la cabina. Mandó parar a la ambulancia, ordenó al conductor que abriera las puertas de atrás y se asomó para echar un vistazo. Allí estábamos todos, tumbados confortablemente sobre las camillas, sin signos aparentes de fatiga. Aquella súbita aparición nos dejó sin habla y nos temimos que, en aquel mismo momento y en aquel mismo lugar, nos sobrevendría lo peor. Pero no fue así. Sin levantar la voz, se limitó a decir:

—Sargento, quiero que usted y estos hombres se presenten ante mí mañana a las siete delante de la puerta principal y con su equipo completo.

Nos presentamos en el lugar y hora indicados al mismo tiempo que llegaba el coronel.

—Soldados, ahora vais a hacer la misma ruta que recorrió ayer el batallón, más otros ocho kilómetros, según está indicado en este mapa.

Y mientras nos decía aquello entregó el mapa al sargento Joe Grano, que contestó

con el saludo reglamentario y un «Sí, señor». Y así, nueve de nosotros iniciamos la marcha y atravesamos garbosamente la puerta principal en columna de a dos, giramos haciendo columna derecha, y enfilamos hacia la primera colina para adentrarnos en el escarpado territorio de la Venezia Giulia.

Una vez culminada la primera colina, descendimos hacia un pequeño valle. Con nuestro esforzado sargento Grano al frente, giramos a la izquierda para salir del camino. Continuamos en fila india por una vereda que discurría entre los arbustos y que iba a dar a un llano rodeado de pendientes escarpadas formando un barranco bastante aislado. Llegados a este punto, nuestro jefe nos mandó parar y nos quitamos sin esfuerzo las mochilas de encima. Digo sin esfuerzo porque, a pesar de aparentar estar repletas con el equipo reglamentario, en realidad estaban abombadas con cajas de cartón vacías. Eso nos permitió llevar nuestro equipo deportivo, que consistía en una pelota, guantes de béisbol, un bate y también un balón de fútbol americano. En lugar de las raciones reglamentarias, llevábamos nuestro propio almuerzo, que habíamos comprado el día anterior en el bar italiano. Y ésa fue la carga, supuestamente reglamentaria, que salió de nuestras mochilas.

Pasamos la primera hora charlando distendidamente y reponiéndonos de los veinte minutos que nos había llevado subir la colina. A continuación nos quitamos las camisetas, trazamos un campo de juego y elegimos equipos para jugar un partido de béisbol. Todos nosotros formábamos parte de «los médicos azules», el equipo que jugaba en la liga del regimiento. Estábamos convencidos de que el juego nos ayudaría a desarrollar el carácter, la competitividad y el espíritu deportivo. Jugamos hasta que tuvimos hambre y pasamos a disfrutar de nuestro almuerzo, regado con el vino que algunos habíamos llevado en las cantimploras. Para terminar, y por usar la jerga castrense, nos tumbamos a la bartola para echar una siestecita bajo el soleado cielo italiano.

Habíamos calculado que debíamos estar de vuelta en el cuartel a eso de las cuatro de la tarde. Así que a media tarde nos pusimos otra vez nuestros uniformes de combate, volvimos a elegir equipos y nos enzarzamos en un brutal partido de fútbol americano. Jugábamos duro y nuestros uniformes pronto quedaron sucios y sudados y las botas embarradas, sin mencionar los pequeños cortes y rasguños que nos hicimos algunos.

Al terminar el partido, nos bebimos lo que quedaba del vino, volvimos a montar nuestras mochilas falsas e iniciamos la marcha de regreso. Allí estaba el coronel Townsend, esperando nuestra llegada, observando desde la puerta principal del cuartel cómo aquel destacamento sudoroso, maloliente y sucio bajaba a duras penas por la colina y hacía torpemente el giro de columna izquierda para acabar deteniéndose justo delante de él. Mientras nos miraba de arriba abajo, su inmensa satisfacción era evidente. No tenía por qué decir nada, pero nos dijo:

—Señoritos médicos, creo que hoy les he enseñado a ustedes una lección que no olvidarán fácilmente, ¿no es así?

Por supuesto que nadie contestó, pero todos estábamos de acuerdo con él.

DONALD ZUCKER
Schwenksville, Pensilvania

Un disparo en la oscuridad

Siendo un joven marine en Vietnam, estuve destinado a tan sólo veinticuatro kilómetros de Da Nang, pero aquel sitio estaba tan alejado de la civilización que me sentía como si estuviera en el fin del mundo. Dormíamos en grandes tiendas de campaña para catorce soldados. El suelo era de tierra y utilizábamos velas para iluminarnos por la noche. Toda nuestra base de operaciones estaba dentro de un poblado vietnamita abandonado, rodeado por una densa selva de árboles y matorrales. La espesura nos resguardaba del calor intenso del sol y nos protegía de los francotiradores.

Pasábamos los días y las noches de patrulla, buscando francotiradores y manteniendo un contacto regular con la población civil. Después de pasar dos o tres días en la selva podíamos regresar a la base para descansar un día y una noche. Una vez en nuestra «área de seguridad», no hacíamos nada salvo escribir cartas a casa, tratar de mantener el tipo y ver alguna que otra película.

Las películas se proyectaban en un local habilitado como cine que tenía un tejado de planchas metálicas soportado por grandes troncos. No había paredes y los bancos carecían de respaldo. Al fondo había una pantalla de madera contrachapada pintada de blanco. Estaba clavada a dos postes muy firmes y a sus pies había un escenario.

Una de las reglas de la guerra, comprobada tanto en la teoría como en la práctica, dice que un soldado no debe permanecer en pie ni sentarse ni tumbarse al lado de otros compañeros porque, de esa forma, todos se convertirían en objetivos fáciles para el enemigo. Si se diera una situación especial y fuese necesario que un soldado tuviese que permanecer junto a dos o más compañeros, al menos debían mantenerse en silencio.

Se iba haciendo de noche y el cine estaba casi lleno. Empezó la película, pero, a los pocos segundos, la cinta se salió de los engranajes y el proyccionista tuvo que apagar la máquina. Unos minutos más tarde se reinició la proyección y la cinta volvió a salirse. El proyccionista apagó otra vez la máquina para arreglar la avería. Estábamos totalmente a oscuras. Todos llevábamos linternas porque, después de la película, había que encontrar el camino de vuelta a las tiendas. La electricidad era escasa en la base y sólo se utilizaba para la refrigeración y otras necesidades vitales. Teníamos suerte de poder disponer de un poco de electricidad para permitirnos el lujo de ver una película.

Durante los siguientes cuarenta minutos se hicieron varios intentos fallidos para continuar con la proyección. La gente estaba empezando a impacientarse y a levantar la voz. Algunos comenzaron a gritar y a silbar y otros empezamos a ponernos nerviosos por el ruido que hacían. Al final, unos cuantos soldados abandonaron el cine. Un grupo encendió sus linternas y dirigió los haces de luz contra la pantalla,

haciendo dibujitos o enfocando las luces hacia el resto de los presentes.

En el cuerpo de infantería de marina, cuando alguien grita «Marine» durante el combate, todos sabemos que han disparado contra alguno de nosotros, que ha habido algún herido o algún muerto. Esa palabra nos hace parar en seco y nos alerta inmediatamente de que algo trágico acaba de ocurrir.

Pero cuando la gritaron no la oímos. Después, como siempre ocurre en el fragor del combate, la palabra pasó de boca en boca. Era un momento extraño e irreal. Primero, una; después, diez; luego cuarenta linternas iluminaron las primeras filas del local, que era de donde había partido el grito. Era evidente que alguien había resultado herido. Justo debajo de la pantalla, sobre el escenario y en medio de la oscuridad había un marine que sostenía a otro entre sus brazos. Estaba inerme. Le habían disparado en la cabeza.

Más tarde, de vuelta en nuestras respectivas unidades, supimos que se había efectuado un único disparo. Un francotirador solitario, tentado por las luces y el ruido, había disparado una sola bala contra el grupo. A pesar de la espesura que nos rodeaba, sabíamos que nuestras luces se veían desde mucha distancia.

Ni siquiera habíamos oído el disparo debido al jaleo que se había armado. Habíamos bajado la guardia y habíamos pagado el precio por ello.

Algunos soldados acudieron para ayudar y entonces alguien se hizo cargo de la situación y anunció con autoridad que la proyección quedaba cancelada. Nos ordenaron dispersarnos. Por precaución, decidí quedarme atrás mientras los demás se marchaban y esperar un rato antes de volver a mi tienda.

Me dirigí al fondo del cine y vi al proyccionista al lado de la máquina. Le pregunté por el título de la película que se suponía que debíamos haber visto. Me dijo que era una de Peter Sellers y Elke Sommer. Y que se titulaba *Un disparo en la oscuridad*.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo en la húmeda y agobiante oscuridad de aquella trágica noche. Era el año 1966. Treinta y cuatro años después, creo que jamás habrá otra noche que pueda quedar grabada en mi mente con tanta intensidad como aquélla.

DAVID AYRES
Las Vegas, Nevada

Confesiones de un ratón mosquetero

Cuando tenía doce años entré a formar parte del primer grupo de Ratones Mosqueteros. Walt Disney me dijo: «Doreen, pertenecer a los Ratones Mosqueteros será probablemente lo más importante que hagas en tu vida».

Años más tarde, durante la guerra de Vietnam, trabajé como animadora del Servicio Norteamericano en Ultramar actuando en las bases norteamericanas que había en todo el mundo. Con el tiempo acabé aterrizando en el «campo de batalla». Llegué a Saigón en plena ofensiva del Tet de 1968. Trabajaba con una banda de músicos filipinos que se llamaban Los Invasores y cuando nos enviaron a actuar para los Caballos Negros del Séptimo de Caballería ya llevábamos un mes trabajando a diario y estábamos exhaustos.

Al aterrizar divisamos desde el helicóptero un enjambre de uniformes verdes situados frente a un camión con plataforma que hace las veces de escenario. Antes de que los rotores se detengan ya hemos descargado todo el equipo. Una enfermera me acompaña a su barracón, donde me cambio de ropa para la función y me retoco el maquillaje. Unos minutos más tarde hago mi aparición vestida con una minifalda, una camiseta ajustada, botas blancas altas hasta la rodilla y el pelo largo y suelto de color platino.

A cada paso que doy, mis botas blancas de chica gogó se clavan en el barro rojo. Subo la escalera hasta la plataforma del camión, dejando un rastro de pegotes de barro tras de mí. La gente enloquece, cojo el micrófono, lo saco de su soporte y lo lanzo al aire agarrando el cable a tiempo para recuperarlo mientras grito: «¡Callaos, o me voy corriendo!». El público se vuelve loco de entusiasmo. Algunos soldados de la primera fila se ponen a bailar con algunas enfermeras. Mientras suena la música, la realidad de la guerra se olvida.

Al cabo de un rato algunos chicos ya están bastante borrachos. Abren latas de cerveza con los dientes dando risotadas histéricas entre trago y trago. Un tipo se ha cortado el labio con una lata de cerveza y la sangre mana mientras trata de parar la hemorragia a base de tragos. Sonríe hacia el escenario mostrándome sus dientes ensangrentados.

Nuestro último número, «Tenemos que largarnos de aquí», les vuelve locos. La banda y yo saludamos y el aplauso se vuelve ensordecedor. En ese momento veo por el rabillo del ojo que están pasando entre el público un par de orejas de los Ratones Mosqueteros. Un tipo bien parecido que está en el centro de una fila se pone las orejas del Ratón Mickey y entonces sobreviene un «momento mágico». Sólo pasa cuando estás en sintonía con el público. Llamadlo energía eléctrica o la excitación del momento. El soldado que lleva puestas las orejas se levanta y comienza a cantar la

canción del Club del Ratón Mickey. Uno a uno los soldados comienzan a ponerse en pie hasta que todo el público se queda en posición de firme. «Ha llegado el momento de decir adiós a todos nuestros amigos, M-I-C, eme-i-ce... ce-lebro que hayas estado con nosotros, K-E-Y, ka-e-y... Y todo porque te queremos, ¡R-A-T-Ó-N!». Se me saltan las lágrimas mientras miro a aquellos hombres hechos y derechos cantar con tanto fervor. Había viajado al otro lado del mundo y, aun así, no podía escapar del pasado.

El Ratón Mickey estaba en todas partes.

DOREEN TRACEY
Burbank, California

Por siempre

Mi hermano Ralph murió en Vietnam en junio de 1969. Tenía veintiún años y yo diecinueve. Éramos los únicos hermanos y también los mejores amigos.

Su pérdida ha supuesto uno de los acontecimientos más importantes de mi vida. Él era el centro de mi existencia, y todo lo que soy está íntimamente ligado a lo que él fue. Sólo ahora, cumplidos los cincuenta, empiezo a comprender el profundo impacto que tuvo en mí y lo mucho que su muerte cambió mi vida.

Cuando le llamaron a filas nunca le dije: «No vayas. Te pueden matar o puedes acabar matando a otras personas. Huye de aquí. Vete a Canadá o hazte objetor de conciencia».

Si pudiera volver atrás en el tiempo, le diría todo eso.

Mi hermano era un chico de la clase trabajadora, de ese filón del que salía la gente para la guerra, gente que hacía lo que le mandaban. Yo también formaba parte de aquella gente pasiva que nunca hacía preguntas. Yo era una chica joven que todavía no había empezado a pensar por sí misma.

Muchos años más tarde, traté de comprender lo que había sucedido en Vietnam y conocer mejor aquella tragedia nacional que, aún hoy, nos persigue.

Tendría treinta y tantos años cuando me decidí a ir a la biblioteca para leer algo sobre la guerra. Me llevé un libro titulado *Fuego en el lago*. Aquello superaba todo lo que podía imaginar y eso que tan sólo llevaba leídas unas cuantas páginas. Un día fui a hacer senderismo por una montaña cercana y por casualidad conocí a un hombre que resultó ser bastante comunicativo y simpático. Me dijo que su ambición era llegar a ser corresponsal de guerra. La conversación derivó hacia el Vietnam y la muerte de mi hermano.

Nos hicimos amigos y unos días más tarde me regaló un par de libros sobre Vietnam. Estaban escritos por, y para, los soldados americanos endurecidos por la guerra, que era, precisamente, en lo que se había convertido mi hermano. Estaban escritos con las tripas y con el corazón. De esa forma pude adentrarme en las tripas y en los corazones de aquellos jóvenes que se habían visto enfrentados a crueldades inimaginables que también ellos habían cometido. Jóvenes que, además, habían conocido el cariño y el amor profundo.

Uno de los libros, titulado *Todo lo que teníamos*, me resultó particularmente interesante. Por un instante, Ralph pareció cobrar vida en el relato de aquel soldado. Fue en un capítulo titulado «El soldado negro». Consistía en recuerdos encabezados por el nombre de cada soldado, su rango, unidad, tiempo de servicio y las batallas en las que había combatido. El soldado negro hablaba de los profundos lazos de amistad que surgen durante el combate. Decía que el color de la piel perdía toda importancia cuando te encontrabas dentro de una trinchera junto a otros soldados. Pasaba a relatar

cómo llegó a hacerse amigo de un soldado blanco al que llamaban el Siciliano. Contaba cómo aquel soldado le decía que quería llevarle a conocer a su familia cuando salieran de Vietnam. Estaban tan compenetrados que cada uno sabía cuándo el otro tenía ganas de hacer sus necesidades. El relato concluía abruptamente diciendo: «Entonces murió». A partir de aquel momento no volvió a entablar amistad con nadie durante el resto de la guerra.

Oía latir mi corazón mientras leía aquel pasaje. Tenía la certeza de que el Siciliano podía haber sido mi hermano. Me puse en contacto con el autor del libro, que me dio la dirección del soldado negro, y le escribí una carta pidiéndole que confirmara mi corazonada de que aquel amigo suyo había sido mi hermano Ralph.

Poco tiempo después me encontraba en un aeropuerto esperando mi vuelo al lado de un quiosco de prensa y librería. Por casualidad encontré otro libro sobre la guerra. Tenía varias fotografías y en una de ellas aparecía mi hermano. Estaba en un grupo de soldados, de pie en la última fila, y sólo se veía su cara.

Todo esto ocurrió en el espacio de tres o cuatro semanas. El soldado negro jamás me contestó ni me devolvieron la carta que le había enviado. Así que nunca sabré la verdad. Habría sido tan bonito. Deseaba tanto hablar con aquella persona.

Tal vez lo más importante de aquella experiencia fue descubrir todo lo que mi hermano tuvo que sufrir, y estoy agradecida por ello. Ya no tengo una actitud pasiva. Soy realista y me siento viva y despierta a pesar de que sigo llorando a mi hermano. Sigo y seguiré, por siempre, echándole de menos.

MARIA BARCELONA
Santa Fe, Nuevo México

Utah, 1975

Mi amigo D me contó que cuando la guerra de Vietnam llegaba a su término, su hijo pequeño le dijo que, cuando finalizara, quería celebrarlo.

—¿Y cómo? —preguntó D.

—Quiero tocar la bocina de tu coche —le contestó su hijo.

El final de la guerra pasó casi inadvertido para la mayoría de los norteamericanos. No hubo desfiles ni bandas de música por las calles, apenas unas pocas muestras de entusiasmo. A excepción de una urbanización de Salt Lake City, donde un niño de nueve años, con el permiso de su padre, tocó la bocina del coche hasta descargar la batería.

STEVE HALE
Salt Lake City, Utah

Amor

¿Qué hubiese pasado si...?

Me licencié del ejército el 25 de abril de 1946. Había sobrevivido a tres años de servicio militar en la segunda guerra mundial y me encontraba en un tren de regreso a casa, rumbo a Newark, Nueva Jersey. Lo último que había hecho antes de salir de la base de Fort Dix había sido ir a la tienda y comprarme una camisa blanca, símbolo de mi retorno a la vida civil.

Estaba ansioso por poner en marcha mi gran proyecto de futuro. Regresaría a la universidad, acabaría mi carrera y buscaría a la chica de mis sueños. Ya sabía exactamente quién era aquella chica. Desde que la conocí en el instituto había estado loco por ella. El problema era cómo encontrarla. Habíamos perdido contacto durante cuatro años. Bueno, pensé, puede que me lleve algún tiempo, pero acabaré encontrándola.

Cuando el tren llegó a la estación, recogí mis bolsas, me puse el paquete con la camisa blanca debajo del brazo y me encaminé a la estación de autobuses, última escala en mi viaje de regreso a casa. Y entonces, ¡milagro, milagro!, allí estaba ella, exactamente como la recordaba: una preciosidad menudita, delgada y morena. Me acerqué y le dije hola, con la esperanza de que no se hubiese olvidado de mí. No lo había hecho. Me abrazó y me dio un beso en la mejilla, mientras me decía lo contenta que estaba de verme. La fortuna me sonríe, pensé.

Resultó que había viajado en mi mismo tren y que venía de la Universidad de Rutgers, donde estaba estudiando magisterio, para pasar el fin de semana en su casa. No esperaba el mismo autobús que yo, pero aquello no suponía problema alguno. No estaba dispuesto a dejar pasar aquella oportunidad. Así que nos subimos al mismo autobús —el de ella—, nos sentamos juntos y nos pusimos a recordar el pasado y a charlar sobre el futuro. Le hablé de mis proyectos y le enseñé la camisa blanca que había comprado: mi primer paso hacia la realización de mis sueños. No le dije que ella era el segundo paso.

Me dijo que había sido muy afortunado al encontrar una camisa blanca, dado que había gran escasez de ropa masculina. Y entonces añadió: «Espero que mi marido tenga tanta suerte como tú cuando lo licencien de la marina el mes que viene». Me bajé en la parada siguiente y nunca volví la vista atrás. ¡Ay!, mi futuro no estaba en aquel autobús.

Treinta y un años después, en 1977, volví a encontrármela en una reunión de antiguos alumnos del instituto. Su pelo ya no era tan moreno y no estaba tan delgada, pero seguía siendo muy atractiva. Le conté que mi vida profesional iba bien, que estaba casado con una mujer maravillosa y que tenía tres hijos adolescentes. Ella me dijo que había sido abuela varias veces. Entonces pensé que ya había pasado el tiempo suficiente como para comentarle aquel encuentro de tres décadas atrás, lo que

había significado para mí y cómo tenía grabado en la memoria cada detalle de lo que sucedió aquel día.

Me miró desconcertada. Y luego, como coda final a media vida de varios «¿Qué hubiese pasado si...?», me dijo: «Lo siento, pero no me acuerdo de nada de eso».

THEODORE LUSTIG
Morgantown, West Virginia

El misterio de los tortellini

Brian y yo llevábamos saliendo algunos meses y todavía no había cocinado para él. Brian era cocinero de profesión y eso me intimidaba horrores. De todos modos, yo resultaba un público muy agradecido que probaba todo lo que me preparaba cuando venía a casa con su wok, sus cuchillos y sus cacerolas para seducirme con su cocina. Pero la sola idea de cocinar para un chef me aterrorizaba. Sobre todo porque mis recetas siempre requerían cosas enlatadas y envasadas y medio kilo de carne, según los gustos, que uno mezclaba en una olla y después llamaba comida. Carne a la cazuela o lasaña. O la especialidad de mi compañera de piso: chuletas de cerdo bañadas en sopa de crema de champiñones. Una comida típica de nuestro sureño Ohio natal. Pero, sin duda, algo que no podía servirse a un chef de California.

Pero ya empezaba a sentirme culpable. Así que, un miércoles después de que me preparase una de sus comidas, anuncié que el siguiente sábado iba a cocinar una cena para él. Quedó impresionado y dijo que vendría a casa a las siete en punto.

Compré un libro de cocina italiana y encontré una receta que parecía fácil de hacer: tortellini. Empezaría desde cero.

El sábado por la tarde preparé el relleno. Ningún problema. Después hice la masa. Empecé por romper un huevo en el agujero hecho en medio de una montañita de harina, que fue transformándose, como por arte de magia, en una bola de masa. Poco a poco fui cogiendo confianza. Y hasta empecé a sentir cierto engreimiento, si he de ser sincera.

—Keryn, ¿dónde está el rodillo de amasar? —le grité a mi compañera de piso, que había prometido desaparecer para la hora de cenar.

—¿Qué rodillo de amasar? —contestó a gritos desde el salón.

—Ya sabes, el de madera —le dije.

—No tenemos ningún rodillo de amasar —me gritó.

Paré un momento y cerré los ojos; entonces me acordé de dónde estaba el rodillo de amasar: en la cocina de mi madre. A tres mil kilómetros de allí. Y ya eran las seis y media de la tarde.

Eché un vistazo por la cocina mientras blasfemaba por lo bajo. Mis ojos se posaron en una botella de vino que había comprado para la cena. No era lo mismo que el palote de mi madre, ya que sólo tenía un mango, pero tendría que arreglármelas. Puse todos mis esfuerzos en extender la masa lo mejor que pude y acabé sudando, a pesar de que tenía puesto el aire acondicionado. Después corté la masa con un vaso de agua y a partir de ahí recuperé nuevamente el ritmo. Cubrí toda una bandeja para hornear con tortellini rellenos y bien moldeados.

Justo cuando estaba terminando, sonó el timbre. Metí la bandeja de pasta en la nevera y recibí a mi invitado con la ropa cubierta de harina y el rostro rojo y brillante.

Brian me trajo una botella de vino espumoso y una rosa para festejar la ocasión.

Después de una copa de champán ya me encontraba lo suficientemente sosegada como para cocinar los tortellini. El agua de la olla empezó a hervir. Brian observó con gran interés cómo sacaba la bandeja de tortellini de la nevera y abrió los ojos de par en par cuando vio todas aquellas hileras de formas retorcidas y diminutas.

—¿Has hecho tú eso? ¿A mano? Ni yo podría hacerlo. Yo utilizo una máquina de hacer pasta.

Eché la pasta en el agua hirviendo y luego la serví. Tenía un aspecto espléndido. Nos sentamos y me quedé mirándole mientras se metía un tortellini en la boca y masticaba. Y masticaba. Y seguía masticando. Decidí probar uno. Era tan espeso como una goma de borrar.

Se acabó. Me di cuenta de inmediato. Había tenido entre manos una gran oportunidad, pero ahora él sobreviviría, mal que bien, a la cena y se retiraría temprano con la excusa de un dolor de cabeza y desaparecería en la noche estival con su caja de cuchillos y cacerolas y jamás regresaría a pasar una noche en mi apartamento.

Pero se los comió. Todos, sin dejar ni uno en el plato, aunque reconoció que sí, que estaban un poco pesados, pero que no estaban mal en realidad. Así que le conté lo que me había pasado con el rodillo de amasar. No se rio. Cuando vi la expresión de su rostro me di cuenta de que era el hombre de mi vida.

Cuando la gente nos pregunta cuál fue el momento en el que nos dimos cuenta de que estábamos hechos el uno para el otro, Brian dice: «La primera vez que ella cocinó para mí. Me preparó tortellini, empezando desde cero». Y yo digo: «La primera vez que cociné para él... y se comió mis tortellini».

KRISTINA STREETER
Napa, California

Un ayudante involuntario

Él la llamaba «Bolita». Era un apelativo cariñoso: ella tenía grandes pómulos que parecían agrandarse cuando sonreía, volviéndose rojos, casi refulgentes. Inclina la cabeza y se sonrojaba, no de vergüenza, sino porque era tímida de natural, como todas las chicas que habían crecido en una granja. Sonreía mucho cuando estaba con Kevin.

Kevin era mi compañero de cuarto en la universidad y Bolita era su novia. Kevin se consideraba un chico de la ciudad, sofisticado e ingenioso, destinado a una existencia más elevada y elegante. Casarse con una granjera tímida y de mejillas como manzanas no encajaba con sus planes de futuro. Así que decidió acabar con aquella relación antes de que se convirtiera en algo más serio.

Varios meses después me encontré por casualidad con Bolita. Nos sentamos un rato y hablamos sobre el tema obvio: ¿cómo estaba Kevin? ¿Estaba saliendo con alguien? Le dije que estaba bien y que nunca había salido con nadie más que un par de veces. (Aunque sabía que la echaba de menos, él no estaba dispuesto a admitirlo ni a reconocerlo delante de otra persona).

De repente —y me resulta difícil explicar esto— un pensamiento o una imagen irrumpió en mi cabeza. Me transportó a otro lugar durante unos instantes. Supongo que podría decirse que tuve una visión, pero eso suena demasiado dramático, demasiado parecido a la aparición de un santo. Desde un sitio en lo alto, yo observaba cómo Kevin y Bolita se casaban junto a un lago que jamás había visto. Mientras observaba, sentía una increíble sensación de paz.

Poco a poco, caí en la cuenta de que Bolita me estaba hablando. No sabía qué hacer con lo que acababa de pasarme. Me sentía confuso, aunque extrañamente tranquilo. No le conté nada a ella. Si iba a volver con Kevin no sería porque yo les dijera que había tenido una «visión» de ellos dos casándose. Me dije a mí mismo que no diría nada de aquello a nadie.

Más tarde, cuando llegué a casa, me detuve en el umbral durante un momento, repitiéndome que no mencionaría el asunto a nadie. Dentro —sin yo saberlo en ese momento— Kevin acababa de preguntarle a su amigo Jerry: «¿Crees que debería volver a salir con Bolita?». Antes de que Jerry pudiese responder, abrí la puerta, que estaba en medio de ambos, y dije: «Creo que deberías volver a salir con Bolita». Fue como si mi boca no me perteneciese, como si fuese otro el que estuviese hablando. Yo era un espectador que miraba a un actor que decía su papel en una obra. Kevin se quedó tan sorprendido como yo. Nos reímos, coincidimos en que era algo muy extraño y quedó en eso. Aunque es algo que, pasados los años, no deja de maravillarme.

Nunca les conté nada acerca de lo que había visto. Nunca mencioné el lago o la

escena del matrimonio a nadie. Al verano siguiente Kevin y Bolita se casaron junto a un lago.

C. W. SCHMITT
Phoenix, Arizona

La sepultura

A los veinte años me enamoré de un hombre que tenía cuarenta y tres. Era el año 1959 y la noticia conmocionó a toda mi familia. Yo era estudiante de enfermería y John había sido paciente de la sala donde hacíamos las prácticas. Mis padres me amenazaron con suspender la ayuda económica que aportaban para mi educación si no dejaba de ver a *ese hombre*.

Había estado casado, se había divorciado y no tenía hijos. Para mí John era la esencia de la masculinidad: Gary Cooper y Randolph Scott fundidos en una sola persona. Nosotros vivíamos en Colorado y todo lo relacionado con John parecía pertenecer al Oeste: la forma en que miraba y hablaba, su amor por la tierra. Tenía el andar seguro de alguien que sabía quién era y que no necesitaba dar explicaciones. Me encantaba su barbilla prominente y sus caderas estrechas y ágiles. Nunca ningún hombre me había parecido más seductor en vaqueros.

Cada vez que me sonreía y empezaba a hablarme de sus pensamientos, con esa forma de arrastrar las palabras que tienen en el Oeste, yo creía que me iba a derretir.

Un día que pasábamos con el coche por la calle paralela al cementerio local, me dijo:

—Ah, por cierto, hoy me he comprado una sepultura. Estaría bien que supieses cuál es.

—¿Qué has dicho que has comprado? —pregunté.

—Bueno —dijo arrastrando las palabras—, esta mañana ha venido un tipo a casa que vendía sepulturas en esta zona nueva del cementerio. Hay un lugar que está justo al lado de la estatua de Jesús y de María. Y, puesto que estuve tan unido a mi madre, me gustó la idea de que me enterrasen allí.

Me sorprendió que, a su edad, pensase en la muerte. Que yo supiese, gozaba de excelente salud. Me pareció que aquello no tenía ni pies ni cabeza.

—Bueno, cariño —dijo—, tampoco hay que ponerse tan nerviosa. No me pasa nada malo. Sólo que me ha parecido un buen precio, el tipo estaba allí y además me ha gustado el lugar, así que ¿por qué no comprarla?

Llevábamos saliendo un año y sabía que, una vez que él tomaba una decisión, no había marcha atrás. Había que aceptarlo como era.

Transcurrió otro año y la presión que mi familia ejercía sobre mí siguió aumentando desde todos los flancos. Mis padres habían reclutado a mis amigas de la universidad, a mi pastor, a mi tía preferida y a mis hermanas para que les ayudasen a convencerme de que debía salir con chicos de mi edad. Yo sabía que John me amaba de verdad. Él se daba cuenta de todo el tumulto que nuestra relación estaba causando en mi familia, así que un día dijo que tal vez deberíamos separarnos un tiempo. Lloré durante días, pero al final accedí. Poco después empecé a salir con un compañero del

hospital que era casi de mi edad. Mi madre y mi padre estaban felices.

Habíamos acordado que no nos veríamos durante tres meses. Se suponía que no íbamos a mantener ningún contacto, pero John —mi verdadero amor— me llamaba de vez en cuando y hablábamos por teléfono.

Antes de que se cumplieran los tres meses acordados, descubrí que estaba embarazada y el bebé no era de John. Era el año 1960. Las únicas opciones eran casarme o dar el bebé en adopción. Decidí casarme. Le escribí a John, pero no me contestó.

Mi hijo nacería en septiembre. El veinticinco de agosto cogí un periódico y me encontré con que John había muerto en un accidente de coche en la I25. Lo habían enterrado el día anterior.

Yo sabía dónde estaba la sepultura, así que fui directamente al cementerio.

Eso sucedió hace cuarenta años. Veinte años después, murió mi padre, y mi madre eligió para él una sepultura que está justo a la vuelta de la de John. Ella no tenía ni idea de que John estaba enterrado allí y de que yo conocía el lugar desde un año antes de su muerte.

Todos los años, el Día de los Difuntos, dejo una rosa sobre su tumba.

BEV FORD
Aurora, Colorado

Afrodisíaco matemático

En la época en que John y yo rompíamos continuamente, decidimos vernos sólo de vez en cuando. Las citas estaban bien, pero sólo una vez a la semana. Íbamos a llevar vidas separadas y nos veríamos ocasionalmente cuando nos apeteciera, pero sin preocuparnos acerca de compromiso alguno.

Un día, al principio de esa etapa, estábamos sentados en el suelo del apartamento de John. Él hacía punto, tejía un jersey, y yo leía *El último teorema de Fermat*. De vez en cuando le leía algún trozo de mi libro en voz alta.

—¿Has oído hablar alguna vez de los números amistosos? Son como los números perfectos, pero, en lugar de ser la suma de sus propios divisores, son la suma de los divisores del otro. En la Edad Media la gente acostumbraba a grabar números amistosos en piezas de fruta. Se comían la primera pieza y la otra se la daban a comer a su amante. Era un afrodisíaco matemático. Me encanta eso: un afrodisíaco matemático.

John mostró muy poco interés. No le gustan mucho las matemáticas. No como a mí. Lo cual era una razón más para que nuestra relación fuese algo totalmente informal.

Llegó la Navidad y, dado que odio ir de compras, me alegré de poder tachar a John de mi lista. Nuestra relación era demasiado informal para andar haciéndose regalos. Sin embargo, cuando estaba comprándole un regalo a mi abuela, vi un libro de crucigramas y de criptogramas y lo compré para John. Siempre habíamos hecho juntos los criptogramas de la contraportada de *The Nation* y supuse que, ya que costaba cinco dólares, podía dárselo como regalo.

Cuando llegó la Navidad le di el libro a John, sin envolver, todo muy informal. Él no me regaló nada. No me sorprendió, pero me sentí un poco herido, aunque se suponía que no debía importarme.

Al día siguiente John me invitó a su apartamento.

—Tengo tu regalo de Navidad —dijo—. Perdona que te lo dé con un poco de retraso.

Me entregó un paquete mal envuelto. Cuando lo abrí, cayó sobre mis rodillas un rectángulo tejido a mano. Lo cogí y lo miré, totalmente confundido. En un lado estaba tejido el número 124 155, y en el otro, el 100 485. Cuando volví a mirar a John, éste apenas podía contener su entusiasmo.

—Son números amistosos —dijo—. Creé un programa de ordenador y lo dejé funcionando durante doce horas. Éstos son los números más altos que encontré y, después, los tejí uno a cada lado. Es una manopla para coger las ollas. No te lo pude dar anoche porque todavía no sabía cómo rematarlo. Ha quedado un poco raro pero pensé que podía gustarte.

Después de aquella Navidad, nuestra relación pasó por un montón de vicisitudes, pero nunca más se podría decir que fue algo informal. El antiguo afrodisíaco matemático había vuelto a funcionar.

ALEX GALT
Portland, Oregón

Mesa para dos

En 1947 mi madre, que se llama Deborah, tenía veintiún años y estudiaba literatura inglesa en la Universidad de Nueva York. Era una chica preciosa, vehemente aunque introvertida, y sentía una gran pasión por los libros y las ideas. Leía de una forma voraz y quería ser escritora algún día.

Mi padre, que se llama Joseph, era entonces un pintor en ciernes, que vivía de dar clases de arte en un instituto del West Side. Los sábados pintaba durante todo el día en su casa o en Central Park y después solía permitirse el pequeño lujo de cenar fuera. La noche del sábado en cuestión, decidió ir a un restaurante de barrio llamado La Vía Láctea.

La Vía Láctea resultó ser el restaurante preferido de mi madre, y aquel sábado, después de estudiar toda la mañana y parte de la tarde, se fue allí a cenar llevando consigo un viejo ejemplar de *Grandes esperanzas* de Dickens. El restaurante estaba abarrotado y mi madre ocupó la última mesa que quedaba. Se preparó para una velada de *goulash*, vino tinto y Dickens, y rápidamente perdió contacto con la realidad que la rodeaba.

Media hora después el restaurante estaba tan lleno que sólo se podía comer de pie en la barra. La agotada camarera se acercó a mi madre y le preguntó si le importaría compartir la mesa con otra persona. Mi madre dio su consentimiento casi sin apartar los ojos del libro.

«Una vida trágica la del pobre Pip», dijo mi padre al ver la gastada cubierta de *Grandes esperanzas*. Mi madre levantó la mirada y en ese momento, según ella, vio algo extrañamente familiar en los ojos de aquel hombre. Muchos años después, cuando yo le suplicaba que me contara la historia una vez más, suspiraba y decía: «Me vi a mí misma en sus ojos».

Mi padre, totalmente cautivado por la persona que tenía delante, jura hasta el día de hoy que oyó una voz dentro de él.

«Esta mujer es tu destino», le dijo la voz, e inmediatamente sintió un cosquilleo que le recorría el cuerpo de la cabeza a los pies. Sea lo que fuere lo que mis padres vieron, oyeron o sintieron aquella noche, ambos se dieron cuenta de que había sucedido algo casi milagroso.

Hablaron durante horas, como dos viejos amigos que se encuentran después de mucho tiempo. Más tarde, cuando se despidieron, mi madre escribió su número de teléfono en el interior de la tapa de *Grandes esperanzas* y le regaló el libro a mi padre. Él le dijo adiós, besándola dulcemente en la frente, y después se alejaron, en direcciones opuestas, y se perdieron en la noche.

Esa noche ninguno de los dos pudo dormir. Incluso después de cerrar los ojos, mi madre sólo veía una cosa: el rostro de mi padre. Y mi padre, que no podía dejar de

pensar en ella, se quedó toda la noche levantado pintando el retrato de mi madre.

Al día siguiente, que era domingo, fue a Brooklyn a visitar a sus padres. Se llevó el libro para leerlo en el metro, pero estaba tan exhausto después de pasar la noche en vela que, después de leer algunos párrafos, le entró sueño. Así que metió el libro en uno de los bolsillos de su abrigo —que había dejado en el asiento junto a él— y cerró los ojos. No se despertó hasta que el tren se detuvo en Brighton Beach, en el extremo opuesto de Brooklyn.

Para entonces el tren estaba desierto y, cuando abrió los ojos y fue a coger sus cosas, el abrigo había desaparecido. Alguien lo había robado y, dado que el libro estaba en uno de sus bolsillos, también se había quedado sin él. Lo cual significaba que también se había quedado sin el número de teléfono de mi madre. Desesperado, empezó a buscar por todo el tren, mirando debajo de los asientos, no sólo de su vagón sino de los vagones anterior y posterior al suyo. Joseph se había sentido tan feliz de haber conocido a Deborah que no se había preocupado de averiguar cuál era su apellido. La única referencia que tenía de ella era su número de teléfono.

Mi madre nunca recibió la llamada que esperaba. Mi padre la buscó en varias ocasiones en el Departamento de Inglés de la Universidad de Nueva York, pero nunca la encontró. El destino les había traicionado a los dos. Lo que aquella primera noche en el restaurante había parecido inevitable pasó a ser algo claramente imposible.

Aquel verano los dos se fueron a Europa. Mi madre fue a Inglaterra a hacer un curso de literatura en Oxford y mi padre se fue a pintar a París. A finales de julio mi madre tenía un descanso de tres días en sus estudios y voló a París, decidida a absorber toda la cultura que pudiese durante aquellas setenta y dos horas. En el viaje se llevó un nuevo ejemplar de *Grandes esperanzas*. Después de la triste historia con mi padre, no había tenido la fuerza de volver a leerlo, pero una vez en París y sentada en un restaurante abarrotado después de un largo día de visitas turísticas, lo abrió por la primera página y empezó otra vez a pensar en él.

Después de leer unas pocas frases, un *maître* interrumpió su lectura para preguntarle, primero en francés y después en un inglés macarrónico, si le importaría compartir su mesa. Mi madre dio su consentimiento y volvió a su lectura. Poco después oyó una voz conocida.

«Una vida trágica la del pobre Pip», dijo la voz, y entonces ella levantó la mirada y allí estaba él otra vez.

LORI PEIKOFF
Los Ángeles, California

El capricho de Suzy

Mi primer trabajo después de acabar la universidad fue como redactora de anuncios para un editor de libros de texto de Boston. La oficina quedaba en la esquina de las calles Mt. Vernon y Joy, en Beacon Hill. Mi jefe tenía cincuenta y pocos años y yo veintidós. Enseguida me sentí atraída por él y aprovechaba cada oportunidad que se me presentaba para acercarme a él durante el trabajo.

Una tarde me inventé la excusa de que tenía que recoger un libro para regresar a la oficina cuando ya se había ido todo el mundo. Él seguía allí y nos marchamos juntos. Bajamos por Beacon Hill hasta el ayuntamiento y, cuando estábamos a punto de separarnos para seguir cada uno su ruta, me preguntó si quería que tomásemos una copa. A aquellas alturas yo ya sabía que su mujer estaba en Bélgica pasando el verano con su madre. Cenamos juntos y cuando me acompañó a casa yo ya le había entregado mi corazón por completo.

Después de eso empezó a enviarme notas y nos encontrábamos para almorzar una o dos veces por semana. Poco después la compañía se mudó a unas oficinas nuevas y más céntricas en la calle Tremont. Mi despacho estaba junto al suyo. En una revista encontré un anuncio de cintas de máquinas de escribir y lo recorté para pegarlo encima de mi mesa de trabajo. Era el dibujo de una chica en una oficina y el cartel decía «El capricho de Suzy».

Para entonces el lugar donde solíamos ir a almorzar era un restaurante italiano que quedaba a menos de cinco minutos andando desde la calle Tremont. Yo siempre salía primero y hacía el mismo camino, pasaba por Jordan Marsh y por Filene y después doblaba rápidamente a la izquierda y subía por una callecita empinada hasta el restaurante. Siempre iba a toda prisa para aprovechar al máximo nuestro precioso tiempo juntos.

Nunca sabré por qué, pero un día, al doblar la esquina hacia la calle Washington, me metí a toda prisa en el portal de una tienda para mirar un par de zapatos que me había llamado la atención. Cuando levanté la mirada vi, a través del escaparate, a una mujer que pasaba a paso acelerado. Por una foto que había visto antes, supe que aquella mujer era la esposa. Se dirigía al restaurante a plantarnos cara.

Después de unos minutos logré tranquilizarme lo suficiente como para comprarme un sándwich en cualquier sitio y regresar a la oficina. Nada más entrar en mi despacho me di cuenta inmediatamente de que «El capricho de Suzy» había desaparecido.

SUZANNE DRUEHL
Fort Wayne, Indiana

El botón

Mis padres tenían unas ideas muy estrictas en lo referente al botón del cuello de una camisa. Eran de los que creían que, con corbata o sin ella, un chico debía llevar siempre el cuello de la camisa abrochado. Si estábamos en casa o en una circunstancia informal, no importaba. Pero en el colegio y en ocasiones donde se iba más vestido, el cuello tenía que estar cerrado. No se trataba sólo de una cuestión de estilo. Era algo relacionado con el decoro y conllevaba todo el peso de un imperativo moral.

El décimo curso de colegio equivalía al primer año de instituto. Como yo era un hijo obediente, hacía lo que se me decía y todas las mañanas me abrochaba el cuello de la camisa. Pero la señorita Scot no pensaba lo mismo sobre los cuellos de las camisas. Mi profesora de matemáticas era una joven alta y de pelo largo que, al dar la clase, solía cruzar las piernas mientras estaba medio sentada sobre una esquina de su mesa. Aquí tengo que decir que llevaba faldas por encima de la rodilla, no muy por encima, pero por encima, de todos modos. Solía balancear el zapato en la punta de los dedos del pie, mientras cruzaba las piernas, sin que nunca se le cayera.

Por un golpe de suerte, mi banco quedaba en la primera fila justo delante de su mesa. Yo era bastante ingenuo para mi edad. Sabía cuáles eran las diferencias entre niños y niñas (mi madre era enfermera y ya me había explicado el asunto aquel del sistema de cañerías), pero todo lo demás representaba un misterio para mí. Entre los potenciales reclutas para llevar a cabo la revolución sexual de aquella década, a mí me hubieran excluido del servicio, sin lugar a dudas. Aun así, gracias a una suerte de alquimia que se pone en funcionamiento dentro de nuestras cabezas, yo supe que había algo especial en la señorita Scot.

Una mañana, poco después de empezar el curso, la señorita Scot se inclinó hacia delante y, para mi asombro, estiró el brazo derecho y me desabrochó el cuello de la camisa. Una descarga eléctrica me recorrió el cuerpo y me llegó al alma, dejándolo todo calcinado a su paso. Por supuesto que mi madre me había tocado muchas veces, pero nunca me había provocado aquella sensación. La señorita Scot me dirigió una rápida mirada pero continuó hablándole a la clase sin perder el hilo.

Consciente de que mi madre quería que llevase el cuello de la camisa cerrado, volví a abrochar el botón. Aquella mujer podía ser mi profesora, pero no tenía derecho a contrariar una orden materna. Pero a la señorita Scot no se la rebatía tan fácilmente. Una vez más volvió a estirar el brazo y a desabrochar el botón, y después me acomodó el cuello con las dos manos. «Estás mejor así», dijo. Creo que si me hubiera besado en la boca no me habría sentido tan eufórico como en aquel momento.

Aquel día el cuello permaneció desabrochado, aunque no fuera el tipo de cosas que uno le iría a contar a su madre. De ahí en adelante, me abrochaba el cuello de la

camisa antes de salir de casa pero siempre acababa abierto nada más recorrer unos metros calle abajo.

EARL ROBERTS
Oneonta, Nueva York

Guantes de encaje

Mi padre, que se llamaba Joseph Cycon, ingresó en el ejército en 1943 y fue destinado a la Compañía F del 262.º regimiento de la División de Infantería Sesenta y Seis, que entró en servicio en abril de 1943. En diciembre de 1944 había alcanzado el rango de sargento.

A finales de noviembre de 1944 la división fue enviada a Inglaterra a prepararse para combatir en Europa. Cuando en diciembre de ese año la batalla de las Ardenas cogió a todos por sorpresa, el regimiento de mi padre fue movilizadado como refuerzo. Y así fue como se encontró en el Canal de la Mancha el 24 de diciembre de 1944, en el transporte de tropas belga *Leopoldville*, la noche en que fue torpedeado por un submarino alemán: murieron 802 personas. Había 197 hombres asignados a la Compañía F y sólo diecinueve sobrevivieron. Mi padre fue uno de los cinco hombres del Segundo Pelotón que quedaron con vida.

En aquel momento mi madre, Margaret Gill Cycon, estaba en su casa de Sidney, Nueva York, viviendo con sus padres y esperando un bebé para el mes de junio. Recibió una carta de mi padre fechada el 11 de enero, pero los censores no le dejaron contar nada sustancial acerca de lo que había sucedido. Mientras tanto, mi madre había estado recibiendo muchas cartas y llamadas telefónicas de los familiares de los soldados que estaban en la compañía de mi padre, en las que le rogaban, afligidos, que pidiera información a mi padre sobre sus hijos y maridos, de quienes no sabían nada desde Navidad. Ella misma estaba muy deprimida y preocupada, así que lo único que se limitó a hacer fue abrir un paquete que había recibido de mi padre. Contenía un par de guantes azules de encaje francés. Pasaron algunas semanas antes de que se los probara, gracias a la insistencia de una amiga. Cuando intentó ponérselos, se dio cuenta de que no podía meter un dedo en uno de los guantes. Había algo dentro. Era un rollito de papel de periódico. Resultó ser un artículo corto sobre el transporte de tropas *Leopoldville*, que había sido hundido el día de Navidad. De aquel modo mi padre había conseguido burlar la censura para informar a mi madre de que él había sobrevivido al hundimiento, pero que tantos otros de sus amigos habían perdido la vida.

KAREN CYCON DERMODY
Hamilton, Nueva Jersey

Las tarjetas de Navidad de Susan

Cuando era soltera y apenas había cumplido los veinte años, empecé a enviar tarjetas de Navidad con mi foto. Tenía fotos con diferentes poses que me había ido sacando durante el año, así que elegía la mejor y la usaba como tarjeta.

En todas las fotos siempre estaba desnuda.

Me gané muchos admiradores. Los hombres se detenían cuando me veían y exclamaban: «¿Eres la de las tarjetas de Susan?». Estuve enviando tarjetas durante seis años, y en el último año mi lista se había incrementado hasta alcanzar los 250 nombres.

Uno de los abonados era Ted, el hombre que me arreglaba el coche. Era treinta años mayor que yo y bebía muchísimo, pero era muy buen mecánico. Y además tenía un corazón de oro. Yo sabía que tenía varias novias, pero nunca las conocí.

Necesitaba de Ted, así que todos los años le enviaba una tarjeta. Él también empezó a mandarme fotos a modo de tarjetas de felicitación, pero en ellas siempre aparecía sosteniendo un gran pez.

Después de mudarme a una casa fuera de la ciudad, casi no volví a verle, pero continuamos intercambiando tarjetas hasta que abandoné la costumbre.

Ahora avancemos rápidamente veintitrés años. He vuelto a mi antiguo barrio para que me instalen una radio en el coche. Cuando estoy en la sala de espera, se me acerca un hombre y me dice:

—¿Susan? Yo soy Paul, el hijo de Ted.

—Ah, hola —contesto—, ¿qué tal?

Paul me contó que Ted había muerto en otoño. Paul y su hermana tuvieron que buscar un traje para enterrar a Ted con él.

La hermana abrió un cajón lleno de calcetines y encontró una de mis fotos de Navidad.

—Oye, papá tiene que conservar esto —le dijo a Paul, y metió la foto en el bolsillo interior de la chaqueta de su padre. Lo cual significa que Ted está enterrado conmigo desnuda a la altura de su pecho. Seguro que le gusta.

Una semana después encontré una de las tarjetas de Ted en mi casa. Era una foto de él sosteniendo un pescado y sonriéndome. Los bordes de la foto estaban mordisqueados por los ratones.

Le di la vuelta y allí, escrito a mano, ponía: «Susie, has estado en mis pensamientos y en mi corazón durante diecisiete años. Espero que estés bien y te deseo lo mejor. Con cariño, Ted».

SUSAN SPRAGUE

Edith

Se llamaba Edith, pero nadie la llamó nunca por ese nombre. A su espalda todo el mundo le decía «Edie», aunque de frente se dirigían a ella como la «señorita Burgoyne». Vivía sola con sus padres al oeste del pueblo. Después me enteré de que aquéllos no eran realmente sus padres, sino que eran sus tíos, y que ella era hija ilegítima de la hermana de su tía. La tía y el marido no tenían niños, así que la criaron como si fuera hija propia desde que nació, en 1906.

Eso significaba que ella tendría unos cuarenta y seis años de edad cuando yo era un niño de diez. Edie ya era una leyenda dentro de la comunidad. Tal vez fuese por las resonancias nobiliarias de su apellido —Burgoyne—, que destacaba en aquel pueblo de familias noruegas donde todos los apellidos parecían acabar en «son». Aunque lo más probable es que fuese porque mantenía un distanciamiento social con las otras personas del pueblo. Era una solterona en un mundo de mujeres casadas, que no pertenecía a ninguna de las congregaciones religiosas ni a ninguno de los clubs femeninos. Además había ido a la universidad y se había licenciado en música por la Universidad de Dakota del Sur en 1928. Cuando se licenció, el padre le regaló un Buick nuevo y durante todo el verano se pasó recorriendo el pueblo de un lado a otro, yendo a las casas donde daba clases de música por cincuenta centavos la hora. Yo fui uno de los chicos que estudió con ella. Todos queríamos tocar el piano, pero odiábamos la disciplina que aquello requería, la humillación de las lecciones y tener que aguantar que ella nos llamase «querido». Su atuendo era tan aburrido y anticuado que seguramente era el mismo que llevaba cuando iba a la universidad. Aquello ya era suficiente para tacharla de excéntrica, pero además estaba la cinta adhesiva que colocaba para tapar el cuentakilómetros de su coche. Un día, después de la clase, salí corriendo de casa mientras ella charlaba con mi abuela, me subí a su coche y arranqué la cinta adhesiva. El cuentakilómetros de su Buick de 1928 marcaba que había recorrido 8000 kilómetros. ¡8000 kilómetros en veinticuatro años!

Un día de verano, yo estaba sentado en la gasolinera, sin nada que hacer, y la señorita Burgoyne pasó en su coche rumbo al correo y a sus clases de música vespertinas. Aquel día el encargado de la gasolinera era el tío Pete, el hermano de mi abuelo.

—Me pregunto qué habrá pasado con el ferroviario de Edie —dijo, hablando consigo mismo.

—¿Qué ferroviario? —pregunté.

Y fue entonces cuando me enteré de la historia que todo el pueblo sabía desde hacía años.

El pueblo de Naples era apenas un puntito en la carretera. La gente solía decir: «¡No parpadees o te lo pasarás!». Estaba a unos ocho kilómetros al norte y un poco al

oeste de Vienna. Entonces había una línea ferroviaria comarcal, el Ferrocarril de Milwaukee, que salía desde Sioux Falls, pasaba por Vienna y Naples y terminaba en Bristol, desde donde daba la vuelta y regresaba a Sioux Falls al día siguiente. Cuando la señorita Burgoyne empezó a coger aquel tren en el verano de 1935, el Milwaukee ya llevaba medio siglo formando parte del paisaje.

—Así es —dijo Pete—, aquel verano se subió una tarde al tren y, desde entonces, siguió yendo a Naples tres veces por semana durante todo aquel año. Una vez allí, se bajaba y regresaba a casa andando.

—¿Y por qué hacía eso?

—Nadie lo sabe exactamente. El jefe de estación dice que se enamoró de un revisor que se llamaba Bill, pero que Bill estaba casado. Nadie lo sabe exactamente. Pero ella hizo aquello durante un año y después abandonó de golpe, igual que había empezado. Hasta en las tardes más frías de invierno, tres veces por semana regresaba andando los siete kilómetros que separaban Naples de su casa.

—¿Y cómo conoció a ese tal Bill, el revisor?

—Nadie lo sabe exactamente —dijo Pete—. No creo que hubiera una historia amorosa entre ellos. Creo que no se trataba de otra cosa más que de una mujer sola, de treinta años, que se subía al tren y soñaba con que el revisor era su novio. Pero no lo sé. Nadie lo sabe exactamente.

Ahora el tren ya no existe. Y tampoco la estación. Hace años que las vías fueron levantadas y reutilizadas y prescribió el derecho de paso. El padre de la señorita Burgoyne murió a principios de la década de 1950 y su madre murió pocos años después. La señorita Burgoyne siguió viviendo en la cabaña de la granja y dando clases de música a los niños de la región. Para entonces ya era una solterona de sesenta años. Pero un día partió hacia algún lugar de Iowa, del que se suponía que era originaria su familia y donde ésta se encontraba enterrada, y nunca más volvió. A mediados de la década de los setenta, la gente del pueblo oyó decir que había muerto. Las malas lenguas decían que se había ido a vivir con un hombre, pero nadie lo sabía exactamente. Hoy en día su granja se encuentra arrasada y se ha reclamado la tierra para cultivarla.

Ahora tengo cuarenta y seis años, más o menos la edad que tenía ella cuando me escapé para espiar el cuentakilómetros de su Buick de 1928, tapado con una pequeña cinta adhesiva pulcramente cortada.

Cuando me invade el desasosiego y la indecisión característica de la edad madura, a veces pienso en aquella profesora de música, universitaria, con su apellido de resonancias nobles, su porte regio, su cultivado refinamiento y sus aires de gran ciudad.

Me la imagino en la estación, al atardecer, esperando allí sola al Milwaukee que llega envuelto en una nube de vapor y furia, procedente del sur. Se sube y, diez

minutos después, en Naples, se baja y recorre el camino de grava al anochecer, de regreso a su casa, donde la esperan, a la luz de los faroles, su tía-madre y su tío-padre. La imagino mirando fijamente al revisor durante esos diez minutos entre parada y parada, observando al ferroviario, todo engalanado con su uniforme azul ribeteado en rojo y su insignia cuasimilitar, FERROCARRIL DE MILWAUKEE, mientras viaja ida y vuelta desde la ciudad de Sioux Falls hasta Bristol tres veces por semana.

Sentado al piano en mi estudio, toco algunos acordes casi olvidados y recuerdo a la señorita Burgoyne y, como todos los demás paisanos del pueblo, dejo volar mi imaginación.

Pero nadie lo sabe exactamente.

BILL FROKE
Columbia, Misuri

Las almas se alejan volando

Estaba guardando la ropa limpia cuando tuve la sensación de que mi marido había muerto. Se había marchado en viaje de negocios y, aunque había hablado con él hacía apenas dos días, en aquel momento estaba segura de que ya no estaba entre nosotros.

Llevábamos casados diez años. En aquel momento nuestros tres hijos jugaban en el patio trasero, totalmente ajenos a la locura que estaba experimentando su madre en el piso de arriba. Me sentía mareada y desorientada. Dejé a un lado la cesta con los calzoncillos y las camisetas que él no se había llevado al viaje y me senté en el borde de nuestra cama. La sensación surgió de la nada, una enorme ola conteniendo todo lo que habíamos compartido desde que teníamos apenas veinte años. Una ola que rompió encima de mí. Sentí que me ahogaba y que no podía respirar. Se me cerró el pecho y se me secó la garganta. Todas las risas, toda la alegría compartida por el nacimiento de nuestros hijos, toda la paz y seguridad de nuestra vida juntos quedaron comprimidos en milésimas de segundo.

Fue la misma sensación que había tenido cuando murió Michele, la mujer de mi vecino. Estábamos en la boda de su hijo mientras ella se había quedado en casa, muriéndose de cáncer. La familia había decidido no suspender la ceremonia, así que Michele se había quedado con su madre y sus medicamentos para calmar el dolor. Llegó el momento de la ceremonia cuando el pastor preguntó a Darin: «¿Quién entrega a este hombre?», y Hugh, el padre de Darin, se puso de pie en la fila delantera y dijo: «Su madre y yo». Y en ese instante una luz de un brillo increíble se abrió paso entre las oscuras nubes de aquella tarde de febrero y atravesó las vidrieras que representaban a Jesús y a su rebaño y recuerdo que apreté la mano de mi marido con tal fuerza que casi pega un grito, justo en medio de la boda. Pocas horas después, al llegar a la fiesta, nos enteramos de que Michele había muerto en el preciso instante en que Darin fue entregado a Ellen. Los narcisos del jardín de Michele florecen ese mismo día todos los años.

También fue la misma sensación que tuve cuando murió mi abuela. Me encontraba acampando en el bosque con mi marido y mis hijos, cerca de donde vivía mi madre. Ya estábamos hartos de bañar a los niños en las frías aguas del río, así que subimos todos al jeep y nos fuimos a casa de mi madre a darnos una ducha caliente. Mi abuela llevaba ya algún tiempo enferma, pero acababan de trasladarla desde su casa al hospital de Penticton. Le pregunté a mi madre por ella y me dijo que esa mañana había hablado con mi abuelo y que éste le había dicho que la abuela seguía estable. Recuerdo que en ese momento sentí como si me fuese a desmayar. Me eché a llorar y abracé a mi madre y ella me rodeó con sus brazos hasta que se me pasó la sensación. Poco después nos enteramos de que la abuela había muerto justo en ese momento.

Así que ahora comprenderán mi confusión y mi miedo. Estaba casi segura de que era eso mismo lo que estaba sintiendo, pero también estaba casi segura de que mi marido estaba vivo, a pesar de que lo «veía» desplomado en el suelo, junto a nuestra cama. Me veía a mí misma inclinada sobre su cuerpo, todavía tibio pero ya sin vida, y experimentaba en cada fibra de mi cuerpo esa sensación de irrevocabilidad.

Aquella noche le llamé a su hotel y logré hablar con él. Me daba vergüenza contarle lo que me había sucedido, así que hablé de los niños, de lo que habían hecho ese día y sobre el tiempo que tenía él en Lima. Nuestra cuarta hija, Claire, nacería seis meses después.

Él permaneció en Perú durante cuatro meses más para finalizar su proyecto de ingeniería, después de un rápido viaje de dos semanas en el que vino a vernos y las cosas parecieron normales entre nosotros. Después de regresar a casa la segunda vez, me dijo que había conocido a una mujer en Perú justo antes de irse. Me dijo que era una ex Miss Perú y que había sido su mujer en otra vida. Me confesó que había cometido un gran error casándose conmigo en lugar de esperarla a ella. Me dijo que lo sentía mucho y me pidió perdón por tener que presentarme los papeles del divorcio. Luego se casó con la reina de belleza peruana, a la que le gusta mucho Estados Unidos. Tienen una niñita preciosa con rizos morenos parecidos a los de su media hermana Claire. Pero el padre casi nunca visita a sus otros cuatro hijos ni a mí, a pesar de que vive a sólo veinte kilómetros de distancia.

Pasaron varios meses antes de que me diese cuenta de lo que sentí aquel día en que estaba guardando la ropa limpia. Sentí que una parte de él moría. Su alma se escabullía de nuestro nido familiar y volaba hacia el nido de ella y sucedió con tal rapidez que él ni siquiera tuvo tiempo de considerar la posibilidad de quedarse.

LAURA MCHUGH
Castro Valley, California

Esperando al cartero

Trabajo como cartero en Charlotte, Carolina del Norte. Un día, hace dos años, me detuve junto al buzón de una casa y Christy, la joven divorciada que vivía allí, me estaba esperando en la acera. Me dijo que tenía que contarme una historia.

Parece ser que seis meses atrás le había dejado en el buzón una carta dirigida a otra dirección: el número era el mismo pero era otra calle del barrio. Como Christy tenía que hacer algunos recados, decidió entregarla ella misma en la dirección correcta.

Resultó que la carta iba dirigida a Stan, que era soltero. Hablaron un rato y más adelante él la llamó. Comenzaron a salir juntos y no han dejado de verse desde entonces.

Sentía mucho haber entregado mal aquella carta, pero me alegró enterarme de que había servido para que aquellas dos personas tan agradables se conociesen.

Algunos meses después, pusieron un cartel de SE VENDE en el jardín de la casa de Christy y luego enviaron las invitaciones de boda. Al poco tiempo se vendió la casa, se casaron y Christy y sus hijos se mudaron a casa de Stan.

Algunos meses después vi un cartel de SE VENDE en la casa donde *estaban viviendo*. Temí que el matrimonio tuviese problemas, así que me inventé una excusa para llamar a la puerta y ver qué sucedía.

Christy abrió la puerta sonriente y señaló su enorme panza. «¡Vamos a tener gemelos!», me dijo. «La casa se nos va a quedar pequeña, así que tenemos que mudarnos».

Cuando me dirigía a mi furgoneta, me invadió de repente la idea de que mi error al entregar una carta estaba a punto de dar como resultado el nacimiento de dos personitas. Pasmoso.

JOHN WILEY

Charlotte, Carolina del Norte

El día que Paul y yo volamos la cometa

Sucedió hace veinte años, durante un caluroso día en Florida en el que el viento soplaba del oeste. Paul y yo estábamos intentando dejar de beber. Nos habíamos emborrachado juntos, habíamos observado cómo cada uno hacía estragos en su propia vida, nos habíamos ayudado mutuamente, nos habíamos decepcionado el uno al otro y nos habíamos querido mucho. Paul era mi amigo, mi hermano espiritual. Pero ahora estábamos intentando rehacer una vida normal a partir de lo que, durante tanto tiempo, había sido un comportamiento anormal.

Paul medía un metro noventa y tenía una enorme sonrisa y una risa sonora. En aquel entonces era surfista y tenía el pelo rubio y los músculos dorados característicos de todos ellos. Y, por supuesto, era, como yo, un novato en el mundo de los que intentaban dejar de beber.

Yo era una maestra de escuela rubia y menuda dentro de un minúsculo bikini. Pero lo cierto era que todavía tenía alcohol hasta en las orejas y que no sabía cómo hacer para pasar el día sin una cerveza.

Nos fuimos a la playa. ¿Qué otra cosa podíamos hacer un caluroso fin de semana de 1980 en Florida? Llenamos nuestra neverita de agua con gas, cogimos un par de toallas y partimos. Paul llevaba una cometa. Recuerdo que pensé: «¿Para qué llevará una cometa a la playa? ¿Qué les verá la gente a las cometas? ¿Para qué sirven?». Paul siempre fue un poco peculiar.

Había llevado un carrete de sedal para pesca y estaba claro que tenía muchísimos metros de hilo.

Nos instalamos en las dunas, a la sombra de un grupo de palmeras, y Paul empezó a volar la cometa. No me acuerdo exactamente de qué le puso a la cometa a modo de cola, pero recuerdo que era roja y no demasiado grande... Era una cometa roja común y corriente. Le puso hilo a la cometa, le puso la cola y la soltó. El viento soplaba desde detrás de nosotros, un fuerte viento del oeste en dirección al mar. No tuvimos que correr con la cometa para que remontase. No tuvimos que hacer nada en absoluto. Lo único que hizo Paul fue soltar la cometa y ésta despegó. Salió volando de verdad. A Paul se le puso una sonrisa de oreja a oreja.

Debíamos de tener un kilómetro y medio de hilo de sedal. Paul fue soltando hilo hasta que la cometa se alejó y luego tiró de la cuerda para hacerla bajar y bailar, caer en picado y dar vueltas, mientras se alejaba más y más sobre las aguas del océano. La pequeña cometa roja acabó perdiéndose en el resplandor del cielo azul. La única prueba de que seguía allí arriba era el hilo de pescar tenso que ambos sosteníamos con nuestras manos. Mirábamos el cielo, intentábamos ver dónde estaba la cometa y nos reíamos al ver cómo había desaparecido. Entonces Paul cogió un par de latas que

estaban unidas con una cuerda. Las ató con un nudo al hilo de pesca que se extendía en diagonal por encima de la playa, señalando hacia el cielo.

Las latas se balanceaban en medio del aire. A la luz del día era imposible ver el hilo de sedal que las sostenía, así que se balanceaban y flotaban en el aire sin que nada las sostuviese aparentemente. Entonces pasó una persona caminando por debajo de las latas y las vio colgando del cielo. Miró, volvió a mirar, retrocedió, avanzó, miró a un lado y a otro hasta que, finalmente, nos vio y se imaginó que algo raro pasaba, pero no estaba seguro de lo que era. Éramos jóvenes y nos reímos.

Una chica muy bella, que llevaba un provocativo traje de baño negro, vio las latas y se quedó mirándolas durante largo rato. No le importaba demostrar que estaba absolutamente perpleja y que no lograba entender cómo habían llegado hasta allí arriba. Al final se acercó hasta Paul y le preguntó en qué consistía el truco. Él no quiso decírselo y ella no pudo adivinarlo. Acabó marchándose playa abajo, todavía perpleja. Tendríamos que habérselo dicho, o quizá no. Las latas parecían estar allí por arte de magia.

Pasamos el día entero juntos con la cometa, mirando flotar las latas en el aire, mirando a la gente ir hacia atrás y hacia delante cuando pasaban por debajo de ellas. De hecho, no volvimos a ver la cometa, sólo sabíamos que estaba allí por la tensión del hilo. Cuando llegó la hora de marcharnos, nadie quería hacer volver la cometa..., así que la dejamos allí, a muchos metros mar adentro y con las latas meciéndose alegremente, colgadas del hilo de pesca, por encima del alcance de todos.

Más tarde, por la noche, Paul regresó para atar la cometa más fuerte y ésta se le escapó. Se alejó volando muy lejos mar adentro, probablemente hasta llegar a las islas Canarias. El viento casi nunca sopla desde el oeste en la playa. Es posible que no haya vuelto a hacerlo desde entonces. Tampoco me importa en realidad, porque sí lo hizo aquel día.

Paul era mi amigo entonces y sigue siéndolo. Ahora tenemos cincuenta años y vivimos a miles de kilómetros de distancia. Él vive en el interior del estado de Nueva York, un lugar muy frío y extraño para un surfista alto y rubio. Yo todavía vivo en Florida. Nos enamoramos de otras personas pero nunca interrumpimos nuestra amistad. Este mes de julio va a hacer veinte años que dejamos el alcohol. Creo que, incluso hoy, seguimos aún en aquella playa, colgando todavía nuestras latas de un hilo resistente que nadie ve y todavía conscientes de que la pequeña cometa roja sigue allá arriba gracias a la fuerte tensión del hilo que nos une a ambos.

ANN DAVIS
Melbourne, Florida

Una lección de amor

Mi primera novia fue Doris Sherman. Era una verdadera belleza de pelo rizado y moreno y tenía unos impresionantes ojos negros. Sus largas trenzas danzaban y flotaban al viento cuando la perseguía por el patio durante el recreo, en la escuela rural a la que asistíamos. Teníamos siete años y nuestra maestra era la señorita Bridges, que solía abofetearnos a la más mínima falta que cometiésemos.

A mis ojos, Doris era la niña más bonita de la clase y me había propuesto conquistarla con el apasionamiento característico de un chalado de siete años de edad. La disputa por el amor de Doris estaba muy reñida. Pero yo era inasequible al desaliento y, finalmente, mi persistencia se vio recompensada.

Un fragante día de primavera encontré una insignia de metal en el patio. Debía de ser una escarapela electoral (quizá de Franklin Delano Roosevelt). La parte delantera estaba todavía lisa y brillante pero la parte de atrás ya estaba un poco oxidada. Sin dudar, decidí ofrecer aquel tesoro a Doris como prenda de mi amor. Cuando le ofrendé la insignia (con el lado brillante hacia arriba) en la palma de mi mano, vi que había logrado impresionarla. Entonces pronunció aquellas memorables palabras. Mirándome a los ojos y susurrando en un tono solemne dijo: «Alvin, si quieres que sea tu novia, de ahora en adelante tienes que darme todo lo que encuentres».

Recuerdo que me lo pensé. En 1935 un centavo era una pequeña fortuna para un niño de mi edad y circunstancias. ¿Y si encontraba algo realmente importante como, por ejemplo, una moneda de cinco centavos? ¿Podría ocultárselo a Doris o le diría que había encontrado una moneda de un centavo y me quedaría con los otros cuatro? ¿Habría hecho Doris el mismo trato con mis rivales? De ser así, podría convertirse en la niña más rica de la escuela.

Sometido a aquel interrogatorio, mi afecto por Doris fue decayendo paulatinamente. Si me hubiese pedido el cincuenta por ciento, puede que hubiésemos llegado a algo. Pero su imperiosa demanda de recibirlo *todo* en un momento tan temprano de nuestra relación sólo sirvió para cortarla de cuajo.

Así que, Doris, allí donde estés y seas lo que seas hoy en día, quiero agradecerte mi primera lección de amor y, lo que es más importante, que me enseñaras el precario equilibrio existente en la ecuación amor-economía. También quiero que sepas que algunas veces, cuando estoy adormilado, me veo otra vez persiguiéndote en aquel patio de la escuela, intentando atrapar tus rizos oscuros y saltarines.

ALVIN ROSSER
Sparta, Nueva Jersey

Bailarina

Todos dicen que les saco de quicio, especialmente mi mujer. Nunca le digo lo preciosa o lo bonita que es, a pesar de que lo pienso. Lo que le digo es que está bien. Ella me contesta que su madre también está bien. Yo le digo que estar bien es algo bueno, muy bueno. Para mí decirle a alguien que está bien es decirle algo bueno. ¿Qué sucede si un día ella está preciosa y al día siguiente está aún más bonita? Si no me reservase algo, ya no me quedaría nada por decir. Uno siempre tiene que reservarse algo.

Continuamente veo a gente que se queda sin reservas. Para empezar, ésa es la razón por la que decidí convertirme en médico especialista en dolor. Lo maravilloso del dolor es que no se anda con tonterías. No se necesita malgastar mucho tiempo hablando de él. Cuando los pacientes llegan a mí, ya han pasado por todo tipo de médicos que han tirado la toalla. Son como huesos en los que ya no queda carne que roer. Yo admiro el dolor. Habría que hacerle un homenaje. No hay miedo más primario que el miedo al dolor constante, interminable.

L. vino a mi consulta porque le dolía la pierna izquierda. No paraba de sonreír. Pensé: Esta mujer es tonta. Cuando la examino, veo que la pierna no sólo le duele, sino que está tan rígida que apenas puede andar. Tanto ella como su marido sonríen todo el rato como bobos. Sospecho que la causa puede ser un tumor en la médula espinal y no me equivoco. Le pido al neurocirujano que haga una biopsia de la médula. Después de la biopsia, la médula está casi sin reservas, así que la paciente aprende a ponerse ella misma el catéter, empieza un tratamiento para los intestinos y ahora casi no puede usar la otra pierna. La biopsia no arroja resultados definitivos. No me lo puedo creer. Paso un montón de tiempo llamando a un renombrado patólogo y le pregunto si no podría echarle otro vistazo al caso. Llamo al neurocirujano, que dice: «Creo que extraje un buen trozo».

«Bueno, a veces estas cosas pasan...», dice ella sonriendo.

Monto un tribunal médico al completo. La presento a mis colegas, extraigo su fluido espinal, le hago un examen de columna, de pulmones, de cerebro y de sangre. Excepto el inexplicable tumor en la médula y que se hace pipí y caca en la cama, está perfectamente sana. Durante los meses siguientes el tumor se mantiene estable, así que le receto algunos medicamentos. Algunas pastillas para disminuirle los espasmos en las piernas y en la vejiga y algunos esteroides para sentirme mejor yo.

Su marido sonríe encantado y me dice que está muy feliz de tenerme como médico. Me dan ganas de echarle la llave a la puerta y dejarlos a los dos encerrados para siempre para que no puedan andar por las calles. Aquello era lo único que me faltaba: él sonriendo radiante y ella flaca como un esqueleto, en su silla de ruedas y con aquel tumor, contándole a cualquiera que estuviese a tiro de piedra: «¿Ve? Mire

qué doctor tan maravilloso tenemos. ¡Estamos muy contentos con él!».

No queda mucho más por hacer. Nada ha cambiado en meses. Supongo que la paciente llevará una vida durísima, pero, al menos, sigue siendo su vida. Vienen a verme de vez en cuando. Cuando se les ha terminado algún medicamento o para solicitar más sesiones de fisioterapia. Viven a más de ciento cincuenta kilómetros de distancia y a veces vienen para una consulta de quince minutos, de los cuales hablamos trece y el resto la examino a ella. Trato de darles cita para esas horas en las que sé que no voy a tener a nadie más en mi consulta. Sigo siendo su médico preferido.

Un viernes me llama su marido. Los síntomas que me describe son diferentes de los acostumbrados. Les digo que recorran los ciento cincuenta kilómetros y vengan a la clínica. El examen arroja que tiene un tumor en la parte posterior del cerebro de cinco centímetros de diámetro, en un sitio donde tres meses antes no había absolutamente nada más que cerebro. Tiene los minutos contados debido a la presión del tumor. El marido corre hacia mí y me aprieta la mano un par de miles de veces y dice: «Estoy tan contento de que esté usted aquí». A ella le bailan los ojos debido al tumor y le duele la cabeza, pero también está feliz de verme. Esa noche el neurocirujano le abre el cráneo. Ella empieza a sentirse mejor con bastante rapidez. Varios patólogos y oncólogos de la ciudad reconocen que no es un tumor común, aunque tampoco les resulta desconocido.

La paciente ha empezado su tratamiento y hoy viene a verme a la consulta. Los dos entran con una sonrisa radiante. Ella tiene las piernas delgadísimas, cubiertas de manchas rojas, descarnadas y sin un pelo. Las uñas de los pies son un espanto. Me dice: «¡Mire, mire!». Balancea los dos pies hacia atrás y hacia delante en su silla de ruedas para hacerme una demostración. Después dice: «Mire esto». Apoya las manos en los posabrazos de la silla y hace fuerza hasta casi levantarse. Debido a la lesión en la médula espinal, los dos pies le han quedado apuntando hacia abajo, ya que los tendones de Aquiles se le han acortado y le tiran hacia arriba de los tobillos. Tiene la cara hinchada y redonda, como una luna llena, debido a la cortisona. Apenas le queda una capa muy fina de pelo. Tiene las cejas muy arqueadas y frunce muchísimo la frente. Sonríe de oreja a oreja y sus ojos siguen bailándole de un lado a otro, pero ahora miran hacia abajo para mostrarme que está de pie, de puntillas. Parece una niña. Una bailarina. Su marido está orgulloso y también le mira los pies. Y entonces ella vuelve a sentarse y se queja: «Ay, si por lo menos no tuviera esta cara tan enorme...».

«No», le digo. «Está usted preciosa». Y es cierto.

NICOLAS WIEDER
Los Ángeles, California

La galletita china de la fortuna

Durante años mis padres guardaron un papelito de los que salen en una galletita china de la fortuna que decía: «Usted y su mujer serán muy felices en su matrimonio». Lo tenían puesto junto a una foto enmarcada en la que aparecían los dos muy sonrientes en una playa de Cuba. A mí me encantaba mirar aquella foto y leer el papelito que la acompañaba. Me transmitían una sensación de estabilidad. Era como si proclamasen a todo aquél que los mirase que ellos eran felices y que estaban decididos a continuar siéndolo. Tengo que decir que fue un magnífico matrimonio que duró veintiséis años. Hubo, por supuesto, épocas buenas y épocas malas, pero fueron capaces de esforzarse juntos para lograr llevar la vida que querían. Creo que tampoco puede pedirse mucho más.

Cuando mi madre cumplió cincuenta y un años le diagnosticaron un cáncer en la lengua. Si la operaban se iba a quedar muda e iba a tener que alimentarse por sonda durante el resto de su vida. Prefirió someterse a radioterapia, pero el cáncer se desplazó a los nodos linfáticos. Tuvieron que operarle el cuello para extirpárselos. Menos de un año después del diagnóstico, le reapareció el tumor en la lengua. Entonces ya se encontraba tan delgada y débil que era imposible operarla. Algunas semanas después no tuvo más remedio que someterse a una traqueotomía, tras lo cual perdió la voz y tuvo que usar una sonda para alimentarse. Decidió, con la aprobación de mi padre, quedarse en casa y no someterse a más tratamientos. Yo me casé durante ese período extremadamente difícil. Mi marido y yo nos instalamos en casa de mis padres para ayudar a mi padre y estar cerca de mi madre. Cinco semanas después de mi boda, ella murió en casa, rodeada de toda su familia. (Ahora mismo estoy llorando mientras escribo esto).

El día después de su muerte salimos todos juntos a cenar fuera, ninguno tenía ánimo para ponerse a cocinar para toda la familia. Mi padre eligió un restaurante vietnamita. Durante la cena estuvimos hablando de mi madre y compartiendo diferentes recuerdos de ella. Fue un momento agri dulce. Todos la habíamos querido muchísimo, pero, a la vez, estábamos contentos de que ya no sufriese más. Después de la cena cada uno abrió su galletita china de la fortuna. El papelito de la de mi marido ponía: «Usted y su mujer serán muy felices en su matrimonio». La hemos puesto junto a una foto nuestra enmarcada en la que aparecemos muy sonrientes el día de nuestra boda.

SHARLI LAND-POLANCO
Providence, Rhode Island

Muerte

Cenizas

Mi madre murió el 18 de agosto de 1989. Era una mujer encantadora y enormemente atractiva, aunque la convivencia con ella no era fácil. Había vivido «más de una vida». Había nacido en Suecia, pero la sangre gitana que le corría por las venas la impulsó a moverse por todo el mundo, casarse cuatro veces y tener cuatro hijos. Su primer marido fue un urbanista sueco. El siguiente, un pintor ruso. Después vino un carpintero de Cape Cod y el último fue un comunista irlandés. Yo fui fruto de su tercer matrimonio, que fue también el más breve.

Cuando murió, la incineramos. Mi primo hizo una bonita caja de madera para guardar sus cenizas. No tenía decidido qué iba a hacer con ellas, así que las guardé durante un tiempo en el cajón de una cómoda. Barajaba varias posibilidades. Una era enviarlas a Suecia. Otra, arrojarlas a las aguas del río Grande. Y otra, diseminarlas desde la ventosa cima de una colina de San Francisco, el lugar donde ella había vivido durante más tiempo.

Mientras consideraba lo que debía hacer, entraron unos ladrones en mi casa durante la noche y me robaron la caja. La policía me dijo que los peristas locales eran tan eficientes que lo más probable era que, en un par de días, las cenizas de mi madre acabasen en algún mercadillo de Arizona. De todos modos, yo pensaba que cuando el ladrón se diese cuenta de su error volvería para dejarme la caja en la puerta de mi casa. Después de todo, lo que había dentro no era ninguna joya, sino un montón de cenizas. Pero mis esperanzas jamás se cumplieron y, poco a poco, me vi obligada a admitir que mi difunta madre continuaba vagando por el mundo, igual que lo hiciese en vida. No dejaba de ser una situación extrañamente poética.

Pasados cinco años un tal padre Jack Robinson de la iglesia católica de la Sagrada Familia dejó un mensaje en mi contestador automático. Había otra Sara Wilson en mi mismo barrio y a menudo recibía llamadas dirigidas a ella. Por los mensajes que le dejaban en mi contestador, sabía que era una mujer creyente y muy activa en las labores de su parroquia, y que, además, era entrenadora de fútbol. Naturalmente, creí que el sacerdote se había equivocado de número. Así que llamé al número de contacto que habían dejado grabado y, mientras intentaba explicarle a la telefonista que el padre había llamado a otra Sara Wilson, ella me pasó la llamada y tuve que repetir mi explicación. Entonces el sacerdote me preguntó si yo era la hija de Kerstin Lucid. «Sí», contesté muy despacio. Me explicó que habían encontrado una caja que contenía cenizas en la cripta de la iglesia y que dentro había una etiqueta de identificación del depósito de cadáveres Vista Verde, quienes, a su vez, le habían facilitado mi nombre. El padre Jack llevaba sólo dos años en aquella iglesia y no sabía cómo ni cuándo había llegado allí la caja. Había hablado con su antecesor en la parroquia, pero tampoco él sabía nada al respecto.

Más tarde cogí el coche y fui a recoger a mi madre al valle de Albuquerque. Había sido tan pagana durante toda su vida que no dejaba de ser irónico que estuviera en una iglesia católica. El padre Jack, ataviado con el hábito marrón de los franciscanos, me condujo hasta su despacho. La reaparición de mi madre me provocaba bastante desazón, y creo que él me lo notó en el rostro. En el momento en que me entregaba con enorme respeto sus cenizas, decidí que las mantendría conmigo. Ahora mi familia y yo adornamos la caja para las fiestas navideñas y los cumpleaños y siempre procuramos que esté sobre el piano cuando bailamos.

SARA WILSON
Corrales, Nuevo México

Harrisburg

El 27 de agosto de 1996 mi madre me despertó a medianoche y me pidió que llamase al 911. Vino una ambulancia y trasladó a mi padre al hospital regional de South Jersey. A la noche siguiente entró en coma y los médicos decidieron enviarle urgentemente a un hospital de Filadelfia. Cuando mi madre y yo llegamos al hospital, ya le estaban operando.

Doce horas después los médicos nos llamaron a la sala de espera y dijeron: «Tiene un aneurisma cerebral. No creemos que vuelva a despertarse».

Esperamos a que lo llevaran a su habitación en la UCI y entramos a verle. Le estuvimos hablando y en determinado momento le dije «Hola, papi», y entonces abrió los ojos.

Acudieron los médicos y le hicieron varias preguntas. ¿Qué edad tiene? ¿En qué año estamos? ¿Quién es el presidente? Las tres primeras las contestó correctamente. Sin embargo, a la última «¿Dónde se encuentra usted ahora?», contestó: «En Harrisburg».

Durante los siguientes días pareció recuperarse poco a poco. Pero el 4 de septiembre, mi primer día en el instituto, fueron a recogerme temprano. Cuando llegué al hospital, mi madre estaba esperándome. «Ha sufrido una recaída», me dijo. «Los médicos han diagnosticado muerte cerebral».

A los pocos minutos se acercó una enfermera y nos invitó a sentarnos. Quería saber si teníamos alguna pregunta que hacerle. De nuestras bocas salieron las palabras que nunca nadie había pronunciado antes en nuestra familia. Esas palabras eran *donación de órganos*. Sabíamos que aquello podía procurar a otros la oportunidad de vivir y queríamos ayudar.

Una semana después del funeral recibimos una carta del programa de donantes Don de Vida en la que se nos comunicaba el lugar de residencia de las personas que habían recibido los órganos y cuál era su evolución.

La lista empezaba por el hígado y los riñones. La siguiente frase decía: «Un hombre de cincuenta y tres años, padre de tres hijos, recibió el corazón de Raymond. Vive en Harrisburg, Pensilvania». Un escalofrío me recorrió el cuerpo y el papel se me cayó de las manos.

Creo que mi padre sabía que iba a morir y, también, que su corazón no moriría con él. Pero ¿supo, de algún modo, que seguiría viviendo en Harrisburg?

RANDEE ROSENFELD
Egg Harbor Township, Nueva Jersey

Algo en que pensar

En 1970 mi padre me regaló por mi cumpleaños un anillo con la piedra correspondiente a mi signo zodiacal. Era un zafiro azul oscuro con diamantitos a cada lado y engarzado en oro blanco. Por dentro del aro del anillo había grabado la palabra FE. Yo adoraba aquel anillo y lo llevaba con frecuencia.

En noviembre de 1991 fui a la consulta de un médico y me lo dejé olvidado en la sala donde me habían examinado. Llamé a la consulta quince minutos después de haberme marchado para decirle a la enfermera que había olvidado allí mi anillo, pero no pudieron ir a buscarlo inmediatamente porque, en ese momento, el médico estaba examinando a un paciente en aquella misma sala. Cuando el paciente se marchó y pudieron entrar, el anillo había desaparecido. Denuncié la desaparición del anillo en la comisaría local y les proporcioné una descripción detallada. Pegué carteles en los ascensores del edificio donde se hallaba la consulta. Publiqué anuncios en el periódico local ofreciendo una recompensa a quien me lo devolviese. Durante los siguientes años busqué un anillo que se le pareciese en joyerías, casas de empeño y anticuarios, pero nunca lo encontré. Mi padre había muerto en 1978.

Mi madre tenía un anillo con una aguamarina que le había regalado su abuelo. Siempre lo llevaba puesto y me había dicho que cuando ella muriese quería que yo «lo llevara y que jamás me lo quitase». En octubre de 1991 enfermó gravemente y hubo que internarla en una residencia.

A principios de marzo de 1995 nos llamaron de la residencia para decirnos que a mi madre le quedaban sólo unos días de vida. El 5 de marzo yo llevaba su anillo colgado de una cadena. Temía perderlo si lo llevaba en el dedo como había sucedido con el que me había regalado mi padre. Aquella tarde, sentada en su cuarto mientras ella yacía en coma, le dije para mis adentros: «Bueno, mamá, tal vez puedas ayudarme a encontrar mi anillo cuando llegues al “otro lado”, así ya no tendré miedo de llevar el tuyo». Mi madre murió el 7 de marzo.

El jueves 30 de marzo una de las enfermeras de la clínica donde trabajo estaba ordenando unos papeles. Entré en su oficina para hablar con ella y cuando pasó su mano por debajo de la lámpara de mesa, su anillo despidió un gran destello de luz azul. Exclamé: «Oh, Gloria, ¡qué anillo más bonito!». Al mirarlo con más atención me di cuenta inmediatamente de que era idéntico al que yo había perdido en 1991. Le pregunté si podía verlo de cerca. Dentro tenía grabada la palabra FE. Gloria me dijo que su novio lo había encontrado dentro de un coche de segunda mano que estaba limpiando para un vendedor de coches. Hacía tiempo que lo tenía y no era la primera vez que lo llevaba puesto en la clínica. Trabajábamos juntas muy a menudo, pero nunca me había fijado en el anillo. Le conté mi historia y me lo devolvió sin dudar. Desde entonces nos hemos hecho muy amigas. Tengo que decir que la piedra de mi

anillo también era su piedra zodiacal, puesto que su cumpleaños es en septiembre, dos días antes que el mío.

No hace falta decir que aquel incidente me mantuvo intrigada y confusa durante bastante tiempo. ¿Sería posible que mi madre pudiera haber «escuchado» mis pensamientos cuando estaba en coma? ¿Encontré el anillo por pura casualidad? ¿Mi madre habrá llegado al «otro lado» y entonces supo cómo encontrarlo? ¿No sería que mi propio deseo de encontrarlo puso en marcha toda aquella serie de situaciones que desembocaron en la recuperación de mi anillo? No sé cuál es la respuesta a este enigma. Quizá fue un mensaje que me enviaron mis padres. Mi única certidumbre es que lo sucedido me ha enseñado a «tener fe».

P. R OHMANN
Charlottesville, Virginia

Buenas noches

Era una de esas maravillosas noches de verano en las que los niños ruegan a los padres que les dejen quedarse fuera un poquito más y nosotros, recordando nuestra propia infancia, cedemos ante el ruego. Pero incluso esos momentos tan idílicos llegan a su fin y, entonces, mandamos a los pequeños a la cama.

Estábamos sentados en el pequeño patio que quedaba justo detrás de nuestro dormitorio, disfrutando del silencio y de una cálida tranquilidad. Fue entonces cuando oímos la música. Las notas inauditas, al principio inseguras, preparatorias, de una trompeta. Después, con más aplomo, el sonido se convirtió en una melodía dulce y sentimental, una interpretación apasionada, al tiempo que muy bien ejecutada.

Nuestra casa ocupaba una pequeña parcela situada a cierta distancia de la calle que, en realidad, no era más que un sendero estrecho y corto. Al otro lado había otros dos terrenos, todavía vacíos, junto a uno mayor, propiedad de nuestro vecino, y a una gran extensión de nogales. Levantamos la mirada hacia la casa de donde procedía la música, que estaba en la colina justo por encima de nosotros, y escuchamos extrañados.

Era una casa antigua, de dos plantas, tal vez la primera construida en la zona, que estaba oculta entre los árboles. Nunca habíamos entrado en ella pero nuestros hijos sí, igual que habían venido varias veces a nuestra casa los cinco niños que vivían allí. Sus edades estaban intercaladas entre las de nuestros tres hijos. El mayor, un chico de doce años, era el de más edad entre la comunidad infantil que vivía y jugaba en aquel vecindario, protegido y definido por el sendero y las cercanas colinas cubiertas de robles que se levantaban hacia el oeste. La única niña era la líder entre las demás del barrio, además de femenina y atrevida a la vez, y siempre estaba llena de ideas. Todos los hermanos eran muy educados, disciplinados y tenían muy buen carácter.

A los padres no les conocíamos bien. El padre era representante de comercio y viajaba mucho; las pocas veces que coincidimos parecía un hombre callado y afable, aunque distante. La madre, cuyo suave acento sureño delataba sus orígenes familiares, era una mujer amable, siempre cortés, aunque reservada.

Cuando oímos aquellas primeras notas inseguras, pensamos que alguno de los chicos había cogido el instrumento, pero, casi de inmediato, quedó claro que aquel intérprete era mayor y experimentado. Era una música del pasado, profunda y conmovedora, fruto de un talento y de una pasión que jamás habíamos sospechado. Hermosa aunque breve, la música se extinguió pronto. Poco después apagamos las luces de nuestra casa y nos fuimos a la cama. Nos quedamos dormidos en medio del silencio de aquella apacible noche.

Pero aquel silencio se vio pronto interrumpido. Antes del amanecer nos despertó el sonido de unas sirenas muy cerca de nuestra casa y el destello de unas luces rojas y

blancas que se reflejaban intermitentemente en el empapelado con dibujo de hojas de nuestras paredes. Sonidos apagados, más sirenas. Después, otra vez, el silencio.

A la mañana siguiente nos enteramos de lo que había pasado. Los niños fueron los primeros. Nuestro vecino, el responsable de aquella inesperada serenata, había sufrido un infarto durante la noche y había fallecido.

ELLISE ROSSEN
Mt. Shasta, California

Charlie, el asesino de árboles

Ésta es una historia que mi amigo Bruce me contó sobre su tío Charlie. Nosotros le llamábamos Charlie, el asesino de árboles. Cuando Bruce era niño pasó muchas vacaciones con su tío Charlie, un granjero acomodado, y con su esposa. Juntos habían formado una bonita familia en un hogar feliz.

De joven, Charlie había plantado un muro de árboles pequeños alrededor de su propiedad y se había dedicado a cuidarlos, regándolos uno a uno durante los veranos de sequía y cortando con cuidado la hierba alrededor de los troncos en la primavera para evitar que los ratones de campo devorasen sus tiernas cortezas. Cuando Bruce conoció a su tío, los árboles ya habían crecido altos y rectos. En verano lucían con descaro sus frondosas copas y en invierno, ataviados más modestamente, se convertían en dignos acompañantes.

Pero algo raro le ocurrió a Charlie cuando envejeció. Los árboles que antes habían sido su orgullo y su alegría se convirtieron en un motivo de irritación. Vociferaba que los árboles le iban a sobrevivir y que él no estaba dispuesto a soportar una cosa así, ¡por Dios! Cuando Bruce contaba esa escena, se le iluminaba el rostro y yo casi veía al tío Charlie afilando el hacha y encaminándose resueltamente hacia el helado amanecer.

En pocas semanas taló muchos de los árboles. Los cadáveres yacían tétricamente alineados, con sus cabezas y espaldas en dirección opuesta a la casa. Su mujer se puso frenética y se fue durante unos días a la granja de unos vecinos. No podía soportar ver a Charlie tan alterado ni oír los golpes del hacha y el quejido de los árboles al estremecerse con cada hachazo antes de perder el equilibrio y estrellarse contra el suelo.

Un día, al anochecer, la esposa de Charlie regresó a su casa y la halló a oscuras. Charlie no estaba sentado en su sillón. Le encontró fuera, tirado en el suelo con el cráneo aplastado por un árbol que le había caído encima.

Al velatorio acudieron amigos desde muchos kilómetros a la redonda. Al poco tiempo la esposa de Charlie se mudó a vivir a la ciudad. Los vecinos transportaron los troncos al aserradero y cortaron las ramas para usarlas como leña. La granja se vendió. De Charlie ya no queda nada, pero los tocones cortados a ras de suelo han empezado a brotar otra vez y las ramas de la docena de árboles que sobrevivieron a la tala han crecido tanto desde entonces que ahora la casa se mantiene fresca todo el verano.

FRANK YOUNG
Staten Island, Nueva York

La jugada del muerto

Crecí en un pequeño apartamento de Queens situado en un edificio nuevo rodeado de terrenos baldíos. Mi padre nos había llevado a aquel yermo para escapar del Lower East Side de Nueva York, actualmente la zona más hippy de Gotham. Mi nacimiento fue lo que motivó nuestro acercamiento a las zonas residenciales.

Todos los viernes por la noche los amigos de mi padre venían a casa a jugar a las cartas. El salón se convertía en una ajetreada esquina callejera. Como aquel apartamento sólo tenía dos dormitorios y yo tenía dos hermanas, a mí me tocaba dormir en el salón. Los viernes se jugaba al pinnacle hasta altas horas de la madrugada, y yo me quedaba levantado hasta muy tarde para un niño de diez años. Mi padre montaba un improvisado bar en la cocina con agua mineral, soda, whisky de malta y whisky de centeno. Colocaba un cubo de hielo junto a las botellas. La gente cogía un vaso y se servía lo que quería. Mi madre cortaba una piña, la ponía en un plato y colocaba cerezas rojas alrededor de las rodajas para decorarlas. Cuando estaba terminado, parecía un barco a punto de zarpar.

Yo estaba siempre allí, observando a los hombres, como un estudiante dispuesto a absorber todo lo que los profesores quieran enseñarle. El humo se elevaba en grandes nubes por encima de la mesa de juego. Leo Gold siempre hacía anillos de humo que ascendían lentos y serenos. Cuando los anillos se rompían y desaparecían, daba comienzo el juego. Una vez repartidas las cartas, todo el mundo se concentraba. Se hacía un silencio tal que podía oírse cómo se derretía el hielo en los vasos.

A mí me encantaba ver a mi padre manejar las cartas. Parecían cobrar vida en sus manos, entre aquellos dedos diestros que las barajaban y repartían con absoluta precisión. El sonido de las cartas y el ritmo al barajarlas siempre me dejaban como hipnotizado. Leo Gold, el que hacía anillos de humo, era la pareja preferida de mi padre para jugar al pinnacle. Mi padre y Leo jugaron juntos a las cartas durante más de veinte años.

Crecí, me casé, formé una familia y mi padre se convirtió en un frágil anciano. Con el correr de los años tuvimos que ingresarlo en una residencia. Cuando iba a visitarle, si no estaba demasiado cansado, solíamos jugar a las cartas. Me apenaba ver cómo se consumía poco a poco, pero las cartas seguían siendo un salvavidas para él.

Un sábado mi padre parecía feliz después de una tarde de póquer. Le di un beso y me despedí. Murió al día siguiente.

El entierro se celebró en un sitio muy alejado, al otro extremo de Long Island. Fuimos en una limusina detrás del coche fúnebre de mi padre. Era tan raro ir rodeado de lujo en un momento así. Hacía un cálido y hermoso día de verano.

Los amigos y parientes rodearon la tumba de mi padre. El ataúd de pino fue colocado dentro de la sepultura. Yo eché la primera palada de tierra sobre su féretro.

Cuando levanté la mirada, el sol me dio de lleno en los ojos.

Parpadeé. Fue entonces cuando vi que la lápida de la tumba que estaba junto a la de mi padre tenía inscrito el nombre LEO GOLD. ¿Sería el Leo de las partidas de cartas? Retrocedí hasta donde estaba mi madre, me incliné y le susurré al oído:

—Leo Gold está aquí.

Recorrió la multitud con la mirada.

—¿Dónde está Leo? —me preguntó—. No lo veo.

—No, mamá. Está enterrado junto a papá —le dije.

Leo Gold, grabado sobre el granito, apenas a un paso de distancia de mi padre. Enterrados uno al lado del otro en un cementerio en mitad de la nada.

Mi madre exclamó:

—Si es nuestro Leo, entonces papá ya no va a estar tan solo aquí. Por lo menos podrán jugar a las cartas.

Sonreí, pensando en las vueltas que da la vida. ¿O serían las vueltas que da la muerte?

Aquella misma tarde mi madre llamó al teléfono de Leo Gold. Nos enteramos por su mujer de que Leo había muerto hacía unos seis meses y que, efectivamente, estaba enterrado en aquel mismo cementerio.

JOEL EINSCHLAG
Queens, Nueva York

Mi mejor amiga

Aunque no éramos parientes, yo consideraba a Patty Minehart una hermana. Nos conocimos en 1943 cuando las dos éramos alumnas de segundo curso en el instituto Victoria. Nos hicimos amigas íntimas desde el momento en que nos conocimos. Había algo entre nosotras que siempre nos permitía saber cuándo alguna necesitaba urgentemente a la otra. Cuando tuvo un ataque de apoplejía en 1996, yo estaba destrozada. Y cuando, tres días después, le descubrieron una enfermedad terminal, fue como si se acabase mi propia vida.

Mientras estuvo en el hospital, su familia y yo nos turnábamos para quedarnos con ella. Un lunes prometí que volvería al día siguiente a las dos en punto para sustituir a su hija, Barbara. Pero el martes por la mañana, después de haberme duchado y vestido, empecé a sentirme extremadamente inquieta. Deambulaba sin rumbo por casa y no conseguía concentrarme en nada. Entonces, a las once de la mañana, de golpe sentí que tenía que salir urgentemente para el hospital.

Cuando llegué a la planta de oncología, Thurza, la hermana mayor de Patty, estaba sentada en la sala de espera. Cuando me vio se puso de pie de un salto y dijo:

—¡Ah, te han avisado!

—No —respondí—. Ha sido ella quien me ha llamado.

—Pero si estaba demasiado débil para marcar tu número —respondió Thurza.

—Sí, pero no me ha llamado por teléfono.

Thurza me miró extrañada. Fuimos juntas hasta la habitación de Patty.

Más tarde, ese mismo día, Becky, la hermana menor de Patty, me dijo:

—He estado toda la mañana queriendo dejarla sola durante un momento para ir a llamarte, pero hacia las once de la mañana Patty me ha dicho: «No te preocupes, ya le he avisado yo».

Como siempre, yo había recibido el mensaje de Patty.

OLGA HARDMAN
Clarksburg, Virginia Occidental

No lo sabía

Mi esposo murió repentinamente a la edad de treinta y un años. El siguiente fue un año de una enorme tristeza. Me asustaba estar sola y me sentía totalmente incapaz de educar a un hijo de ocho años sin que tuviera un padre a su lado.

También fue el año del «No lo sabía». Resulta que el banco cargaba unos gastos de administración en las cuentas corrientes con saldos inferiores a quinientos dólares y yo no lo sabía. Mi seguro de vida era temporal y no vitalicio, y yo no lo sabía. A mí siempre me habían protegido mucho y, al quedarme viuda, fue como si hubiera quedado incapacitada para manejarme sola en la vida. Me sentía amenazada en cualquier circunstancia por las cosas que no conocía.

Para ahorrar en la compra, planté una huerta cuando llegó la primavera. Más adelante, en julio, compré un pequeño congelador, con la esperanza de poder ahorrar todavía más en la compra de alimentos. Cuando llegó el congelador, el repartidor me advirtió que «dejase pasar unas horas antes de enchufarlo». «Tiene que asentarse el aceite», dijo. «Si lo enchufa demasiado pronto, podrían saltar los plomos o quemarse el motor».

Yo no sabía nada sobre aceites ni congeladores, pero sí sabía sobre plomos que saltaban. La instalación eléctrica de nuestra casa había sido hecha por un electricista demente y más de una vez había pasado por aquella experiencia.

Unas horas más tarde, por la noche, volví al garaje para encender el congelador. Lo enchufé. Retrocedí y esperé. Se puso en marcha con un ronroneo, sin que saltara ningún plomo ni se quemara el motor. Salí del garaje y bajé por el camino de entrada a la casa para disfrutar de la brisa suave y cálida. Hacía menos de un año que mi esposo había muerto. Me quedé de pie iluminada por las luces del vecindario y observando parpadear a lo lejos las luces de la ciudad.

De repente, se apagó todo: oscuridad total. Mi casa se quedó a oscuras. Todas las casas del vecindario se quedaron a oscuras. Toda la ciudad se quedó a oscuras. Al tiempo que me volvía para mirar hacia mi garaje, donde acababa de enchufar mi pequeño congelador, me oí decir a mí misma «Ay, Dios mío, yo no sabía...», e inmediatamente me reí en voz alta. ¿Había hecho saltar los plomos de toda una ciudad al enchufar mi congelador demasiado pronto? ¿Era eso posible? ¿Era yo la responsable?

Entré en la casa corriendo y encendí el transistor para escuchar la emisora de la policía. Oí sirenas a lo lejos y temí que vinieran a buscarme: «la viuda del congelador». Pero luego oí en la radio que un conductor borracho había embestido y arrancado de cuajo un poste del tendido eléctrico en la carretera principal.

Me inundó una sensación de alivio y de vergüenza a la vez. Alivio por no haber sido la causante del apagón y vergüenza por pensar que podía haberlo sido. Allí, de

pie, también sentí que el miedo que me había atenazado desde la muerte de mi esposo había sido reemplazado por otro sentimiento. Lo que sentía estaba a medio camino entre la ligereza y la alegría. Me había reído de mi estupidez al tratar de calibrar el alcance de mi poder y, en ese momento, me di cuenta de que había recuperado el sentido del humor. Había vivido un año de «No lo sabía» lleno de dolor y de miedo. La tristeza no me había abandonado, pero, en lo más profundo de mi ser, todavía podía reírme. La risa me hacía sentir poderosa. Después de todo, ¿no acababa de dejar a oscuras a toda una ciudad?

LINDA MARINE
Middleton, Wisconsin

Ataques cardíacos

El hombre llegaba a urgencias en pleno ataque cardíaco. Los enfermeros ya le habían practicado maniobras de recuperación en la ambulancia. Le habían suministrado dos dosis consecutivas de medicamentos: epinefrina, atropina y bicarbonato de sodio. Y le habían intubado en el acto. Se le diagnosticó fibrilación ventricular. Se le aplicó más epinefrina y shocks eléctricos, pero no dio ningún resultado y fue declarado muerto: un hombre de setenta y un años que vivía solo en una caravana en un aparcamiento de la ciudad había sucumbido a un ataque cardíaco.

La mujer llegaba a urgencias en pleno ataque cardíaco. Los enfermeros ya le habían practicado maniobras de recuperación en la ambulancia. Le habían suministrado dos dosis consecutivas de medicamentos: epinefrina, atropina y bicarbonato de sodio. Y le habían intubado en el acto. Se le diagnosticó fibrilación ventricular. Se le aplicó más epinefrina y shocks eléctricos, pero no dio ningún resultado y fue declarada muerta: una mujer de cuarenta y dos años que no era de la ciudad y que había venido para enterrar a su padre. Se había quedado a dormir donde él había vivido: una caravana en un aparcamiento de la ciudad. El monóxido de carbono, inodoro e insípido, la había envenenado a ella también.

SHERWIN WALDMAN, médico
Highland Park, Illinois

El funeral de la abuela

Tras la muerte del abuelo, mi abuela perdió el interés por la vida. Aunque vivió otros diez años más, hasta los ochenta y muchos, solía pasar casi todo el tiempo sumida en la angustia y el miedo, esperando su propia muerte. Había dos cosas que la aterrorizaban: la posibilidad de morir sola y la posibilidad de acabar consumida por las llamas de sus creencias religiosas, a pesar de sus fervientes plegarias y de haber evitado siempre el pecado con firmeza. Hasta había organizado su propio funeral.

Vivía con su hijo y su nuera en una casa-rancho en Indianápolis, rodeada de cuadros de tema religioso pintados por su hermana, entre ellos el de Jesucristo en el Domingo de Ramos del tamaño de una pared. Vivía rodeada de un montón de gatos y un par de perros, aunque no apreciaba demasiado su compañía. Mi tío y mi tía tenían una tienda de peluquines en la parte trasera de la casa. Como trabajaban allí, mi abuela no estaba sola prácticamente nunca.

Un domingo por la tarde una amiga de mis tíos, que vivía justo a la vuelta de la esquina, les invitó a que pasaran un momento a visitar a su marido, que acababa de salir del hospital. Mi abuela estaba durmiendo la siesta. Así que, como sólo iban a estar ausentes durante media hora, se acercaron hasta casa de sus amigos.

Fuera o no cierto, los bomberos explicaron a mis tíos que era muy probable que mi abuela ni siquiera llegara a despertarse. Continuó dormida debido a la inhalación de humo y murió sin enterarse. El incendio fue causado por un cable que llevaría defectuoso mucho tiempo y acabó haciendo cortocircuito ese domingo en particular. Todos los animales murieron. El fuego destruyó todas las pinturas.

El día del funeral todos los miembros de la familia seguíamos en estado de shock. Traté de encontrar algo que decirle a mi hermana mayor, que iba andando junto a mí por el cementerio. Acabé comentándole que el immaculado vestido blanco que ella y mi madre habían elegido para ponerle a mi abuela en su entierro me había parecido una preciosidad.

—No lo elegimos nosotras —dijo—. ¿No te has enterado?

—¿De qué? —pregunté.

—Fue algo muy raro. Incluso ahora me produce escalofríos.

Esperé a que me lo contase.

—Ése era el vestido que la abuela tenía guardado para que se lo pusieran en su entierro —dijo.

—¿Y qué tiene de raro?

—Estaba dentro de la casa, en el armario junto a la puerta de atrás. Todo lo que había dentro de ese armario quedó destruido por las llamas, el humo o el agua. Todo menos ese vestido, que fue lo único que quedó.

MARTHA DUNCAN
Surry, Maine

Calle Mayor

Hace quince años, después de casarme por segunda vez, dejé Massachusetts y me trasladé a vivir a la avenida Hall en Henniker, New Hampshire, donde mi marido tenía (y todavía tiene) su consulta como dentista. En aquella época mis padres vivían en Florida y recibía cartas de ellos con bastante frecuencia. Cuando la carta era de mi padre, la dirección del sobre solía estar tachada justo antes de poner «avenida Hall». Un día me acordé de preguntarle a mi padre la razón de aquellas tachaduras. Me respondió que tenía una especie de bloqueo mental con nuestra dirección, que cuando empezaba a escribirla siempre le salía calle Mayor en lugar de avenida Hall.

Pocos años después, mientras buscaba unos datos en la biblioteca para un trabajo de investigación, descubrí que, hasta la segunda guerra mundial, la avenida Hall se había llamado calle Mayor y que después le habían cambiado el nombre en honor a un muchacho llamado Hall que había nacido en aquel lugar y que había muerto en la guerra.

JUDITH ENGLANDER
Henniker, New Hampshire

Una ejecución fallida

Thomas es un prestigioso fotógrafo de prensa. Nos relata sus experiencias, vividas en medio de diferentes tragedias. Sin jactancia alguna, habla de zonas de guerra, de hechos políticos, de la pérdida de amigos y de otras muertes anónimas. Su acento subraya cada una de sus entrecortadas palabras. Aunque habla un inglés fluido, se detiene a veces para buscar la expresión correcta, cuando le parece que su vocabulario no transmite la fuerza de una situación. No debería preocuparse. Los hechos son sencillos, y las implicaciones, claras.

De su época en Sarajevo habla de la ocasión en que dejó su cámara a un lado para ayudar a dar a luz a una mujer y luego ver cómo el bebé tenía que dejar su cama del hospital a un niño que llegó agonizante, con la cabeza destrozada tras un bombardeo. De su época en Estados Unidos cuenta que, en una ocasión, unos leprosos le vendaron los ojos y le cubrieron los dedos con esparadrapos para que se diera cuenta de las condiciones en las que vivían. Transcurre la noche, nuestra conversación se encamina hacia el suicidio de un compañero fotógrafo.

—Los fotógrafos son personas angustiadas —dice Thomas—. Uno es testigo de todas esas cosas, pero después no puede quitarse las imágenes de la cabeza. Es como una pesadilla.

—¿Tú tienes pesadillas? —le pregunto. Asiente con la cabeza y empieza a contarnos la siguiente historia.

Es el año 1994 y Thomas viaja a Sudáfrica para cubrir la elección de Nelson Mandela. Hay levantamientos en todo el país. Él y otros periodistas se dirigen en coche a una región asolada por la pobreza, donde va a haber un enfrentamiento entre rebeldes partidarios de la supremacía blanca y la población negra, que se está manifestando para obtener su derecho de voto.

Cuando Thomas y sus colegas entran en la región, se meten, sin darse cuenta, en medio de un convoy de rebeldes blancos. Las balas silban por encima de su vehículo, pero nadie sale herido. De repente, la caravana de vehículos se detiene. Soldados negros atacan a los rebeldes blancos. Comienza un tiroteo. Los aterrados fotógrafos se arrastran fuera del vehículo y se esconden detrás de él.

Poco a poco los soldados van ganando una sangrienta ventaja y la mayoría de los rebeldes acaban muertos o huyendo. Los que sobreviven yacen heridos e indignados, maldiciendo e insultando a aquéllos a quienes habían ido a matar.

Thomas sale de su polvoriento escondite. Apresuradamente saca algunas fotos de la horripilante escena. Nadie sabe qué sucederá a continuación.

Un soldado negro se acerca a los rebeldes con el rifle en alto.

Suena un disparo y un cuerpo cae lánguidamente en el suelo reseco. Otro tiro y el soldado mata a un segundo rebelde blanco. Thomas no puede hacer otra cosa que

observar aturdido y registrar la horrible escena. No hay intervención posible. Las ejecuciones continúan, se intensifica el caos. Poco después los fotógrafos huyen de allí, aterrados por lo que pueda suceder a continuación.

Varios días más tarde reciben la llamada de un cámara de televisión que había estado en el lugar de la ejecución.

—Venid en cuanto podáis —les dice—, hay algo que os quiero enseñar.

Thomas entra en la sala de edición y comienzan a proyectar la cinta. Lentamente, vuelve a desplegarse ante sus ojos la escena de la batalla. Vuelve a ver a los rebeldes y a los soldados. Pero, de repente, ve a alguien más: a él.

Thomas aparece en un lado de la imagen, junto a otro colega fotógrafo, sacando fotos de las sangrientas ejecuciones. Enseguida surge por encima de ellos una figura, la de un soldado negro. Su arma no apunta a los rebeldes, sino a los fotógrafos, totalmente ajenos a su presencia. Les apunta con mano temblorosa, aprieta el gatillo y... clic. No sucede nada. El soldado duda, examina su arma. Se ha encasquillado. Hace un movimiento brusco y cae una bala del fusil. Vuelve a cargar. Clic. Otra vez, nada. Vuelve a hacer otro movimiento brusco, vuelve a saltar la bala, vuelve a cargar. Clic. Otra vez nada. Entonces, algo que queda fuera del cuadro le distrae. El soldado abandona la escena, mientras los fotógrafos continúan con su trabajo.

Thomas se derrumba en la cabina de edición. Acaba de ver su propia muerte.

DAVID ANDERSON
Nueva York, Nueva York

El fantasma

Cuando tenía quince años pertencí a un club formado por mexicanos y por estadounidenses de ascendencia mexicana. Mi padre, que era mexicano, era socio. Yo participaba en las danzas folklóricas durante las festividades del Cinco de Mayo y del Día de la Independencia mexicana, el 16 de septiembre.

La joven que nos enseñaba los bailes decidió enseñarme una danza en la que sólo participaban dos personas. Lo más probable es que fuese porque yo no bailaba demasiado bien y ella pretendía sacar lo mejor de nosotros. De todos modos, la danza que me enseñó era una escenificación de cómo un muchacho quiere sacar a una joven a la pista de baile mientras ella se niega, hasta un determinado momento, a bailar con él. Durante los siguientes dos años aquella danza se convirtió en algo mío y sólo yo la interpretaba dentro del programa de festividades. Lo único que iba cambiando con el tiempo era mi compañero, puesto que llegué a tener hasta tres diferentes. Todos eran unos años mayores que yo y, dado que conocían a mi padre, eran muy respetuosos conmigo. Más adelante, a medida que mi vida fue llenándose de actividades y de amigos, mi participación en el programa de festividades se fue reduciendo. Cuando cumplí dieciocho años, mis días de bailarina ya habían quedado atrás, aunque mi padre siempre me mantenía informada de cómo les iba a mis compañeros de baile.

Una tarde llegué del instituto a casa y fui a entrar en mi dormitorio para cambiarme de ropa. Tengo edad suficiente para haber pertenecido a una generación de chicas para las que ir en pantalones al instituto era algo inimaginable. Abrí la puerta de mi cuarto y, cuando iba a entrar, me quedé helada en el lugar. El dormitorio era pequeño y estaba bastante oscuro, a pesar de que sólo eran las seis de la tarde de un día primaveral. Antes de extender el brazo para encender la luz, alcancé a ver a una persona sentada en mi cama, pero la figura estaba en mi imaginación. Retrocedí rápidamente y cerré la puerta. Se me salía el corazón por la boca y estaba realmente asustada. Había sentido la presencia de alguien en aquel cuarto. Y, para hacerlo aún más extraño, lo que había visto era la imagen de un joven mexicano vestido con el traje tradicional de charro, que consistía en unos pantalones negros ajustados, una chaqueta bolero corta y un enorme sombrero de fieltro negro. No hace falta decir lo sorprendida que estaba. No me podía creer que fuese incapaz de entrar en mi propio dormitorio. Simplemente no podía entrar.

En aquella época vivía con nosotros mi abuela materna, que sólo hablaba español. Aunque mi abuela llevaba cuarenta años en Estados Unidos, desde el punto de vista cultural seguía siendo mexicana. Me contaba historias sobre su casa y sus familiares, todos fallecidos antes de que yo naciera. Por desgracia, parece que sus familiares tenían la terrible costumbre de visitarla, o al menos eso era lo que ella afirmaba. «Anoche vino a verme tu padre», le decía a mi madre; «se quedó de pie en el umbral

de la puerta y dijo...». Yo miraba fijamente el umbral de la puerta sin llegar a creerlo del todo, pero, al mismo tiempo, me atemorizaba la idea de que un fantasma pudiera entrar en mi casa mientras dormía. Esto lo menciono para tratar de explicar cómo una joven norteamericana normal pudo llegar a aceptar tan fácilmente la idea de una presencia invisible. Para mí, aquella presencia era tan real como la puerta que era incapaz de abrir.

Pasé toda la tarde intentando entrar en mi dormitorio y cada vez que lo hacía, volvía a aparecer la imagen del joven mexicano sentado en la cama y esperando. Yo no sabía qué era lo que esperaba exactamente y estaba demasiado asustada para averiguarlo. Pasé una tarde muy extraña y desagradable intentando evitar mi propio dormitorio, pero finalmente, alrededor de las diez de la noche, decidí que ya estaba bien y que tenía que entrar, fuese como fuese. Me dirigí a la puerta de mi cuarto y, conteniendo el aliento, la abrí de golpe y alargué el brazo de inmediato para encender la luz. Cuando el cuarto se iluminó, la imagen se esfumó, al igual que mi miedo. Me metí en la cama y al otro día ya me había olvidado de aquella experiencia.

A la tarde siguiente regresé a casa a la hora acostumbrada y fui a mi cuarto para cambiarme de ropa. Dudé durante una fracción de segundo antes de abrir la puerta, pero todo estaba en orden y entré sin problemas. Al poco rato bajé a la cocina para ver a mis padres, que estaban preparando la cena. Nada más entrar, mi madre me dijo que tenía que darme una mala noticia: uno de mis antiguos compañeros de baile, José, un muchacho de unos veinticinco años, nacido en México, había muerto. Sabía que había estado internado porque mi padre había ido a visitarle al hospital, pero me habían dicho que estaba en tratamiento y que esperaban que pronto le diesen de alta. Entonces mi madre me contó que había muerto hacia las cinco de la tarde del día anterior.

G. A. GONZALEZ
Salt Lake City, Utah

Cirugía de corazón

Soy cirujano del corazón y trabajo en un estado de la Costa Oeste. Hace muchos años tuve que practicar una intervención coronaria de baipás, de muy alto riesgo, a una persona de más de setenta años. Parecía que la intervención había sido un éxito, pero tres días después el paciente desarrolló una arritmia y su corazón dejó de latir. Le practiqué ejercicios de recuperación cardiopulmonar durante tres horas y, por increíble que parezca, logramos reanimarle. Sin embargo, durante el proceso, el hombre sufrió una lesión cerebral. Los síntomas eran totalmente inusuales. Creía que tenía cincuenta años. Durante las tres horas que estuve reanimándole, había rejuvenecido más de veinte años.

Realicé un seguimiento del paciente durante un par de meses y en ese tiempo pareció recuperar alrededor de diez de aquellos años perdidos. Cuando dejé de verle, seguía convencido de que tenía sesenta años. Tenía la fuerza y la energía de un hombre con veinte años menos de los que realmente tenía.

Un año y medio después, me encontraba jugando al golf con un buen amigo. Él había ido con un conocido suyo que resultó ser el yerno de mi antiguo paciente. Hizo un aparte y me comunicó que su suegro había muerto a principios de aquel mismo mes. Le di mis condolencias. A continuación el hombre me contó una historia que nunca olvidaré.

Antes de someterse a la operación de corazón, mi paciente era un alcohólico, violento con su mujer e impotente durante casi veinte años. Después de sufrir el infarto y de resucitar (y de borrarse de su memoria un período de veinte años) había olvidado aquel tremendo pasado. No volvió a beber. Comenzó a dormir con su mujer otra vez y se convirtió en un marido amantísimo. Aquello duró alrededor de un año. Después, una noche mientras dormía, murió.

DR. G.

No se especifica el lugar

Un lugar para llorar

Mi padre murió a principios de la década de los sesenta, cuando yo tenía catorce años y todavía vivíamos en un pueblo del sur de Indiana. Murió inesperadamente, de un infarto, mientras mi madre y yo habíamos ido de viaje a visitar a unos parientes. Cuando volvimos a casa, papá ya no estaba. No pudimos decirle «Te quiero», ni siquiera «Adiós». Simplemente se había ido para siempre. Mi hermana mayor comenzó ese año la universidad y nuestra casa pasó de ser el hogar de una familia con cuatro miembros, feliz y llena de vida, a una casa donde dos personas aturcidas vivían en medio de una silenciosa aflicción.

Yo sufría horriblemente el dolor y la soledad que suponía aquella pérdida, pero también estaba muy preocupado por mi madre. Temía que su pena aumentase si me veía llorar por mi padre. Me había convertido en el «hombre» de la casa y sentía que tenía la obligación de protegerla de un dolor mayor. Por eso ideé un plan que me permitiese desahogar mi pena sin causar por ello más dolor a mi madre. En nuestro pueblo la gente sacaba la basura de sus casas y la llevaba hasta unos grandes contenedores que estaban en los callejones de los patios traseros, donde se quemaba o era recogida una vez por semana por los basureros. Todas las noches, después de cenar, me ofrecía a sacar la basura, corría de un lado a otro de la casa con una bolsa en la mano recogiendo pedazos de papel y todo lo que encontrase y después iba al callejón y lo metía en el contenedor de la basura. A continuación me escondía entre las sombras de los oscuros arbustos y me quedaba allí llorando hasta cansarme. Una vez que me encontraba lo suficientemente recuperado como para que mi madre no notase que había estado llorando, regresaba a casa y me preparaba para ir a la cama.

Aquel subterfugio continuó durante semanas. Una noche, después de cenar, cuando llegó el momento de las tareas domésticas, cogí la basura y me dirigí a mi escondite habitual entre los arbustos. Pero no me quedé mucho rato. Cuando regresé a casa fui a preguntarle a mi madre si quería que la ayudase en alguna otra cosa. Después de buscarla por toda la casa, la encontré en el sótano, a oscuras, escondida detrás de la lavadora y de la secadora, llorando a solas. También ella ocultaba su dolor para protegerme.

No estoy seguro de cuál es el dolor más grande: el que se expresa abiertamente o el que se soporta en solitario para proteger a alguien a quien amamos. Sólo sé que aquella noche, en el sótano, los dos nos abrazamos y sacamos fuera todo el sufrimiento que llevábamos dentro y que nos había forzado a ambos a buscar un lugar para llorar, solitario y apartado del otro. Y ya nunca más volvimos a sentir la necesidad de llorar a solas.

TIM GIBSON

Cincinnati, Ohio

Lee

En febrero de 1994 mi sobrino Lee murió repentinamente, a los doce años de edad, después de jugar un partido de hockey. Aquello fue lo más terrible que jamás haya podido suceder a nuestra familia. Cuando mi madre me llamó para darme la noticia, lo primero que pensé fue en mi hermana, y me la imaginé hundida en un profundo abismo. Nunca había experimentado un dolor tan intenso. Era devastador.

Mi hermana y yo habíamos quedado embarazadas de nuestro primer hijo al mismo tiempo y ambos nacieron con pocos meses de diferencia: mi hija primero, y después, su hijo. Las dos podríamos considerarnos «mamás maduras» (veintiocho y treinta y un años) y las dos dejamos de trabajar para quedarnos en casa con nuestros bebés. Dimos el pecho a nuestros hijos y una vez que yo estaba cuidando a mi sobrino y no había forma de que tomara el biberón, llegué incluso a amamantarlo. Lee cogió mi pecho, me miró con expresión de alivio y me permitió ocupar el lugar de su madre. Fue algo muy íntimo. Ahora lo menciono para subrayar la fortaleza de los lazos que nos unían y cuán traumática fue para mí su muerte.

Murió un sábado y el funeral fue el miércoles siguiente. Acudió todo su equipo de hockey, vestidos con sus uniformes. El viernes lloré toda la mañana y le pedí a Dios consuelo. Recé pidiéndole que me ayudase a comprender, que me ayudase a aceptar. Recé para que me mandase alguna señal para que supiese que existía, que me había escuchado y que todo se arreglaría algún día. Aquella mañana hacía muchísimo frío y yo estaba exhausta de tantas emociones, pero, de todos modos, saqué a mi perro a dar un paseo. Iba totalmente ajena a todo lo que me rodeaba, sumida en mis pensamientos. Apenas había salido de casa cuando un joven se me acercó en la calle. Apareció como surgido de la nada. Era muy amable y hablador y me preguntó muchas cosas sobre mi perro. Jamás le había visto, así que le pregunté si acababa de mudarse a nuestro barrio. Me respondió que no, que llevaba dieciséis años viviendo allí, en una casa que estaba al final de la calle. Yo apenas le prestaba atención. Estaba envuelta como en una bruma y prácticamente no respondía a su incesante conversación. Cuando llegamos a la altura de su casa nos despedimos y me dispuse a continuar mi camino. De repente, le oí gritar a mi espalda: «Por cierto, soy Lee».

Él no podía ni imaginar el efecto que aquello causó en mí. Acababa de suplicar una señal y había recibido la respuesta. Había pedido ayuda y había sido escuchada. Di la vuelta a la manzana mientras me caían las lágrimas por las mejillas. El chico no había dicho: «Ah, por cierto, me llamo Lee». Había dicho: «Soy Lee». Las posibilidades de que nos encontráramos precisamente aquella helada y solitaria mañana de viernes, ¿no eran, acaso, mínimas? Además, aquel chico había estado viviendo en la esquina durante los once años que yo llevaba allí y nunca le había visto.

«Soy Lee». Esas palabras fueron un gran consuelo para mí, y gracias a ellas se fortaleció mi fe. Siempre que me asalta alguna duda sobre mi vida o sobre el mundo, recuerdo lo que sucedió aquel día y me siento aliviada. Y mi hermana también.

JODIE WALTERS
Minneapolis, Minnesota

Dakota del Sur

En la década de 1970 yo era una adolescente que vivía con unos padres a punto de divorciarse, en las afueras de Atlanta. Mi madre había crecido en las planicies de Dakota del Sur, era hija de granjeros y esposa de granjero. Descendía de una vigorosa rama de alemanes y daneses que habían llegado a nuestro país con sus escasas y humildes pertenencias, habían recibido grandes extensiones de tierras llanas y se habían dedicado al campo. No era una vida fácil, ni siquiera en la mejor de sus épocas. En esas tierras lo que manda es el clima, y la vida gira alrededor de él. Casi todos los domingos el pastor hacía una referencia al clima en su sermón. Normalmente rogaba que cambiase: que acabase la sequía para que pudiese crecer el grano, que parase de llover, así podía comenzar la cosecha, que dejase de nevar para que se salvase el ganado. Al final mi abuelo se cansó de estar rezando continuamente para que el tiempo cambiase y consiguió un trabajo en la policía de tráfico, lo cual no le impedía dejarse caer, de vez en cuando, por el club gastronómico de Mansfield para después volver a marcharse en su coche patrulla. Gregario por naturaleza, le encantaban los chistes, el baile, las fiestas y las mujeres. Mi abuela, por el contrario, era tímida, recatada y una gran trabajadora. Ella mantenía la granja a flote cuando no estaba mi abuelo, lo cual era bastante frecuente, y no se amilanaba ante ninguna labor, por más difícil que ésta fuese. Una vez se encontró con que las ovejas se habían metido en un almacén de grano y se habían empachado de tanto comer. Estaban hinchadas como globos, balando de dolor. Consciente de que morirían a menos que hiciese lo que tenía que hacer, se puso a desinflar las ovejas una a una con mano experta, clavándoles un cuchillo de cocina en el flanco. Me la puedo imaginar: su moño de fino pelo castaño, ataviada con un sencillito vestido y unas botas gruesas, pinchando ovejas en medio del asqueroso olor a grano fermentado y a excremento que impregnaba el aire.

Mi madre era la menor de tres hermanas. La mayor sirvió en el cuerpo auxiliar femenino de la marina y acabó casándose con el chico que le había elegido mi abuelo, aunque había estado enamorada de otro, que resultó ser católico. Eso lo convertía a ojos de mi abuelo en un aborigen con un hueso atravesado en la nariz, puesto que, para él, la sola idea de que su hija se casase con un católico era impensable. Mi abuelo aprovechó su puesto en la policía local para hacerle la vida imposible y lograr que el muchacho se marchase del pueblo en poco tiempo. La otra hermana de mi madre se había casado obedientemente con un granjero y se había quedado en Dakota del Sur, donde era madre de cuatro hijos y seguía trabajando la tierra.

Las tres hermanas mantenían un contacto permanente. Un día mi madre estaba hablando con su hermana de Dakota del Sur. Las llamadas telefónicas solían incluir

algún hecho trágico, como que la prima Bernice había resbalado al intentar coger del asiento trasero del coche el premio que le habían dado durante la cena parroquial por los adornos navideños que había colocado a la puerta de su casa; la pobre se había golpeado la cabeza y estaba en coma. O que una vaca se había asustado al parir y había echado a correr por el campo con el útero colgando y había muerto desangrada. Mi madre parecía saborear aquellas tragedias mientras se las contaban. Aquel día, sin embargo, había escuchado en silencio, habló poco y cuando colgó el teléfono estaba visiblemente afectada. Mi tía le había dicho que habían encontrado a Diane Wellington.

Diane Wellington había sido compañera de clase de mi madre en el instituto. Era la chica rica de la localidad y las otras chicas, la mayoría hijas de granjeros que iban a clase montadas en caballos de arar, solían pedirle prestada la ropa y las joyas cada vez que llegaba algún acontecimiento. Según mi madre, Diane era una persona reservada. Aunque prestaba su elegante ropa a las chicas, ninguna era realmente amiga suya. Su familia se iba de vacaciones en avión a lugares con playas y restaurantes finos con mesas para sentarse. Los granjeros jamás se iban de vacaciones. Mi madre y la mayor parte de sus amigas ni siquiera habían salido del condado, y nunca habían subido a un avión, a excepción de las avionetas para fumigar. A pesar de que la admiraban, Diane siempre parecía estar fuera de lugar. Una mañana Diane no fue a clase. Aquel día, por la tarde, los padres llamaron al instituto para decir que no sabían dónde estaba. Los profesores preguntaron a los alumnos si tenían alguna idea sobre el paradero de Diane. Pero nadie la conocía hasta ese punto. Nadie sabía adónde podía haber ido.

La mesa de Diane permaneció vacía durante días y, después, durante semanas. Pasado el tiempo, vaciaron su casillero y enviaron el contenido a sus padres. Se desechó la posibilidad de un acto violento. Dejando aparte la violencia doméstica — que, de todos modos, en aquella época no era considerada un asunto policial—, no existía el crimen en aquella pequeña comunidad. La policía llegó a la conclusión de que Diane se había fugado de casa y archivó el caso. Mi madre y sus compañeras de clase inventaron historias emocionantes sobre la huida de Diane a la ciudad. Se la imaginaban como a una actriz o modelo enfundada en su preciosa ropa y empezando una nueva vida. Fantaseaban con que se había cambiado de nombre y vivía en un gran ático, alejada del olor del diésel de los tractores y del estiércol. O tal vez se había convertido en la esposa de un hombre rico. Los únicos novios que se le habían conocido eran preuniversitarios de fuera del pueblo. Tal vez su desaparición se debiese a algún motivo escandaloso. Quizá había huido con un hombre mayor o, mejor aún, con un hombre casado. Se la imaginaban del brazo de un guapo universitario perteneciente a una de las universidades de la Ivy League o del de un hombre de negocios elegantemente vestido, bastante mayor que ella. Pero con el paso

de los años, y a medida que las chicas iban desarrollando una vida propia, todas fueron olvidándose de Diane y de su misteriosa desaparición. No dejaba de parecerles extraño que jamás escribiese ni llamase a sus padres, pero nadie se atrevió a comentarlo. Mi madre dijo que no se había vuelto a acordar de Diane en más de veinte años. Y mi tía acababa de comunicarle que Diane no había salido nunca del pueblo.

Era una práctica usual entre los granjeros dejar descansar la tierra de vez en cuando para que volviese a enriquecerse y a recuperar los nutrientes perdidos tras años de plantaciones y cosechas. Después de absorber lluvias, nieve y sol durante años, la naturaleza vuelve a convertirla en una tierra fértil. Y a uno de esos campos que estuvo en barbecho retornó un granjero al cabo de muchos años. Y cuando estaba removiendo la negra corteza de tierra que llevaba tanto tiempo sin tocar, los discos del arado levantaron unos huesos. No eran huesos de coyote ni de ternero, sino que eran, inequívocamente, de un ser humano. Los huesos descubiertos eran los de Diane Wellington. Sin embargo lo que me heló la sangre fue lo que mi madre me contó en un susurro, con la vergüenza de épocas pasadas reflejándose en su voz. Junto a los huesos de la adolescente también había en aquella tumba poco profunda un puñado de huesecitos diminutos, como los de un pajarillo: los huesos de un feto.

El aborto se había legalizado, y había pasado a ser una práctica médica segura apenas unos años antes de que se encontrasen los huesos de Diane. Traté de no pensar en ello: una chica de mi edad en un cuarto oscuro y sucio con el abortista y sus instrumentos; el terror y el dolor que debió de sentir mientras el coche iba dando tumbos por los caminos llenos de baches, mientras ella yacía, agonizante, en el asiento de atrás, su joven vida escapándosele del cuerpo. ¿O habría muerto en aquel horrible cuartucho? ¿La habría acompañado el joven padre del niño? ¿O sería un hombre maduro y además alguien que conocían? ¿Le habría cogido alguien de la mano? ¿O la habrían dejado allí sola, en la oscuridad de la noche, tumbada sobre la tierra, entre las malas hierbas, observando cómo se alejaban las luces traseras del coche y desaparecían de su vista dando tumbos? ¿Habría yacido allí, sola en la oscuridad, mirando el inmenso cielo de Dakota del Sur? Si había sido así, deseé con toda mi alma que aquella noche el cielo estuviese lleno de estrellas para ella. Que las estrellas le hubieran servido de consuelo y que los cielos descendiesen sobre ella para acompañarla hasta el final.

NANCY PEAVY
Augusta, Maine

En contacto con Phil

Sucedió en 1991, pero a veces tengo la impresión de que forma parte del pasado lejano. Por otro lado, recuerdo aquel viaje de regreso a casa, después de que mi mujer me recogiese del hospital, como si hubiese sido ayer.

Estaba exhausto, física y emocionalmente, tras una tarde extraña que había culminado en aquellas dos horas llenas de ansiedad en una sala de urgencias. Cuando me recogió la ambulancia yo estaba totalmente pálido. Tenía las manos frías y húmedas y el sudor me corría por la espalda y el pecho. Creí que iba a morir. Los médicos me tomaron el pulso y la tensión, y aunque no detectaron nada anormal, decidieron llevarme al hospital. Minutos después, iba en una ambulancia a toda velocidad con una máscara de oxígeno cubriéndome la nariz y la boca.

Más tarde, cuando mi mujer me llevaba de vuelta a casa, me preguntó si me encontraba bien. Le contesté que no e intenté describirle lo que me había sucedido exactamente, a pesar de que ni yo mismo estaba seguro. No tenía ni idea de lo que me había pasado. Le conté que todo había empezado con una vaga sensación de malestar que me había hecho ir de un lado a otro de la casa, como si fuese un gato nervioso. Supuse que había cogido una gripe y comencé a tomarme la temperatura cada cinco o diez minutos. Resumiendo, me empezaba a comportar de una forma rara.

A continuación vino el dolor, primero en el abdomen, después en la espalda, a la altura de los riñones. Fue entonces cuando me asusté. A mi hermano Phil habían dejado de funcionarle los riñones y llevaba muchos años yendo a diálisis. Intenté recordar cómo se había iniciado la enfermedad de Phil, pero mi mente no quería cooperar y saltaba de un pensamiento a otro sin que pudiese controlarla. Me sentía como si estuviese en una montaña rusa. Empecé a marearme y decidí sentarme. Aterricé en un sillón que estaba junto al teléfono. Me temblaba la mano mientras marcaba el 911.

Me puse a mirar por la ventanilla del coche con la mente perdida. Cuando habíamos recorrido la mitad del camino a casa, mi mujer me miró y me dijo que Phil había muerto.

¿Phil? ¿Muerto? ¿Cómo era posible? Si la noche anterior había hablado con él por teléfono.

Phil se había mudado a Florida hacía once años y desde entonces nos habíamos visto en pocas ocasiones. Pero cuando su salud empeoró, empecé a llamarlo un par de veces al mes. Últimamente noté por el tono de su voz que, cada día que pasaba, pensaba más en la muerte y estaba atemorizado.

Sin embargo, cuando hablamos la noche anterior, Phil me pareció el de antes: relajado, alegre, con más ganas de vivir que nunca. Colgué el teléfono sintiéndome muy cerca de él, como si no hubiese dos mil quinientos kilómetros separándonos.

Al día siguiente, mientras los enfermeros me colocaban una mascarilla de oxígeno, mi hermano exhalaba su último suspiro.

Desde el momento en que me enteré de que la vida de mi hermano no sería larga, me había prometido a mí mismo que estaría junto a él cuando llegase la hora final. Pero nunca se me había pasado por la imaginación la posibilidad de que muriese tan repentinamente. Tal vez fuese mera coincidencia, pero ¿no era increíble que yo hubiese sufrido un ataque de pánico a la misma hora en que mi hermano fue hallado muerto en el cuarto de baño de su casa? Prefiero pensar que me envió todo su dolor y su miedo puesto que yo no había podido cumplir mi promesa.

TOM SELLEW
Wadsworth, Ohio

La carta

Yo era tercer oficial de un superpetrolero estadounidense que cargaba crudo en el Golfo Pérsico y lo transportaba, alternativamente, a Corea del Sur o a Bonaire, en las Antillas Holandesas. Era el año 1980. Estábamos regresando al Golfo Pérsico después de recalar en Bonaire. Íbamos a cruzar el Atlántico Sur y en seis días pasaríamos por Ciudad del Cabo, Sudáfrica. Mi temporada de trabajo estaba a punto de terminar, tras lo cual cogería un avión en Ciudad del Cabo rumbo a casa, en Massachusetts.

Un día, después de haber almorzado en el comedor, cogí un ejemplar atrasado de un periódico llamado *Singapore Straits Times* que tenía ya seis meses. Pensaba trabajar algunas horas extra por la tarde y me dirigí a descansar un rato a mi camarote antes de subir a cubierta. Todos los camarotes tenían unos cómodos sillones a los que llamábamos «los devoradores de tiempo», puesto que siempre se las arreglaban para dificultarnos el regreso a cubierta.

Deseoso de desafiar el poder del sillón, me instalé en uno de ellos con mi periódico plagado de noticias antiguas. Un artículo llamó particularmente mi atención. Era una entrevista con el director de una funeraria norteamericana en la que éste hablaba de su trabajo. Decía que lo más difícil era ayudar a las personas a que sobrellevaran su dolor. Una de las facetas más comunes y angustiosas del dolor, decía, era el sentimiento de no haberle dicho al difunto todo lo que uno necesitaba expresarle. Él había descubierto que escribir una carta a la persona fallecida y colocarla dentro del ataúd representaba un gran alivio para aquel tormento.

Cuando acabé de leer el artículo, dejé el periódico a un lado, me recosté y cerré los ojos. Fue entonces cuando vi la imagen de mi madre dentro de un ataúd. Intenté quitármela de la cabeza, pero persistía y era muy nítida y, de repente, me sentí inmerso en un gran dolor. Durante el sueño le escribí una carta.

He olvidado la mayor parte de las palabras que usé pero todavía recuerdo el tono. Le expresaba mi inmenso amor por ella, algo que nunca me había permitido hacer. Gracias a aquel sueño me di cuenta de que el hecho de no haberle dicho jamás que la quería iba a ser una fuente de angustia para mí cuando ella muriese. Estuve un largo rato escribiendo todo eso en mi carta y siempre estaba presente la imagen de mi madre en el ataúd. Me vi doblando la carta y colocándola dentro del ataúd, y después sentí cómo el dolor iba remitiendo poco a poco. Cuando regresé a cubierta, ya sólo pensaba en las cosas que tenía que hacer.

Aquel mismo día, me desperté de madrugada y empecé a prepararme para ocupar mi puesto de guardia en el puente. Entonces alguien llamó a la puerta. Cuando abrí me encontré con el capitán, un hombre que imponía respeto, ocupando todo el hueco de la puerta. Entró en mi camarote y me pidió que me sentara. Comenzó diciendo que

aquella era la parte más difícil de su trabajo. Yo apenas oí lo que me dijo a continuación puesto que me había puesto a repasar mentalmente todo lo que había hecho durante la travesía. ¿Qué error podía haber cometido en los últimos tres meses para que viniese a despedirme? Me obligué a prestar atención, levanté la mirada y vi las lágrimas en sus ojos mientras leía el telegrama en el que se me comunicaba la muerte de mi madre.

BRIAN F. MCGEE
Pensacola, Florida

Ensayo general

Cuando mi madre tenía ochenta y nueve años le diagnosticaron un grave problema de corazón. Los médicos dijeron que era demasiado mayor y que estaba demasiado enferma para intentar salvarla, por lo que «intentarían que se sintiese lo más cómoda posible». Nadie sabía cuánto tiempo le quedaba. Podían ser días o, quizá, meses.

Mi relación con mi madre había sido tormentosa. Nunca fue una mujer de carácter fácil, sobre todo cuando yo era niña. Tal vez yo también fuese una persona difícil. Cuando cumplí cuarenta y dos años, tiré la toalla y perdí la esperanza de que se convirtiera en el tipo de madre que yo siempre había deseado. Una Nochebuena, estando de visita en casa de mis padres, corté el cordón umbilical a voz en grito. Dejé de hablarle durante un año y medio. Cuando volvimos a dirigirnos la palabra me limité a hablar con ella de los temas más superficiales, cosa que le iba como anillo al dedo. De hecho, una vez me envió una carta en la que me decía lo contenta que estaba de que nos lleváramos tan bien.

La residencia de ancianos donde vivía quedaba a cuatro horas de coche de mi casa. Cuando me comunicaron que iba a morir, empecé a visitarla y a dedicarle mucho tiempo. El primer mes después de que le comunicaran el diagnóstico, lo pasó muy deprimida y como ausente. Se pasaba casi todo el tiempo durmiendo o mirando a la pared, en silencio, y con cara de infeliz. Había insistido en que le colocaran un catéter, así no tendría que volver a levantarse de la cama nunca más, y después se dispuso a morir. Un día, durante ese mismo mes, estaba yo sentada en una silla junto a su cama. El sol ya se había ocultado y la habitación estaba totalmente a oscuras. Acerqué más mi silla y apoyé los codos en el borde de la cama. Ella estiró el brazo y me acarició suavemente el rostro. Fue algo maravilloso.

Durante otra visita, un par de semanas más tarde, mi madre experimentó la primera de las seis pequeñas muertes que precedieron a la definitiva. Cuando llegué, mi padre aprovechó para salir a hacer unos recados. Yo jugaba al rummy con mi madre y ella hacía trampas como loca cuando anunció que tenía que ir al cuarto de baño. La ayudé a levantarse de la cama y la acompañé durante su lento trayecto. Cuando llegamos al diminuto lavabo, soltó un largo suspiro y se desmayó. Alcancé a cogerla y la deposité en el suelo. Respiraba pesadamente, con esa forma de respirar de las personas que están agonizando, y estaba inconsciente, con los ojos abiertos pero en blanco. Me quedé paralizada. Al rato espiró un largo y último suspiro y ya no volvió a tomar aire. Observé cómo su rostro se iba volviendo azul y sus labios morados. Después le tomé el pulso en el cuello, lo cual no resultó difícil, pues estaba tan delgadita que daba pena. Mientras lo hacía, se le detuvo el pulso. Estaba absolutamente quieta. Me quedé helada, sosteniéndola entre mis brazos durante un rato. Le pregunté en voz alta si estaba muerta. No me contestó, por supuesto. Pensé

en el honor que me había hecho al elegirme a mí para morir en mis brazos y, después, ¡ay, no, no, no! Bajé su cabeza lentamente, la apoyé en el suelo y le dije que iba a hacer una llamada y que volvería enseguida. Fui al teléfono y llamé a recepción. Después regresé al cuarto de baño y la miré. Parecía tan pequeña y desamparada. Me senté en el suelo junto a su cabeza y tiré de su cuerpo hasta dejarla medio sentada, abrazándola durante unos minutos y preguntándome cuánto tardarían en venir a ayudarme.

De repente su cuerpo dio un estertor. Casi soy yo la que me muero del susto. De inmediato pensé: es una reacción de su sistema nervioso. Dos minutos después tuvo otro gran estertor y comenzó a respirar de nuevo con un ritmo agonizante.

No podía creerlo: estaba viva. Hice un enorme esfuerzo para adaptarme a la nueva realidad, mientras ella se quejaba y resoplaba, se debatía por respirar, se daba con los brazos contra el lavabo y contra la pared. Sollozaba y gemía. Intenté tranquilizarla diciéndole dónde se encontraba. Finalmente recuperó la conciencia y vio que estaba en el suelo del cuarto de baño. Alargó un brazo hacia su andador, que yo había empujado hacia un rincón, y dijo:

—¡Levántame! ¡Tengo que levantarme!

—No puedo levantarte sola, mamá. Ahora llegará alguien a ayudarte. Quédate quieta un rato mientras esperamos.

Al final se dio por vencida y se recostó contra mí, respirando con dificultad. Sonó el timbre y entonces la enfermera residente y la recepcionista abrieron la puerta y entraron corriendo hasta el cuarto de baño, esperando encontrarse a mi madre muerta. Pero allí estábamos las dos en el suelo, dos personas vivas, apoyándose la una en la otra. Entre las tres ayudamos a mi madre a ir al váter, la limpiamos y la volvimos a acostar en la cama. A los diez minutos mi madre ya me iba ganando en una partida de rummy, y seguía haciendo trampas como loca.

Más tarde, aquel mismo día, estaba sentada en el borde de la cama de mi madre. Yo debía de tener un terrible aspecto de cansada y aturdida, pues mi madre me dijo:

—Escucha, querida, cuando me esté muriendo de verdad, y no de mentira, en uno de estos ensayos generales que parecen organizarme, sino cuando me esté marchando de verdad, quiero que sepas que estaré besando todo tu rostro una y otra vez. — Entonces agitó sus manos alrededor de mi cabeza. Y con los ojos llenos de amor decía—: ¡Besos! ¡Besos! ¡Besos!

Nunca la había visto tan feliz.

Al día siguiente tuve que marcharme, aunque no quería hacerlo. Justo cuando estaba saliendo por la puerta sonó el teléfono. Era la hermana Pat, una monja que trabajaba en la institución hospitalaria donde estaba mi madre. Dijo que la enfermera le había contado lo sucedido y me preguntó si creía que sería bueno que ella visitase a mi madre. Ya que mis padres siempre evitaron cualquier mención a Dios y jamás

mostraron ninguna inclinación por lo espiritual, le dije que no creía que fuese conveniente. Sin embargo le dije que a mí sí me gustaría charlar un rato con ella por teléfono.

Le conté a la hermana Pat que mi madre había cambiado por completo en las últimas veinticuatro horas. Le conté lo triste e inconsolable que había estado y lo feliz y contenta que parecía ahora, después de lo que le había pasado. Era como el día y la noche, le dije.

Hubo una pausa larga. Después la hermana Pat respondió:

—Su madre es una persona muy afortunada.

—¿Cómo? —pregunté al tiempo que pensaba: Pero si está desahuciada, ¿cómo puede ser afortunada?

La hermana Pat continuó hablando. Me dijo que durante sus veintiséis años trabajando con personas que están a punto de morir había podido observar que los que tenían «pequeñas muertes» vivían en paz durante lo que les quedaba de vida. Dijo que era como si se les permitiese asomarse un ratito al otro lado y se dieran cuenta de que allí no había nada de lo que tener miedo.

Después de aquello mi madre y yo tuvimos seis meses más para compartir. Ella asistió a otros cinco ensayos generales de su propia muerte y estaba orgullosa de ellos. Una vez la llamé por teléfono y nada más ponerse me dijo:

—Adivina lo que he hecho hoy...

—¿Qué has hecho, mamá?

—¡Me he vuelto a morir!

Durante esa época tampoco hablábamos demasiado —sólo del tiempo, de alguna noticia de actualidad—, pero eso ya no importaba. Vivíamos en una pequeña burbuja de luz y dentro de aquella burbuja el amor fluía continuamente entre ambas. Al final tuve la madre que tanto había deseado.

ELLEN POWELL
South Burlington, Vermont

Factor anónimo decisivo

Mi familia se ha dedicado siempre a las pompas fúnebres. Mi abuelo, mi tío y mi padre siguen en el negocio, así que yo crecí en una casa donde la cremación, el incremento de los precios de los ataúdes y el repentino estertor de un miembro de un cadáver cuando se liberaban algunos gases acumulados en su cuerpo eran temas normales de conversación.

Por ejemplo, alguno podía comentar: «¿Os acordáis de Morgan? De aquel ferretero gordo cuyo corazón acabó sucumbiendo bajo siete centímetros de tocino... Bueno, que me aspen si no estaba yo a punto de terminar de sacarle todos los jugos cuando el tipo se incorporó de golpe y se quedó sentado sobre la mesa. Debía de haber acumulado una bolsa de gases increíble en aquellas tripas de celulosa que tenía. Casi vomito el sándwich de atún que había almorzado. ¿Me pasas las patatas, por favor?».

Nunca había estado en el depósito de cadáveres de la funeraria de mis tíos. Hasta que un día mi tía me invitó a verlo. Bajé las estrechas escaleras pegada detrás de ella. Mi aprensión y mi horror crecían a cada paso que daba. Por mi imaginación cruzó la imagen de cadáveres momificados y apilados de cualquier manera. Torpe como soy, me imaginé tropezando con algún brazo envuelto en vendas y provocando que cientos de cadáveres rígidos y exangües se desparramasen en todas direcciones y me aplastasen bajo su peso muerto.

Pero lo que vi me dio una gran sensación de alivio. Entramos en una sala enmoquetada y acogedora, con un suave aroma, mezcla del humo de un puro y de moho. Alrededor de la sala había unas plataformas de veinte centímetros de altura sobre las que se exhibían unos preciosos y elegantes ataúdes. Los féretros eran igual de lujosos que un Mercedes y allí abajo, en aquella húmeda sala de exhibición, mi tío oficiaba de amable vendedor.

Yo tenía que ponerme de puntillas para ver el interior de aquellos caros ataúdes. Sus forros acolchados estaban hechos de un brillante satén blanco o rosa y ribeteados de encaje fino. ¡Parecían tan cómodos! Durante un instante me olvidé de la verdadera función de aquellas cajas y me entraron ganas de meterme en una de ellas y sentir la suavidad de un apoyacabezas de raso. Elegí para mí un pequeño ataúd blanco.

—Tío Jim, ¿puedes ponerme en un ataúd de princesa como éste cuando me muera?

Pero mi tío y mi tía ya habían desaparecido por la puerta, así que les seguí hasta la habitación siguiente.

Bajo la fría luz de tubos fluorescentes azules y encima de grandes mesas de acero inoxidable, yacían desnudos dos cadáveres de mujer. Sentí la urgente necesidad de regresar corriendo a la sala de los ataúdes.

Mi tía se acercó al primer cadáver. La seguí respirando despacio e intentando disimular mi miedo.

La piel del cadáver era muy fina, casi transparente, de un tono gris pálido y salpicada de manchas de vejez color burdeos oscuro. Los pechos le colgaban hacia fuera a ambos lados de la caja torácica en un inerte equilibrio, como si siempre hubiesen estado en aquella posición extraña, debajo de sus axilas. El estómago denotaba la característica hinchazón del embalsamado, a la que se sumaban dos michelines de grasa gelatinosa y llena de grumos. Aparté rápidamente los ojos del ralo montículo de pelo púbico gris, sintiendo vergüenza ajena por aquella anciana que yacía desnuda delante de unos extraños. Recorrí con la mirada las largas autopistas de purpúreas venas varicosas que se extendían por sus gruesas piernas.

Así que aquello era la muerte...

Toqué su brazo frío. Estaba tan rígido y pesado como un leño. Fue entonces cuando todo mi miedo desapareció. Aquello que había delante de mí ya no era un zombi ni una momia terrorífica y malvada, sino una carcasa vacía que tenía tanto de persona como la mesa de acero inoxidable sobre la que yacía.

Pinté cada una de aquellas uñas cianóticas con esmalte color melocotón y observé en silencio cómo mi tía peinaba con cuidado la mata de pelo gris. Apliqué unos polvos melocotón sobre el pálido rostro del cadáver, que, junto con el colorete y el lápiz labial, lo transformaron en algo que me recordó a un maniquí que había visto una vez en el escaparate de los almacenes Sears.

No es tarea fácil vestir a un muerto. El cuerpo pesa el doble de lo que pesaba en vida y no hay parte alguna que conserve la flexibilidad. Observé cómo mi tío levantaba a aquella mujer rígida para ponerle una sencilla combinación. El ángulo en el que sostuvo su torso fue suficiente para que la vejiga de la mujer expulsase un hilillo de orina que se deslizó por la mesa y fue a caer sobre la falda de mi tía. Todos nos reímos.

Más tarde, aquel mismo día, sentí la urgente necesidad de hablar con mis padres. Le pregunté a mi padre si podía elegir la cremación en caso de morirme.

Me miró con una expresión seria en el rostro y dijo:

—Por supuesto que puedes, si eso es lo que realmente deseas.

En su respuesta percibí aquel tono profesional que había tranquilizado a innumerables desconocidos asegurándoles que sus últimos deseos serían cumplidos. También percibí el tono de un padre preocupado que acababa de escuchar a su hija expresando, por primera vez, una decisión importante relacionada con la vida y la muerte.

—Sí, papá —dije—. Eso es lo que realmente deseo.

HOLLIE CALDWELL CAMPANELLA
Klamath Falls, Oregón

Sueños

4.05 a. m.

Suelo dormir profundamente y rara vez uso despertador para levantarme por las mañanas. Por lo general, sueño con cosas del trabajo e intento olvidarlo lo más rápidamente posible. Los sueños que quiero conservar en la memoria casi siempre se me borran de la cabeza. Muy pocas veces en mi vida he tenido pesadillas.

Al principio, el sueño era muy sencillo. Yo iba conduciendo un camión por la autopista de Kansas. Nunca había conducido un camión y, aunque en aquella época vivía en Kansas City, jamás había estado en la autopista de Kansas. En el sueño era de noche y lo único que veía eran mis manos sobre el volante y el trozo de carretera que iluminaban las luces del camión. De repente, delante de mí, las luces alumbraron un brazo. Aterrado, di un volantazo para evitarlo, al tiempo que intentaba desesperadamente pisar el freno. Pero no conseguía aminorar la marcha del camión y, nada más esquivar aquel miembro humano, aparecía otro delante de mí. Cuanto más avanzaba, más brazos, piernas y manos veía. No paraban de aparecer delante de mí, y cada vez iba más rápido hasta que, al final, acabé dándome un golpe espantoso contra uno de ellos. Al instante me incorporé en la cama y me desperté gritando.

Me di cuenta de que había tenido una pesadilla. Respiré profundamente y miré el reloj de la mesilla, más para tranquilizarme que para saber qué hora era. Eran las 4.05 a.m.

Disfruté de aquel sábado y me olvidé de lo que había soñado. El domingo compré el periódico y me puse a leerlo con la calma de costumbre. Cuando estaba a punto de acabar la primera sección, me encontré con un artículo de dos párrafos sobre un camionero que había atropellado un cuerpo tirado en la autopista de Kansas. El accidente había tenido lugar el sábado a las 4.05 a. m.

MATTHEW MENARY
Burlingame, California

A medianoche

En 1946 mi padre compró una pequeña tienda de ultramarinos en un barrio de las afueras de Cincinnati. Abría seis días a la semana, de siete de la mañana a seis de la tarde, y se pasaba allí casi todo el tiempo. Le encantaba aquel lugar, y conocía a la perfección todo lo que había dentro.

Una noche, a finales de la década de 1950, mi madre se despertó y se encontró a mi padre completamente vestido, con el abrigo y el sombrero puestos. Le preguntó qué estaba haciendo y él contestó: «Algo va mal en la tienda». Y después se marchó. Más adelante le contaría que le había despertado un fuerte estallido y que se había dado cuenta, instintivamente, de que había pasado algo en la tienda.

La tienda quedaba a más de un kilómetro de casa, pero no hacía ni un minuto que mi padre había salido cuando sonó el teléfono y el que llamaba dijo: «¿Está Max?». Mi madre le contestó que no estaba en casa y preguntó quién llamaba. El hombre dijo que era uno de los policías locales y añadió: «Sale agua por debajo de la puerta trasera de la tienda». Ella le dijo que mi padre iba en camino.

El cuarto de atrás estaba lleno de cámaras refrigeradas por agua y el tapón de congelación de una de las válvulas de cierre había saltado a media noche. Sin saber cómo, mi padre había oído el estallido y supo que tenía que ir a solucionarlo.

STEVE HARPER

Fayetteville, Carolina del Norte

Sangre

En el verano de 1972 fui a pasar un par de semanas a casa de mis padres en Burnsville, Minnesota. Mi habitación estaba en el sótano de la casa. De vez en cuando venía un chico de catorce años llamado Matthew a cortar la hierba. Una mañana temprano, yo estaba durmiendo y le oí que andaba por el jardín segando el césped. Me di la vuelta y seguí durmiendo.

Soñé que estaba en el cuarto de baño de arriba, de pie delante del lavabo y mirándome al espejo. La cara parecía la misma, pero, al mismo tiempo, había algo raro en ella. Veía mi pelo moreno, mis ojos azules, mi bigote, pero la forma de la cara era diferente. Bajé la mirada hacia el lavabo donde el agua corría por el desagüe formando un remolino en sentido contrario a las agujas del reloj. Puse las manos debajo del chorro de agua y empecé a enjabonármelas. Volví a mirar aquel rostro, que no era mi rostro, en el espejo. Tenía algo diferente, pero era algo que no me preocupaba en realidad.

Seguí enjabonándome las manos y noté que el dedo pulgar me dolía bastante. Me pregunté qué habría hecho para que me doliese tanto. Parecía como si me lo hubiese torcido.

Entonces volví a bajar la mirada hacia el lavabo y vi que caía sangre en el agua y que giraba y giraba en sentido contrario a las agujas del reloj. Pero ¿qué pasa?, pensé. La sangre me salía a borbotones del dedo pulgar. Brotaba justo por debajo de la yema, a la altura de la falange, y me chorreaba por el brazo hasta el codo, desde donde goteaba hasta el lavabo. Me apreté la mano dolorida y dije para mis adentros: Pero ¿qué es lo que has hecho, Jim? ¿Qué es lo que has hecho?

Entonces oí que alguien me llamaba: «¡Jim! ¡Jim!». Me desperté y me di cuenta de que era mi madre la que me llamaba desde el piso de arriba. Me dijo que subiese deprisa. Me puse lo primero que encontré y fui a ver qué sucedía. Me dijo que Matthew se había lastimado cortando la hierba y que quería que fuese al cuarto de baño a ayudarle.

Entré en el cuarto de baño, todavía medio dormido, y me quedé atónito al ver a Matthew de pie delante del espejo y sosteniendo su mano izquierda encima del lavabo. La sangre le salía a borbotones de un corte que se había hecho entre el pulgar y el índice. Le chorreaba por el brazo y caía en el agua, donde daba vueltas y vueltas antes de perderse por el desagüe.

JAMES SHARPSTEEN
Minneapolis, Minnesota

La interpretación de los sueños

Mis padres eran muy mayores cuando nací y no llegué a conocer a mis abuelos paternos. Ambos murieron antes de que yo viniera al mundo.

Mi hermana, que era veinte años mayor que yo, empezó a interesarse por la interpretación de los sueños, a modo de pasatiempo. Yo tenía dieciocho años y un día me dijo que le contara alguno de mis sueños y que ella me explicaría su significado.

El único que me vino a la mente fue un sueño recurrente que llevaba soñando desde que tenía diez años. Le dije que cada dos o tres meses soñaba lo mismo y que cada vez el sueño se hacía más largo y más nítido.

Le conté que en el sueño voy en el asiento de al lado del conductor, dentro de un coche rojo que atraviesa el campo. Nunca alcanzo a ver quién conduce el coche. Llegamos a una casa que se halla rodeada de un hermoso prado verde. Nos metemos por el camino de entrada, que es de grava. La casa tiene dos pisos, es blanca y tiene unos escalones de cemento que están un poco hundidos hacia un costado. Hay dos escalones que conducen al porche. En el porche hay un columpio viejo.

Nada más entrar en la casa, veo un salón a mi izquierda (en el que nunca entro), una escalera delante (por la que nunca subo) y una habitación a mi derecha. La habitación parece una especie de cuarto de estar y recuerdo que es de color burdeos. Hay un antiguo sofá «tú y yo» y un buró de persiana sobre el que se encuentra la fotografía de una de mis hermanas agachada en la caja de una vieja camioneta. Veo que al otro lado del cuarto burdeos se encuentra la cocina, situada en la parte de atrás de la casa, y también alcanzo a ver a través de la ventana trasera. Hay una vieja cuerda de tender ropa, aunque no hay ninguna prenda tendida.

Mientras le estaba contando el sueño a mi hermana, noté que me miraba cada vez más atónita. Cuando acabé, le pregunté cuál era su interpretación y se quedó callada durante un rato. Finalmente, dijo: «Ésa era la casa de nuestra abuela. Acabas de hacer una descripción perfecta de la casa de la abuela, incluida la foto sobre el buró de persiana».

Mi abuela murió tres años antes de que yo naciese. Nada más morir ella, su casa fue derribada.

V. F. ERGUSON STEWART
Indianápolis, Indiana

Ni béisbol ni sóftbol: «half-bol»

Cuando tenía nueve años, a principios de la década de los cincuenta, mis hermanos y yo pasábamos la mayor parte de nuestro tiempo libre jugando a lo que llamábamos el «half-bol» o «media pelota». Hay que coger una pelota hueca (preferentemente una pelota blanca granulada con una estrella en la parte superior) y cortarla por la mitad. Dado que nuestro «campo de juego» era el diminuto patio de una casa de Boston donde vivían dos familias, los tiros se hacían sin levantar los brazos por encima del hombro y estaban prohibidos los lanzamientos rápidos.

Pero, a pesar de lanzar despacio, lográbamos darle efecto a la pelota. Si uno la ahuecaba como era debido, la pelota se elevaba y caía hacia delante e incluso se elevaba y entraba. Era fantástico ver cómo la pelota pasaba a toda velocidad junto al bateador, mientras éste abanicaba el aire con el palo de hockey cortado que usábamos como bate.

La puntuación dependía de la altura que alcanzase la pelota cuando golpeaba contra la casa de tres plantas (aunque siempre le mentíamos a nuestra abuela, que vivía en el primer piso, diciéndole que no era nuestra intención darle a la casa). El primer piso puntuaba como un tanto sencillo; el segundo, como uno doble, y así sucesivamente.

Un día de verano, yo estaba en el balcón del segundo piso mirando un partido que mi hermano mayor estaba jugando con sus amigos. Ellos eran los mayores —chicos ya adolescentes—, así que, cuando jugaban, los más pequeños descendíamos de categoría y nos limitábamos a recoger pelotas.

Mi trabajo consistía en devolver las pelotas que caían en el balcón del segundo piso, incluyendo las que rodaban fuera del balcón e iban a parar al canalón que lo rodeaba. Estábamos todo el rato saltando por encima de la barandilla, agarrándonos de los barrotes e inclinándonos hacia delante para sacar la pelota del canalón.

Aquella mañana repetí dicha secuencia varias veces antes de sufrir el accidente. Uno de los barrotes de la barandilla estaba flojo y se soltó cuando me cogí a él. Perdí el equilibrio y de pronto me encontré cayendo por los aires, rumbo a la escalinata de madera y a la acera de hormigón que se encontraban unos cuatro metros por abajo.

Pero lo más curioso de todo fue que no me di cuenta de lo que me pasaba. Fue como si hubiese perdido la conciencia. Recuerdo que, mientras caía, pensé que debía de estar soñando.

En mi intento de dilucidar si aquello era un sueño o no, me puse a repasar todo lo que había hecho aquella mañana, deteniéndome minuciosamente en cada una de las actividades. Al final, y con una calma total, llegué a la conclusión de que no estaba soñando. Antes de que pudiese hacer nada para evitarlo, me estrellé contra el suelo.

Todo sucedió en poco más de un segundo, pero para mí fueron diez minutos.

Caí sobre mi hombro derecho en la acera de hormigón y me golpeé las nalgas contra la escalinata de madera, lo cual me ocasionó un curioso cardenal alargado. Pero, afortunadamente, no me di con la cabeza contra el cemento.

Mi madre insistió en llevarme al hospital, aunque no tenía nada roto. El médico dijo que mi caída no había tenido peores consecuencias gracias a que pensé que estaba soñando. Dijo que mi cuerpo había caído totalmente relajado y que, al llegar al suelo, había «rebotado».

En aquel momento no le di demasiadas vueltas al asunto. Me alegré de no haber sufrido ninguna herida seria y ahí acabó todo. Pero ahora me maravillo cada vez que lo recuerdo. ¿Por qué creí que estaba soñando? ¿Es que mi inconsciente «sabía» que podía protegerme si mi consciente se encontraba distraído con la idea de que la caída podía no ser real? Si mi mente fue capaz de hacer una cosa así, ¿podía haber desplazado mi cuerpo de tal modo que cayese en otro sitio? ¿Fue pura suerte o fue algo más lo que evitó que mi cabeza se diera contra el cemento?

JACK EDMONSTON

East Sandwich, Massachusetts

Un viernes por la noche

Cuando estaba en la universidad, vivía en una residencia de estudiantes y en la planta donde estaba, todo el mundo era muy simpático y se llevaba bien. Había un ambiente distendido y solíamos entrar en el cuarto de los demás sin previo aviso. El chico que vivía en el cuarto de al lado se llamaba Andy, y tenía una nevera y una tele, lujos poco frecuentes en las residencias estudiantiles en 1972. Andy era muy generoso y nos dejaba usarlas siempre que queríamos.

Lo siguiente me sucedió un tranquilo viernes del mes de octubre, por la noche. Había estado estudiando toda la tarde, me acosté temprano y caí profundamente dormido. En medio de la noche me desperté tras haber tenido un sueño muy raro e intenso. En él me veía a mí mismo saliendo de mi cuarto y entrando en el de al lado para coger un refresco de la nevera de Andy. Cuando entraba en su cuarto, me encontraba con que había varias personas sentadas en la cama y en las sillas. Una de ellas, sentada en el centro de la habitación y con la cabeza baja, era el hermano de Andy, un hombre obeso y tímido al que sólo había visto una vez hacía un año. También estaba Andy, su novia y otros cuatro estudiantes de nuestro piso. Todos tenían las cabezas bajas y parecían abatidos. Yo les preguntaba qué sucedía y todos se quedaban mirándome, excepto el hermano de Andy. Después, apartaban los ojos de mí y volvían a mirar el suelo en silencio.

No volví a pensar en aquel sueño hasta la tarde del día siguiente, cuando decidí ir al cuarto de Andy a coger un refresco de su nevera. Cuando entré, había varias personas sentadas igual que en mi sueño. La única diferencia era que faltaba el hermano de Andy en el centro de la habitación. Cuando pregunté qué pasaba, recibí las mismas miradas silenciosas y cargadas de consternación que había visto en mi sueño. Volví a preguntar y Andy miró hacia otro lado. Su novia levantó los ojos hacia mí con la cara roja de tanto llorar. «El hermano de Andy ha tenido un accidente horrible esta madrugada», dijo. «Llevaba en su coche a un matrimonio con sus dos hijos pequeños y se salió de la carretera. Los dos niños han muerto».

Salí del cuarto atónito. Durante todo el camino de regreso a mi habitación estuve repasando la hora del accidente y la hora en que tuve el sueño. Me repetí una y otra vez que yo lo soñé el viernes por la noche y que hoy era sábado. No paraba de repetírmelo porque no quería equivocarme. Quería asegurarme de que, años después, no empezaría a preguntarme si mi mente no habría trastocado el orden de las cosas. A veces la memoria funciona así, y quería estar seguro de que el sueño había ocurrido primero.

STEVE HODGMAN
Bedford, New Hampshire

Farrell

Tenía un primo que se llamaba Farrell. Era epiléptico y vivía en un cuartito marrón que estaba en la parte de atrás de la casa de su madre. En aquella época los epilépticos tenían poquísimas posibilidades de cura y mi primo jamás trabajó en nada. Dos veces a la semana daba un paseo de dos manzanas y media hasta el restaurante Bluegrass Grill y se compraba una tarta de fresa. Aparte de eso, rara vez salía de casa.

Cuando yo era niño sólo veía a Farrell una vez al año. El día de Navidad nos apretujábamos todos en el Plymouth e íbamos a casa de su madre a llevarle un bizcocho de frutas. Farrell salía de su cuarto y hacía tales esfuerzos por mantener una conversación educada con nosotros que se creaba una situación muy violenta. En la mayor parte de las ocasiones acababa contando unas historias interminables. A él debían de parecerle ingeniosas, puesto que se reía a carcajadas mientras las contaba, pero yo apenas podía seguir el hilo de su discurso y acababa pensando en cualquier otra cosa. Después de un rato, me ponía a mirar a la puerta y a rogar que nos marchásemos pronto de allí. Finalmente, mi padre se golpeaba las rodillas con ambas manos y se ponía de pie, diciendo: «Bien, todavía nos quedan algunas visitas por hacer esta noche. ¡Feliz Navidad!». Y a continuación, tras un jaleo de abrigos y sombreros y largas bufandas de lana que recogíamos del sofá de piel de caballo del salón, desaparecíamos hasta el año siguiente.

A medida que fui creciendo, prestaba cada vez menos atención a las historias de Farrell. Me entraban por una oreja y me salían por la otra y ejercían en mí el mismo efecto que la televisión que su madre dejaba puesta a todo volumen durante todo el tiempo que duraba nuestra visita. La voz de Farrell no era más que otro ruido que había que soportar hasta que llegasen aquellos benditos golpes contra las rodillas que anunciaban mi salvación hasta el año siguiente.

Con el tiempo, se acabaron las visitas. Fui a la universidad, me licencié y regresé a casa, pero ya no parecía que existiese la misma necesidad de regalar ningún bizcocho de frutas. Suspendida la visita, Farrell desapareció de mi vida. Pasó a ser un recuerdo de mi niñez más que un ser vivo.

Por lo tanto mi sorpresa fue enorme la noche que me desperté de golpe después de tener una horrible pesadilla. En el sueño, Farrell se encontraba en la acera de enfrente y nos separaba una calle ancha. Me hacía señas moviendo exageradamente los brazos para que cruzara los cuatro carriles atestados de tráfico que nos separaban. Su rostro era inexpresivo, pero yo sabía que quería decirme algo de enorme importancia. Una y otra vez, bajé el bordillo para intentar ir hacia él.

Sin embargo, el tráfico siempre me obligaba a retroceder. Entre él y yo pasaban a toda velocidad grandes autobuses amarillos y coches, en medio de un estruendo de bocinas. Tenía el paso bloqueado y no podía llegar hasta él. Me desperté

sobresaltado.

A la mañana siguiente me llamó mi padre para decirme que Farrell había muerto aquella noche de forma inesperada.

Creo que puedo llegar a aceptar la idea de que me llegó algo que provenía de Farrell en el momento de su muerte. Pero ¿por qué no podía cruzar la calle? Prefiero pensar que existe un abismo entre los vivos y los muertos, una sima que ningún mortal puede cruzar ni tan siquiera en sueños. Tal vez por eso no me fue permitido escuchar la última historia que quería contarme. Pero podría ser que durante aquellas interminables visitas, hace ya tantos años, yo hubiera aprendido demasiado bien a ignorar a otro ser humano, un hombre que pasó toda su vida en un cuartito marrón que estaba en la parte de atrás de la casa de su madre.

STEW SCHNEIDER
Ashland, Kentucky

«Jill»

Conocí a Ali un verano a través de Internet y charlábamos por la red casi todos los días. Hablábamos de todo, desde temas del instituto (ella estaba en el primer año y yo en el último), hasta teatro, además de comentar los textos que enviábamos a un grupo literario que se intercambiaba relatos por correo electrónico.

El verano pasado, Ali me mandó un correo detallándome sus planes de suicidio. Decía que estaba cansada de la vida y después describía lo que se iba a poner la noche que pensaba matarse con su coche. Le contesté de inmediato intentando disuadirla. Aunque me había rogado que no se lo dijese a nadie, contacté con su mejor amiga con la esperanza de que ella pudiese ayudarla.

Me tiré por lo menos tres horas charlando con Ali. Yo misma había tenido impulsos suicidas en una ocasión, y el continuo ajetreo de recibir y contestar sus mensajes representó una experiencia a la vez traumática y agotadora para mí. Al final, no me quedó más remedio que dejarla en manos de su amiga e irme a dormir.

Cuando estaba a punto de hacerlo, tuve una visión de Ali en el momento que se salía con su coche de la carretera. Para tranquilizarme, me imaginé a mí misma de pie delante del coche con las manos extendidas hacia delante e intentando detenerla. Me dormí pensando en esa imagen. Ojalá pudiese lograr ese efecto en la vida real, pensé.

En su aviso suicida había anunciado la fecha en que pensaba matarse. Pero llegó el día y me sentí muy aliviada al descubrir que seguía viva y escribiendo. No hizo ninguna mención al respecto, pero una semana después encontré un relato que envié a nuestro grupo literario en el que trataba el tema como si fuese ficción. En el relato había cambiado mi nombre por el de «Jill» y me describía como si estuviera viviendo cerca de ella, en Florida, en lugar de ser una amiga que se comunica con ella por Internet y vive en Virginia.

Pero lo que me dejó asombrada fue la descripción que hacía de un sueño que tuvo la noche que conversamos durante tres horas. En el sueño había estado a punto de salirse de la carretera con su coche cuando, no se sabe de dónde, «Jill» apareció y, de un salto, se colocó delante del coche e intentó detenerla. Aquello hizo que se despertase sobresaltada y reconoció que el susto y el miedo fueron tales que la hicieron reconsiderar su decisión de suicidarse.

KARA HUSSON
Williamsburg, Virginia

El día D

Durante la segunda guerra mundial mi primo mayor, que vivía en Nueva York, fue llamado a filas. Después de la instrucción básica le enviaron a la facultad de medicina de Dakota del Sur. En 1944, sin saberlo mi familia de California, toda la clase de Morty tuvo que abandonar la facultad, los metieron en un barco y fueron enviados a servir como infantería en la invasión de Europa que se avecinaba.

Un mes después del día D mi madre se sentó a desayunar y nos dijo a mi padre, a mi hermano y a mí que había tenido un sueño muy inquietante. En él se le aparecía su padre —que hacía años que estaba muerto— y le hacía señas para que le siguiese. La condujo a través de un campo de batalla asolado, plagado de agujeros hechos por los proyectiles, envuelto en humo. De repente, levantó la mano y dijo: «No puedes ir más allá; quédate aquí y espérame». Luego desapareció en medio del humo. Poco después volvió a aparecer y dijo: «Es Morty. Está gravemente herido, pero se pondrá bien». Ahí acababa el sueño.

Aquel sueño la afectó muchísimo, pero no le escribió ni una carta ni un telegrama a la familia de Morty.

Pocos meses después recibimos una carta de la madre de Morty en la que nos contaba que le habían herido en Normandía, pero que se pondría bien (ésas fueron sus palabras).

Tras insistirle, mi madre escribió para averiguar cuándo habían herido a Morty. Aunque no podemos estar absolutamente seguros, según los cálculos de la familia (que no sabía nada del sueño) Morty fue herido la mañana del día en que mi madre lo soñó.

Hay que tener en cuenta que cuando es media mañana en Normandía en California es justo después de medianoche, debido a las nueve horas de diferencia horaria.

Yo no creo en la clarividencia ni en los fenómenos paranormales, así que no estoy predispuesto a aceptar este tipo de experiencias, que requieren unas explicaciones que van más allá de las que pueda proporcionar la física o la neurofisiología. Pero, como dirían los ingleses, ahí queda eso.

RICHARD R. ROSMAN
Berkeley, California

El muro

Ya estaba esperándome cuando entré en el aula. La toca blanca almidonada que circundaba su cara destacaba notoriamente contra su amplio hábito negro con cuentas de azabache que colgaban de su cintura. Era una monja francesa pequeñita, de ochenta años, con ojos oscuros y sonrientes y un bigotito que temblaba cada vez que hablaba.

«*Fermez la porte, s'il vous plaît*», me dijo, señalándome la puerta. Tenía tan mal acento cuando hablaba en inglés, que era igual de fácil, o quizá más, entenderla en francés.

Era el verano después de mi último año en el instituto y me había matriculado en un curso de introducción al francés en el Barat College, en Lake Forest, Illinois, que era una pequeña universidad de monjas del Sagrado Corazón. Yo era la única alumna en la clase, por lo cual progresé rápidamente. Hablábamos casi siempre en francés, aunque también recurriamos mucho a la mímica, así que la hora que pasábamos juntas estaba siempre salpicada de risas y buen humor. Cuando le señalaba una inconsistencia en la gramática francesa me miraba con expresión divertida y me contestaba con un fuerte acento francés: «Pero, querida, ¿y entonces por qué en inglés el plural de *box* es *boxes*, pero el plural de *ox* es *oxen*? ¡Venga, sigamos!».

Un día me desperté con los ojos hinchados y el cuello y la garganta muy inflamados. Hasta mi madre, que sólo llamaba al médico cuando uno estaba ya casi a punto de morir, decidió que era mejor que me quedase en casa y no fuese a clase. Estuve varios días en cama con mucha fiebre y con un martilleo constante en la cabeza. Una noche les dije a mis padres que tenía la sensación de que si me dormía ya no volvería a despertarme. Mi madre no me hizo mucho caso, pero mi padre, que tenía que levantarse a las cinco de la mañana para ir a Chicago a trabajar, se quedó despierto toda la noche, leyéndome. Yo no entendía nada de lo que me leía, pero en medio de mi delirio me vi de pie sobre un muro de piedra muy alto que estaba agrietado y a punto de partirse en dos. Yo sabía que si se partía, mi alma se separaría de mi cuerpo. Mi profesora de francés se encontraba de pie al otro lado de la grieta, tendiéndome la mano. La cogí, salté por encima de la grieta y fui junto a ella. Después me quedé profundamente dormida, segura de que ya estaba a salvo. A la mañana siguiente, antes de marcharse a trabajar, mi padre le dijo a mi madre: «Llama inmediatamente a un médico».

Las pruebas de laboratorio dieron como resultado que tenía «mononucleosis», una fiebre glandular descubierta recientemente. Me dieron antibióticos y dormí y dormí durante la mayor parte del verano. Una mañana me desperté sintiéndome como renovada, fresca, otra vez consciente del canto de los pájaros. Me dirigí rápidamente al Barat College para retomar mis clases de francés con mi querida profesora, pero, al

llegar, las monjas me dijeron que había muerto durante mi ausencia. Se había marchado de este mundo la misma noche en que me había ayudado a saltar al otro lado del muro.

VICKY JOHNSON
Great Falls, Montana

El paraíso

Lo que cuento a continuación me sucedió cuando tenía seis años. Ahora tengo más de setenta y cinco, pero sigue tan fresco en mi memoria que es como si me hubiese pasado ayer.

Mi hermana Dotty era ocho años mayor que yo y tenía que cuidar de mí después del colegio. Ella odiaba aquella responsabilidad, pero a mí me encantaba acompañarla cuando iba a casa de sus amigas. Una tarde Dotty tenía que ir a estudiar al apartamento de una amiga y yo la seguí obedientemente hasta aquel edificio y tres pisos escaleras arriba. Sabía que me iba a aburrir. Cuando se ponían a estudiar en la cocina siempre me dejaban totalmente de lado. Les entraba la risa tonta y se olvidaban de mí por completo. Me llamaban mocosa y pesada y se burlaban de mí hasta hacerme llorar.

Aquella tarde en particular, yo no tenía nada que hacer. Después de todo, sólo tenía seis años. Intenté llamar su atención, pero estaban concentradas en sus tareas y ni siquiera me miraban. Así que decidí tener una rabieta. Simplemente me tiré al suelo y empecé a patalear. Chillé, golpeé el suelo con las manos y con los pies, hice todo el ruido que pude. Llegó un momento en que la vecina de abajo ya no pudo aguantar más el ruido y cogió un palo y empezó a dar golpes en el techo. Aquello me asustó, pero seguí pataleando y chillando obcecadamente. Organicé un escándalo espantoso. Pero mi hermana continuaba ignorándome y se reía junto con su amiga para mostrarme lo poco que le importaba lo que yo hiciese. Así que la señora de abajo siguió golpeando el techo de su cocina y gritando a voz en cuello. Yo sentía las vibraciones de los golpes en mi cuerpo. Hasta que oí que chillaba: «¡Voy a subir ahora mismo! ¡Cuando llegue os vais a enterar!».

Mi hermana y su amiga se asustaron y yo también. Dotty me cogió de la mano, me arrastró hasta la puerta, la abrió y se puso a escuchar para cerciorarse de que la mujer no estaba subiendo ya la escalera. «¡Cállate!», me dijo, y me dio un pellizco en el brazo para que me portase bien. Yo estaba tan asustada que no podía parar de lloriquear, pero ella siguió pellizcándome hasta que me calmé. Mientras estábamos en el descansillo, atentas a cualquier señal que anunciase la llegada de la vecina, sentía cómo Dotty temblaba de pies a cabeza de miedo. Para salir del edificio teníamos que bajar la escalera y cruzar por delante de la puerta de aquella mujer. Dotty tenía miedo de que estuviera esperándonos. Así que la única forma de escapar era escaleras arriba.

Subió tirando de mí hasta el cuarto piso y el quinto y el sexto. Entonces llegamos a una puerta de metal. Por suerte, pudo abrirla. Salimos al tejado del edificio, aunque eso era algo que yo no podía saber. Nunca había subido a un tejado, así que no sabía dónde estábamos. Recuerdo que trepamos por encima de muros y que cruzamos corriendo varios tejados. Finalmente, Dotty se detuvo delante de otra puerta de metal,

la abrió y me condujo escaleras abajo hasta un lugar seguro.

Salimos a la acera de aquel edificio desconocido. Ni siquiera hoy sé por qué, pero cuando pisamos la acera pensé que habíamos llegado al paraíso. Creía que estábamos en el paraíso. Miraba a mi alrededor y estaba sorprendida de ver niños saltando a la comba, igual que hacíamos nosotros, y de ver que todo tenía el mismo aspecto que las cosas que conocía, pero ¿cómo era posible, si aquello era el paraíso? Cuando doblamos la esquina, vi que había tiendas y gente que entraba y salía de ellas con bolsas en las manos y no daba crédito a mis ojos. «Así que el paraíso es así», le dije a mi hermana, pero ella no me escuchaba. Cada manzana era para mí más fascinante que la anterior. Creía que habíamos llegado al paraíso subiendo por las escaleras y cruzando todos aquellos tejados. Estaba muy contenta de estar allí, donde los niños jugaban igual que yo. Entonces doblamos otra esquina y llegamos a la calle en que vivíamos. «¿Cómo ha hecho nuestra calle para subir al cielo?», le pregunté a mi hermana. Pero no me contestó. Se limitó a darme un tirón, meterme por la puerta de nuestro edificio y decir: «Cállate la boca».

Me guardé aquella experiencia y no dije nada a nadie durante muchos años. Era mi secreto. Realmente creía que había estado en el paraíso. Sólo que no sabía cómo habíamos llegado hasta allí o cómo habíamos logrado encontrar el camino de regreso a casa. Sucedió en el Bronx. Vivíamos en la avenida Vyse.

GRACE FICHTELBERG
Ranchos de Taos, Nuevo México

El sueño de mi padre

Hace muchos años mi padre soñó que volaba. Me quedé tan impresionada que se lo conté a todos mis amigos. Repetí tantas veces la historia que, con el paso del tiempo, llegué a pensar que era algo que me había sucedido a mí.

Mi padre era gerente del departamento de cámaras fotográficas de los grandes almacenes Macy's. En el sueño, él sacaba el bolígrafo azul de su bolsillo para apuntar algo en su libreta. Al apretar el botón del bolígrafo, comenzaba a elevarse por los aires. En menos de un segundo estaba flotando por encima de las vitrinas de cristal y subiendo rumbo al techo. Se sentía muy bien, muy feliz.

A continuación apretaba el botón lateral del bolígrafo. En algunos modelos, sirve para que la punta del bolígrafo se meta para dentro. Pero, para su sorpresa, mi padre salió propulsado hacia delante en línea recta. Descubrió que, manipulando de una forma u otra el bolígrafo, podía controlar la velocidad y dirección de su vuelo. Si apretaba el botón una segunda vez, podía volar marcha atrás. Estaba eufórico, inundado de un inmenso placer. Empezó a revolotear por toda la tienda y, como estaba tan alto, nadie le veía.

Envalentonado por su recién descubierto talento, saludaba con la mano y sonreía a algunos de sus colegas vendedores cuando sobrevolaba sus departamentos: un hombrecillo aerotransportado, con bigotito, traje oscuro y pajarita. Ningún cliente le veía mientras él subía en espiral y bajaba en picado. Todos estaban demasiado ocupados comprando y vendiendo cosas.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, nos contó el sueño a toda la familia. Dijo que había sido maravilloso poder volar y sentirse tan poderoso, tan libre y tan feliz. Una vez alguien le había comentado que soñar que uno puede volar es señal de buena salud mental. Él estaba convencido de que su sueño reafirmaba esa teoría.

Con el paso de los años he pensado muchas veces en el sueño de mi padre. Quizá lo que más me gustaba era ver cómo se explayaba más y más cada vez que lo contaba, cómo se le iluminaba el rostro al describir la secreta y placentera libertad de navegar por encima de las cabezas de sus colegas.

Hoy mi padre tiene ochenta y siete años y ya no recuerda que una vez soñó que volaba. Sólo fue uno de los cientos de sueños extraños y difíciles de catalogar que tuvo. Habló de él durante unas pocas semanas y después lo olvidó totalmente. Pero hasta las cosas más pequeñitas pueden llegar a impresionar a un niño y aquel sueño se me quedó grabado. Sentí el optimismo que encerraba, lo guardé y lo hice mío.

En mi versión, yo me elevo, bolígrafo en mano, y observo las olas de un mar de hierba, los campos arados de un marrón profundo, las grandes llanuras y los ríos en primavera con sus aguas enfurecidas, mientras navego por el aire. Trazo un arco por encima de relucientes aldeas africanas y de amplias extensiones de nieve azulada sin

sentir calor ni frío. Veo ejércitos de pingüinos emperadores en la península antártica, esperando la primavera como mudas estatuas, y masas humanas irritadas apretujándose en las entradas de los metros. A pesar de los cambios geográficos, mis paisajes imaginarios son siempre soleados y me permiten proyectar mi sombra ondulada sobre la irregular superficie de la tierra.

Pienso que mi padre tenía razón respecto al poder que otorga volar en sueños. Aunque yo no pueda afirmar que dichos sueños sean una prueba de mi salud mental, sí puedo decir que despierto de ellos con una sensación de profundo descanso, a pesar de haber viajado muchos kilómetros. Me siento eufórica, resuelta y un poquito transgresora. Como si hubiese estado volando a escondidas.

MARY MCCALLUM
Proctorsville, Vermont

Vidas paralelas

Siempre he envidiado a las personas que pueden regresar al lugar donde han crecido, que tienen un lugar al que pueden llamar «hogar».

En una época también yo tuve un lugar así. Estaba en Mundelein, Illinois, en la zona de la ciudad conocida como Oak Terrace, en la calle Elmwood, número 244. Era una casa de la década de 1940 y tenía cuatro hectáreas de terreno lleno de árboles. La casa lindaba con un canal artificial que conducía a un pequeño lago. Poco después de que mis padres se divorciaran, mi madre me preguntó si me parecía bien que vendiese la casa y nos mudásemos a Madison, Wisconsin, para que ella pudiera acabar la universidad. ¿Cómo iba a negarme, sobre todo cuando sólo tenía dieciséis años?

Desde entonces he sentido una estrecha conexión con mi antigua casa. Durante años estuve volviendo a ella en sueños casi todas las noches.

A medida que las vueltas de la vida me alejaban más y más de Oak Terrace, fui acostumbrándome a mudarme de un sitio a otro. Supongo que buscaba un lugar donde poder echar raíces. Pero daba igual dónde estuviese, siempre me sentía como una rama caída sobre un suelo de asfalto.

Me trasladé a California para probar fortuna. Me trasladé a Chicago para estar cerca de mi hermana Alexandra cuando diese a luz a sus mellizos, Joey e Izzy. Me trasladé a Europa para acabar perdiéndome. Me trasladé a Tejas para trabajar. Me trasladé a Colorado para que mi mujer pudiese ejercer su carrera. Daba igual dónde viviese, la casa se mantenía fresca en mi memoria gracias a aquellos sueños tan intensos. Soñaba con gente que conocía y con desconocidos, o que atravesaba las paredes de la casa y entraba en otra dimensión donde todo era al revés. Soñaba cosas más dramáticas, como cuando me encontraba de pie encima del lugar donde había enterrado a una de mis mascotas preferidas mientras la casa era consumida por las llamas. Soñaba que estaba tumbado en la hierba y que sentía el conocido frescor y el aroma de las hojas de los sauces llorones cuando se pudren.

De vez en cuando iba a visitar la casa sólo para ver qué cambios le habían hecho sus dueños. La primera vez que fui, la familia que vivía allí estaba subiéndose a un bote al llegar yo, y luego se dirigieron al lago. No quería molestarles, así que me subí al coche y conduje hasta el puente que se encuentra al final del canal. Cuando su bote pasó por debajo, yo estaba de pie en el puente, sobre el lado contrario al que ellos venían. La madre, el padre y el hijo miraban en otra dirección. Sin embargo, la hija —una niña pequeña— estaba tumbada en el suelo del bote mirando hacia arriba. Nuestras miradas se cruzaron y hubo algo en sus ojos que me sorprendió y emocionó al mismo tiempo. Fue como si conectáramos, como si nos conociésemos de toda la vida o, incluso, de antes.

Pasaron algunos años y me encontré viviendo en Austin, Tejas. Durante mis

viajes había conocido a la que sería mi futura esposa, Melissa, y ella había venido a Austin a pasar el mes de septiembre conmigo. La noche que llegó, oímos unos golpes en la puerta. *Luna*, la perra de Melissa, empezó a mover la cola y a olfatear por debajo de la puerta. Miré por la ventana pero no vi a nadie. De repente se abrió la puerta y entró un labrador enorme color chocolate. El perro me miró con una expresión que parecía decir: «Ya estoy en casa». *Luna* y aquel perro, raro pero simpático, enseguida empezaron a retozar. Cuando miré el collar que llevaba me sorprendió leer que la dirección que tenía grabada en la placa era la de calle Jones, 914, que era precisamente mi dirección. Del otro lado de la placa ponía su nombre: *Zoey*. Nos encariñamos con el perro y al poco tiempo averiguamos el misterio de las direcciones iguales. El inquilino anterior no se había preocupado de cambiar la dirección inscrita en la placa de su perro después de haberse mudado. El perro se había escapado y había regresado a su antigua casa.

Exactamente un año después, mi mujer y yo viajamos a Chicago. Una vez allí, decidí enseñarle mi antigua casa de Mundelein. Cuando paramos delante de la casa, el padre estaba en el jardín. Le expliqué que había crecido allí y él, muy amablemente, me invitó a entrar para enseñarme las reformas que había hecho en la casa. Yo estaba emocionado.

Cuando abrió la puerta, salió de un salto un labrador color chocolate precioso. Pregunté qué edad tenía y el hombre dijo: «Este mes va a cumplir un año». Le pregunté cuál era el nombre del perro y me dijo: «*Zoey*». Mi mujer y yo nos miramos.

Entramos. La casa me pareció mucho más pequeña de lo que la recordaba. La esposa del dueño nos condujo al segundo piso y me sentí invadido por los recuerdos. Vi que, sobre un estante lleno de juguetes, había unos cubos de madera con letras que estaban puestos de modo que formasen los nombres de sus dos hijos: Alexandra y Joey. Melissa y yo volvimos a mirarnos.

¿Estaría aquella mujer conectada con el canal de mis sueños? Estábamos todos tan sorprendidos que empecé a contarle mi vida. Le conté que soñaba continuamente con aquella casa y que esperaba que eso no le importase. Ella dijo que siempre había sentido que había una presencia en la casa, pero que nunca le había creído nadie.

Descubrí que su hija, Alexandra, había nacido cerca de la fecha en que mi hermana Alexandra había venido a quedarse en mi casa. Aquella visita había sido muy importante para los dos, puesto que retomamos nuestra relación después de haber vivido muchos años separados. El hijo de la dueña de la casa, Joey, había nacido cerca de la fecha en que nació el niño de mi hermana, al que también llamó Joey. Y, para acabar, la familia había recogido a un cachorro de labrador color chocolate, al que habían llamado *Zoey*, justo un mes después de que un perro de la misma raza hubiese llamado a mi puerta en Tejas.

Una vez alguien me dijo que estas sincronías son señales de nuestro ángel de la

guarda para indicarnos que estamos en el lugar correcto en el momento correcto.
Miguitas de pan que nos conducen a nuestro destino.

TIMOTHY ACKERMAN
Erie, Colorado

Anna May

Crecí en una agradable población del centro de Carolina del Norte. El nuestro era un barrio modesto, y la mayoría de la gente vivía en casas pequeñas y antiguas. Éramos familias de padres obreros, esforzadas amas de casa e hijos llenos de energía, de todos los tamaños y edades.

Sin embargo había una casa en la que vivía una persona singular, llamada Anna May Poteat. Era una señora mayor a la que no se le conocía familia. Los niños más fantasiosos creían que era una bruja.

En realidad, Anna May Poteat era una persona decente y, sobre todo, muy reservada. Todas las mañanas recorría arrastrando los pies el corto sendero de entrada a su casa para recoger el correo y el periódico y el resto del tiempo lo pasaba metida en su casita de tejas blancas.

Yo fui una de las pocas personas del vecindario que llegué a conocer, siendo niño, a Anna May. Las madres que vivían en su misma calle le regalaban tartas y pasteles caseros para las fiestas, pero yo la veía regularmente, ya que en verano iba a segarle el jardín una vez por semana. Me pagaba tres dólares por el trabajo.

Y siempre que terminaba de cortar el césped, Anna May se ponía a hablar conmigo. Yo entraba en el salón y esperaba de pie a que me diera mi paga, sudando por el calor y la humedad y respirando aquel raro olor que impregnaba la casa. Entonces ella empezaba a hablarme de su tema favorito. Recuerdo que hablaba con una voz ya debilitada por los años, pero que parecía adquirir cierto entusiasmo juvenil cada vez que sacaba su álbum de recortes para enseñarme las pruebas de su último triunfo. El álbum de recortes contenía la crónica de lo que ella llamaba su «don divino».

Su don era el don de la profecía. Decía haber tenido sueños que anunciaban la muerte de personas famosas y llevaba un registro meticuloso de dichos sueños y de las fechas en que los tuvo. Anotaba su sueño en una página del álbum y, más tarde, cuando el sujeto del sueño moría, recortaba la necrológica del periódico y la pegaba junto a sus comentarios escritos con anterioridad. Para ella, éstas eran pruebas concluyentes de que sus sueños habían precedido a la muerte de este o aquel político o personaje famoso.

Recuerdo que me enseñó páginas en las que aparecían Eisenhower, Marilyn Monroe y Martin Luther King. El álbum era muy gordo y había muchos otros personajes, pero la mayoría pertenecían a épocas pasadas y yo no los conocía. Yo me daba cuenta de que estaba orgullosa del don que tenía, puesto que solía retenerme durante casi una hora, pasando una página tras otra con sus dedos artríticos y contándome sus profecías con creciente entusiasmo al comprobar su exactitud, o soltándome una perorata con tono triste cuando se trataba de la pérdida de gente que

consideraba heroica o genial.

En aquella época apenas era un adolescente y recuerdo que lo único que quería era cobrar mis tres dólares y marcharme educadamente de aquella casa. Pero, que yo recuerde, solía acabar sentado en el saloncito al lado de Anna May Poteat escuchando sus historias e intentando disimular mi impaciencia. Cuando les conté a mis padres las revelaciones de Anna May, ellos aprovecharon la oportunidad para informarme sobre los fenómenos de la senilidad y la senectud. También me recordaron que tenía que tratarla con respeto y educación a pesar de sus achaques. Seguí sus consejos y continué cortando el césped de su jardín, soportando sus estrambóticas cavilaciones lo más educadamente que podía y cobrando mi paga.

Hasta que una tarde de verano me presenté en casa de Anna May con mi cortadora de césped y, como de costumbre, me puse manos a la obra. Cuando acabé, llamé a la puerta pero no me abrió. Aquello me pareció raro, puesto que ése era el momento en que me conducía al interior de la casa para invitarme a té helado y soltarme su cháchara. Esa misma noche durante la cena les conté a mis padres que Anna May no me había abierto la puerta. Mi padre pareció preocupado y, para mi sorpresa, después de cenar fue hasta casa de la señorita Poteat. Poco después me enteré de que Anna May se encontraba muy grave.

Esa misma noche fueron a su casa la policía y una ambulancia. Cuando la encontraron, Anna May estaba en coma y al borde de la muerte. La llevaron al hospital, pero murió esa misma noche.

Durante los días siguientes, varios feligreses de una de las iglesias locales se ofrecieron como voluntarios para limpiar su casa y recoger sus pertenencias, que le fueron enviadas a un pariente suyo que vivía en Juneau, Alaska.

Dos años más tarde, cuando estaba en el instituto, mis padres me contaron lo que les había dicho uno de los voluntarios que había limpiado la casa. Habían encontrado y leído el álbum de Anna May Poteat. Los feligreses habían descubierto su «don divino». Parece ser que en sus últimas anotaciones hacía referencias a sueños sobre su propia muerte. Los había incluido en su crónica, apuntando algunos de ellos en detalle, y a continuación, a pie de página, había añadido un comentario recordando que tenía que dejarme el dinero por mi trabajo.

JEFF RAPER

Gibsonville, Carolina del Norte

Nos dejó hace tiempo

Jimmy murió en 1968, pero yo no comencé a llorar su muerte hasta que encontré su nombre en la página web dedicada a la memoria de los veteranos del Vietnam, hace ahora cuatro años. No pensé que verlo en una pantalla de ordenador pudiera afectarme tanto, que pudiera dolerme tanto. Treinta años es mucho tiempo, siete años más que la edad de Jimmy. Sin embargo, parece que no fueron suficientes. En ese momento me sentí como si acabase de enterarme de la noticia.

Por la noche soñé que me habían herido en el estómago. La herida era enorme y tenía la forma de un cráter como el que deja la caída de un obús. El médico de urgencias sacudía la cabeza y decía: «Hay que hacer algo rápidamente para solucionar esto, pero tendrá que buscarse a otro médico. Yo no sé curar una herida tan grande».

A veces la gente que estudia los sueños dice que los personajes que aparecen en ellos representan diferentes aspectos de la psique del que los sueña. Por lo tanto, si yo soy el médico y el paciente, me estoy diciendo a mí misma que aceptar la muerte de Jimmy me está costando todo este tiempo porque es demasiado grande y necesito que me ayuden.

Durante los seis meses siguientes me dediqué a leer y a mirar documentales y películas sobre la guerra de Vietnam: versiones históricas, memorias, relatos orales, cartas desde el frente, noticias y mensajes en las páginas de Internet, confesiones impregnadas de una amargura y un odio infinitos, o de una confusión y una desesperación imperecederos, incluso por parte de aquellos hombres que habían creído en la guerra.

Un veterano de guerra que vive en el sur de Luisiana siente pavor cuando ve que los pantanos comienzan a florecer en primavera, porque eso significa que está llegando el verano, que allí es igual de húmedo y pesado que en las selvas tropicales del sur de Asia. Las tormentas eléctricas veraniegas suenan como la artillería y cuando los rayos iluminan la oscuridad ve las caras y los cuerpos de sus amigos muertos, igual que los ha visto cada verano durante los últimos veintinueve años.

«Antes creía que, con el tiempo, llegaría a olvidar esas horribles imágenes», escribió una noche en una página de Internet para veteranos de guerra. «Pero ahora sé que no voy a olvidarlas jamás».

Otro ex soldado que vive en un barrio de clase media tiene unas visiones tan reales de lo que vivió en el pasado que una noche «se encontró vestido con el uniforme de camuflaje, la cara pintada de negro y en medio de un jardín desconocido donde acababa de degollar a un perro».

La guerra de Vietnam no es algo que hayamos dejado atrás en absoluto. Es algo que está dentro de nosotros, igual que la herida profunda, oscura y sangrienta de mi

sueño.

Durante meses me dormí con la esperanza de tener un sueño diferente. Un sueño que me permitiera despedirme de Jimmy. Entonces llamé a su hermana Ann, que había sido una de mis mejores amigas en el instituto y con la que hacía treinta años que no hablaba. Fue una de las cosas más bonitas que he hecho por mí misma. Estuvimos una hora riéndonos y burlándonos de nuestros antiguos profesores y compañeros de clase.

Ann tiene un hijo al que le puso el nombre de Jim y que hace poco le dio el gran disgusto de hacerse marine. Me contó que a Jimmy le habían concedido un permiso de Navidad, pero que prefirió pasar las fiestas con sus hombres. Seis días antes de Navidad recibió un tiro en la cabeza y murió al instante.

¿No es eso lo que todos queremos creer cuando muere alguien?

Por fin, la noche en que hablé con Ann soñé con Jimmy. Él sólo pasaba junto a mí. Llevaba unos pantalones caqui, una camiseta de algodón roja desteñida y mocasines. Estaba lo suficientemente cerca para que le reconociese, pero demasiado lejos como para hablarle o tocarlo. Yo le miraba todo el rato e intentaba atraer su atención, pero él miraba hacia delante, con las manos metidas en los bolsillos y absorto en sus pensamientos. Empezaba a atardecer y estábamos en una pradera que se extendía hasta el horizonte, en todas las direcciones. Iba solo y caminaba hacia el oeste, hacia el sol que se ponía, y yo iba con un grupo de gente en dirección contraria.

El pasado junio Jimmy hubiera cumplido cincuenta y cuatro años. Cuando estuve en nuestra ciudad natal fui a ver su tumba por primera vez. Está a la sombra de un magnolio. Tiene una sencilla lápida de mármol blanco que se encuentra entre otras 43 000 exactamente iguales, cerca de una bahía azul y esmeralda. Leí y releí los pocos números y palabras allí grabados, pero si escondían algún secreto o misterio, yo no lo vi.

LYNN DUVALL
Birmingham, Alabama

Meditaciones

Clases de costura

Recibí las primeras clases de costura cuando era niña. Me sentaba en el suelo y cosía retales de tela hasta lograr unas creaciones sin pies ni cabeza. Sentada a la mesa del comedor, por encima de mí, estaba mi madre, cosiendo en su máquina a toda velocidad. De vez en cuando tenía que interrumpir su costura para liberarme del retal que me había cosido a mí misma o para enseñarme cómo se humedecía la punta del hilo para poder enhebrarlo en la aguja. Mis puntadas infantiles parecían palabras en morse serpenteando por el trozo de tela.

Al mismo tiempo que me enseñaba, mi madre me contaba historias sobre mi abuela, que sabía hacer patrones para trajes de hombre con papeles de periódico y de cómo, durante la época de la Gran Depresión, se hacía sus vestidos con sacos de harina. Me hablaba de su niñez llena de privaciones, de la guerra, de la supervivencia del día a día y del momento en que nació. Aquellas historias eran tan naturales como respirar y, como si fuesen el aire mismo, así las respiraba yo.

Cuando llegaba la hora de cenar, hubiésemos terminado o no, dejábamos nuestra costura a un lado para ocuparnos de la comida y de todos esos asuntos que siempre surgen en cualquier casa. A la mañana siguiente la máquina de coser volvía a aparecer y retomábamos nuestra tarea.

Empecé mis clases oficiales de costura en la escuela cuando estaba en séptimo, en la clase de economía doméstica. Dedicábamos un semestre a la costura y otro a la cocina, para que las niñas nos preparásemos para nuestro futuro papel de esposas y madres. Yo estaba ansiosa por enfrentarme a aquel primer desafío en mi temprana adolescencia.

Mi profesora, la señora Kelso, era una mujer adusta y poco agraciada, con unos rizos castaños perfectamente peinados. Yo estaba convencida de que carecía de imaginación, ya que siempre llevaba trajes de chaqueta con cortes tan aburridos como su persona. Ella decía que eran «clásicos».

Las técnicas de costura que la señora Kelso intentaba fijar en nuestras cabecitas preadolescentes no tenían nada que ver con las de mi madre. Mamá extendía la tela en el suelo, colocaba encima un patrón (si es lo que tenía), clavaba algunos alfileres, cortaba y cosía. Y, poco después, yo tenía un vestido nuevo.

La señora Kelso se ceñía estrictamente a las normas. Nuestra primera tarea — parece ser que era un rito de iniciación — fue coser automáticos en trocitos de tela. Cada vez que dábamos una puntada a través del agujero del automático, teníamos que hacer un nudo y empujarlo con el dedal hasta que quedase bien cerca del borde. A mí me salían unos nudos horribles que nunca quedaban bien ajustados, por lo que tuve que repetir el ejercicio dos veces. Cuando le mostré a mi madre lo que había aprendido, dijo: «¡Uf! Pero ¿quién tiene tiempo para hacer eso?».

Dejando la técnica a un lado, la diferencia mayor entre mis dos profesoras radicaba en sus distintas filosofías de trabajo. Mi madre silbaba y aplaudía. Cantábamos *Sixteen Tons* con Tennessee Ernie Ford y dábamos vueltas en círculos al compás de un gastado disco de *The Gollywog's Cake walk*. Una de las pocas veces que vi llorar a mi madre fue con un disco de música húngara interpretada con violines que estaba escuchando mientras me cosía unos frunces en el canesú de mi vestido.

Para la señora Kelso coser era una ciencia, algo que se estudiaba en la universidad. No permitía que se cantara, ni siquiera que se escuchase la radio. En su rostro huraño casi nunca se dibujaba una sonrisa. Yo me la imaginaba viviendo sola y sin hijos, pero me quedé atónita cuando me enteré de que era una mujer casada y con hijos.

Cuando la señora Kelso consideró que la clase estaba preparada para coser, escogió un modelo sencillísimo de un vestido sin mangas y con escote en V: sin botones ni cremalleras ni pinzas ni imaginación. Mi madre me ayudó a elegir una preciosa franela gris para el vestido. Yo estaba ansiosa por meterle la tijera.

La señora Kelso no nos dejó desenvolver las telas hasta haber leído todas las instrucciones sobre lo que había que hacer con los patrones y habernos sometido a una prueba sobre su uso. Por fin extendimos nuestras telas encima de grandes mesas, clavamos los patrones con alfileres, exactamente como indicaban las instrucciones, y empezamos a cortar siguiendo las nítidas líneas y haciendo unas pequeñas muescas triangulares al llegar a las marcas de los cortes (mi madre jamás prestó atención a las marcas de los cortes). Con papel de calco y ruedas de modista teníamos que marcar y repasar todas las líneas que aparecían sobre el patrón. Intenté una y otra vez que las líneas quedasen marcadas sobre mi tela hasta que acabé agujereando el papel y las marcas de las costuras se desprendieron del patrón. Cuando se lo conté a mi madre, me enseñó las marcas que trae la máquina de coser sobre la placa y me dijo que cogiera una como referencia, que la siguiese y que me olvidase de las marcas sobre la tela.

La señora Kelso nos mandó que hiciéramos los bajos de nuestros vestidos a una altura por debajo de la rodilla. Una vez delante del espejo, el desastroso resultado de tanto esfuerzo era evidente. Parecía un pollo raquíptico metido en un saco de harina. No recuerdo qué nota saqué.

Me llevé el vestido a casa y juré no ponérmelo jamás. Pero mi madre rescató la prenda subiéndole el bajo a una altura normal para 1965, metiéndola de los costados para adaptarla a mi delgadez, y me compró una blusa de crepé rosa para usar por debajo, con dos cintas que se ataban en un lazo a la altura del cuello.

Cuando acabé el semestre con la señora Kelso, ya no quería ser esposa ni madre. Cuando cumplí veintiuno era ambas cosas y no tenía tiempo para hacer casi nada de lo que había aprendido con la señora Kelso. Pero las enseñanzas de mi madre me

sirvieron para resolver las cosas con rapidez. Aprendí a no derrochar esfuerzos en las camisitas y baberos que hacía, ya que pronto se verían adornados por una colección de babas y vómitos. Mientras cosía, cantaba y aplaudía y jugaba con mi hijo. La música de Tennessee Ernie Ford dio paso a la de Pink Floyd. En lugar de sentarse a coser en el suelo, junto a mis pies, mi hijo construía castillos de Lego. Cuando creció, mi hijo dejó de escuchar mis cuentos y pasó a leer las revistas de *La Guerra de las Galaxias* o las novelas de Piers Anthony.

Más adelante, cuando dispuse de más tiempo y el precio de una buena tela ya justificaba un acabado más perfecto, apliqué los consejos de la señora Kelso y de otras mujeres. Dejaba los nudos que sujetaban los automáticos alineados como soldaditos y descubrí que resultaban muy útiles.

Mi madre —que este año cumple ochenta— me llama ahora por teléfono, desde larga distancia, para que le diga cómo hacer un volante para su cama o un sombrero para la lluvia para su minúsculo perrito. Creo que ésa es su forma de decirme que, por fin, también yo tengo algo que enseñarle.

DONNA M. BRONNER
Santa Teresa, Nuevo México

Paseo dominical

Todos los domingos atravesamos en coche una inhóspita zona industrial para ir a casa de mi primo. Desde mi asiento, la sucesión de acerías, de contenedores para vaciar el metal y de gasolineras para camiones diésel parece una película que va proyectándose en la ventanilla lateral del coche. Intento imaginar qué sucede detrás de esas paredes. Me imagino a hombres de mediana edad, con espaldas llenas de pelo, inclinándose sobre algún artefacto mecánico, observando algo a través de sus gafas bifocales, con un cigarrillo colgándoles de la comisura de los labios, un cigarrillo con un centímetro de ceniza suspendida en el aire, desafiando la ley de la gravedad. Por la emisora de onda media pasan las canciones más escuchadas. Espero que pasen mi favorita, por ahora: «Build Me Up Buttercup», de los Foundations. Pasamos junto a terrenos baldíos rodeados de vallas de tela metálica y alambradas. Entre nosotros hablamos en italiano, pero yo no digo casi nada. Se me permite el lujo de encerrarme en mi pequeño mundo. Es verano, hace un aire caliente y bochornoso, pero las ventanas están bajadas y me gusta sentir el viento en el pelo. El embalse de la ciudad, famoso por sus malos olores y sus enormes ratas, queda junto a la carretera y está bordeado por vías férreas que se cruzan en determinados puntos y atraviesan el camino, justo delante de nosotros. Suena la sirena y bajan las barreras. Nos divertimos un rato adivinando si pasará un tren corto o un tren largo. Esperamos durante quince minutos. El pinchadiscos habla a toda velocidad mientras comienza *Tighten Up*, de Archie Bell y los Drells. Odio que hagan eso. ¿Por qué no se callan y dejan oír la música? Mi abuela habla de lo que podríamos cenar esa noche. Podría ser polenta. O pasta. Espero que sea pasta. Acaba de pasar el furgón de cola y suben la barrera. No ha sido un tren tan largo. Mi tío se salta la primera marcha, mete directamente la segunda, y enseguida, la tercera.

Pero en realidad no estoy pensando en nada. Son sólo ideas que flotan a mi alrededor y a las que apenas presto atención. Ahora mismo lo que ocupa mi cabeza son los cómics que he estado leyendo en casa de mi primo. Él es mayor que yo y algunos de sus cómics son de antes de que yo supiese leer. Tiene centenares, y siempre que voy le pido por favor que me los enseñe. No siempre tiene ganas de sacar los más antiguos, o quizá sea que lo que le gusta es hacerme rabiar. Hoy he estado leyendo unos más modernos. El Capitán América está muerto, o al menos eso es lo que creen. Se ha hecho el muerto para despistar a los agentes de Hydra. Se van a llevar una gran sorpresa. El autor es Steranko —que es el mismo dibujante de Nick Fury, Agente de SHIELD—, y tiene un estilo que me recuerda al de las viejas películas de gánsters que me gusta ver en la tele los sábados por la tarde. He leído algunos de los últimos ejemplares de Los Vengadores. Hay un malo nuevo que se llama La Visión, que tampoco es tan malo, porque ahora mismo hay otro que controla su

mente. Es un androide, que quiere decir que su cuerpo está compuesto de partes sintéticas. Tiene poderes especiales como, por ejemplo, el de controlar la densidad de su cuerpo. Puede ser tan duro como el diamante, o romper su estructura molecular y atravesar las paredes. Algunos cómics publican historietas de la década de 1940 y me gusta imaginar que soy uno de aquellos tipos que iban vestidos como los Chicos de Bowery, que deambulaban por el Lower East Side y que canjeaban cascos de botellas vacíos para comprar un ejemplar de *La Antorcha Humana* o de *El Hombre Submarino* en el quiosco de la esquina. La Antorcha de los años cuarenta aparecía en un cómic que he leído hoy, en una historia en la que luchaba contra un monstruo que tenía aterrorizada a toda Coney Island. Pero ese Antorcha es un androide creado por un científico, a diferencia de La Antorcha Humana —Johnny Storm, de los Cuatro Fantásticos—, que tenía poderes porque había estado expuesto a rayos cósmicos. Pero hoy me he enterado de que el cuerpo de La Visión antes era el cuerpo de La Antorcha de los años cuarenta. Son la misma persona. En algún momento el cuerpo original muere, pero más tarde lo coge otro científico y lo hace revivir, bajo otra forma diferente. Ahora no tengo todos los detalles, pero pienso llegar hasta el fondo del asunto. Mientras leo, mi primo se sienta en el sofá a ver una peli del Oeste en la tele y a escuchar el fútbol a la vez. Mi abuela se sienta en la cocina a tomar café y a charlar con mis tíos abuelos. Mi tío nunca se queda. Él nos trae y pasa a recogernos más tarde.

Ya casi hemos llegado a casa. Hemos pasado la zona industrial y ahora vemos gente en la calle, andando por aquí y por allá, y a otros que están sentados delante de sus casas. Las mujeres se ponen toallas húmedas en el cuello y se abanicán mientras beben limonada. Los hombres escuchan el partido de béisbol y beben cerveza Falstaff. Los niños montan en bici y juegan un partido de béisbol improvisado. Un grupo de chicos está junto a una boca de incendios. Me parece que vamos a cenar pasta, y además todavía queda sandía en la nevera. Me gusta comer sandía por la noche, sentado a oscuras junto a la puerta de tela metálica que da al patio de atrás, escuchando a los grillos y mirando las luciérnagas. A veces nos sentamos a oscuras junto a la puerta de tela metálica de la entrada de la casa, esperando oír el *ding-ding* de la furgoneta de los helados Mr. Softee.

Antes de ir a la cama, miro mi colección de cómics. No tengo tantos como mi primo, pero los pocos que tengo me encantan y los leo y releo una y otra vez. Los guardo todos en una caja, por si viene un tornado y tenemos que correr escaleras abajo a refugiarnos debajo del fregadero. Jamás nos cogerá un tornado por sorpresa, pues la sirena de alarma está justo en nuestro callejón. Cuando suena, uno no puede escuchar ni sus propios pensamientos. Entre los cómics que guardo como un tesoro están los dos primeros que compré en el quiosco con el dinero que me dieron por los envases de refrescos: *Daredevil*, n.º 35, y *Spiderman*, n.º 54. También están *Hulk*, n.º

105, y *Los Cuatro Fantásticos*, n.º 76, que me compró mi abuela cuando tuve el accidente y me corté la mano con un cristal y tuvieron que llevarme al hospital. Mi tío no puede soportar a los superhéroes, pero a los dos nos gusta la revista *MAD* y los personajes de *Harvey*, como Richie Rich y Hot Stuff.

Seguro que a mi abuela no le interesan los cómics, pero a ella le gusta ver que tengo la cabeza ocupada en algo y me anima para que siga dibujando. Una vez vimos el documental de Disney en el que aparecen los animadores haciendo su trabajo. Parece un trabajo bueno y seguro. Ella sabe que se puede vivir del dibujo.

Mi tío dibujaba en unas libretas que se supone que no debo mirar. Aparecen unos personajes que siempre están cargando cajas de un lado a otro como si estuviesen construyendo algo. Pero creo que ahora está más interesado en el levantamiento de pesas y en el karate, aunque la semana pasada se compró el último álbum de los Beatles. También compró un tocadiscos nuevo y lo puso sobre la mesa de la cocina. Yo me senté junto a la mesa y me puse a mirar cómo daba vueltas la manzana de la etiqueta mientras el sonido de un reactor daba comienzo a «Back in the U.S.S.R.», la primera canción del disco. Todo el álbum era fantástico, y sonaba como si viniera de otro mundo. Mi tío tiene todos los discos de los Beatles que han salido hasta el momento.

Por fin llegamos a casa. El viaje no es tan largo, pero tampoco me gustaría tener que hacer ese trayecto andando. Nada más bajarse del coche, mi abuela va a buscar la manguera y le da una buena regada al jardín trasero. Trabaja mucho para mantener el jardín. Tenemos una higuera que está allí desde antes de nacer yo y que nunca ha dado ni un solo higo, pero ella sigue cuidándola y todos los inviernos la cubre para protegerla. Una vez mi abuela encontró una cría de ardilla que se había caído de un árbol. La pobre era una cosita que no tendría más de dos días y todavía estaba en posición fetal y tenía los ojitos cerrados. La metió en casa para cuidarla durante los primeros días. Estuvimos dos semanas asomándonos constantemente a la cajita que colocó en la cocina. Mi abuela la cuidaba y para alimentarla usaba el cuentagotas de un medicamento. Día tras día observábamos a la cría, tumbadita y envuelta con una manta. Movía las manitas y de vez en cuando abría los ojos y nos miraba. Pero, ay, no fue suficiente. Hicimos todo lo que estaba en nuestras manos. La enterramos en el jardín de atrás.

Durante la cena siempre acabamos diciendo tonterías y metiéndonos con los demás. Tenemos un lenguaje propio que nos hemos inventado. Quizá sea el sonido tan cómico que tienen algunas frases en italiano. Hay algo que se dispara de pronto y entonces mi abuela empieza a reírse y después nos entra la risa a mi tío y a mí y al poco rato estamos todos colorados y nos duele el estómago de tanto reírnos, aunque ya ni siquiera nos acordamos de lo que nos causaba tanta gracia. Pero después uno se queda de lo más bien.

Antes de irse a la cama, mi abuela ve *La Mutualidad de Omaha* o *Jacques Cousteau*. Mi tío baja al sótano a hacer pesas y yo me sumerjo otra vez en mis cómics. Los ventiladores cenitales nos ayudan a dormir durante las noches de calor sofocante del Medio Oeste. Hay uno en el cuarto de mi abuela y otro en el dormitorio que comparto con mi tío. Cuando llegue septiembre ya no necesitaremos los ventiladores, pero nos costará dos semanas acostumbrarnos a dormir sin ese runrún de fondo.

Por la mañana me despierta el camión de Sealtest cuando se mete por el callejón y descarga las cajas de leche en la tienda de ultramarinos. Oigo el sonido de voces a lo lejos y el traqueteo de las carretillas. Estoy medio dormido y oigo que, en la cocina, suena otro episodio de *El gallina* mientras la mantequilla chisporrotea en la sartén.

BOB AYERS
Seattle, Washington

Sándwiches de mayonesa

Patty comía cinta adhesiva Scotch. Llevaba consigo uno de esos soportes rojos y verdes en los que venía la cinta Scotch —ésos que son de metal y tienen un borde dentado— y, de vez en cuando, cortaba un trozo y se lo metía en la boca. Yo atribuía su palidez a tal manjar y me preguntaba cómo haría el papel celo para recorrer todos los metros de intestinos que teníamos según *Ciencia Académica*, el semanario al que nos obligó a suscribirnos la hermana Edward y que teníamos que leer todos los jueves por la tarde, al acabar las demostraciones de los arcaicos experimentos que hacíamos, o, mejor dicho, que ella hacía, rodeada de mecheros Bunsen, pipetas y unas estrafalarias baterías de nueve voltios, en una vana reacción visceral, y a escala nacional, de superar al Sputnik. La misma hermana Edward, o «mana» Edward, que era la contracción con que la llamábamos cuando rivalizábamos por su atención, inclinados hacia delante sobre las mesas de madera y patas de hierro forjado, atornilladas al suelo, para lograr nuestros quince minutos de gloria, mientras agitábamos nuestras manos alzadas en un ángulo de ciento treinta grados delante de su enorme cara de piedra, y expresar así nuestra disposición a repetir como un loro cualquier trivialidad que hiciera falta. La misma hermana Edward, adornada con media docena de bandas elásticas en cada muñeca, que tenía una medalla por su excelente puntería en el tiro de precisión a los nudillos con regla de treinta centímetros desde tres metros y que, como Merlín, se guardaba, entre otros trucos, un pañuelo en la manga. La cinta Scotch podía ser la debilidad de Patty, pero mi plato fuerte eran los sándwiches de mayonesa, perfectamente acompañados en su viaje al centro de la barriga por un lingotazo de Ovaltine^[8], que —décadas antes de que el pánico del Tylenol, con su dosis de cianuro, llevara a las empresas norteamericanas a una encarnizada pelea por descubrir ingeniosos mecanismos que burlasen a sus ex empleados descontentos y dispuestos a todo, así como a intentar erradicar los permisos por enfermedades comunes y corrientes— llevaba un precinto de papel encerado que había que romper para llegar a sus cristales marrones solubles y que, si se enviaba junto con una moneda de cincuenta centavos, pegada con celo a un cuadradito de cartón, a una dirección de atención al cliente en Battlecreek, Míchigan, que aparecía en la pantalla de la tele el domingo por la mañana, al final de la media hora en blanco y negro del Capitán Medianoche, daba derecho al remitente a recibir un aro de plástico para descifrar mensajes en clave.

THOMAS CORRADO
Voorheesville, Nueva York

A orillas del mar

No sé de dónde saqué la idea, pero me había empeñado en que aquel cumpleaños tenía que ser diferente. No es que no tuviese amigos que quisieran celebrarlo conmigo. Ni que viviese lejos de mi familia. Tampoco era que hubiese roto con aquel hombre. Lo único que sabía era que quería coger el coche y hacer carretera. Quería celebrarlo a solas conmigo misma. Así que, en mi vigésimo quinto cumpleaños, cogí un montón de dinero del bote donde solía guardarlo, me subí al coche y partí. Antes le había dicho a todo el mundo que no tenía nada contra nadie, pero que me iba a ir de viaje para mi cumpleaños. Y no di más explicaciones.

Llegó el fatídico día y me invadió una extraña sensación de júbilo. De hecho, me desperté sintiéndome muy bien. Después de coger el dinero y de subir al coche, la euforia fue en aumento. Sonreía con sólo recorrer las calles y fijarme en edificios en los que nunca me había fijado. Todo me parecía divertido y lleno de buenos augurios. Después de conducir durante largo rato, vi un cartel que decía: «EL RESTAURANTE DE NENA». A mi madre le llaman Nena, así que giré a la derecha y fui a dar a la playa. No tenía ni idea de en qué parte de la costa me encontraba o cuánto rato iba a quedarme allí. Miré las gaviotas durante un lapso y la espuma que coronaba las olas. Me parecía ver el mundo con una sorprendente claridad, aunque no me había dado cuenta de que estaba desenfocado.

Acabé aparcando en una callecita de adoquines muy peculiar, llena de pequeñas tiendas junto al mar. Era el único indicio de civilización que había visto en kilómetros y kilómetros. Mi coche se detuvo solo frente a un hotelito y me bajé. No recuerdo la razón, pero entré y pregunté cuánto costaba la habitación. Me daba igual el precio, pensaba quedarme de todos modos. Una mujer con un traje de cachemira me condujo al segundo piso por unas immaculadas escaleras color melocotón y paredes blancas y me enseñó la habitación. Vi una cama de madera con dosel, con colcha y almohadas de encaje. Había una acogedora chimenea y una terraza con la misma vista del mar que había estado observando durante kilómetros. Tenía una bañera con patas, coronada por una antigua cortina colgada de un círculo. La nevera estaba llena de bebidas y la cafetera lista para ser conectada por la mañana. Le di las gracias a la mujer y esperé a que se marchase.

Cogí la bolsa, saqué mis compacts, mi incienso y mis cigarrillos y me quedé allí sentada durante un momento dejando que la habitación me entrara por los poros. Tenía una energía tan extraña y perfecta que lo único que deseaba era sentir todas y cada una de sus vibraciones. Pasé los dedos por los jabones de la bañera y me tiré sobre la cama. Me sentía libre. Me sentía absoluta e increíblemente libre y sabía, sin lugar a dudas, que era allí donde tenía que estar.

Bajé la escalera y me fui a explorar la caleta sobre un mar que, aquel día, era sólo

para mí. Me compré un sándwich y un traje de baño y sentí el sol en el rostro. Hablé con desconocidos y leí los carteles pegados en las tapias. Olí el aroma de las panaderías y saboreé la sal en mis labios. En algún momento del día, entre el almuerzo y la caída del sol, saqué un libro del bolso y leí un rato en la playa. Luego me quedé para ver atardecer mientras, poco a poco, los habitantes de la zona iban llegando elegantemente vestidos a los restaurantes. Observé cómo el sol iba ocultándose y el cielo empezaba su danza de colores. Tenía las manos enlazadas alrededor de las rodillas y los dedos de los pies hundidos en la blanca arena, tibia y suave. Me levanté y fui hacia el agua, deseando hundirme en la espuma del mar. Mientras me acercaba sentí como si mi cuerpo se volviese parte del planeta. Como si una parte de mí recordase que no era más que una persona sobre este mundo y que pertenecía a él. Y, de repente, ya formaba parte del océano y del crepúsculo y de la salida de la luna, y mi cuerpo quería bailar. Y bailé. Me puse a correr y a jugar en el agua, a saltar y a chapotear y a deslizarme con las olas y a girar y a dar vueltas y a zambullirme, sin importarme quién mirase o si había alguien haciéndolo. Paseé y brinqué y correteé. Me tumbé en la orilla y dejé que el agua me cubriese. Sentí cómo las olas me arrastraban de vuelta al mar. Me sentía tan libre... Y tan segura...

Cuando quedé agotada y ya era casi de noche, regresé a mi habitación. El cuarto me estaba esperando y yo se lo agradecí correspondiéndole. No salí a cenar. Hice lo que tenía ganas de hacer: quedarme allí, comer lo que había quedado de mi sándwich de salami y leer mi libro. Me di un baño y prendí un poco de incienso. Entre capítulo y capítulo, me fumaba un cigarrillo en la tumbona de la terraza. Durante esos descansos, me asaltaron pensamientos muy intensos. Pensé en que no había habido ningún hombre que me hubiera hecho feliz ni infeliz. Pensé en las estrellas y en todo lo que representaban. Pensé en lo mucho que siempre había deseado ser amiga de mi madre. Sentí que no había nada ni nadie que pudiese deprimirme. Todo parecía perfecto, en sintonía y al alcance de la mano. No quería dormirme. No quería sentir que aquello se acababa. Me pasé toda la noche leyendo, fumando, observando la perfección de aquel cielo nocturno y sintiéndome bien. Aquélla fue la mejor sensación que he experimentado en toda mi vida. No dependía de ninguna otra persona ni de ninguna cosa, así que nadie podía arrebatármela. Era mía y procedía de una fuente que jamás se agotaría. Nunca me había sentido así; ni nunca volví a experimentar nada parecido.

Finalmente me quedé dormida, pero sólo durante dos horas. Cuando desperté, la sensación seguía allí, no se había esfumado mientras dormía. Recorrí el hotelito y encontré una escalera de madera que conducía a una terraza acristalada sobre el tejado, con sillas y mesas de jardín. Las sillas estaban colocadas en la orientación perfecta para observar la salida del sol sobre el mar. Me senté. Era como si las sillas hubiesen estado esperándome. Yo estaba en pijama y todavía medio dormida. Los

tonos rosas, azules y amarillos se deslizaban por encima de mi cabeza. Cerré los ojos. Simplemente, sentí el amanecer.

Había estado fuera veinticuatro horas. Aquella tarde, cuando mi coche me condujo de vuelta a casa, supe que algo había cambiado dentro de mí. Algo que jamás me abandonaría. Sólo fueron veinticuatro horas.

TANYA COLLINS
Oxnard, California

Después de un largo invierno

Washington, D. C.

Me he levantado más temprano que de costumbre. El aire ha cambiado. En primavera el aire es diferente que en invierno. Las ramas de los árboles están dentadas con pequeños brotes rojizos. Más adelante, se cubrirán de una pelusilla verdeamarillenta, formando unos pálidos halos bajo el sol. Las hojas estivales son oscuras y dan sombra, pero las hojas primaverales dejan pasar la luz. En primavera, los árboles despliegan unas bóvedas translúcidas y resplandecen durante el día.

Los pájaros ya andan armando barullo, transmitiendo sus noticias desde los arbustos a los árboles. Los gatos se enroscan como ovillos sobre los descansillos de las escaleras de incendio. No tienen ninguna prisa por ponerse en marcha, con ese aire matutino tan fresco. Saben que más tarde hará mejor tiempo. Están observando a los pájaros. Pueden esperar.

El aire está claro, limpio, fresco. Los aromas son suaves; la brisa lleva oleadas de verdor, ráfagas de tierra mojada y el perfume azul del cielo. Al mediodía la temperatura es lo suficientemente agradable como para ir en mangas de camisa. Almuerzo al aire libre, sentada sobre un tibio muro de ladrillos. La brisa me despeina y me acaricia suavemente el borde de la falda. Tengo que entrecerrar los ojos. Todo sabe mejor.

Hasta el día de hoy, había estado demasiado arrebujaada en mi abrigo de invierno para notar la callada llegada de las flores. De repente los narcisos me sonrían en la cara, los tulipanes agitan sus pétalos y las fragantes flores blancas prendidas a los cornejos parecen guirnaldas en los cabellos de una joven.

A última hora de la tarde hace fresco. Me pongo la chaqueta. Todavía es de día cuando salgo del metro y me dirijo a casa. Podría andar durante horas. Me siento como una niña que está jugando en la calle con sus amigas y no quiere volver a casa.

Cuando he ido a trabajar esta mañana he dejado las ventanas abiertas. Mientras he estado fuera, la primavera ha entrado a través de la tela metálica de las ventanas. Es como si hubiese cogido un enorme abrelatas plateado y hubiese abierto el techo de la casa como si fuese la tapa de una lata de sardinas. Dentro olía igual que fuera. Ir a la cama sería igual que tumbarse a dormir en la hierba. Las sábanas están frescas. La colcha está tibia. La luz que entra por mis ventanas se va extinguendo. Creo que este fin de semana voy a lavar el coche.

EILEEN O'HARA
San Francisco, California

Martini filosófico

No existe mejor martini en todo el estado de Washington que el que sirven en el bar del antiguo hotel Roosevelt de Seattle. Un sorbo de tan sensual solvente es tan frío como la lluvia de invierno, y al mismo tiempo, seco como el mismo desierto. Un sorbo, y el pasado y el futuro colisionan y cristalizan en un momento único: el presente.

Por encima de todo, el martini es frío. No sólo frío. Frío siberiano. Hipotérmico. No hay ningún hielo a la vista, pero la idea del hielo está arraigada en cada uno de los dulces tragos. ¿Cómo puede algo tan frío transmitir tal calidez? Ésa es la ironía, la magia y el misterio que distinguen a un martini.

La copa es importante. Y ésta es una de las cosas que el barman tiene claras. No hay nada que supere a la clásica forma de embudo. Lo que uno quiere es inclinar la copa y sumergir tranquilamente el paladar en el fondo poco profundo de la piscina y no zambullirlo de golpe en las profundidades de un aljibe. Debe sugerir la presencia del rico aroma del vermut, y no ahogarte en un opresivo tufo.

La forma, sí. Pero también el tamaño. Y eso también lo sabe nuestro liberador de libaciones. Grande. Que anuncie con descaro: Sí, soy un martini. No un vino con gaseosa. No un bloody mary. No un daiquiri. Sino un aventurero, un alpinista, un *bon vivant*. A mitad del segundo doble, soy capaz de mostrar mi Bondad al mismísimo Bond. De pronto me encuentro exigiéndole al barman que agite, que no remueva, mi libación.

Parte del atractivo de su recipiente en forma de V es el entorno que crea para la aceituna, el complemento obligado. La suave inclinación de las paredes proporciona el tobogán perfecto. Allí descansa. Recostada sensualmente en el extremo del péndulo, girando a un lado y al otro, cuando levantas la copa. Enseñando una sola pierna de pimiento que cuelga dentro de la bebida.

Después de quitar la espada de plástico que ha traspasado el verde carnosos de su salado traje, la aceituna empapada de vodka alcanza su destino.

Ambrosía.

El martini no es parlanchín. Las conversaciones acompañadas de martini son profundas, están filtradas por un catalizador que reduce las inhibiciones y aumenta la ironía y el patetismo. El martini es sutil. Introvertido. Reflexivo.

Es Mahler y es el crepúsculo y es el lado oscuro del jazz. Es mirar fijamente a los ojos de un único interlocutor. Al mismo tiempo espiritual, físico, ritual y extraordinario. Es uno y ninguno y todos. A un trago de la comprensión y de la transformación. Actor, rebelde, soñador.

Allí donde el martini es selectivo y serio, la cerveza es ampulosa y descuidada. Microfabricada para crear discusiones a todo volumen, acompañadas de la más

grotesca gesticulación y de la más desatada exageración. La cerveza es fanfarrona y está llena de chistes y de vodevil. Abogados. Vendedores y fanáticos del deporte.

La cerveza es Bartók con sus timbales, su ritmo desenfrenado y sus dramáticos crescendos. La cerveza es para las multitudes y para contar ocurrencias e historias impresionantes con finales previsibles y grandes risotadas. Es enorme y bulliciosa. Una lancha motora.

El martini es filosófico. Serio. Progresista. Con una ironía retorcida. Mímica. Sonrisas cómplices. Veleros. Toda la simple complejidad de la vida sale a la superficie del vodka y del vermut. Te transformas. Vives. Existes.

Esforzado, claro y brillante. El martini es despiadadamente honesto. Sin colorantes. Sin aromatizantes. Sin aditivos. Sin presión. Sin espuma. Tan bueno como el peor de sus ingredientes. Un vermut barato define al vodka; un vodka de mala calidad define al vermut. Dime con quién andas y te diré quién eres.

Un buen martini realza la experiencia del momento. La cerveza exagera lo que uno ha sido en el pasado.

Un martini puede beberse a solas, pero nunca estás solo cuando bebes uno. Cada sorbo destila la esencia de los pueblos, de las generaciones y de los países que te han precedido. Bien mezclado con un blues melancólico al piano y un saxofón agridulce, se obtiene una bebida que nadie ha probado nunca, que nadie volverá a probar y que todos han probado desde el principio de los tiempos.

Los martinis están unidos a los lugares y las personas. Si viajas de costa a costa de Estados Unidos o alrededor del mundo, siempre que haya una botella de ginebra o de vodka y un vermut seco, habrá un bar que anuncie sus martinis como los mejores de la ciudad, del estado, del país o del mundo.

Todos dicen la verdad.

Tu experiencia. Tu placer. Tus recuerdos. Todo está inextricablemente unido, no sólo a la sensación de la satisfactoria mezcla cuando choca contra nuestro paladar, sino que está entrelazado para siempre con la rica historia de los pueblos y de las tierras donde la bebida nació, vivió y respiró.

En un martini de vodka se respira el dolor de los campesinos rusos junto con el estoico remordimiento de un zar. Estamos unidos como seres humanos, por nuestros triunfos, nuestros defectos, nuestra fe en ese elixir transparente, por nuestro deseo de ser amados y libres y prósperos.

Compartir un martini es una invitación a explorar la intimidad de la helada isla que sólo tú habitas. Cada sorbo va deshelando el iceberg hasta que, poco a poco y de manera imperceptible, una capa glacial se derrite y deja al descubierto el exuberante paraíso tropical que había debajo.

Uno es consciente, simultáneamente, de su profunda soledad y de su innegable capacidad de relacionarse. Por tus venas corre el alma de todos los bebedores de

martini que te han precedido. Juntos nacen, viven, envejecen y mueren. A lo largo del viaje ganas y pierdes a la familia, a los amigos y a los amores que te hicieron la vida soportable e insoportable.

Si estás sediento de conocimientos, no tienes más que mirar en el fondo de tu copa. Mezcla suavemente tus sueños, y tus pensamientos e imaginación te llevarán más allá de tus mejores deseos y esperanzas.

Un buen martini es la culminación de todas las decisiones de tu vida. La revelación se muestra en todo su esplendor cuando descubres que lo que en su momento creíste nuevo y revolucionario, en realidad siempre había estado dentro de ti, adormecido, esperando a que llegase el martini perfecto.

DEDE RYAN

Boise, Idaho

En ninguna parte

Por la mañana, al oeste de Tejas: estoy casi en Nuevo México y comienza un tramo de carretera con muchas curvas. Los últimos setenta kilómetros me han parecido interminables. Estoy bajando por una cuesta muy pronunciada y otros coches me meten prisa por detrás. Por lo demás, es como estar en el mismo punto desde hace horas.

La carretera sigue pasando. Me he acostumbrado a ir a ciento veinte. Llevo haciéndolo más tiempo de lo que me gustaría, pero por necesidad, y me doy cuenta de que la falta de estabilidad es ya generalizada y ha llegado a su límite. Algunos de los viajes por carretera eran por trabajo; otros, por razones personales, y otros eran, de lejos, la cosa más importante que hacía. Aunque no había mucho que hacer. El coche hace el trabajo y el único resultado son los kilómetros realizados en la carretera.

Al regresar, después de esas escapadas lejos de todo lo cotidiano y familiar, no tienes la sensación de haber terminado algo. En una actividad consciente las paradas que hay que hacer para comer, poner gasolina y descansar son especialmente difíciles de sobrellevar. Pero a menudo esas cosas se olvidan porque lo que hay que hacer es cubrir kilómetros...

Y ahora, cuando ha parado de llover y he recorrido los últimos trescientos kilómetros por una carretera empapada y casi inundada por la lluvia, me he dado cuenta de la futilidad de este movimiento. Aquí y ahora, no puedo saber lo que otro pueda pensar de mí, pero si yo lo sé es porque alguien es consciente de mi paso, porque los pensamientos de alguien están conmigo.

Es entonces cuando oigo desde fuera la manifestación de mi conciencia interior. Comienza al mismo tiempo por encima y entre el cruce en el que me encuentro. Es un estruendo que intercede en mi ruidoso ensueño de carretera. El silbido atraviesa la noche, se acerca, llega a su punto culminante y luego se aleja. El sonido es fuerte, agresivo y, con acorde celeridad, algo que se pierde en la distancia mientras me recuerda que no estoy en ninguna parte.

JOHN HOWZE
El Paso, Tejas

¿Dónde estás, Era Rose Rodosta?

Es un nombre precioso y a menudo pienso en él: Era Rose Rodosta. Tenía los ojos marrones y tristes con una mirada carente de expresión, dos coletas de color castaño claro, guardaba un estoico silencio y se sorbía constantemente la nariz. Su vida ya era un purgatorio cuando nosotros nos dedicamos a convertirla en un infierno. Vivía con unos abuelos muy mayores que hablaban con un acento extraño. Nadie sabía dónde estaban sus padres, ni a nadie se le ocurrió averiguarlo. Quizá fue mejor. Sólo hubiésemos usado esa información para marginarla aún más.

Íbamos a la escuela primaria Gundlach de San Luis. Éramos todos blancos y puros y estábamos seguros de quién y qué era aceptable en nuestro mundo. ¡Pobre del que fuese mínimamente diferente! Me acuerdo de Stanley, el pelirrojo de pelo rizado. Estaba orgulloso de ser judío y ése era el problema. Si por lo menos hubiese sido un poco menos..., bueno, modesto en cuanto a su diferencia. Y luego estaba, claro, la pequeña Cilia Kay, aquella tonta a quien le dio por nacer con un ojo verde y otro marrón. Para rematarlo, tenía la desgracia de ser más pobre que el resto de nosotros y de vivir encima de la tienducha de donuts de sus padres. Todas las mañanas hacíamos bromas intentando descubrir a qué clase de donut olía ese día su ropa, que siempre apestaba a frito. Pero sobre todo recuerdo a Era Rose.

En nuestro deambular desde nuestras humildes casas y apartamentos rumbo a la escuela, atravesábamos un pequeño barrio negro que era, sin duda, muy pobre. Me resulta muy doloroso escribir esto, pero lo cierto es que los habitantes de aquel barrio eran nuestra diversión matutina. Nos empujábamos y nos dábamos tirones unos a otros para lograr colocarnos del lado de dentro de la cerca, para aproximarnos a las casas y poder verlas mejor. Había una familia que siempre se sentaba en el porche, venga a masticar cereales que sacaban directamente de una vulgar caja. Todo lo que veíamos era «sin»: sin pintar, sin mosquiteras de tela metálica y sin jardín. También era todo «menos»: menos justo, menos bonito y menos próspero. Nos reíamos de sus extraños peinados. Los mirábamos, pero nunca les hablábamos ni les sonreíamos. Pero Era Rose destacaba con más claridad que ninguna de aquellas escenas recurrentes.

Era Rose representaba un blanco fácil. Nunca se defendía. Se mantenía erguida, distante y retraída. Sin embargo, había algunas cosas que lograban traspasar su coraza, porque alguna que otra vez la vi soltar las lágrimas. A mí me habían educado de otro modo y procuraba mantenerme al margen del grupo que la provocaba. Una voz en mi interior me decía: Es una niña interesante. Pero nunca tuve el valor de acercarme a ella. Ni siquiera se me ocurría qué podía decirle.

Siempre llevaba ropa heredada y descuidada: faldas escocesas con el bajo descosido, calcetines caídos. Y siempre se sorbía la nariz. Ahora sé que yo estaba

celosa de Era Rose. Ella era mejor que yo en aquello que a mí más me gustaba: el dibujo. Aunque era la asignatura en la que más destacaba, sabía para mis adentros que ella tenía más talento. Y lo que era aún más importante: lo hacía por puro placer. Dibujaba siempre, maravillosamente bien y sin ningún esfuerzo. Los rostros que dibujaba estaban hechos con líneas y trazos de enorme naturalidad, que yo envidiaba pero era incapaz de reproducir. Mi jornada escolar nunca finalizaba sin que echara una ojeada envidiosa a su cuaderno, lleno de imágenes bonitas e ingeniosas. Intentaba copiar sus dibujos sin comprender que era una tarea imposible. La tengo grabada en mi memoria como un ser fascinante, que aguantaba grandes sufrimientos durante nuestra época escolar y que pasó a un segundo plano durante mi primer año en el instituto Beaumont.

Hacia el noveno curso, su cuerpo comenzó a desarrollarse. Dejó de sorberse la nariz. Comenzaron a alargársele las piernas y se volvió una chica delgada y de preciosas curvas. Un cuerpo escultural que seguía oculto debajo de una ropa horrible. De vez en cuando cambiaba de peinado y se pintaba los labios. Tenía una piel de terciopelo y una cabellera castaño clara abundante y luminosa. Alguna vez vi su nombre en los carteles de los clubs de arte, a los que yo no asistía por estar muy ocupada. Y un día la vi salir de una exposición acompañada, hablando animadamente. Fue la única vez que vi que sus labios esbozaban algo parecido a una sonrisa. Nadie le prestó nunca atención durante aquellos años, pero ahora tengo la sensación de que era como un pájaro ejercitando las alas antes de echar a volar. Han pasado cuarenta y tres años desde aquella última vez que la vi. Yo cambié de instituto y me fui al del condado de San Luis y Normandy. Pero cuando pienso en el pasado casi siempre me acuerdo de Era Rose.

¿Qué habrá sido de aquella chica que tenía un nombre tan bonito? Alguna vez me dejé llevar por el impulso y la busqué en varias guías de teléfono, pero no hubo suerte. Tengo una esperanza tan grande que es casi desmedida: espero que viva bien y que disfrute en abundancia de todas las cosas buenas en compensación por todos aquellos años infelices. Era Rose, la chica de la que nunca me hice amiga.

CAROLYN BRASHER
Wentzville, Misuri

Peter

Peter y yo teníamos diecisiete años. Los dos estábamos internos en un colegio del norte de Míchigan. Lo que me atrajo de él fue que me pareció un ser inofensivo, con el que era fácil hablar, pero que, al mismo tiempo, era muy apasionado. Era de complexión delgada, rubio y tenía unos ojos de un azul intenso. Caminaba un poco encorvado, observándolo todo a través de unas gafas redondas de montura metálica, en una época en que todos los chicos llevaban gafas de montura de carey. Quería ser escritor.

Una noche que nevaba, estábamos cenando uno frente al otro y Peter me miró, pensativo, durante un rato y luego dijo:

—Piensa un número del uno al diez.

Me pareció una petición extraña, pero, bueno, Peter era un tipo extraño. Aquel año había ganado un concurso nacional de poesía y lo había festejado acudiendo a clase de esmoquin. Así que accedí. Me imaginé un dos brillante pintado sobre una pantalla de cine. Peter inclinó la cabeza hacia mí, ladeándola un poco.

—¿Dos? —dijo después de un rato.

Probamos tres veces más y Peter acertó siempre. Yo no me lo podía creer. Le pregunté si podía hacer lo mismo pero con números comprendidos entre el uno y el veinte. Le costó más rato, pero identificó todos los números que fueron cruzándose por mi cabeza.

—Pero ¿cómo lo haces? —le pregunté. Me dijo que sólo podía hacerlo con algunas personas. Que repasaba los números mentalmente hasta que uno se quedaba «fijo». Le pregunté, intrigado, si alguna vez había intentado intuir objetos en lugar de números. Dijo que no.

—Oye —le propuse—, voy a imaginar un objeto que esté en esta cafetería y tienes que adivinar cuál es.

Peter accedió, aunque no parecía demasiado convencido. Estábamos sentados en un comedor enorme. Yo, con los ojos cerrados, y Peter, con la cabeza inclinada hacia delante y un poco ladeada. Transcurridos unos veinte segundos, levantó la cabeza.

—¿La máquina de la leche?

—¡Sí!

Volvimos a repetirlo un par de veces y sus vacilantes respuestas siempre acertaron con la imagen que yo había imaginado.

Empezó a dolerle la cabeza, pero yo estaba tan entusiasmado que le instaba a probar cosas más difíciles.

—Ahora voy a imaginar que estoy *haciendo* algo..., alguna actividad, y tú me tienes que decir cuál es.

Peter accedió a regañadientes. Me recosté y me imaginé que estaba en la ducha.

El agua me daba en la cara y en el pecho, me había echado champú en el pelo y me estaba masajeando la cabeza con los dedos. Le costó cerca de un minuto, pero, al final, Peter levantó la cabeza. Me preguntó si lo que había hecho era lavar mi ropa. Aceptado. La recepción no había sido perfecta pero parecía haber acertado los elementos principales: el agua, la espuma jabonosa, la acción de limpiar. En nuestra siguiente y última prueba me imaginé sentado ante la máquina de escribir, moviendo los dedos sobre el teclado mientras escribía. Después de pasado un minuto, me preguntó si estaba escribiendo una carta. Las teclas, las letras, el proceso de formar palabras... Yo quedé convencido de que él, fuera como fuese, lo había *visto*.

Después de cenar, dimos un paseo por la nieve. Yo todavía no salía de mi asombro y Peter iba callado y absorto en sus pensamientos. Al pasar junto a un edificio salió un estudiante y pasó a nuestro lado con paso decidido.

—A ése no le gusto demasiado..., le pongo nervioso —dijo Peter.

Me explicó que no podía intuir los pensamientos y los sentimientos por separado, sino que le llegaba todo en un mismo bloque.

Aquella noche, cuando cruzaba el vestíbulo de la residencia de estudiantes para dirigirme al cuarto de Peter, vi que ya estaba esperándome en la puerta. Estuvimos un rato en su dormitorio escuchando a Barbra Streisand. Peter parecía incómodo. Noté que nuestra relación había cambiado.

—Ya no podemos seguir siendo amigos —dijo, finalmente, con una sonrisa forzada. Era evidente que aquel don que Peter tenía era doloroso para él y que, al hacerme partícipe de él, yo había pasado a formar parte de aquel dolor. Aunque me sentía confuso, no pude más que cumplir con lo que me había pedido.

Han pasado veinticinco años desde aquella noche y continúo intentando encontrar un significado a la luz cambiante de mi propia vida. Aunque ahora soy profesor universitario y con una formación basada en el escepticismo, ello no ha minado mi convicción de que lo que experimenté aquella noche fue real. Hay hechos que, a pesar de que trascienden nuestra capacidad de conocimiento o comprensión, siguen siendo hechos, de todos modos. Alguna vez he contado esta historia, con cierta cautela, en algún que otro círculo académico, donde todo lo metafísico es recibido con miradas socarronas. «Probablemente se fijara en tus expresiones faciales o en algún otro tipo de clave», suelen afirmar. Pero yo sé que puedes creer en algo sin tener necesariamente que comprenderlo.

Hace años vi al Increíble Kreskin, que afirma poder «leer los pensamientos», en el show de Johnny Carson. Estuvo quince minutos adivinando lo que la gente pensaba, encontrando objetos escondidos y sembrando incógnitas. Pero no fue eso lo que me impresionó. Lo que me dejó fascinado fue su evidente amor por lo que hacía y por la gente con la que lo estaba haciendo. Yo siempre había considerado la capacidad de Peter como una maldición. Después de todo, ¿quién querría vivir una

vida de indefensión, ahogado por el miedo, el odio y la envidia de otras personas? Pero allí estaba Kreskin nadando tranquilo en un río de pensamientos y emociones humanas y disfrutando con ello. Me di cuenta de que el dolor de Peter no residía en la confrontación con una visión objetiva del alma humana, sino *consigo mismo*.

He hecho varios intentos de encontrar a Peter, pero todos infructuosos. Me pregunto cómo le habrá ido. Me pregunto si habrá hecho uso de su don (dicen que todo gran psicólogo lo tiene, en mayor o menor medida). ¿O habrá seguido huyendo de él? Pero, sobre todo, espero que, al igual que Kreskin, haya aprendido a ver su lado bueno.

MARK GOVER
Lansing, Míchigan

Primer curso de aritmética

A veces iba con mi madre a la calle de las tiendas. En realidad, casi no quedaban tiendas por allí, casi no había nada en el lugar donde una vez estuvo nuestra tienda, y ahora no hay nada de nada. Sólo una autopista por donde los coches pasan enloquecidos. Sólo una interminable sucesión de coches cruza por el lugar donde paseaba con mi madre. La cojo de la mano y veo por encima de nuestras cabezas las ramas de los árboles agitándose al viento y oigo el verde murmullo de sus hojas. Una cúpula nos cubre mientras avanzamos y el agente de viajes levanta la mirada desde su silla de respaldo recto, en la que lee el periódico húngaro *Nepszava*. Levanta la mirada y nos saluda con la mano. En el escaparate de su tienda hay una foto de un transatlántico, en un rojo y un azul desvaídos, y aunque no conocemos a nadie que viaje en transatlántico, el cartel sigue ahí para recordarnos que la ocasión puede llegarnos en cualquier momento. Mi madre lleva el bolso al que llama su cartera. Lleva siempre un pañuelo limpio, vayas a donde vayas, me dice. Vamos a comprar lo que ella llama «queso de rata» y yo pienso que debe de ser el favorito de las ratas. Pero es el queso de nata para hacer los sándwiches que vende mi padre junto con café y periódicos: el *Daily Mirror* y el *Daily News*, el *Bridgeport Post* y el periódico húngaro. El *New York Times* no lo lee nadie. «Propietario de una tienda de caramelos», me dice mi padre que conteste cuando las maestras me pidan información para mi ficha escolar. Pero él no vende sólo eso, nosotros no somos sólo eso.

«¿Y dónde está la tienda de tu padre?», pregunta la maestra. Quieren saber los números, la dirección exacta para la ficha escolar que dicen que va a contener todos nuestros datos. Pero nunca me acuerdo de los números. En la esquina de Cereza y Pino, les digo, porque ésas son palabras de las que me acuerdo. Y me encanta decir las dos palabras juntas, cereza y pino, los frescos bosques del norte donde nunca hemos estado y cereza como las pastillas para la tos de la marca Smith Brothers en su cajita de caramelos, rojas y dulces, aunque no tan buenas como el regaliz negro que te deja un sabor oscuro en la lengua, ni tan buenas como las pastillas para la tos HB, HOSPITAL BRAND, leo en la caja, porque yo siempre leo todo lo que veo, las palabras son como el aire y la comida para mí. Y mi madre me dice que deje de leer tanto porque no vale la pena ser tan lista. Podría decir a las maestras que busquen dónde está el Dodge azul aparcado. Él lo conduce todas las mañanas. Oigo sus pisadas bajando por la escalera de atrás y me molesta que interrumpen mis sueños. Él dice que por la mañana temprano es la mejor hora. Busquen el coche azul de mi padre y allí encontrarán el lugar del agua mineral y de las pastillas de goma de yuyuba que están en la lata de caramelos que yo limpié con los trapos que él me dio hechos de camisetas viejas. Pastillas de yuyuba con gusto a perfume, como joyas que se te

pegan en los dientes, y yo que acabo de llevarte a que te arreglen los dientes, sólo que ella dice *dentes* y no cuida la pronunciación, que las maestras me han dicho que es tan importante. Podría decirles que no sé la dirección pero que sé volver sola todas las tardes, como una sonámbula pasando por debajo de la vía férrea y siguiendo más allá de las ruidosas fábricas hasta que me encuentro con el toldo verde desteñido con nuestro nombre escrito en letras blancas mayúsculas, el escalón de piedra de la tienda de mi padre y la puerta de madera con la tela metálica llena de agujeros por donde entran las moscas. Pero eso no es lo que ellas quieren saber. Sino los números que yo nunca puedo recordar. No sé restar del modo que él me enseñó para poder devolver el cambio. «No deje que la niña se acerque a la caja registradora», le dicen los clientes a mi padre. ¿Cómo voy a sumar las monedas de diez centavos cuando el hombre que aparece en ellas representa todo lo que nunca seremos, alguien que tiene poder sobre nosotros? Eso se nota nada más verlo, tan pulcro y delgado. Los clientes tiran el cambio sobre el mostrador y veo al búfalo en la moneda de cinco centavos, con la cabeza inclinada sobre la hierba, la siento bajo mis pies mientras me transporto a sus praderas, kilómetros y kilómetros de campo abierto donde noto la fuerza del sol y el búfalo me ignora, como los clientes, con sus cabezas inclinadas sobre sus cafés y sus periódicos, atentos y aislados en sus sitios junto al mostrador. Intento no molestarles mientras barro discretamente alrededor de sus pies, como me enseñó mi padre. Tengo que aprender los números si quiero ser alguien en este mundo, eso es algo que cualquiera sabe. Pero nunca nadie menciona la verdadera vida de los números que veo con tanta claridad ante mis ojos. Nunca nadie lo menciona en la escuela. Cómo veo yo a los números mientras pasan delante de mí.

El uno tan poderoso que se atreve a encabezar la marcha de la larga fila de números. Pero está solo. Ay, el uno que no tiene ni uno que le acompañe. ¿Para qué quiere tanto poder si está solo? No es como el afortunado dos, que es parte de una pareja, que no es impar sino par. El peligroso tres rodeado de eléctricos rayos X centelleando a su alrededor. Los rayos mortales de Flash Gordon que matan incluso a Ming el Malvado Soberano del Universo. El tres es como Richie Swenson, que prende fuego a las papeleras y al que expulsaron para que no corramos el riesgo de acabar ardiendo. Es el que me llama cuatro ojos. ¿Qué tal, cuatro ojos?, dice. Richie Swenson, expulsado y libre como el búfalo para vagar por las calles, nunca será como el cuatro: gordo y cómodo y seguro. El cinco es un descapotable rojo. Y el seis es un tipo oprimido que tiene que trabajar horas extra. El siete es de una tristeza infinita, de eso sí que estoy segura. La pena del mundo pesa sobre sus hombros, un viejo abrigo de penas que no puede sacudirse de encima. Ojalá nunca hubiera conocido la pena que significa el siete. Ojalá pudiese olvidarlo, pero ahora permanecerá en mí para siempre, ese conocimiento de la infinita pena del mundo contenida en el número siete. El ocho es responsable y aburrido, y nunca llegará siquiera a enterarse del

poder del siete. El nueve es muy listo, pero eso da igual; el nueve nunca está satisfecho. Y el diez los gobierna a todos, vive en una colina en la mejor zona de la ciudad.

¿Cómo voy a poder sumarlos o restarlos? ¿Que me entrometa en sus vidas? Si Johnny tiene diez manzanas y Jimmy coge dos, entonces, ¿cuántas manzanas le quedan a Johnny? Ay, Johnny, antes que nada, ¿se puede saber de dónde has sacado tantas manzanas? Johnny en su casa con todas las manzanas que ha obtenido sin esfuerzo alguno. Y Jimmy en la miseria. En su familia no hay manzanas. ¿Y el olor de las manzanas? Las veo alineadas en el alféizar de la ventana del ático donde duerme mi tía. Se llaman «verdes» y «golden delicious». Las tiene alineadas porque dice que es maravilloso dormir en un cuarto que huele a manzana. En el ático leí todas las historias que hay en su carta de ciudadanía, una detrás de otra. «Mabel, escucha cómo lee esta niña», dice la nota que la maestra de segundo curso me da para que se la lleve a la de quinto. Pero sigo suspendiendo la aritmética. Debe de ser tonta, dicen. Yo les creo a todos.

SANDRA WALLER
Nueva York, Nueva York

Reflejos en un tapacubos

Era otoño en el Noroeste. Los momentos vividos ese fin de semana en Seattle, en casa de mi viejo amigo Keith, me habían dejado una sensación de calidez y satisfacción. Ahora, después de varias horas al volante, ya me había acostumbrado al ritmo del viaje de regreso a casa. La cadencia de mi sólido coche, con sus neumáticos anchos susurrando por debajo de mí, la luz dorada que iluminaba el paisaje en aquella parte de la autopista por la que apenas había tráfico y el sonido suave, casi subliminal, de la radio contribuían a generar en mí aquella sensación de nostalgia. Absorto, fui entrando poco a poco en un agradable estado de conciencia en el que me sentía particularmente despierto y receptivo y al que sobrevino un curioso estado de expectación.

Me fijé en una señal de carretera y el nombre del siguiente pueblo me sonó conocido nada más leerlo. Era un nombre bonito y raro y recordé que era el lugar donde una amiga mía, Shawnee, me dijo que se iba a ir a vivir la última vez que la había visto, hacía ya muchos años.

Estaba a pocos metros de la salida y de pronto me vi metiéndome por ella. Era un domingo por la tarde y las calles estaban tranquilas. Recorrí la avenida principal mientras imaginaba la sorpresa que se llevaría mi amiga si me presentase a verla. En pocos minutos comprendí por qué aquélla era, exactamente, la clase de ciudad que podía atraer a Shawnee. Había muchísimos árboles viejos y elegantes que proyectaban su sombra sobre las aceras y había grupitos de gente aquí y allá disfrutando de la cálida tarde.

Vi una cabina telefónica, paré y busqué en las guías la dirección de la casa o de la oficina de mi amiga, pero no encontré ninguna de las dos. Curiosamente, el estado de expectación que me invadía se intensificó. Interpreté aquello como una señal de que debía continuar mi búsqueda y pasé otras dos horas asomándome a las ventanas de edificios de oficinas, recorriendo los barrios residenciales en busca del inconfundible coche viejo de Shawnee y preguntándoles a los vecinos del lugar si la conocían. Pero ninguno de mis esfuerzos pareció acercarme siquiera al paradero de mi amiga.

Al final, tuve que admitir que la noche se me estaba echando encima y renuncié a mi inútil búsqueda. Después de dar una última vuelta por la ciudad, me metí por la senda que me conduciría de regreso a la autopista. Nada más acelerar, oí un repiqueteo que venía del lado derecho del coche. Antes de lograr identificarlo, me sobresaltó el ruido metálico de un tapacubos que se había salido y rodaba a toda velocidad por el pavimento. Frené y detuve el coche en el arcén de la estrecha carretera, sin perder de vista mi tapacubos, que se alejaba dando botes como enloquecido. Bajé del coche y me dirigí a paso rápido hacia el prado con la hierba alta por donde lo había visto perderse. Me adentré en la fragante maleza y, después de

buscar durante unos minutos, vi el círculo plateado al fondo de una cuesta. Bajé con dificultad hasta la zanja, que no era visible desde la carretera, y me agaché para recoger el polvoriento tapacubos.

En ese momento oí el traqueteo de un motor a lo lejos. Levanté la mirada y vi un viejo jeep rojo que salía del denso bosque y que se dirigía hacia mí. Los ojos se me llenaron de lágrimas y el corazón empezó a latirme con fuerza cuando reconocí al conductor del jeep. Era Shawnee. Cuando llegó cerca de la zanja donde yo continuaba agachado, sosteniendo el abollado tapacubos, nuestras miradas se encontraron a través del agrietado parabrisas de su jeep.

Durante un momento mi atención se desvió hacia la imagen de aquella extraña escena que se reflejaba sobre la superficie convexa del tapacubos. En aquel plano expandido me vi a mí mismo, y detrás, el terraplén oscuro que emergía y se alargaba de forma desproporcionada en el perímetro del disco. Por delante y por encima de mí se veía el paisaje abierto. El sonido del motor fue acercándose y el vehículo también apareció reflejado en la superficie brillante. Coronando aquella pequeña cúpula llena de actividad, estaban los rojos intensos del crepúsculo.

Durante un instante me pareció que dentro de aquella dimensión nueva y extraña me sería posible comprender la increíble convergencia de situaciones que estaba presenciando. Hice un esfuerzo por entenderla, pero, antes de que pudiera lograrlo, mis sentidos se distrajeron con la llegada del oxidado jeep, que se detuvo a pocos centímetros de mí en medio de un estertor y de una nube de humo. Me puse de pie de un salto y saqué a mi atónita amiga de su asiento para festejar aquel encuentro tan largamente esperado y decididamente místico.

ROGER BRINKERHOFF
Galilee, Pensilvania

Vivir sin hogar en Prescott, Arizona

La primavera pasada emprendí un cambio radical en mi vida y no porque estuviese pasando por una crisis de edad. A los cincuenta y siete años esas cosas ya están superadas. Pero decidí que no podía esperar ocho años más para jubilarme ni seguir siendo secretaria un minuto más. Dejé el trabajo, vendí mi casa, mis muebles, el coche, le regalé mi gato al vecino y me mudé a vivir a Prescott, Arizona, una pequeña ciudad de treinta mil habitantes, enclavada al pie de las Bradshaw Mountains, que tiene una buena biblioteca, un centro universitario gratuito y una preciosa plaza. Invertí lo que obtuve de la venta de todas mis propiedades y ahora recibo unos intereses mensuales de 315 dólares. De eso vivo.

Soy un ser anónimo. No me beneficio de ningún programa gubernamental. No recibo ningún tipo de ayuda social, ni siquiera vales canjeables por alimentos. No como en el Ejército de Salvación. No pido limosna. No dependo de nadie.

Tengo mi base en el centro de Prescott, donde todo lo que necesito se encuentra a tres kilómetros a la redonda, y voy a todos lados andando. Si hay que ir más lejos, cojo un autobús que atraviesa la ciudad y compro un bono para un día que cuesta tres dólares. Tengo un apartado de correos que me cuesta cuarenta dólares al año. En la biblioteca hay Internet y tengo una dirección de correo electrónico. Alquilé un pequeño trastero para guardar mis cosas, que me cuesta veintisiete dólares al mes y al que tengo acceso las veinticuatro horas del día. Allí guardo mi ropa, los cosméticos y los artículos de higiene, algunas cosas de cocina y mis papeles. Por veinticinco dólares al mes alquilo un rincón apartado en un patio trasero que está a una manzana del lugar donde tengo el trastero. Allí es donde duermo, en una tienda para alta montaña, con un saco de dormir, un colchón y un farol. Guardo un equipo básico en una mochila: una cantimplora, una linterna, una radio, artículos de tocador y ropa de lluvia.

La Universidad de Yavapai tiene una piscina olímpica y un vestuario de mujeres. Asisto a varias clases en la universidad y tengo acceso a esas instalaciones. Todo ello por treinta y cinco dólares al mes. Voy allí todas las mañanas para asearme y darme una ducha. Llevo una carga pequeña de ropa a una lavandería siempre que lo necesito. Coste: quince dólares al mes. El aspecto más importante de mi nuevo estilo de vida consiste en estar presentable. Cuando voy a la biblioteca, nadie puede imaginarse que no tengo un hogar donde vivir. La biblioteca es el salón de mi casa. Me siento en un cómodo sillón y leo. Escucho buena música a través del hilo musical. Me comunico con mi hija a través del correo electrónico y escribo cartas en el procesador de textos. Allí me resguardo de la lluvia. Por desgracia, en la biblioteca no hay televisión, pero descubrí que en la universidad hay una sala de estar para los alumnos que tiene una. Lo que casi siempre veo es *La hora de las noticias*, *Las obras*

maestras del teatro y Misterio. Para completar mis necesidades culturales, asisto a los ensayos generales de la compañía local de teatro aficionado. Eso es gratis.

Mi mayor reto consiste en comer barato y bien. Mi presupuesto me permite gastar doscientos dólares al mes en comida. Tengo un camping-gas y una cafetera eléctrica vieja. Todas las mañanas me acerco hasta mi trastero, me hago café, lo meto en un termo, lleno mi mochila, me voy al parque y busco un rincón soleado donde disfrutar de mi café y escuchar la *Edición de la mañana* en la radio. El parque es mi patio trasero. Es un lugar precioso para pasar el rato cuando el tiempo es benigno. Puedo tumbarme en la hierba y leer y dormir la siesta. Los grandes árboles dan una sombra muy grata cuando hace calor.

Hasta el momento mi nuevo estilo de vida ha sido cómodo y agradable, porque el tiempo en Prescott ha sido delicioso durante la primavera, el verano y el otoño, aunque nevó el fin de semana de Pascua. Pero yo estaba preparada. Tenía un chaquetón de plumas, botas y guantes. Todo impermeable y muy calentito.

Volviendo al tema de la comida. Entre las comidas que sirven en la cadena Jack in the Box hay cuatro que cuestan un dólar: el Desayuno Jack, el Jumbo Jack, un sándwich de pollo y dos tacos de carne. Después de beber el café en el parque, tomo un Desayuno Jack. En el centro universitario para adultos existe un menú del día, gracias al que puedo comer un succulento almuerzo por dos dólares. Para cenar voy otra vez a Jack in the Box. Compró fruta y verduras en la tienda Albertson's. De vez en cuando voy al Pizza Hut. Y todo eso me cuesta 4,49 dólares. Por la noche paso por mi trastero y hago palomitas de maíz en mi camping gas. Sólo bebo agua o café. Las otras bebidas son demasiado caras.

También he descubierto el modo de combinar la comida con una experiencia cultural. Hay una galería de arte en el centro de la ciudad que anuncia las inauguraciones de sus exposiciones en el periódico. Hace dos semanas me puse un vestido y unas medias de seda y fui a una inauguración. Disfruté comiendo canapés y viendo los cuadros.

Me dejé crecer el pelo y me lo peino en una coleta, como cuando estaba en la escuela primaria. Ya no me lo tiño. Me gusta el pelo gris. Ya no me depilo las piernas ni las axilas; no me limo ni me pinto las uñas, no me pongo crema, ni maquillaje o colorete, ni uso lápiz de labios. El estilo natural es gratis.

Me encanta ir a la universidad. Este otoño voy a ir a clases de cerámica, de canto y de antropología cultural —para mi propio enriquecimiento personal y no para obtener títulos académicos—. Me encanta poder leer todos los libros que siempre quise y nunca tenía tiempo de leer. Ahora también tengo tiempo para no hacer absolutamente nada.

Por supuesto que existen inconvenientes. Echo de menos a mis amigos de antaño. Aquí he entablado amistad con Claudette, que trabaja en la biblioteca y antes también

escribía una columna en el periódico local. Es una experta en sacarle información a la gente. Con el tiempo le conté quién era yo y dónde vivía. Nunca intentó convencerme de que cambiara de vida y sé que puedo contar con ella si la necesito.

También echo de menos a mi gato *Simón*. Me encantaría encontrar algún gato, sobre todo antes de que llegue el invierno. Me gustaría acurrucarme y dormir con un cuerpecito peludo.

Espero poder sobrevivir al invierno. Me han dicho que los inviernos en Prescott pueden llegar a ser muy largos y con mucha nieve. No sé qué haré si me pongo enferma. Por lo general soy una persona optimista, pero estoy un poco preocupada. Rezad por mí.

B. C.
Prescott, Arizona

Estar allí

Durante los primeros siete años de mi vida (1953-1960) viví en una pequeña granja de dos hectáreas y media en el sudeste de Míchigan. Mi padre trabajaba en una fábrica de herramientas, a treinta y cinco kilómetros de casa, pero mi madre y él preferían vivir en el campo, que era lo que para ellos significaba «la buena vida». A continuación relato cómo recuerdo una noche de verano de aquella época.

Estoy de pie y llevo puesto mi pijama de verano, que es de un algodón muy fino. Tiene una chaqueta abotonada, sin cuello, como una camisa deportiva de las de mi abuelo. El pantalón tiene un elástico en la cintura, que yo estiro y suelto, para que golpee suavemente contra mi cuerpo, limpio y fresco tras haber tomado mi baño aquella noche de sábado del mes de junio. Por las aberturas del pijama se cuele una brisa suave que me recorre el cuerpo como una pequeña descarga eléctrica. Siento una sensación de ingravidez.

Mi padre acaba de terminar de cortar el césped. Oigo el crujido de la grava y el traqueteo de las fuertes cuchillas de la cortadora mientras la empuja por la entrada de coches hasta el garaje de hormigón gris. Lleva la misma ropa que en todos los demás recuerdos que tengo de él durante los veranos de mi infancia: una camiseta blanca de cuello en pico y unos holgados pantalones de trabajo grises. Tiene el pelo negro y aplastado. Es delgado, mide un metro ochenta y tiene el cuello y los brazos morenos y llenos de pecas por el sol, sobre todo el brazo izquierdo, debido a su costumbre de apoyarlo en la ventanilla del coche cuando conduce. Guardar la cortadora de césped marcaba el final del trabajo de la semana. Le recuerdo con esa inconfundible sonrisa suya de desenfado y un poco ladeada.

Empiezan a surgir los sonidos que antes había ahogado la cortadora de césped: el arrullo de una paloma flota en el aire, envuelto por una quieta calima. Miro de dónde procede el arrullo, pero sólo veo un prado de hierbas altas rodeado de un bosque pantanoso. De sus oscuras profundidades llega la sostenida cantinela del croar de las ranas, invisible pero con una presencia tan fuerte como la de la hierba fresca bajo mis pies.

Mi madre está sentada en una vieja silla de jardín, con un bebé de pelo casi albino en los brazos. Es mi hermano Pat. Mi madre lleva una alegre bata de casa que ella misma se hizo y canta en voz baja una canción que habla de sentarse encima del mundo y de la calle en que vives y de un pájaro amarillo.

Huelo el perfume de las lilas, el olor a hierba recién cortada, el estiércol de vaca y el aroma del jabón Ivory.

Oigo el rítmico chirrido de la cuerda del columpio mientras mi hermana Marianne

se balancea hacia atrás y hacia delante debajo del enorme cedro del jardín, su pelo rubio rojizo y su camisón ondeando al unísono como banderas al viento.

Mi hermana Sharon está sentada en pijama en el borde del porche, acariciando un gatito blanco y negro.

El tractor está aparcado delante del garaje. Mi hermano Mike se ha subido al asiento y agarra con fuerza el volante. Se cree que es un hombre que va conduciendo por la carretera. Mike tiene el mismo pelo que yo. Mamá nos lo ha cortado para el verano con la maquinilla eléctrica, así que, más que pelo, parece ante. Mi hermano Kevin está un poco más allá, dándole de comer puñados de hierba a *Jerry*, nuestro poni pintado. El pelo de Kevin también parece ante. Mike y él están en pijama.

Tengo otros recuerdos de la granja, recuerdos que perduran por razones obvias: algunos son dramáticos o cómicos o espantosos. Pero mi recuerdo de las noches en pijama es diferente. En él sólo estoy de pie, descalzo, sobre la hierba. Recuerdo la paloma, el balanceo del columpio, a mi madre y a mi padre, a mis hermanas y hermanos, el granero, las lilas, el bosque, todo bañado por el difuso resplandor de un anochecer de verano.

TIM CLANCY
Marquette, Míchigan

Una tristeza común y corriente

Hoy me acerco a encender la radio con una sensación de vergüenza. La radio es la amiga que siempre tengo abandonada; la amiga a la que sólo llamo cuando mi vida se torna triste y desesperada. Siempre vuelvo a ella con un sentimiento de culpa, pero la radio siempre me está esperando. Siempre está dispuesta a aceptar mi regreso.

Cuando empecé a vivir sola, al igual que tantos otros, escuchaba la radio todos los días. Por las mañanas, cuando me despertaba y, de nuevo, por las noches, cuando llegaba de trabajar. Mientras soportaba el agobio del primer verano que pasé en Nueva York, los únicos sonidos que podía tolerar eran los de la radio.

Y cuando fracasó mi primera relación y me encontré hundida en la miseria, sola en un apartamento, recurrí otra vez a la radio. El gusto a yuca que freí por primera vez en aquella cocina minúscula, el olor a humo que impregnaba las cortinas y el del jabón de aceite Murphy, las entrevistas, los informativos, el largo recitado de la lista de las emisoras asociadas en el condado de Berkshire, todo eso está unido entre sí y unido a mí, conformando el sabor, el olor, el aire irrespirable de aquella soledad.

Después de todo, la radio está hecha para los solitarios, los desplazados o los que viven en sitios alejados. A diferencia de la televisión —que te obliga con terquedad a mirar en una sola dirección, que exige la presencia de todo tu maltrecho cuerpo—, la radio está en todas partes. Las personas solas necesitan la radio porque sólo ella puede llenar los enormes espacios vacíos que albergan hasta los apartamentos más diminutos. No se enfada cuando nos distraemos, sino que tiene el tacto de comenzar en el momento en que la encendemos.

Su sonido es nuestro ángel de la guarda: omnipresente pero modesto y sencillo. Mientras hacemos nuestras cosas, la radio nos sigue pacientemente. Su insistencia calma nuestras soledades más imprevistas y punzantes, suaviza las distancias entre nuestras almas y las siempre inalcanzables paredes.

En ese sentido la radio es comprensiva, y las personas solitarias están necesitadas de comprensión.

La primavera pasada fue como si mi vida entera me abandonara: me quedé sin un empleo que necesitaba desesperadamente y se acabó mi relación amorosa. Alquilé el primer apartamento que encontré, un lugar minúsculo y deprimente. No tenía fuerzas ni paciencia para buscar otro. Cambié de olores. Escuché la radio. Y las palabras empezaron a visitarme sin previo aviso.

Mientras me estremecía en la urgencia de lo posible, mis comodidades y mi rutina me abandonaron. Empecé a notar el aire que me rodeaba. Aquel aire me conocía, tenía el calor de mi propia voz. Una vez a cubierto, me quedé quieta. Recogí palabras sencillas y luminosas del frío que me atenazaba las tripas. Vinieron nadando hasta mí y se metieron solas en mi red.

Viví así durante meses, evitando hacer amistades nuevas, abandonando a los pocos amigos que habían sobrevivido a mi relación anterior. Pospuse la búsqueda de trabajo y preferí subsistir a base de café, de tostadas y del sol que se atrevía a colarse a través de mis sucias ventanas. Fueron días de indulgencia e indefensión. Pero tenía que buscar trabajo, recuperar las viejas amistades y entablar otras nuevas. Porque la cosecha iría menguando.

Aunque todas las noches me dormía agotada de tanto llorar, aquellos momentos fueron los más intensos y dulces de mi vida. Continuamente destilaba mi tiempo libre y me alimentaba de él. Todos los días afianzaba mi codicia por tener más y más tiempo para mí, y sólo la radio estaba invitada.

Así, en esa soledad, me fortalecí. Pero, poco a poco, el sentido práctico de la vida acabó con mi tregua. Me mudé a vivir con una amiga. Empecé a trabajar. Me enamoré.

Enamorarse es como ir quedando arrinconado mientras retrocedes pintando el suelo a tu alrededor. Encantados con el color que hemos desplegado a nuestros pies, nos olvidamos de la libertad que, poco a poco, va disminuyendo a nuestras espaldas. Como consecuencia del abandono, mi río empezó a correr más lento, mi pesca empezó a menguar. Dejé de escuchar la radio. Otra vez volví a ocupar o a malgastar el tiempo en que estaba sola, en lugar de aprovecharlo para crecer.

Y ahora —cuando parecía que me había recuperado— las cosas están a punto de hacerse añicos otra vez. Otro amor que se aleja, otra vez buscar un apartamento para mí sola. Siento cómo se tensa el aire y las paredes se alejan de mi cuerpo.

Temblando, nerviosa, enciendo la radio por primera vez en muchos meses. Paul Auster está leyendo un relato sobre una niña que ha perdido a su padre y que arrastra un árbol de Navidad por las calles de Brooklyn a medianoche. Nos pide que le enviemos nuestras historias.

Hay ciertas condiciones: tienen que ser cortas y tienen que ser verídicas.

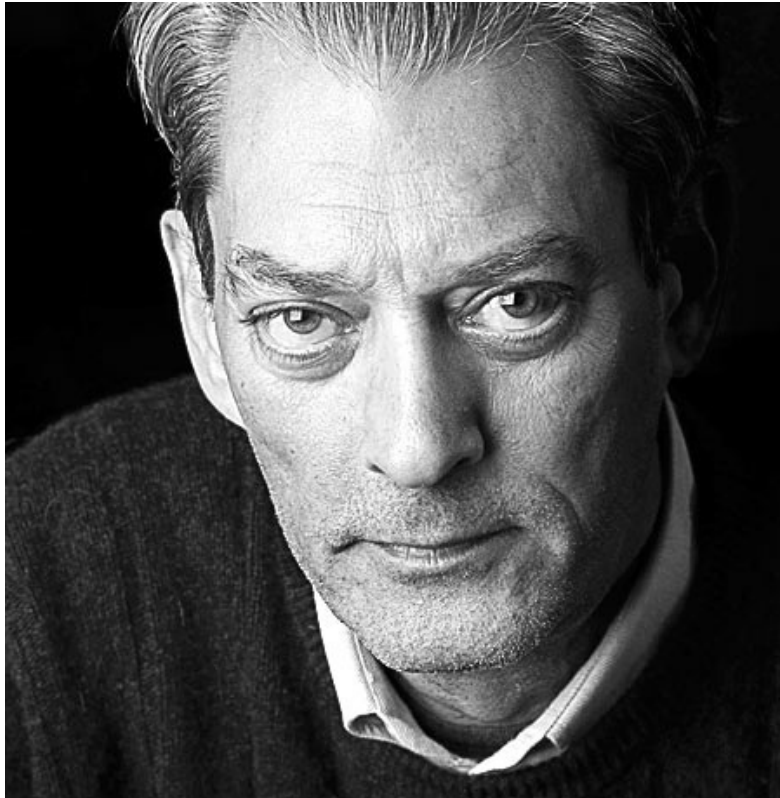
Pero yo no tengo muertes ni viajes dignos de ser contados. No tengo golpes de suerte espectaculares ni tragedias increíbles. Sólo tengo una tristeza común y corriente. Peor aún, llevo semanas sin poder escribir nada y lo único que ocupa mi mente son las partidas inminentes, los cambios inminentes.

Entonces me doy cuenta: éste es el momento en que la soledad me tiende su mano amiga. La radio me está invitando a que vuelva. Que vuelva a las habitaciones que llenará con su voz envuelta en la más tibia franela, que vuelva a la cálida luz de un tiempo a solas.

He reconocido su invitación al escribir estas líneas. Ésta es mi historia, que concluye con el punto culminante del presente.

A veces puede llegar a ser una suerte que nos abandonen. Mientras nos recuperamos de nuestra pérdida, podemos volver a estar con nosotros mismos.

AMENI ROZSA
Williamstown, Massachusetts



PAUL AUSTER. Está considerado como uno de los más grandes autores norteamericanos contemporáneos, destacando por obras tan conocidas como *La trilogía de Nueva York*.

Auster estudió en Columbia y tras licenciarse en literatura se instaló en París, donde trabajó como traductor hasta su vuelta a Estados Unidos en 1974. Establecido en Brooklyn desde entonces, Auster se dedicó a la literatura tras el éxito conseguido por sus novelas *Ciudad de cristal*, *Fantasma* y *La habitación cerrada*.

Auster combina temas cercanos a la filosofía y al existencialismo con tramas en ocasiones cercanas al realismo mágico con resultados que le han llevado a conseguir numerosos éxitos, como *El país de las últimas cosas*, *El palacio de la luna* o *Leviatán*, entre otros.

Además, Auster siempre ha sentido una especial predilección por el mundo del cine, siendo el autor de guiones como *La música del azar*, *Smoke*, *Blue in the Face*, *Lulu en el puente* o *La vida interior de Martin Frost*, entre otros, algunos de los cuales ha llegado a dirigir.

A lo largo de su carrera literaria, Paul Auster ha recibido numerosos galardones, entre los que habría que destacar el Premio Médicis, la Orden de las Artes y las Letras de Francia o el Príncipe de Asturias de las Letras.

Notas

[1] En español en el original. (*N. de la t.*) <<

[2] En español en el original. (*N. de la t.*) <<

[3] En inglés, *quilt* significa «colcha» y *guilt*, «culpa», de ahí que la narradora confundiera ambas palabras al leer la anotación de su madre. (N. de la t.) <<

[4] Windex es una marca de líquido limpiacristales de color azul turquesa muy conocida en Estados Unidos. (*N. de la t.*) <<

[5] En español en el original. (*N. de la t.*) <<

[6] En español en el original. (*N. de la t.*) <<

[7] En español en el original. (*N. de la t.*) <<

[8] Ovaltine es una marca de cacao en polvo soluble muy conocida en Estados Unidos. (*N. de la t.*) <<